

El maravilloso
regreso de Jacob Cerf
REBECCA MILLER

Nuevos Tiempos **Siruela**



Rebecca Miller

**El maravilloso regreso
de Jacob Cerf**

Traducción del inglés de
Clara Minstral

 Siruela

Nuevos Tiempos

Créditos

Edición en formato digital: septiembre de 2014

Título original: *Jacob's Folly*

En cubierta: Montaje de *Joven recostada (retrato de Mademoiselle Marie-Louise O'Murphy)*, de François Bouchard e ilustración de J. G. Wood en *Third Natural History Reader*

© Rebecca Miller, 2013

All rights reserved

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

© De la traducción, Clara Ministral, 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-77-7

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

A D.
y a Kristi Gunnarshaug

Los seres salvajes dejan la piel tras de sí, dejan pieles limpias y dientes y huesos blancos tras de sí, que son símbolos que se pasan uno a otro, para que la especie fugitiva siempre pueda seguir a su casta [...].

Tennessee Williams, *Orfeo desciende*

El mal es la silla en que se sientan los buenos.

Israel ben Eliezer, el Baal Shem Tov

EL MARAVILLOSO REGRESO DE JACOB CERF

Yo, el ser en cuestión, tras haber pasado casi trescientos años perdido como una pepita de granada en un lago de gelatina, amnésico, incorpóreo y comatoso, nada más que un pedacito de espíritu, me encontré despertando, adquiriendo forma, peso y, finalmente, consciencia. No recordaba haber muerto, así que mis primeros pensamientos fueron confusos y algo desesperados.

Cuando la nube negra y opaca que me envolvía se disipó, vi la luna: opalescente, agujereada por los cráteres, impasible; tan cerca que asustaba. Las estrellas, indiferentes, dividían el firmamento con sus resplandecientes formas milenarias. Se oía un ruido que resonaba, como enormes burbujas saliendo flatulentamente de una gigantesca botella de boca ancha sumergida en un baño turco con el techo abovedado, pero también el sonido ininterrumpido de algo que se rasgaba, que se rompía, como si un lienzo del tamaño del universo se estuviera partiendo por la mitad. Ahora sé que era el tejido del tiempo. Me sentí tremendamente solo y chillé, pero mi grito sonó ahogado. El instinto me llevó a batir las alas, que no sabía que tenía, y me elevé. ¡Estaba volando! ¿Sería un sueño? Me sorprendió la viscosidad del aire negro. Extendí las alas y me dejé descender, describiendo círculos lentamente por la espesa materia, atravesando tenues nubes enturbiadas que me resultaban frías al contacto con la piel. Definitivamente estaba despierto. ¿Era posible que fuera un ángel? Me embargaron la euforia y la incredulidad. Me deleité en haber sido escogido, por increíble que pareciera, para formar parte de las huestes celestiales. Ansiaba admirar mi propio cuerpo, o mejor, que otros lo admiraran. Sabía que tenía que ser muy hermoso. Sacudí las alas, estirándolas bien, ladeándome, girando lentamente y poniéndome en camino a través de la noche. Bajo mi cuerpo, una malla de luces, como espuma de estrellas, alumbraba una profunda oscuridad. Al acercarme, vi que la negrura se arremolinaba y dibujaba crestas. El mar. ¡Lo que veía era la Tierra! Pero ¿qué eran todas esas luces?

Descendiendo más deprisa mientras una brillante mano de ancianos dedos rosados acariciaba el mar, bañándolo de luz, empecé a distinguir una capa de casas que se levantaban como una enfermedad cutánea sobre la centelleante isla que tenía debajo. La enorme red de tejados se alzó vertiginosa ante mí.

Fui revoloteando por el aire sin tener ni idea de dónde estaba, aunque con la certeza de que había pasado mucho tiempo fuera. Delante de las puertas de las viviendas, que parecían de juguete, brillaban carruajes de formas redondeadas y llenos de protuberancias. Las farolas arrojaban chorros de luz continua sobre las calles cuadriculadas, lisas como tiras de caramelo. Aquello era el futuro, lo sabía. El último utensilio de iluminación que había visto yo había sido un candelabro de porcelana junto a

mi cama, en 1773 en París. Tenía incrustados unos querubines, unas hojas verde claro y unas diminutas rosas de color rosa.

Todavía en la flor de la juventud, yacía tiritando por la fiebre, con una sensación de opresión en el pecho y el sudor cayéndome por los costados. Solange venía a echarme un vistazo de cuando en cuando, emitiendo susurros con la seda de su vestido al moverse por la habitación, y me cambiaba la jarra de agua o me ahuecaba la almohada. El olor de su perfume de gardenia era demasiado intenso para mi respiración ahogada y apartaba la cara cuando se inclinaba sobre mí, pero en ningún momento despegué la vista del candelabro. Me parecía un poco estridente, pero ¿qué sabía yo? Yo había sido quincallero y había nacido en una casa de vecinos. Tenía suerte simplemente de estar al lado de aquella obra de arte de seis brazos, delicadamente estriada y con doce bebés alados desnudos gateando por su superficie vidriada. De las velas descendían cascadas de cera de abeja endurecida que cubrían todo el pie de porcelana, donde se mezclaban con los amorcillos y se enredaban en las rosas: el resultado de una bacanal que había durado una semana y que había dejado a mis escasos empleados demasiado exhaustos después de atender a los invitados para limpiar la cera de los candelabros por la mañana.

Observé fascinado, con los ojos secos, sin aliento, cómo se formaba cada gota. En la base de la llama brillaba un charquito de cera fundida, gordo como una lágrima en el borde del ojo de una mujer. Cuando el charco se llenaba demasiado, la cera abría una brecha en el deteriorado borde, caía libremente por la vela y hallaba su sinuoso camino por la cascada petrificada. A medida que se alejaba de la fuente de calor y se enfriaba, la cera se iba volviendo vacilante, turbia, hasta que se congelaba por completo, fundiéndose con las gotas caídas anteriormente.

Observé caer la cera de las velas durante horas hasta que, al amanecer, fallecí. El domingo, 7 de febrero de 1773. Tenía treinta y un años. Y después de eso, la nada. ¡Y ahora era un ángel! Me imaginé a mí mismo como a un serafín cristiano plenamente formado, un vikingo de pelo rubio, con un hermoso pecho esculpido, los pies sin vello y los ojos del color del whisky. En vida había sido moreno, menudo, con los ojos claros, la dentadura sana y un miembro largo y grueso que me perfumaba y me metía en los calzones cada día con gran esmero y orgullo, un aspecto de mi físico que esperé que el Todopoderoso hubiera conservado en mi nuevo cuerpo. Cuando intenté mirarme a mí mismo, sin embargo, no pude mover el cuello y sentí una gran debilidad en los brazos. Supuse que aquel agarrotamiento era debido a todo el tiempo que había estado muerto.

A mi vista le había ocurrido algo increíble: era como si me hubieran quitado la parte superior de la cabeza y la hubieran cambiado por un enorme ojo. Veía las nubes moradas de formas irregulares que se movían sobre mí, las calles que se extendían a ambos lados y las casas de debajo. «Así es como ven los ángeles», pensé maravillado.

Me fijé en una figura gigantesca que salía de uno de los relucientes carruajes. Mientras intentaba concentrarme en él y no hacer caso del resto de la vista, de casi trescientos sesenta grados, descendí con cuidado, aún sin pleno control sobre mis alas, con miedo de que el hombre me viera pero al mismo tiempo medio deseando que lo hiciera. La idea de conseguir que aquel titán se doblegara ante mí, tales serían su asombro y su admiración,

me resultaba atractiva. Me imaginé a mí mismo como a un ángel en un cuadro, con mi túnica detenida según se inflaba y extendiendo las delicadas manos expresivamente, y al destinatario de mi mensaje cayendo al suelo con los ojos en blanco, sobrecogido y maravillado.

Al cernerme sobre él, sin embargo, tuve una inquietante visión doble: vi al hombre y, además, le conocí.

El leal y responsable Leslie Senzatimore se paró en el césped recién cortado de su jardín cuando empezaba a amanecer, separó bien las piernas, inclinó el cuerpo hacia atrás y echó una meada que trazó un brillante arco sobre la luna que se iba apagando. El cuerpo celeste resplandeció, lazado por su caliente reata y quizá hasta reclamado por un hombre que, a sus cuarenta y cuatro años, lo tenía todo para estar contento con su vida.

A diferencia de la mayoría de los residentes de aquella arbolada calle de Long Island, Leslie tenía su casa en propiedad sin hipoteca, un chalé de dos plantas que en aquel momento llenaban dos hijos y una nieta dormidos, una *au pair*, una esposa estupenda, dos gatos, una nuera y un cocker spaniel de avanzada edad. Una lancha motora, un modelo clásico, símbolo de los merecidos ratos de ocio de la familia, relucía bajo una lona; cuatro coches, de distintos precios y tamaños, desde el Ford Explorer de su mujer, lleno de juguetes desparramados, hasta el polvoriento turismo eslovaco de su hijastro, daban prueba de unas vidas de mucho trabajo y ajeteo. Una segunda casa de menor tamaño, a un lado, también era propiedad de Leslie y alojaba a sus alcoholizados suegros, el elemento más locuaz de una serie de personas a su cargo que Leslie se había ido echando a la espalda de buena gana a lo largo de su vida adulta como un alegre Sísifo. Leslie era un héroe por naturaleza y lo había sido desde el día en que había rescatado a los gatitos de debajo del tejado de los Bobik cuando tenía trece años, allá por el año 1981.

Aquel día, la señora Bobik había entrado resoplando en la cocina de los Senzatimore y se había desplomado sobre el cómodo sillón que había junto a la ventana, con su floreado vestido de andar por casa oscurecido por el sudor de entre los descomunales pechos caídos y la pálida piel de la parte posterior de los brazos arrugada como la grasa de un pollo desplumado. Esta acción atrapó de inmediato la solemne atención de Leslie y de sus cuatro hermanos, que en aquel momento estaban desayunando cereales en la mesa de la cocina, ya que aquel sillón con demasiado relleno había sido de su padre (su padre se había ahorcado recientemente) y nadie podía sentarse en él. Evelyn Senzatimore, sin embargo, reprimió el impulso de echar a la mujer de su casa y esperó estoicamente a que la señora Bobik se desahogara, como había hecho prácticamente todos los días desde que el señor Bobik había desaparecido, dejándola sin hijos y hecha un lío, siete años antes. El marido, un bebedor empedernido, había sido visto por última vez dando tumbos delante de los grandes almacenes Woolworth's en Las Vegas por una pareja del vecindario que estaba allí de luna de miel y que reconoció al antiguo conductor del autobús escolar. Aquel desafortunado avistamiento no consiguió calmar los nervios de la señora Bobik, que acabó perdiendo prácticamente todo contacto con lo que la mayoría

de nosotros llamaríamos la realidad. De modo que, cuando irrumpió en casa de los Senzatimore gritando que tenía gatos en el techo, su afirmación fue recibida por seis pares de ojos compasivos.

—Se han pasado toda la noche maullando —protestó.

La madre de Leslie suspiró y miró a Leslie como diciendo: «Encárgate tú». Aquello era algo que últimamente la señora Senzatimore hacía muy a menudo, cada vez que le parecía que la vida le exigía demasiado. Leslie era el mayor de sus hijos varones y sabía que al muchacho le halagaba que ella dependiera de él; quizá incluso ansiara esa dependencia. Era una especie de minúscula compensación por la violenta pérdida de un padre de modales suaves que en los últimos años se había ido desvaneciendo progresivamente de la familia. Charlie Senzatimore, un depresivo no diagnosticado, se había ido volviendo cada vez más insignificante, cada vez más callado, hasta que al final simplemente decidió convertirse en un fantasma de verdad en lugar de un fantasma que se sentaba en un sillón a leer el periódico local. No es que sus hijos no le echaran de menos; simplemente no podían centrarse en un aspecto en concreto que echar de menos, ya que apenas habían tenido ninguna relación con él al margen de la que había creado su madre para ellos. «Tu padre se va a poner hecho una furia», les amenazaba, aunque sabían que lo único que iba a hacer Charlie era sacudir la cabeza con tristeza o salir de casa muy ofendido dando un portazo. «¡Tu padre está orgulloso!», exclamaba mientras la esbelta marioneta sentada a su lado intentaba esbozar una sonrisa torcida. Pobre Evelyn Senzatimore. Cada día tenía que levantarse y pintar un vivo retrato de un padre y un marido que no existían del todo. Y sin embargo, cuando dejó de existir de verdad, cuando le vio colgado sin vida en el cobertizo, la intensidad y el volumen de su propia pena la dejaron asombrada. ¿Qué pérdida estaba llorando, la de la obra creada por su propia imaginación o la de la sombra con la que había compartido su vida? En cualquier caso, ya no tenía a nadie a quien crear a diario; le quedaban ella misma, sus hijos, la realidad de su vida. Le añoraba tanto que era insoportable. Por fin, una vez que murió, Charlie se había vuelto real para ella. De pronto Evelyn se sintió extremadamente vulnerable, así que recurrió a Leslie, su firme muchacho.

Así las cosas, nadie se sorprendió de que Leslie, vestido para ir a clase con una camisa de manga corta y unos pantalones caqui, con un cuerpo fuerte en el que ya empezaba a desarrollarse la musculatura y con el pelo castaño rojizo («¿Estuvieron los vikingos en Sicilia?», preguntaba la gente a su madre a menudo, olvidando que ella era irlandesa) alisado hacia un lado, se levantara y dijera:

—Voy a echar un vistazo, señora Bobik.

—Buen chico —dijo su madre—. Llévate los libros. Te puedes ir a clase desde allí.

El olor de la casa de los Bobik era asfixiante. No era suciedad —la señora Bobik era una mujer escrupulosamente limpia—, sino más bien un olor rancio soterrado y difícil de identificar que Leslie pensó que debía de ser el olor del abandono. La casa apestaba a aquello. Le dio miedo y asco. Cuando lo pienso ahora, creo que es posible que Leslie construyera toda su vida adulta como defensa contra aquel olor.

Siguió a la señora Bobik por su estrecha escalera, intentando no mirar al gigantesco

traseo que se movía penosamente bajo su vestido, por el angosto pasillo, por delante de puertas cerradas que ocultaban las habitaciones sin usar de los hijos que nunca habían llegado a nacer, hasta llegar al diminuto dormitorio principal, prácticamente una catedral de iconos religiosos. La Virgen María era la protagonista del catolicismo de la señora Bobik, lo que dejaba a Jesucristo solo ante el peligro en una minúscula cruz clavada entre dos ventanas. A todo color sobre la cama, enmarcada encima de la mesilla de noche, en forma de estatua en el tocador, era María la que estaba por todas partes.

—¿Los oyes? —preguntó la señora Bobik con impaciencia, todavía sofocada por las escaleras, con su enorme busto moviéndose arriba y abajo y sus cortas piernas bien separadas como las de un bulldog. Era más baja que Leslie y sus llorosos ojos saltones, de color azul, estaban clavados en los suyos con un gesto de sumisión inquisitiva. Aquella era, empezó a darse cuenta Leslie con cierto pavor, la prueba definitiva de la cordura de la señora Bobik. Si él no oía a aquellos gatos, la mujer estaba oficialmente chiflada, tal y como pensaba todo el mundo. Se sintió dotado de una autoridad repentina y agobiante, como si fuera el médico que estaba a punto de comunicarle si su cáncer era operable. El aliento con olor a café de la señora Bobik le llegó en oleadas nauseabundas. Notó cómo le retumbaban los oídos a medida que la vergüenza y la confusión se iban apoderando de él. Empezó a recorrer la habitación con la mirada, como buscando una vía de escape. ¿Qué debía hacer si no oía a los gatos? ¿Mentir? Y si mentía y no había gatos, ¿entonces qué? ¿Debía buscar un gato callejero, metérselo en el armario y después sacarlo, y quizá entonces la mujer dejaría de oír gatos? ¿Llegaba ya tarde a clase? Tenía tantos pensamientos viniéndole a la cabeza a toda velocidad que se olvidó de escuchar, pero cuando su mirada errante se topó con la de la señora Bobik, el gesto de súplica de la mujer le trajo de vuelta a su tarea. Oyó el ladrido de un perro que venía de fuera, niños gritándose unos a otros de camino al colegio, un pájaro que repetía insistentemente la misma frase monótona una y otra vez. Y entonces, como el llanto remoto de un bebé, un ruidito prácticamente inaudible atravesó la habitación. Era un gato. A Leslie le invadió una sensación de alivio.

—¡Lo oigo! —dijo con alegría.

—¿Sí? —gritó la señora Bobik juntando las rollizas manos.

—Sí, es...

Su mirada recorrió la habitación, intentando seguir el sonido. Ahora que había oído un maullido, podía oír más. Había más de un gato. ¡La señora Bobik tenía razón! Pero ¿de dónde venía el sonido? Era como si saliera del aire del centro de la habitación. Abrió el armario, miró bajo la cama, debajo del tocador. Ni rastro de los gatos. Entonces se subió a una silla y puso un vaso contra el techo, que no tenía mucha altura, como había visto hacer a Colombo en la televisión. Como un inquietante secreto, el sonido se le reveló al oído: los maullidos lastimeros de unos gatos exhaustos.

—¿Ahí arriba hay un desván? —preguntó.

—No, solo un pequeño hueco debajo del tejado. ¿Para qué quiero yo un desván? De hecho me lo acaban de volver a precintar. Uno de los tablones de la fachada de la casa estaba podrido.

—¿Cuándo se lo arreglaron?

—Hace tres días —contestó ella.

—Creo que ha dejado atrapados a esos gatos —dijo Leslie.

—¿Cómo se han metido unos...? —empezó a decir la señora Bobik, pero Leslie ya se había puesto en camino hacia su casa. Su madre y todos los hermanos Senzatimore le siguieron calle arriba de vuelta a casa de la señora. Su hermano Will le ayudó a llevar la escalera grande, que Leslie sabía que había sido utilizada por última vez por su padre para alcanzar su destino final.

Otros niños del barrio, de camino al colegio, también empezaron a seguirle. «¿Qué haces, Les?». «¿Qué es lo que pasa?». Leslie no dijo nada. Solamente fue caminando con paso firme hasta la casa de los Bobik, con la escalera bajo un brazo y el asa de la pesada bolsa de herramientas de su padre clavándosele dolorosamente en los dedos de la mano que tenía libre.

Con la ayuda de las pequeñas manos de su hermano Will, extendió la escalera y la colocó de manera que la parte superior quedara apoyada justo debajo de la ventana del dormitorio de la señora Bobik. A continuación, con su ya prominente mandíbula en tensión, Leslie empezó a subir por los peldaños. Justo cuando llegaba a lo alto de la escalera, la señora Bobik asomó la cabeza por la ventana.

—¿Me vas a romper la casa? —preguntó con voz ronca.

—Si quiere que saque a los gatos, tengo que quitar un tablón —explicó Leslie mientras le mostraba un martillo expresivamente.

—Jesús, María y José —dijo la señora Bobik, que volvió a meter la cabeza en la casa.

Leslie introdujo con cuidado la boca del martillo debajo del tablón nuevo, que estaba sin pintar, unos centímetros más arriba de la ventana de la señora Bobik, e hizo palanca para intentar soltarlo. Al cabo de unos segundos se oyó el ruido de la madera al astillarse y los clavos cedieron. Leslie sacó los clavos que quedaban en la madera nueva, apoyó el tablón en el tejado inclinado y acercó la cara al agujero. Un bufido agudo y furioso salió de la oscuridad, y Leslie pensó por primera vez que a lo mejor aquellos gatos no querían que los rescataran. Miró a su madre.

—Está bufando —dijo.

—Díselo a la señora Bobik... Que te dé un tazón de leche.

Siguió el consejo de su madre, y la señora Bobik le dio un tazón de leche. Leslie lo puso encima de la ventana abuhardillada, justo delante del agujero, y llamó al gato.

Le llevó un buen rato, y perdió a algunos de los espectadores que le observaban desde el suelo —niños a los que sus madres mandaron al colegio—, pero finalmente una gata gris esquelética salió caminando vacilante hacia la luz del sol, como un rehén liberado tras un mes en una cueva. La gata olfateó la leche y empezó a beber a lengüetazos. Leslie tenía miedo de moverse por si asustaba al animal, pero sabía que tenía que dar el siguiente paso del procedimiento. Los maullidos del interior eran tan débiles y agudos que solo podían ser de crías. La gata callejera había trepado por el entramado y el tejado de la casa de la señora Bobik para acurrucarse allí y parir en una habitación privada.

Hubo auténticas ovaciones cuando Leslie metió el brazo y sacó la primera criatura

hecha un ovillo en la mano, un diminuto y frágil gatito atigrado de color naranja que no dejaba de maullar, y se sintió absolutamente eufórico. El estar allí, tan arriba, con todo el mundo mirando, y haciendo una buena acción como aquella... La adicción a rescatar a gente le duraría toda la vida.

El sol ya estaba bien alto y Leslie se había perdido las clases de ciencias y matemáticas para cuando bajó el último gatito a la muchedumbre, en la que había madres, niños, los hermanos de Leslie y los pocos chicos de su misma edad que habían esquivado a sus padres y se habían saltado las clases para disfrutar del espectáculo. Todos los gatitos que bajó –ocho en total– encontraron un nuevo hogar aquel día, y así empezó un linaje de gatos que todavía hoy, veintiséis años más tarde, pueblan la localidad de Patchogue, en Long Island. En cuanto a Leslie y su familia, adoptaron un precioso gatito macho al que llamaron Bob. La señora Bobik se quedó con la madre, víctima del abandono como ella, y empezó a dormir con el animal todas las noches, lo que parece que hizo maravillas por los nervios de la pobre mujer. Los daños ocasionados a su vivienda fueron reparados gratuitamente aquella misma tarde por un divorciado con orejas de soplillo y un fino bigotito, Vincent McCaffrey, que aprovechó astutamente los acontecimientos para cortejar a la encantadora madre de Leslie. Diez meses más tarde, McCaffrey le quitó legalmente a Evelyn el gran apellido de Senzatimore (que, como tantas veces le había contado a Leslie con nostalgia su timorato padre, significa ‘sin temor’ en italiano) y se convirtió en el padrastro de Leslie. McCaffrey no era un mal tipo, pero era demasiado tarde para empezar a querer a otro padre y Leslie se vio empujado a salir al mundo. Lo que realmente quería él era hacerse bombero, pero su madre le suplicó que no lo hiciera. El padre de Evelyn, que había sido bombero, había muerto en un incendio, y la idea de perder a su hijo además de a su marido hacía que a la pobre mujer le salieran sarpullidos, de modo que la idea quedó descartada. Sin embargo, resuelto a ser alguien en la vida pese al fallecimiento voluntario de su padre y a la sombra de fatalidad que aquello había dejado sobre sus hijos, Leslie se alistó en la marina a los diecisiete años y se sacó una carrera universitaria mientras navegaba por el mundo. Al volver a casa, pidió un crédito y resucitó el negocio de reparación de barcos de su padre, Senzatimore Marine. A los veintinueve años, Leslie empezó a trabajar como voluntario en el cuerpo de bomberos de Patchogue. Ya estaba en camino.

Percibí todo esto como una emanación futurista mientras me cernía sobre aquel hombretón: el torrente de escenas de su pasado y sus mecanismos internos me aparecían de golpe delante de los ojos como un vómito de imágenes en movimiento, una cacofonía de sonidos y pensamientos. Era una sobrecarga empática, difícil de organizar de forma coherente, abrumadora por su magnitud. Me imaginé lo que tenía que ser para el propio Creador, que veía y oía el mundo entero, cada pensamiento y cada acción, cada lágrima y cada pedo. Me pregunté si a estas alturas Dios se habría vuelto loco, después de llevar alucinando de esa manera veinticuatro horas al día durante millones de años.

Aquella nueva conciencia angelical me había dejado con una clara sensación de desasosiego. Podía ver el interior de aquel hombre con muchísima facilidad, como un

cuchillo caliente atravesando una tarrina de grasa de pollo, y parecía un buenazo. ¿Para qué necesitaba un ángel? Los hombres muy bondadosos me irritaban y me avergonzaban; siempre había tratado de evitarlos. Con el corazón (sentía que tenía un corazón) laténdome con fuerza en el pecho, fui descendiendo poco a poco, deseando y a la vez temiendo un encuentro con él. Al acercarme a Leslie, noté una cálida corriente de aire arremolinarse alrededor de mi cuerpo. Me sentí desnudo. Descendiendo todavía más, me pareció que el aire alrededor de Leslie estaba casi caliente, además de espeso como la miel. Aquel hombre apestaba a humo de madera quemada. Todavía estaba haciendo pis, con la cara y el pálido miembro vueltos hacia el cielo del amanecer. Me pareció que estaba mirando justo hacia donde estaba yo, así que esperé a que me viera, a que llegara el momento del terrible encuentro. Supuse que cuando se produjera sabría qué decir y entendería por qué me habían mandado de vuelta a la Tierra. Pero Leslie no reaccionaba. Con la prominente mandíbula en tensión y los claros ojos azules concentrados en un punto justo detrás de mi cabeza, se subió la cremallera de los pantalones, se dio la vuelta y se alejó de mí en dirección a una de las casas con forma de caja. ¿Acaso era invisible? Con un miedo repentino a quedarme solo fuera, fui volando tras él, con los brazos estirados, resuelto a seguirle al interior. Batí las alas lo más fuerte que pude, pero el aire oponía resistencia. Mi vuelo era torpe; casi estaba flotando, más que volando. Antes de que pudiera llegar hasta él, Leslie había abierto la puerta de su casa y la había cerrado con delicadeza, dejándome en la calle. Me posé en la hoja dura y brillante de un arbusto que había junto a la puerta y plegué las alas enfurruñado al darme cuenta de que, encima de todo lo demás, era diminuto. ¡Uno de esos ángeles que caben en la cabeza de un alfiler!

Cuando mi hombre desapareció, el aire se enfrió. Destemplado, asustado y perplejo, me concentré en Leslie y descubrí con asombro que era como si me encontrara en su dormitorio, mirando a su robusta y atractiva mujer, cuando en realidad estaba tiritando fuera de la casa.

Al oír entrar en casa a su marido, Deirdre Senzatimore se movió bajo el denso edredón, abrió un ojo y miró a la rendija entre las cortinas. Azul eléctrico. Casi era de día. «Hay tantos incendios de noche», pensó mientras volvía a quedarse dormida, «¿por qué?...». En su mente adormecida, su hijo sordo de cinco años, Stevie, estaba encendiendo una pequeña hoguera en el dormitorio de Deirdre y, a medida que iba creciendo, el calor se volvía insoportable. «¿De dónde has sacado esas cerillas?», le preguntaba ella, incapaz de levantar la cabeza de la almohada. Pero el niño rubio se reía, encendía una cerilla tras otra y las tiraba al suelo como si echara migas a unas palomas. Justo en ese momento entraba Leslie vestido con todo su equipo de bombero. Llevaba una gruesa manguera de lona en una mano y rociaba a Stevie con un buen chorro de agua. Deirdre le gritaba que parara, pero él seguía apuntando al pequeño con el chorro, como si fuera el niño el que estuviera ardiendo. El agua dejaba de salir, como controlada por un grifo que hubiera en algún sitio, y Deirdre corría hacia su hijo empapado y descubría que Stevie estaba cubierto de relucientes piedras translúcidas. Cogía una y la sostenía con el pulgar y el índice. Era un diamante.

Deirdre, que ahora sintió a su marido en la habitación y se despertó, se giró dentro de su fino camisón de algodón, retorciendo el tejido al volverse para mirarle, y a continuación dejó caer otra vez la cabeza sobre la almohada. Desnudo y con el pelo mojado tras haberse bañado, Leslie se metió bajo el edredón, atrayendo a su mujer hacia su pecho, rodeándola con sus grandes brazos, sintiendo su suave vientre, sus grandes pechos, toda esa carne fuerte plegada de alguna forma bajo el fino tejido. Le apartó la pesada cabellera del cuello y le puso la cara contra la nuca. Tenía la piel templada, casi caliente.

—¿Qué tal te ha ido? —susurró Deirdre.

—Un incendio en un sótano —contestó él—. La instalación eléctrica.

En cuestión de segundos, los dos se sumieron en un profundo sueño.

Leslie había visto por primera vez a Deirdre en el supermercado Stop & Shop de Patchogue, cuando ambos se acercaban a los treinta. Ella empujaba un gran carro lleno de comida y su hijo iba andando a su lado. Bud era un niño de seis años muy delgado y con unos enormes ojos marrones. Iba cantando para sí en voz baja mientras caminaba con un dedo enganchado en una varilla del carro de metal. Cuando Leslie se cruzó con él, Bud levantó la vista y esbozó una amarga media sonrisa. Leslie levantó las cejas, pero no dijo nada; ya no se podía hablar con niños a los que no se conocía. Entonces alzó la mirada y vio a la madre. Deirdre medía más de un metro ochenta y tenía la cara

huesuda, el pelo castaño y brillante y un busto prominente que resaltaba bajo una prenda ceñida. Hasta sus manos eran grandes. Mientras examinaba la enorme variedad de latas de judías con tomate, tenía una forma distraída y pensativa de moverse que sugería una profundidad interior, una especie de tristeza secreta que conmovió a Leslie. No llevaba anillo de casada.

En el aparcamiento volvió a fijarse en ella, en su abundante pelo brillante, mientras ella y el niño de la media sonrisa metían las bolsas de la compra hábilmente y en silencio en el maletero de un abollado coche de cinco puertas que el destino quiso que estuviera aparcado a dos coches de la camioneta de Leslie. La forma diestra y autosuficiente en que se movían madre e hijo le llevó a preguntarse si tendrían a alguien que los ayudara cuando llegaran a su destino. Una vez que el niño estuvo en el asiento trasero con el cinturón abrochado, Deirdre se quedó parada, vacilante, con una mano apoyada en el carro vacío y mirando a su alrededor.

—Ya te lo llevo yo —gritó Leslie.

Deirdre le miró con los ojos entrecerrados, confundida.

—¿Cómo?

—Te llevo el carro a su sitio.

—Ah. Gracias.

Leslie se acercó, avergonzado por la mirada de aquella mujer. Le pareció que estaba tardando una eternidad en llegar hasta ella. Se acordó de una explicación muy mala que le había dado un profesor de lo que era el infinito: cuando, al cruzar una habitación, primero tienes que llegar hasta la mitad, después hasta la mitad de esa mitad, después hasta la mitad de esa mitad, de modo que atraviesas una serie infinita de mitades sin llegar jamás a tu destino. Pero, recordaba haber pensado Leslie, uno sí que llega siempre al otro lado de una habitación. Cuando por fin llegó hasta Deirdre, le cogió el carro y lo empujó ligeramente hacia un lado para que nada se interpusiera entre ellos.

—Uno quiere ser buena persona y devolverlos a su sitio, pero es un rollo, ¿verdad? —dijo haciendo un gesto vago con su enorme brazo. Ella sonrió. Leslie le tendió la mano enérgicamente, como si la estirara para coger un vaso a punto de caerse—. Les Senzatimore.

—Menudo trabalenguas de nombre —contestó ella riéndose y estrechándole la mano. La suya era áspera y fuerte, pero aun así se veía diminuta dentro de la manaza de él—. Yo me llamo Deirdre.

—Encantado —dijo Leslie.

Dentro del coche, Bud se giró en el asiento, buscando a su madre.

—Tengo que irme a trabajar —anunció ella vacilando durante un instante y, como advirtió Leslie, lanzándole una mirada al dedo, en el que no llevaba anillo de casado—. Gracias otra vez.

Leslie sintió el impulso de saltarse los preliminares, sentarse en el asiento del conductor del penoso cochecito de Deirdre e irse con ellos. Ninguno de los dos se movió. La tensión sexual se arremolinó en la pausa que se produjo a continuación, como el agua del mar al llenar una hendidura en la arena.

–¿Mamá? –llamó Bud con curiosidad.

–Ya voy, cariño –contestó Deirdre suavemente dando un paso.

–¿Dónde trabajas? –preguntó Leslie. No quería perderla, pero no podía invitarla a salir, todavía no.

–Eh..., ¿te suena una tienda de decoración que se llama Trumbull Interiors? En Main Street.

–Sí, la conozco. De hecho..., estaba pensando en pasarme por allí.

Leslie trazó compulsivamente una cruz en el paladar con la lengua como penitencia por su mentirijilla.

–¿Ah, sí? –dijo Deirdre mirándole con escepticismo, con un asomo de sonrisa en la cara. Ya tenía algunas arruguitas alrededor de los ojos de color ámbar. El sufrimiento que había tras aquella mirada amarga le intimidó ligeramente. Sentía que aquella mujer podía ver a través de él y mucho más allá. No tenía claro que quisiera aceptar el reto, pero aun así siguió adelante.

–Tengo que hacer algo con mi casa –le confió visualizando su piso de alquiler, amueblado al tuntún y sin el más mínimo rastro de cariño. Tan solo unas cuantas sillas de contrachapado, un sofá de piel sintética marrón, un equipo de música, una televisión: el lugar perfecto para odiarse a uno mismo. De pronto le asaltó una punzada de dolor por la muerte de su padre, algo que llevaba años sin sentir, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se los frotó como si le estuviera deslumbrando la luz, cogió las gafas de sol que llevaba colgadas del bolsillo de la camiseta y se las puso. Ahora Deirdre estaba teñida en sepia, hermosa tras aquel filtro. Los pómulos marcados y la boca generosa, la nariz prominente, los ojos sabios, todo parecía parte de un fotograma de una película.

–Bueno, Trumbull es caro, pero está bien si quieres cortinas o..., no sé, asesoramiento sobre colores y todo eso –dijo Deirdre dirigiendo la vista a sus grandes sandalias. Llevaba las uñas de los pies pintadas de rojo coral–. Yo no compraría muebles allí.

–Si voy, ¿tú podrías ayudarme? –preguntó Leslie.

–Sí, claro. Pregunta por mí. Deirdre Jenkins.

Cuando se acostó con ella, tres semanas después de aquel día, le entusiasmó su fuerza. En la cama lucharon como titanes, con sus cuerpos envueltos en las sombras que proyectaban las nuevas cortinas, quizá algo demasiado femeninas, que Deirdre había escogido para Leslie en su plan de redecoración. Le encantaron los turgentes muslos de Deirdre, sus firmes brazos, la ancha y poderosa armazón de su pelvis. Por encima de todo, a Leslie le daba miedo llevar una vida insignificante. Su padre había sido un hombrecillo pusilánime; Leslie viviría una vida honrada y valiente, a la luz del día, con aquella robusta mujer que era como un animal. Su piel siempre estaba caliente.

Mientras Leslie dormía con Deirdre, yo, su ángel invisible, me mantuve agarrado a mi balanceante hoja delante de la casa de los Senzatimore, con el pasado de Leslie recorriéndome el cuerpo como una fiebre, y le oí respirar. También oía la respiración de Deirdre, el zumbido del calor que irradiaba su habitación, el siseo de una pierna o un brazo al rozar las sábanas. Hice un gran esfuerzo por ver también lo que estaba soñando Leslie, pero lo único que pude distinguir fue la silueta de un barco muy largo.

Al bajar las escaleras, Deirdre vio a sus dos gatos –uno blanco y otro atigrado– dibujando ágiles ochos en el piso de abajo, moviéndose de un lado para otro como tiburones esperando impacientes su comida. Mientras cogía brillantes trozos de carne en salsa gelatinosa de una lata con una cuchara se dio cuenta de que lo que le incomodaba de los gatos era que sus patas no hacían ruido. Vistos desde arriba, parecía que planeaban sobre el suelo. Eran sigilosos, parasitarios, displicentes. Pero los gatos de los Senzatimore eran una leyenda; uno de cada dos maullidos del vecindario estaba emparentado de alguna forma con los gatitos originarios que había rescatado Leslie. Siempre tendrían gatos, tanto si a ella le gustaba como si no. Con el lustroso pelo de los animales acariciándole los tobillos, Deirdre abrió la puerta y puso la comida fuera. Los felinos salieron a toda velocidad. Aprovechando la ocasión, yo entré zumbando antes de que Deirdre cerrara de un portazo.

La casa estaba decorada a lo grande, con una robusta mesa auxiliar de pino en el vestíbulo y gigantescas baldosas azules y amarillas en el suelo. En la cocina, amplia, luminosa y ordenada, había una inmensa caja metálica en un rincón y una mesa de carnicero de madera, a la que acompañaban cuatro taburetes a juego especialmente altos, y que tenía encima un aro de hierro negro con enormes cacerolas colgadas. Los armarios de madera estaban pintados de un blanco cremoso y reluciente. Todo parecía construido para gigantes, lo cual tenía sentido a la vista del tamaño de Leslie y Deirdre Senzatimore.

Al entrar flotando en el salón, vi unos blandos sofás como mazacotes y unas sillas sin forma. Aquellos muebles tenían que deformarle a uno la columna vertebral. La idea de lo fea que estaría una persona repantigada en uno de esos asientos me dejó consternado. En mi época, los muebles ayudaban a la gente a moverse de forma elegante y precisa. Todavía no estaba familiarizado con el concepto de informalidad propio de los tiempos modernos. Aquellos sofás flácidos me confundieron y me perturbaron. Entristecido por la decoración, me fui volando al piso de arriba. Por una puerta abierta en el pasillo, alcancé a ver unas paredes con nubes esponjosas pintadas y a Deirdre inclinada sobre el cuerpecito hecho un ovillo de su hijo.

Stevie aún estaba durmiendo, con su pequeño pecho subiendo y bajando. Tenía la boca cerrada, los ojos moviéndose detrás de los párpados y los claros rizos del cuello húmedos de sudor por el excesivo número de mantas que le tapaban. Deirdre quería quitarle una, pero odiaba despertar a su pequeño, perturbarle cuando dormía e interrumpir los sueños en los que, quién sabe, quizá oyera cosas. No les habían dado ninguna esperanza de que pudieran operarle o curarle; Stevie era sordo, y punto. Me sentí avergonzado, allí parado en el aire, y me fui volando al piso de abajo. Deirdre regresó a los pocos minutos y se puso a pesar un poco de café. Entonces apareció Leslie, seguido del spaniel. Las uñas del viejo perro hicieron un «clic, clic» al arrastrarse por el suelo de baldosas.

–¿Ya estás levantado? –dijo Deirdre.

–Tengo mucho que hacer –contestó Leslie. Olía deliciosamente a colonia. Llevaba una camisa verde menta planchada y metida por dentro de los vaqueros y el pelo corto

peinado hacia atrás. Deirdre puso un café y unas tostadas en la mesa.

—¿Quieres huevos? —preguntó, consciente de que era demasiado tarde para que fuera una oferta tentadora. Las tostadas se iban a enfriar.

Leslie sonrió.

—No, cielo. ¿Trabajas hoy?

—Sí, tengo una clienta... Va a venir luego, cuando vuelva de llevar a Stevie.

—Hoy es sábado.

—Ya lo sé, le voy a dejar allí medio día —explicó Deirdre.

—Yo puedo llevar a Stevie —dijo Leslie—. Voy a ir a trabajar más tarde.

—Vale —contestó ella.

—¿Va todo bien? —preguntó Leslie.

—Sí, estoy bien —dijo Deirdre. Leslie le dio un beso y salió de la cocina con un trozo de tostada en la mano. El perro fue detrás de él.

Deirdre se quedó de pie, con el cuerpo inclinado hacia delante y las fuertes muñecas apoyadas en el borde de la mesa de carnicero. Llevaba su trasero de valquiria enfundado en unos pantalones ajustados de tela azul resistente que descendían hasta un par de botas de piel labrada terminadas en punta. Intrigado por su complexión robusta, me posé en el borde de un cuenco de porcelana y me puse a escuchar sus pensamientos.

La quietud de la casa llegaba a sus oídos como un zumbido. Vio el sonido como un círculo rojo que daba vueltas y vueltas: las pulsaciones del silencio. Se preguntó si sería eso lo que oía Stevie o si realmente no oía nada. Deirdre y Leslie habían empezado a aprender la lengua de signos al día siguiente de que les dijeran que el bebé era sordo. Estaban haciendo todo lo que podían por él, y sin embargo había una sensación de carencia, de que le habían privado de algo, que parecía innata en Stevie. Pasaba rápidamente de una introversión angelical a tremendos ataques de ira difíciles de manejar. Deirdre era incapaz de enfrentarse a él. Por fuerte que fuera, la culpa que sentía por la discapacidad de su hijo le impedía ser dura. Miró el reloj: las ocho y cuarto. La *au pair* ya se había ido a su clase de inglés en el centro. Quería que Stevie durmiera lo máximo posible; si se levantaba de malas, podía ser un infierno. Algunos días bajaba lleno de luz, sonriendo, como un milagro de felicidad. Otras veces la rabia le arañaba desde dentro, controlándole el humor. Se volvía desconfiado, rencoroso, ofuscado. Oyó un ruido en las escaleras. Era Stevie.

—Hola, cariño —dijo Deirdre con signos.

Stevie, un niño rubio de aspecto frágil, se acercó a su madre y se le agarró de la pierna, pestañeando con sus claros ojos soñolientos. Deirdre lo cogió en brazos y lo mecía a un lado y a otro, hundiéndole la cara en el suave cuello. ¿Cómo podía haber temido el momento de verle? A su chiquitín.

Al otro lado de la ventana, un gran gato atigrado naranja al que Deirdre no había visto nunca se subió al alféizar, la observó fijamente con una mirada furiosa y maulló intensamente, taladrándola con sus ojos amarillos. Deirdre oyó sus indignadas quejas a través del cristal. Parecía que estaba intentando decir algo. Deirdre sentó a Stevie en una

silla, se acercó a la puerta y la abrió ligeramente. El animal se bajó del alféizar de un salto, aterrizó en el suelo con un golpe seco y se acercó a la puerta abierta con actitud agresiva, intentando meter la cabeza en la casa.

—¿Qué haces? —dijo Deirdre empujándolo con el pie—. Fuera. Largo de aquí.

Lo último que necesitaban era otro gato. Salió por la rendija de la puerta, la cerró tras de sí y dio un pisotón en el suelo. El gato naranja dio un salto hacia un lado, pero después se detuvo, se sentó con la frente arrugada y la miró.

—¿Qué quieres? —preguntó Deirdre—. Vete.

Cogió una piedrecita del suelo y la lanzó a unos centímetros del gato. El animal se alejó correteando, pero al llegar al borde del césped se estiró ostentosamente, casi con insolencia. Deirdre volvió a entrar en la casa. El corazón le latía con fuerza. Stevie la estaba mirando con los ojos muy abiertos, como para atrapar toda la información que pudiera con ellos.

—Un gato —explicó Deirdre con signos—. Tiene que volverse a su casa.

Satisfecho, el niño se distrajo con un juguete que había en la mesa, tocándolo con unos dedos inquisitivos y avariciosos. Deirdre observó cómo jugaba, aliviada de que estuviera entretenido. A veces sentía que los deditos de Stevie trataban de agarrarse a ella como insistentes animales, rasgando su concentración, su mente, su espíritu. Una vez le había pegado; un cachete en la manita. Se ponía enferma solo de recordarlo.

Observé su rostro pensativo y me acordé de Solange. Ella solía ensimismarse de la misma forma. Oh, Solange, ¡mi querida vieja amiga! Me pregunto cuántos años viviste. Incluso si llegaste a anciana, llevas dos siglos muerta.

La primera vez que vi a Solange tenía dieciséis años y llevaba mi caja de quincalla –cuchillos, saleros, cajitas de rapé, martillos: cualquier cosa que pudiera vender– auestas por el barrio de Saint-Honoré, anunciando mi mercancía a pleno pulmón. La caja iba enganchada a una correa de cuero que llevaba colgada del cuello y que se me clavaba dolorosamente en la piel.

Una fornida criada con pinta de arpía, con un delantal salpicado de sangre, las manos rosadas y unas finas venas rojas que le recorrían la nariz como hilos, empezó a manosearme los cuchillos, comprobando las hojas y volviendo a tirarlos al cajón como si quisiera cortarme en rebanadas con ellos. Yo me quedé inmóvil, observando con calma cómo lo revolvía todo. Cuando por fin escogió un cuchillo y me preguntó el precio bruscamente, hice una ligera reverencia.

–Normalmente cobraría treinta sueldos, pero a vuestra merced, *chère madame*, se lo dejo por veinticinco.

A la señora pareció contrariarle que le ofreciera una ganga y dio un resoplido. Se le torció la boca con una sonrisa involuntaria mientras me ponía las monedas en la mano, con cuidado de no tocarme. Imagínense, ¡un judío ofreciéndole una ganga a alguien! Cogió el cuchillo, se volvió rápidamente y se alejó caminando como un pato, ansiosa por olvidar todo el incidente. Yo me puse a ordenar el cajón de los cuchillos, deleitándome en mi penoso triunfo, cuando entreví la seda verde azulada de un elegante vestido y percibí el oscuro e intenso aroma de un perfume de gardenia.

–¿Tiene vuestra merced cajitas de rapé? –preguntó una voz pícaro y musical.

–*Oui, mademoiselle* –respondí mientras abría el primer cajón y sacaba tres cajitas de rapé pintadas.

–*Madame* –me corrigió.

–Discúlpeme –dije levantando la mirada hacia su rostro. Era joven, de unos veinte años, con una cara larga y triste de rasgos españoles y unos ojos pequeños de color chocolate. Tenía el cuello salpicado de diminutas marcas de nacimiento. Sus facciones no eran, ni con mucho, tan hermosas como lo era el conjunto. Cogió una de las cajitas y le dio la vuelta con las yemas de sus delgados dedos.

–¿Cuánto pide por esta? –preguntó.

–Treinta y dos sueldos –contesté.

–¿Cómo puede ganarse la vida con esto? –exclamó mientras volvía a dejar la cajita en su sitio y apoyaba una mano fuerte y pequeña en mi caja de quincalla–. Es judío, ¿verdad?

–Sí, *madame*.

—Si lo quiere, mi señor tiene un trabajo para vuestra merced —dijo—. Ganará más en una mañana que si vendiera toda esta caja de morralla.

—¿Quién es su señor? —pregunté.

—El conde de Villars. Esta es su casa —dijo señalando la mansión que tenía detrás, cercada por un alto muro—. Solo son unos cuantos recados. Puede dejar su caja en la cochera, allí no le pasará nada. Y después, cuando termine, venga a la cocina y le daremos sopa y pan.

Tenía una forma de hablar fresca y alegre que hacía que todo lo que describía sonara apetecible.

—¿Cuánto me va a pagar?

—Un luis —contestó.

A menudo mi padre no ganaba eso ni en un mes. Me imaginé el gesto de recelo que aparecería en el rostro del viejo cuando llegara a casa con la moneda de oro.

—No puedo aceptarlo —dije.

—¿Por qué no?

—Lo siento, *madame*.

—¡A mí me parece bastante generoso! —exclamó.

—Es demasiado generoso. Es... ridículo —dije bajando la mirada hacia mi caja.

—¡Ridículo! —dijo riéndose—. ¿Está enfadado conmigo? Está bien, no se disguste tanto. ¡Dios bendito! ¿Y qué cantidad no le parece ridícula por una mañana de trabajo haciendo repartos?

—Cuarenta sueldos —respondí en voz baja.

—Me llamo Solange —dijo—, ¿cuál es su nombre?

—Jacob Cerf —contesté.

Me llevó a la cochera, una sala muy pequeña bien barrida y ordenada que tenía en el centro un reluciente carruaje carmesí cuya puerta estaba decorada con un emblema familiar con dos leones rampantes dorados. A un lado había aparcado un carruaje de mayor tamaño, cubierto con una lona. Me pasé la correa de cuero por encima de la cabeza y apoyé la caja en el suelo. Entonces Solange desapareció durante unos instantes y regresó con varios saquitos de piel llenos, acompañados de cartas con direcciones.

Hice el reparto. Aunque los comerciantes me observaban con curiosidad cuando llegaba, preguntando «¿Del conde de Villars?» y mirando dentro de los saquitos, una vez que contaban las monedas del interior se quedaban contentos. Supuse que hacía tiempo que mi patrón no saldaba sus cuentas.

Cuando volví, Solange me estaba esperando delante de la gran casa. Me acompañó a la cocina y ordenó a la cocinera que me sirviera sopa, fiambre y pan. A esta no le hizo gracia, pero obedeció, poniéndome los platos delante con brusquedad. Estaba muy hambriento, pero no me atrevía a comer en casa de un gentil, por miedo a infringir nuestras normas alimentarias. Me quedé sentado como un idiota delante de la tentadora comida, con las manos en el regazo, a punto de echarme a llorar de vergüenza.

—¿Le parece que le pasa algo a la comida? —se rio la cocinera.

—No importa —dijo Solange—, quizá mañana tenga hambre. Vuelva entonces, tendremos

trabajo esperándole.

A la mañana siguiente regresé a la casa del conde. Después, todos los días menos el sabbat, Solange encontraba recados que encargarme: llevar una casaca al sastre para que la remendara, comprar una madeja de hilo, unos botones, unas hebillas para un par de zapatos. Solange siempre me daba bastante más dinero del que necesitaba para los recados, pero yo siempre traía el cambio correcto. No era ningún ladrón.

Al final me convencí de que no había nada de malo en tomarme la sopa y el pan que me ofrecían, siempre que no comiera carne. Cada día, cuando terminaba de hacer los recados, volvía a la cocina y me sentaba en la larga mesa de madera a sorber sopa y partir trozos del excelente pan blanco. Pasaba el resto del día vendiendo mi mercancía y después metía lo que había ganado con la caja de judío en la lata que tenía mi madre encima de la estufa, para comida y otros gastos de la casa. El dinero del conde me lo guardaba, pensando que algún día lo utilizaría y le demostraría a mi padre que era un astuto hombre de negocios.

Una fría tarde, cuando había hecho los recados del conde y estaba sentado metiéndome en la boca una cucharada de potaje de guisantes y menta con un gesto de gratitud, oí a la cocinera susurrar a Solange:

—Mira qué buen mozo es.

Me atraganté de la vergüenza y tuve que marcharme antes de terminarme el potaje, de lo que me arrepentí más tarde, cuanto estaba tumbado hambriento en mi cama.

Al cabo de cinco semanas, Solange me preguntó:

—¿Le gustaría conocer al señor de la casa?

Me pidió que volviera a colgarme la caja del cuello y yo obedecí. Me condujo por un largo pasillo con suelo de parqué y por una escalera de mármol, sobre una alfombra persa, junto a paredes verde pistacho con molduras de oro y recibiendo la luz que entraba por unas altas ventanas.

—Le he traído lo que quería —oí decir con orgullo a Solange, que estaba delante de mí y me impedía ver parte de la habitación a la que estaba mirando. Sus faldas de seda eran tan anchas, colocadas sobre un tontillo con forma de jaula de gallinas oblonga, que no podía entrar de frente, sino que tuvo que ponerse de lado y pasar de perfil. Se quedó a medio entrar, con la cabeza vuelta hacia su señor y los codos apoyados en el ancho armazón que sostenía su vestido.

—Mi querida Solange —dijo una voz aguda y juvenil—, vos nunca me decepcionáis.

En ese momento, Solange accedió del todo a la habitación y me hizo un gesto para que la siguiera. El conde estaba sentado. Era más joven de lo que esperaba, puede que unos treinta años. Llevaba las cortas y regordetas piernas enfundadas en un calzón ceñido de seda naranja asalmonada que, cuando cruzó las piernas, sonó como si alguien se frotara las palmas de las manos. Tenía el cuello rechoncho, la nariz ancha y los labios carnosos, y sus ojos eran como los de un basset. Mi primera impresión fue que a aquel hombre le sobraba cara.

Me miró con interés.

—Adelante, joven —dijo mientras tomaba una pizca de rapé de una cajita esmaltada y se

lo ponía donde la muñeca se une al pulgar, en el hueco entre dos tendones. A continuación inclinó el cuerpo hacia delante, se tapó un agujero de la nariz y esnifó.

—Puede que sea completamente imposible, ya sabe —dijo Solange.

—Desde luego —contestó el conde mientras esnifaba—. Esa es la gracia, ¿no?

En silencio y a unos metros de la puerta, me dediqué a observar atentamente la habitación. El despacho del conde era íntimo y a la par fastuoso, con sillas de bordes dorados, paredes de seda amarillo caléndula, un escritorio azul claro con delgadas patas curvas, cuatro brillantes cuadros de caballos con hermosas cabezas de perfil delante de campos verde esmeralda y un desnudo de una rolliza mujer recostada sobre un diván de seda rojo. Aparté la mirada de la figura del cuadro, la primera mujer desnuda que había visto en mi vida, y mis ojos fueron a parar a un diván rojo idéntico, delante del cual estaba Solange con su vestido de rayas rojas y blancas. En su rostro juvenil había un gesto de seriedad; tenía la mirada perdida, pensativa. La tapicería de seda roja intensa del diván tenía pequeños pelícanos estampados y brillaba con fuerza a la luz de la fría mañana que entraba por una ventana alta. Al otro lado de la habitación, colgado en el centro de la pared entre otros sensuales lienzos, había un estrecho cuadro con un marco con volutas doradas en el que aparecía un joven quincallero judío vestido con harapos. La ropa, aunque más o menos a imitación de la moda de la época, estaba gastada y remendada; el sombrero de tres picos brillaba por el uso. Llevaba una pesada caja de judío colgada del delgado cuello. Enseguida me di cuenta de mi error: era un espejo. Me fijé en mi gastada casaca negra sin forma, mi chaleco rojo, mi amplio calzón negro, la caja de quincallero con sus múltiples cajones que me colgaba del cuello. Al observarme a mí mismo como si fuera la primera vez que me veía, en aquella espléndida habitación dorada, me invadió una sensación de decepción y repugnancia. Noté cómo me subía la temperatura de la cara.

El conde carraspeó.

—¿Puedo llamaros Jacob?

Asentí con la cabeza.

—¿Es cierto que sois judío, como dice Solange?

—Sí, *monsieur* —susurré.

—En ese caso —dijo levantándose de un salto y quedándose de pie con la espalda inclinada y el enguatado trasero en pompa—, tengo una propuesta para vos. Solange me ha estado contando que sois un joven muy responsable. Extremadamente responsable y... cordial. Como hombre, completamente al margen de vuestro... vuestros orígenes. Sé que desde muy pequeño os han educado para que creáis que no podéis mezclaros con gente como nosotros, que debéis tenernos miedo y lástima, esa es mi impresión. ¿Estoy en lo cierto?

El miedo me estrechó la garganta.

—Quizá tengáis razón —continuó—. El vuestro es un pueblo asombrosamente fiel a sus tradiciones. Sin embargo..., quiero haceros una proposición, para que la consideréis. Un nuevo futuro. Necesito un segundo ayuda de cámara y quiero ofreceros el puesto a vos. Para poder aceptarlo, tendréis que dejar a vuestra familia y vuestra vida anterior, y a

cambio yo os pagaré generosamente. Tres luises semanales. Viviréis aquí, y en mis otras casas cuando viajemos. Me acompañaréis en todas mis salidas personales y me ayudaréis con todos mis asuntos. Si decidís uniros a esta casa, se os tratará sin prejuicio alguno. Veréis el mundo.

Esto último lo dijo con un gesto muy grandilocuente, estirando ambos brazos y abriendo los ojos de par en par. Sus modales me eran completamente ajenos; no sabía cómo interpretarlos. Resultaba ligeramente ridículo, con su postura de bailarín regordete, sus pies mirando hacia los lados, su entusiasmo..., y sin embargo le envolvía una finura exquisita y hablaba un francés hermosísimo.

Me sentía desconcertado y avergonzado, tanto por el conde como por mí. Me volví hacia Solange, que ahora me estaba mirando con expectación.

—Le ruego que me disculpe, *monsieur* —dije, y a continuación salí de la habitación caminando hacia atrás y hui por el pasillo, con mi mercancía moviéndose con gran estrépito dentro de mi caja de judío. Bajé las escaleras de mármol a toda prisa, atravesé la cocina, salí por la puerta y me alejé de la gran casa.

Regresé a mi antigua vida, resuelto a no volver a pisar la voluptuosa casa del conde nunca más. El señor se había precipitado.

Ahora debo describir la repugnante experiencia de mi primer viaje en un carruaje sin caballos. Me aferré a la costura del hombro de la camisa de Leslie, aterrorizado por el paisaje que daba vueltas a ambos lados de mí: edificios borrosos, otros carruajes que pasaban a nuestro lado como una exhalación, tirados por lo que parecía arte de magia y con sus gruesas ruedas girando sobre la negra calzada. Cada vez que pasaba uno de esos *behemots* me imaginaba los destellos del metal cuando la enorme bestia volcara y viniera dando vueltas de campana hacia nosotros. Intenté cerrar los ojos, pero era como si tuviera pegamento sujetándome los párpados abiertos. Incapaz de soportar lo que veía, me concentré en la mano de Leslie, con la que tenía agarrado el volante. Con mi nueva vista hiperdesarrollada vi la trama de líneas cruzadas de su piel. Tenía los nudillos secos y huesudos, las venas hinchadas: una mano de trabajador. Me quedé mirando fijamente el fascinante mapa de su epidermis hasta que conseguí calmarme y olvidarme de mi sobresaltado cuerpo.

Leslie inclinó el espejo retrovisor para poder ver lo que estaba haciendo Stevie en el asiento trasero. El niño tenía la cara pálida y el pelo color masilla. Sujetaba en la mano un hueso de goma para perros y estaba pasando los dedos una y otra vez por la rugosa superficie. Leslie se preguntó si era antihigiénico dejar que su hijo jugara con algo que había baboseado el perro. Odiaba quitarle cosas al niño; ya le habían quitado demasiado. La sordera no era tan horrible. No tanto como la ceguera. Aunque quizá fuera peor. No oír palabras. ¿Era peor eso? ¿Te aislaba todavía más? ¿Cómo funcionamos realmente, con palabras o con imágenes? Cuando lo pensaba, la ceguera le resultaba más aterradora. Sin embargo, un ciego podía sonar como una persona normal por teléfono. Podía encargarse de la madera o pedir una *pizza*, podía llamar a una chica para invitarla a salir. Un sordo sonaba como un idiota. Su chiquitín. Era muy pequeño, pequeño para un niño de cinco años, incluso más pequeño que muchos perros, caviló Leslie mientras paraba delante del Centro Sunshine para Personas con Discapacidades Auditivas. Había muchos niños sordos, pensó. Seguía habiendo casos de sordera. Lo que le atormentaba, sin embargo, era por qué le había tocado a Stevie. Era consciente de que a alguien tenían que pasarle las cosas malas, pero le parecía que el suicidio de su padre había cubierto su cupo personal de desgracias. Cogió al niño en brazos y entonces recordó que la profesora les había llamado la atención sobre que tenían que dejarle ser autónomo. Le bajó al suelo y le cogió el juguete de la mano con cuidado. El crío gimió y sujetó el hueso con fuerza contra el pecho. Leslie apretó los dedos con los que tenía agarrado el juguete y sintió que el cuerpo de Stevie se ponía rígido. Leslie soltó el hueso de goma inmediatamente, pero

ya era demasiado tarde; el niño se había puesto a dar gritos roncOS y estaba abrazado al juguete con el cuerpo agarrotado.

–Vale, vale, te lo puedes quedar –dijo Leslie acariciándole la espalda a su hijo, intentando que relajara los músculos–. Mírame, Stevie.

Se arrodilló y sujetó la cara del niño con las manos. Stevie tenía las comisuras de la boca curvadas como las de un payaso y los ojos cerrados con fuerza. Empezó a chillar haciendo pequeños movimientos convulsivos, como un animal. Sus dedos se habían quedado petrificados alrededor del juguete del perro.

–Tranquilízate –dijo Leslie con voz relajada, mirando al niño a la cara.

Lo intentó con signos:

–No pasa nada. Mira, no pasa nada. Puedes quedarte con el juguete.

Al final cogió al sollozante niño en brazos y entró en el colegio.

Cuando entró en la clase de Stevie, Leslie se sintió como un gigante. Rozaba el techo con la coronilla y los niños le llegaban a las rodillas. La señorita Parr, la maestra, tampoco era muy alta, pero cada vez que la veía se sorprendía de la enorme anchura de sus caderas. Llevaba la larga y rizada melena peinada con la raya al medio y tenía los ojos caídos con gruesas pestañas rectas y una boca diminuta. Y olía como una hoguera de leña en cualquier época del año. Leslie encontraba a la señorita Parr inexplicable y perturbadoramente atractiva.

–Hola, Stevie –dijo mientras Leslie intentaba dejar al niño en el suelo. Stevie, todavía con el pecho temblando de la excitación, se agarró a la tela de los pantalones de Leslie como un monito. La señorita Parr se arrodilló y le pidió algo gesticulando diestramente con las manos. Stevie sacudió la cabeza, agarrando con fuerza el juguete del perro. La profesora se levantó y, todavía con signos, le dijo a Leslie: «Hola, Leslie, ¿cómo estás?».

Le miró directamente a la cara mientras hacía la pregunta, esperando una respuesta con interés. Le llegaba a las axilas. De pronto Leslie se sintió deshidratado, como si tuviera el esternón y la parte posterior de los ojos llenos de algodón.

–¿Tenéis agua? –dijo con voz ronca.

La señorita Parr vaciló durante unos instantes.

–Sí, ahí hay una fuente.

Leslie se acercó a la fuente liliputiense, con su hijo abrazado a su pantorrilla, se arrodilló y bebió hasta saciarse. A continuación se sentó en la diminuta mesa de dibujo a esperar a que Stevie se tranquilizara. Dibujar siempre le calmaba. Le puso un lápiz rojo en la manita y observó cómo la línea, pura y nítida, trazaba un arco sobre el papel. Un barco. En cuestión de segundos, el niño quedó absorto.

Cuando Leslie estaba a punto de irse, la señorita Parr le hizo un gesto para que la acompañara a un rincón de la clase. Leslie se asustó. Quizá ya no querían a Stevie en el colegio. Demasiado sensible. Necesitaba cuidados especiales.

–¿Pasa algo? –preguntó cruzando los brazos e inclinándose ligeramente para reducir la distancia entre sus cabezas.

–No, es solamente que la mamá de Stevie me ha pedido que vaya a vuestra casa a pasar un poco más de tiempo con él, a darle clases particulares, un par de días a la

semana después del colegio –explicó la señorita Parr pronunciando cuidadosamente las palabras.

–Ah, vale –contestó Leslie mientras recorría el aula con sus claros ojos azules. Era la primera noticia que tenía de aquella idea. Parecía que Deirdre siempre estaba contratando a más gente para que pasara tiempo con Stevie–. Muy bien –añadió.

–Bueno –dijo ella vocalizando bien como si él también tuviera una discapacidad auditiva–, el caso es que le dije que podía ir los martes y los jueves, pero me he dado cuenta de que tendría que ser lunes y viernes porque los martes por la tarde tengo otra cosa. Se lo iba a preguntar a ella cuando viniera hoy. Salvo que os venga mejor el jueves, aunque creo que seguramente es mejor no hacerlo dos días seguidos. Igual Stevie se satura.

Leslie no podía apartar la vista de la boca de aquella mujer, que entonaba todas sus frases como si fueran preguntas.

–¿Entonces le puedes preguntar a Deirdre si le parece bien? –preguntó mirándole con un gesto de expectación.

–¿Me lo repites?

–Lunes y viernes, ¿podría ser? –dijo la señorita Parr sonriendo–. Puedo empezar este mismo lunes.

–Sí, de eso me puedo acordar –contestó él.

–También le puedo mandar un mensaje a ella –dijo la señorita Parr mientras se alejaba y se agachaba para ayudar a una niña con un rompecabezas. Leslie salió a la fría luz del sol.

Leslie iba de camino al hospital, a ver al anciano al que había sacado del incendio la noche anterior. En condiciones normales no visitaría a alguien a quien había rescatado, ya que entonces todo se volvía demasiado personal, pero conocía a la familia de aquel tipo. Su hijo, Chuck, había sido el mejor amigo de Leslie cuando eran pequeños, hasta que, cuando estaba en el último año de instituto, cogió el Mercury de su padre estando borracho y se salió de un puente en Freeport. Leslie se sentía en la obligación de sentarse unos minutos con el anciano. Mientras conducía, repasó lo sucedido. Había sido la segunda vez en su vida que había encontrado una víctima con vida. El piso estaba lleno de humo negro. Sin poder ver nada, Leslie fue gateando por el dormitorio, tanteando con las manos, oyendo el silbido de la bombona de oxígeno con cada respiración. Al pasar la mano enguantada por la cama, tocó un brazo delgado y la emoción de haber encontrado a alguien le recorrió de arriba abajo. Agarró el cuerpo y lo levantó. Era ligero como el de una niña, débil. Cuando llegó a la ventana y vio una cara como una manzana podrida, con la mandíbula flácida y los ojos hundidos, fue como si le hubieran echado un maleficio. Leslie se avergonzó de su propia decepción. Aun así, le había salvado.

Un ritmo violento y disonante estalló en el coche y me mandó dando vueltas como loco por el aire hasta chocarme contra el techo de tela. Pensé que estaba gritando, pero mi boca no emitió ningún sonido. Leslie puso fin a aquella cacofonía pulsando un botón.

–¿Sí? –dijo al vacío.

Le contestó una voz lastimera que no procedía de ningún cuerpo:

–Soy Evie, tengo todo el... todo el... Hay algo goteando en mi cocina, está cayendo agua por todas partes. Por la pared.

–Pues llama a un fontanero.

–No tiene por qué ser un problema de fontanería. Anda, Les, ven solo a echar un vistazo y a decirme a quién tengo que llamar.

Leslie suspiró y empezó a dar la vuelta.

–Voy para allá.

Su hermana mayor, Evie, siempre le llamaba atacada de los nervios. Según Deirdre, era su manera de decirle que seguía siendo incapaz de valerse por sí misma. Como si hiciera falta que se lo recordaran. Leslie llegó hasta un edificio chato de ladrillo blanco y aparcó. Me quedé pasmado al ver a una mujer rubia abrir una puerta de la planta baja sin otra cosa que un vestido corto de colores que apenas le tapaba las partes pudendas y una chaqueta roja abombada. Mientras salía del coche, Leslie se fijó en que la piel de los largos muslos de la mujer estaba tomando un aspecto grumoso, ablandándose ligeramente encima de las rodillas. Aquello hizo que le preocupara todavía más el hecho de que estuviera soltera.

–Gracias, Les –dijo la mujer metiéndose un mechón de enmarañado pelo rubio detrás de la oreja.

–Bueno, ¿dónde está el problema? –preguntó Leslie mientras entraba en aquel desastre de casa. Había ropa desparramada por el sofá, encima del paragüero. Una esterilla morada extendida en el suelo. En las paredes colgaban varios cuadros de estilo primitivista, sin enmarcar, todos de campos yermos iluminados por la luna.

–Encima del fregadero –contestó ella–. Mira, la pared se está abombando.

Leslie puso la palma de la mano en la pared. Estaba húmeda.

–Los del piso de arriba tienen una fuga, puede que les haya reventado una cañería. ¿Los conoces?

–¿Por qué?

–Porque, si sabes cuál es la habitación que está encima de esta, igual es más fácil identificar el problema. Seguramente es la cocina –explicó Leslie–. Necesitas un fontanero. Como te había dicho.

–No conozco a ningún fontanero bueno. ¿Cuál usas tú?

Leslie sacó su móvil y se puso a buscar un nombre.

–John Green –dijo.

–¿Puedes llamarle? –preguntó Evie mordiéndose el pulgar. Mientras hacía la llamada, Leslie recorrió con la mirada el caos del fregadero de su hermana: tazas sucias de café, un plato con medio trozo de tarta, una tarrina de yogur vacía. Organizó la visita del fontanero para las tres de la tarde con voz amable, aduladora, a pesar de que tenía ganas de llorar.

–No..., a esa hora no puedo estar aquí –susurró su hermana.

–¿Cuándo puedes estar aquí? –preguntó él.

–Desde ahora hasta las dos o entre las cuatro y cuando sea.
 Leslie lo organizó, consciente de que tenía una sensación de opresión en el pecho.
 –Deberías subir y asegurarte de que cortan el agua –dijo Leslie.
 –Por eso odio este bloque, no hay un portero de verdad –se quejó Evie.
 –¿Y el...? Tiene que haber al menos alguien de mantenimiento.
 –Es un negado –contestó su hermana mientras se servía un vaso de zumo–. ¿Quieres beber algo?
 –No –dijo Leslie–, tengo cosas que hacer. ¿Qué tal va la búsqueda de trabajo?
 –Bueno –respondió Evie–, pensaba que tenía una cosa de diseño gráfico, pero no ha salido. Estoy trabajando en un libro para niños.
 Justo en ese momento oí un ruido de agua corriendo, y un tipo sin camiseta con el torso rollizo y bronceado entró de repente en la habitación.
 –Ah –dijo Evie como si acabara de acordarse de que aquel hombre estaba en su casa–. Alan, este es mi hermano, Leslie.
 –Encantado –dijo Alan tendiéndole la mano. Leslie le estrechó la flácida mano. Alan no llevaba ropa interior debajo del pantalón de chándal.
 –¿De qué os conocéis? –preguntó Leslie.
 Alan se rio entre dientes.
 –Somos..., eh...
 –Somos amigos hace poco –dijo Evie.
 –Muy bien –dijo Leslie pestañeando con fuerza–. Llego tarde.
 Evie le siguió hasta el coche, arrastrando los pies enfundados en unas zapatillas de suave pelo blanco.
 –Lo siento –se disculpó mientras se inclinaba sobre la ventanilla abierta.
 –¿Así que le conociste anoche? –preguntó Leslie.
 –Sí –contestó Evie–, me trajo a casa.
 –¿Te habías olvidado de que estaba ahí o qué?
 –No, es que...
 –La próxima vez que estés demasiado borracha para poder volver a casa, llámame –dijo Leslie–. Llámame a mí o llama a un taxi.
 –De todas formas, parece majó –dijo Evie mirando hacia la casa–, ¿no?
 Leslie no sabía qué decir. Se despidió haciendo un gesto con la mano y dio marcha atrás con la camioneta.

De todos los hermanos Senzatimore, Evie era la que más dependía de Leslie. La normalidad postpaterna de los hermanos menores había sido la obra maestra de su madre. Ella y el ligeramente paranoico Vincent McCaffrey se habían convertido en un baluarte de solidez y habían criado a los tres hijos pequeños con mucho amor y múltiples normas dictadas por la Iglesia. En el caso de Leslie y Evie, los dos mayores, todo había ocurrido demasiado tarde. Su infancia prácticamente había acabado ya cuando Charlie se borró del mapa. Evie fue de cabeza hacia las malas compañías y el consumo de drogas. Leslie construyó su vida a base de fuerza de voluntad.

Su siguiente parada era el parque de bomberos. El cuerpo de bomberos de Patchogue, en Long Island, ocupaba un gran edificio de color arena con un enorme y ordenado garaje en el que había aparcados relucientes camiones rojos. Me posé en la espalda de mi anfitrión, que entró saludando a los otros hombres, vestidos con camisetas azul oscuro con un emblema blanco con las siglas del cuerpo de bomberos en el bolsillo. Llevaban el pelo corto, como Leslie. Le propinaron una retumbante palmada en la espalda que casi me mata, pero me moví hacia la izquierda justo a tiempo. Parecía que los otros hombres estaban felicitando a Leslie por su rescate de la noche anterior.

—Pues no te lo pierdas, resulta que conozco al tipo —dijo Leslie—. El señor Tolan. Era el padre de mi mejor amigo cuando era pequeño. He de decir que por aquel entonces era un tío bastante desagradable. Pero todos se suavizan.

Tony, un tipo bajito y corpulento que tenía una taza de humeante café en la mano, bromeó:

—Qué pena que no puedas pedirles una referencia rápida antes de sacarlos del humo. — Se inclinó como si tuviera delante una víctima e hizo como si se quitara una máscara de oxígeno—. Oiga, caballero, ¿por casualidad es usted un gilipollas? Porque si lo es, me parece que le voy a dejar aquí.

Todos se rieron.

—Y que lo diga el Bombero del Año... —dijo Leslie—. Ahora voy a acercarme al hospital a ver al tipo.

—¿Sí? —preguntó Tony sorprendido.

—No iría si no le conociera, pero... me imagino que no tiene a nadie más. Su hijo murió en un accidente estúpido cuando estaba en el instituto y tampoco está su mujer. Ya sabes.

—Yo nunca voy —admitió Tony haciendo un gesto de énfasis con la mano. Él era bombero profesional, trabajaba en la ciudad. No podía permitirse los sentimentalismos.

Leslie se encogió de hombros.

—He venido a ver a quién le toca cocinar esta noche —dijo—. Si es a mí, tengo que hacer la compra según vuelvo.

—¿Qué vas a preparar? —preguntó Tony.

—Estaba pensando en espagueti carbonara y ensalada César. Puede que *caprese*.

—¿Y un postre?

—Claro —dijo Leslie.

—Más vale que esté bueno. Yelding sigue ganando por mucho después del *soufflé* de chocolate de la semana pasada.

Durante el viaje al hospital, escondido bajo el cuello de la camisa de Leslie y reconfortado por la oscuridad, me pregunté cuál podría ser mi cometido como ángel en aquel lugar. ¿En qué podía ayudar? Ya veía que Leslie era un alma noble abrumada por las obligaciones, asaltada de vez en cuando por pequeños arrebatos de lujuria que jamás pasarían de ser meros pensamientos. Rescataba a ancianos amargados, a los que de todas formas les quedaba poco tiempo de vida, de una pequeña y serena inhalación de humo y

después iba a visitarlos al hospital para compensar el hecho de que le habría gustado que fueran niños o mujeres jóvenes. Tenía miedo de morirme otra vez, esta vez de aburrimiento. Convencido de que a este paso no me iba a perder nada importante, me permití echarme un sueñecito.

Tras huir de la gran casa del conde de Villars y de su extraña oferta de trabajo, agradecí regresar a mi rutina. Mi madre me despertaba con delicadeza todos los días a las cinco de la mañana y me traía una palangana con agua a la cama. Hacía mis abluciones, lavándome las manos para quitarme los espíritus impuros que pudieran haberse posado sobre mi cuerpo durante la noche, y rezaba mi oración matutina de agradecimiento. Me ponía el *tzitzit*, una prenda protectora con flecos, como un manto para la oración con un corte en el centro para meter la cabeza. Encima llevaba lo que esperaba que pareciera una camisa de aspecto francés, un chaleco rojo con botones plateados y una casaca negra. Me escondía el *yarmulke* bajo un sombrero de tres picos de fieltro negro.

Me iba rápidamente a rezar las oraciones matutinas con mi padre y mi hermano a uno de los lugares de culto habilitados en distintas casas de nuestro barrio de París – no teníamos sinagoga– y después mi padre y yo nos colgábamos nuestras cajas de quincalla del cuello y nos íbamos a ganar algo de dinero, gritando con voces roncadas: «¡Leontinas! ¡Cuchillos! ¡Cajitas de rapé!», etcétera. Las calles de París eran una algarabía de gritos de vendedores ambulantes, hombres y mujeres, que ofrecían de todo, desde manzanas asadas hasta leña, pasando por agua del Sena. Cada vendedor tenía su propio grito y todos pululábamos por las calles, por los puentes, con nuestras cestas y cajas colgadas, anunciando nuestra mercancía.

Mi hermano Shlomo, el respetado estudioso de la familia, estaba eximido de hacer aquel trabajo y se quedaba todo el día en casa con sus libros. No le envidiaba. Por las tardes, yo jugaba a los bolos en el patio con otros chicos o corría desbocado por el barrio con mi pandilla de amigos. No tenía ninguna gana de estudiar los textos sagrados en mi tiempo libre como se suponía que debía hacer, ni tampoco tenía demasiado interés en los negocios. Yo solo quería divertirme todo lo que pudiera. Mi padre, un hombre serio, incluso pesaroso, pensaba que era un rufián en ciernes. Él interrumpía el trabajo para rezar por la mañana, por la tarde y por la noche: Shajarit, Minjá y Maariv. También formaba parte de un grupo de voluntarios incondicionales que preparaban a los muertos de nuestra comunidad a la manera tradicional. Su actitud hacia mí, su despreocupado primogénito, era de decepción y resignación, a veces salpicada de repugnancia. Yo intentaba verle lo menos posible.

Además de vender cosas, prestaba pequeñas sumas a los gentiles de la zona. En realidad eran cantidades insignificantes; yo no era ningún banquero. A menudo, la gente necesitaba una pequeña ayuda para llegar a fin de mes y la usura estaba prohibida para los católicos. Mi padre, mi hermano y yo prestábamos dinero con un

interés razonable y, cuando llegaba el momento, cobrábamos lo que nos debían. Dentro de nuestra propia comunidad, nos prestábamos unos a otros sin intereses. Esa era la costumbre.

Nuestro mundo de judíos procedentes de Alemania y el norte de Europa ocupaba unas cuatro estrechas y serpenteantes calles de París que partían de la calle Saint-Martin, en la orilla derecha del Sena. Los judíos portugueses vivían en la orilla izquierda, cerca de la calle de los Grands Augustins. Ellos comerciaban con sedas y chocolate y los pasaportes que les daban eran válidos el doble de tiempo que los nuestros.

En el pasado había habido una comunidad judía mucho mayor en París, pero en 1306, Felipe IV, que necesitaba ingresos para un Estado francés en bancarrota, tuvo una genial idea: arrestó a todos los judíos de Francia, confiscó nuestro dinero y nuestras propiedades y nos deportó. Aquello dio origen a una serie de órdenes de expulsión que fueron revocadas y restablecidas varias veces a lo largo de los siglos siguientes. Nos dejaban entrar o nos echaban, dependiendo de lo importantes que se nos considerara para los negocios. Por suerte para mí, Luis XV era un rey tolerante. En los últimos cincuenta años, más o menos, se había permitido que los judíos entráramos sigilosamente en París, poquito a poco, como ratas volviendo a meterse en una casa una vez que se ha ido el cazador.

Mi vida de adolescente siguió avanzando con normalidad durante varios meses hasta que recibí la sorpresa de que me iba a casar. Tenía diecisiete años. Mi prometida había sido escogida de entre el escaso puñado de jóvenes judías de París por la casamentera del barrio, en connivencia con mis padres, y el acuerdo prenupcial fue negociado por un agente matrimonial. Hodel Mendel solo tenía catorce años. A ojos de mis padres, era un buen partido: su padre, Mayer Mendel, era el único matarife judío de la orilla derecha. El matarife encargado de las matanzas rituales era una figura importante en nuestra comunidad. Además de eso, los Mendel ofrecían una dote considerable, así como casa y comida durante tres años. ¿Quién podía resistirse? En cuanto a mí, me moría de ganas de acostarme con una mujer y Hodel no era una muchacha fea.

Yo me imaginaba el matrimonio como una especie de Edén en el que uno podía arrancar placeres sensuales –y consagrados– de todos los árboles frutales del jardín. Estaba deseando casarme. El día antes de mi boda, mi erudito tío Yitzak se sentó conmigo, respirando ruidosamente a través de los abundantes pelos de la nariz, y me explicó que lo que estaba a punto de hacer yo lo habían hecho Abraham, Isaac y Jacob y que no había motivos para estar nervioso. Me dio una breve explicación esquemática de la geografía de mi futura esposa, y de mí mismo en relación con ella, lo que hizo que casi me desmayara de vergüenza, pero no me enseñó nada que no supiera ya, por haber visto una vez a dos perros callejeros apareándose y por mi costumbre de pasearme por las librerías en las que se vendían *livres philosophiques* a escondidas, con sus descripciones cuidadosamente ilustradas de personas en flagrante. Habiendo cumplido su obligación, el tío Yitzak se levantó con el cuerpo rígido, me besó la cabeza y salió de la habitación. Mi

madre, para mi sorpresa, irrumpió sollozando en el cuarto en cuanto él se fue y me sujetó violentamente contra su pecho.

Cuando vi a la pequeña Hodel la tarde de nuestra boda, su alta madre y su rechoncho padre la llevaban sujeta por los codos, guiándola por el patio de la casa familiar como si fuera ciega. Llevaba la cara totalmente tapada por un velo opaco que le llegaba hasta la cintura, lo que me dio la extraña impresión de que tenía la cabeza vuelta del revés. Yo estaba con mis padres debajo del palio nupcial, temblando bajo mi calzón, mi chaleco y mi casaca de color blanco, sobre los que llevaba un *kittel* (una túnica de lino blanca, el color del luto, para recordarme mi propia muerte). Sin embargo, mi *kittel* podría haber sido en realidad mi propia mortaja, en vista de lo que acabaría siendo mi matrimonio.

Hodel se veía muy pequeña y rígida junto a su madre, de oscuras cejas y aspecto de pantera, la cual la condujo hacia mí agarrándola con firmeza. El padre, menudo como un tejón, tenía que levantarle el codo a la muchacha para que lo tuviera a la misma altura que el otro. Parecía que estuvieran transportando una estatua cubierta con una sábana por el patio. Hodel no parecía hacer ningún esfuerzo por caminar; de hecho, estaba totalmente rígida. Me pregunté si le irían arrastrando los pies por el suelo bajo su vestido de novia. Las cuatro damas de honor que caminaban delante de esta angustiosa procesión con cirios en las manos le daban a la ceremonia un espeluznante aire de sacrificio. Por fin Hodel estuvo a mi lado, perfectamente oculta tras el grueso velo de seda blanca. Cuando mi padre terminó de pronunciar las siete bendiciones y el velo de Hodel se alzó, con una esquina levantada por cada uno de los padres, vi que tenía los ojos hinchados por el llanto. Sus redondeadas mejillas mostraban las marcas de las lágrimas. Tenía la respiración temblorosa y entrecortada, como un niño pequeño después de haber estado berreando. Aplasté la copa con el tacón inundado por la ira.

Me desperté de mi siesta y salí de debajo de mi toldo de algodón. Me encontraba en una sala aséptica en la que brillaba una luz verdosa. El señor Tolan, el anciano al que Leslie había rescatado del incendio, estaba recostado en la cama y tenía el brazo, muy delgado y con la piel arrugada, conectado a un resplandeciente tubo. Sus ojos legañosos y desvalidos refulgían en el árido paisaje de su rostro como dos estanques poco profundos. Llevaba un peluquín castaño despeinado que parecía suspendido sobre su cuero cabelludo, el colmo de la vanidad. Leslie no conseguía hacerse a la idea de que aquella patética figura era el huracán al que había conocido de niño. Los ataques de furia del señor Tolan eran legendarios en el barrio; se le oía desde la calle, gritando a su hijo, a su mujer, a su perro.

–Si hay algo que podamos hacer Deirdre o yo por usted, señor Tolan..., avísenos –dijo Leslie.

Puaj. ¡Leslie era perfecto! En su presencia me sentía mezquino e indigno. ¿Se suponía que era eso lo que tenía que sentir? ¿Era para eso para lo que me habían mandado allí, para seguir a aquel hombre ejemplar de un lado para otro, día y noche, hasta que no pudiera soportarlo más y no me quedaran ganas de vivir? ¿Podían suicidarse los ángeles? Sentí una aguda y repentina aversión hacia Leslie Senzatimore. Me di cuenta de que me recordaba a mi padre, un hombre cuya rectitud condenatoria podía achicharrarte las cejas si te acercabas demasiado.

Extendí las alas, salté, alcé el vuelo y di una vuelta por la habitación mientras Leslie escuchaba al anciano, asintiendo con la cabeza, abriendo mucho los ojos azules con un gesto de comprensión, con la prominente mandíbula en tensión. Me sentía deprimido, entumecido por el aburrimiento y por la sensación de que era un ser despreciable. Y entonces se me ocurrió una idea: quizá los ángeles poseían libre albedrío. Siempre me habían dicho que no, que los seres humanos eran los únicos a quienes se había distinguido con esa facultad y que los ángeles tenían que alabar al Señor a todas horas y hasta el fin de los días. Pero ahí estaba yo, en «Long Island», fuera lo que fuese aquello, no cantando ni alabando, sino flotando de acá para allá, inútil e invisible. ¿Y si me iba? Decidí intentarlo. Salí por la puerta y me fui volando por el resplandeciente pasillo. Mi trayectoria quedó interrumpida por la desaparición repentina de la pared que tenía a mi izquierda, que se desvaneció y dejó ver una caja llena de gente con gestos inexpresivos. Me encontraba quieto en el aire, contemplando aquel fenómeno, cuando la pared empezó a cerrarse de nuevo. Una mujer pasó corriendo a mi lado y se metió en la cámara secreta. Su estela me arrastró y acabé suspendido sobre los decaídos pasajeros, observándolos con interés.

Todas aquellas personas, vestidas con prendas extrañas y poco favorecedoras, aquellas mujeres con los brazos y las piernas al descubierto y el pelo alborotado, como si se hubieran levantado de la cama con prisa, miraban en silencio hacia las puertas, que se deslizaron hasta cerrarse como por arte de magia y nos dejaron encerrados. En ese momento sentí una horrible sacudida en el estómago, ya que la habitación empezó a caer en picado. Mi cuerpo salió disparado hacia el techo contra mi voluntad, mientras escuchaba el sonido que hacía aquella cosa al desplomarse. Acto seguido se detuvo con delicadeza, las puertas volvieron a abrirse y toda la gente salió. Yo los seguí, dando gracias por estar fuera de allí.

Me encontré en el entresuelo, asaltado por una luz violenta e inexplicable. Había mucha gente caminando de un lado para otro, entrando y saliendo por una fila de puertas de cristal que se abrían y se cerraban solas constantemente y que conducían a la calle. Las mujeres llevaban pocos adornos, como Deirdre, y vestían pantalones ajustados o faldas cortas. No tenían ningún recato, ninguna elegancia. Me fijé en una de esas apariciones, a la que le salían unos cables blancos de las orejas y que iba hablando sola energicamente. Llevaba las uñas de las manos y los pies pintadas a la perfección, brillantes como cajitas chinas negras. Me pregunté si aquel lugar sería un manicomio. Entonces oí gritar a una voz metálica que salía del interior de los cables: «Joder, por una vez podías ir a recogerle tú, pero no, claro, la infección imaginaria de tu madre...». ¿Le estaba leyendo el pensamiento a la mujer? Un hombre despatarrado en un sofá bajo, con los enormes pies metidos en unos llamativos zapatos sin punta y la cabeza inclinada sobre un minúsculo teclado, estaba tocando una pieza rápida con los pulgares, pero el brillante instrumento de ébano no emitía ningún sonido. Me cerní sobre él y vi cómo se formaban unas palabras diminutas en un rectángulo resplandeciente: «Pilla un cubo de pollo me muero de hambre». Algunas de esas personas parecían enfermas, otras simplemente infelices. Las mujeres no llevaban polvos blancos en la cara ni en el cabello, pero muchas habían metido el pelo en tinte amarillo y llevaban los ojos y los labios generosamente embadurnados con colores brillantes. Se pueden imaginar lo confuso que me resultaba todo aquello, ignorante como era entonces de las costumbres y los mecanismos de este nuevo mundo con el que ahora estoy tan familiarizado.

Me llamó la atención una tienda en la que vendían flores de colores vivos. Dentro había una mujer con la piel naranja y grasienta apoyada en el mostrador, pasando las hojas de un periódico. Me acerqué para ver qué estaba mirando: una imagen en color increíblemente conseguida, reluciente de barniz y tan real que parecía imposible que estuviera pintada o que fuese un grabado. Era un retrato de una mujer con el pelo moreno y un hombre rubio. Salían sonriendo. Fui volando hasta un estante en el que había otras publicaciones similares. Allí vi la misma pareja de hermosos rostros vikingos —uno solo, los dos juntos o en dos imágenes contiguas, una de cada uno—, sonriendo desde todas las brillantes portadas en diferentes poses y con distintas palabras debajo. En algunas de las imágenes aparecía una tercera figura con ellos, una mujer. Los tres tenían buena dentadura y las caras planas y huesudas. Parecían nórdicos. ¿O quizá austriacos? Impresas bajo ellos aparecían una serie de proclamas: «¡La boda secreta de

Brangelina!», «La madre de Brad llora al hablar por teléfono con Jen», «La niñera lo revela todo sobre el bombazo de Brangelina». Supuse que Brangelina debía de ser el nombre del monarca actual de aquella tierra, o quizá de su cortesana. En mis tiempos teníamos libelos que circulaban por la ciudad y que representaban a madame de Pompadour y, más tarde, madame du Barry, las amantes del rey, en toda clase de poses licenciosas con hombres y mujeres de la corte. Era nuestra forma de entretenimiento.

Tras leer todo el material difamatorio que pude sin abrir los panfletos –débil que es uno–, me aburrí. Resuelto a encontrar nuevos estímulos en aquel entorno de fealdad, decidí arriesgarme y volver a entrar en la cámara secreta que caía en picado y ver dónde me soltaba esta vez. Salí de la tienda volando por donde había venido, atravesé en diagonal la sala llena de seres humanos espantosamente vestidos que hablaban por sus relucientes cajas de voces mágicas y esperé delante de las puertas metálicas de la habitación móvil. Cuando finalmente se abrieron, entré y me sumé a una mujer joven que llevaba a un niño medio desnudo en un cochecito bajo abierto. La joven iba mordisqueándose el interior del labio y tenía una pierna desnuda estirada y la cadera opuesta sobresaliendo hacia el otro lado. Con esa postura, di por supuesto que sería una prostituta. Pero ¿qué hacía con un niño? Las puertas metálicas se cerraron y nos confinaron en aquel lugar. Con una horrible sensación de estar siendo enterrado con vida, noté cómo la caja ascendía. Cuando las puertas volvieron a abrirse, entró una cálida corriente de aire que me acarició el rostro. Atraído, fui detrás del calor, salí de la cámara secreta y avancé por el pasillo. Cada vez que me apartaba del camino, el aire se volvía gélido. Con cuidado de no alejarme de aquella deliciosa calidez, fui flotando en medio de la corriente y giré bruscamente cuando me condujo por una puerta abierta.

Volé bien alto, casi rozando los ásperos paneles del techo, y al mirar abajo vi dos estrechas camas separadas por una cortina de tela. Las persianas estaban echadas y en la habitación había poca luz. En las camas había dos chicas jóvenes tumbadas. Una estaba dormida. Su cuerpo yacía deslavazado, como si estuviera roto, bajo una fina manta. Se golpeó la cara con la mano mientras dormía. Descendí hasta cernerme sobre ella y la miré, desde tan cerca que percibí el movimiento de sus globos oculares tras los párpados al soñar. Tenía la piel brillante y el pelo sucio y pegado a la frente. Me recordó la cárcel; era un escándalo lo desarregladas que estaban allí las mujeres. El pelo quebradizo y sin brillo, la piel amarillenta, los labios agrietados. Me hizo darme cuenta de lo importante que era para la apariencia de una mujer el que se arreglara. En su estado natural, la mayoría de las mujeres son espantosas, incluso las guapas. A aquella la tenía tan cerca que podía oler su aliento metálico. Todavía entusiasmado con mi capacidad para volar, metí tripa, agité las alas un par de veces y, ladeándome, me dirigí hacia la derecha, por encima de la cortina, hacia la cama de la otra chica. Esta estaba despierta, mirando hacia una caja luminosa sujeta al techo por medio de una pieza metálica. Volé hasta la caja y miré al interior. Dentro había unas figuras diminutas que hacían unos movimientos parecidísimos a los de las personas reales. Una de ellas era una mujer rubia que se quitó un chal rojo y reveló un esbelto torso apenas cubierto por una combinación. Intenté entrar volando en aquel mundo luminoso, pero una pared de cristal caliente me repelió.

Ligeramente aturdido por el golpe, llegué a la parte superior de la caja describiendo un bucle y me posé en el borde, donde sentí el calor y las vibraciones mientras miraba hacia la joven de la cama. Estaba recostada sobre varias almohadas y miraba fijamente hacia arriba con una expresión de asombro y fascinación. Su rostro concentrado, bañado en el resplandor cerúleo de la caja, era cautivador: unos enormes ojos de color ónice, unos labios carnosos ligeramente abiertos que dejaban ver un insolente hueco entre los fuertes dientes delanteros. Su larga y espesa cabellera era morena, casi azul marina en la penumbra. Tenía un fino camisón verde abierto y alcancé a ver un trozo de piel desnuda. Con mi curiosidad habitual por los pechos en general, descendí en picado para verla mejor y me mantuve suspendido en el aire, batiendo las alas, asomándome por entre los pliegues del camisón. Aunque con dificultad, pude distinguir la curva de un pecho realzado de buen tamaño. Igual que con Leslie, el aire de alrededor de aquella chica resultaba tan caliente como meterse en una bañera. Me pregunté si ella sería la fuente de la corriente de aire cálido. Tuve el atrevimiento de aterrizar sobre el pezón. Dado mi tamaño minúsculo, fue como si estuviera gateando por la ladera de una montaña roja hacia su cráter. Me parecía extraño no poder erguirme. Me estrujé la mente en busca de ejemplos de cuadros o esculturas de ángeles gateando, pero solo me vinieron a la cabeza los querubines de brazos y piernas rollizos que retozaban por las cascadas petrificadas de cera en el candelabro al que estaba mirando cuando fallecí. ¿Sería un querubín? ¿Un bebé gordo e invisible con alas? Recordé cómo era cuando estaba vivo: los ojos claros, de color verde azulado, una nariz algo lupina pero delicada, una boca bien perfilada. El pelo negro azabache me caía hasta los hombros en forma de brillantes tirabuzones. Tenía un aspecto bastante angelical, aunque quizá demasiado astuto, intenso.

Por instinto, saqué la lengua y rocé el montículo acaballonado de carne rosada que tenía debajo. Tenía un sabor salado y un aroma a piel joven que no se había lavado recientemente —una fragancia lechosa y agradable—, con un ligero dejo a sudor. Sin previo aviso, sentí una fuerza que arrastraba mi cuerpo por la carnosa colina. Di varias vueltas y salí disparado, agitando las alas desesperadamente para mantenerme en el aire, pero entonces apareció ante mí una gigantesca mano, que todavía intentaba apartarme de allí. La joven me había sentido. ¡Entonces tenía sustancia! Era una buena noticia: era invisible, pero existía. Me quedé flotando en el aire, disfrutando de la ingravidez y de la embriagadora sensación de poder que me daba la capacidad de volar. Siempre había odiado la pesadez de la vida. Las obligaciones absurdas, las limitaciones del tiempo...; había hecho de mi vida una afrenta a aquellas enemigas de la diversión. Sí, es cierto que solo tuve trece años de libertad, pero mejor morir hermoso, mientras en el piso de abajo se celebra una bacanal en la que hay personas que verdaderamente echan de menos tu presencia, que en una vejez no deseada en la que tus días son una retahíla de tareas absurdas sin ningún placer a la vista. ¡Oh, qué maravilla! ¡Poder manifestarme!

Volando en elegantes círculos a la luz de la caja luminosa, mis recuerdos me animaron. Qué buen rato podría pasar un hermoso ángel joven con aquella exuberante muchacha, mientras la muñeca de trapo enfermiza roncaba al otro lado de la cortina. Sentía mi sexo tan intensamente que era una tortura no poder tocarlo, asegurarme de que seguía ahí,

pero mis atrofiados brazos de ángel eran demasiado cortos y lo único que podía hacer era agitarlos de forma lamentable. ¿Y si, al ser un ángel, no tenía sexo, sino solo deseo? Aquello sería un infierno diseñado a mi medida. ¡Tenía que saber lo que era!

Aterricé en una superficie vertical fría y suave. «Soy tan ligero que puedo agarrarme a una pared», pensé. Me quedé allí unos instantes, poniendo mis pensamientos en orden. Quizá aquello solo fuera una fase de mi existencia. Tal vez la manifestación corpórea llegaría con el tiempo. Miré a la superficie suave y lisa que tenía ante mí, en la que se reflejaba la caja luminosa, con sus tentadoras e inalcanzables imágenes. Estaba posado en un espejo. Lo miré fijamente, ansiando verme a mí mismo reflejado, pero en el lugar donde tendría que haber estado mi silueta estaba todo oscuro. ¿Estaba haciendo sombra con mi propio cuerpo? Lleno de esperanza, remonté el vuelo impulsándome ligeramente hacia atrás con las alas antes de elevarme, describí un círculo alrededor del espejo y lo miré. Lo único que pude ver fue la caja luminosa, el perfil de la muchacha, el techo con sus paneles cuadrados de color gris y una mosca que zigzagueaba por el aire. Seguía siendo invisible. Estaba deseando verme. Cuando estaba vivo siempre miraba compulsivamente a los espejos; nunca pasaba por delante de uno sin pararme a comprobar el estado de mi belleza y había disfrutado de muchos momentos lujuriosos, solo y acompañado, mirando a mi propio reflejo en ornadas lunas pertenecientes a aristócratas o en espejos punteados y rajados colgados en burdeles. Ahora, sin un reflejo que confirmara mi existencia, me sentía atrapado, asfixiado, anulado. Presa de la desesperación, batí las alas y me elevé; volar me tranquilizaba. La mosca del espejo se elevó. Me dejé descender un poco, y lo mismo hizo la mosca. Aterricé en el espejo y vi cómo el cristal se oscurecía y sentí su tacto frío contra los pies. ¡Era una mosca! Lloré de rabia y de impotencia.

Masha miró la pantalla con atención, respirando superficialmente. Las almohadas se habían hundido bajo su espalda y, sin pensarlo, giró el cuerpo para ahuecarlas. Un dolor, intenso pero conocido, como una herida en la que se hubiera hurgado miles de veces, le punzó el corazón con cada latido, extendiéndose después por el pecho hasta llegar a la garganta. Se detuvo como si la hubieran pillado in fraganti, enfadada consigo misma por haberse olvidado. Muy despacio, como un perezoso, se giró de nuevo hacia la televisión y volvió a apoyarse con cuidado sobre la almohada, esperando a que se le calmara el corazón, a que remitiera el dolor que brotaba en su interior con cada latido. Tomó aire en pequeñas bocanadas, con el cuerpo rígido, y miró fijamente a la pantalla. La única forma de no sentir dolor era quedarse totalmente quieta. No podía recostarse, no podía reírse, no podía toser. Tenía un margen de medio centímetro en el que moverse, nada más.

Masha nunca había visto tanta televisión. Había vislumbrado alguna que otra imagen a través de alguna ventana, colores brillantes, expresiones fugaces en las caras de los actores. Hacía poco que su madre había comprado un reproductor de DVD portátil para usarlo una vez a la semana, pero por ahora la única película que les dejaban ver era *El rey león*. Era la única película entera que había visto en su vida. Pero aquella noche, en el hospital, Masha se había dado un auténtico atracón. Había visto *Top Gun*, *Mystic Pizza* y varios capítulos de *Sexo en Nueva York*. Le dolían los ojos, y sin embargo no era capaz de apagar aquel chisme. Quizá nunca más pudiera volver a ver tanta televisión. En ese momento, en la pantalla había una ceremonia de entrega de premios y salía una chica de la edad de Masha sonriendo. A su lado había un joven vestido de esmoquin. La chica llevaba los brazos al descubierto y la melena pelirroja suelta. Su piel parecía muy suave. Alguien a quien no se veía en la pantalla le puso un micrófono delante de la cara y le preguntó de qué diseñador era su vestido. La joven sonrió y pronunció un nombre. Dijo que estaba orgullosa de estar allí. Parecía muy feliz. Masha miró a la chica. En su interior estaba surgiendo un anhelo, una idea peligrosa que había estado tomando forma durante toda la noche. Pensó en esas chicas. Esas chicas de las películas, de las series. Eran personas, nada más. Todas habían venido de algún lugar, no habían nacido dentro de esas historias. Y la idea de llegar allí, algo tan increíble como llegar allí, al punto en el que se te permitía vivir dentro de todos esos mundos, de esa máquina de historias interminable y caleidoscópica, tiraba de ella, la arrancaba de toda la certeza que había tenido tan solo un día antes. Masha había participado en muchas obras solo para chicas en el colegio y en actos benéficos, obras que se representaban ante un público formado exclusivamente por mujeres. Todas habían dicho que Masha era buenísima. Siempre le daban el papel protagonista. Pero su fama se limitaba a las mujeres de su comunidad, ya

que no se permitía que las mujeres actuaran delante de hombres. Masha siempre había asumido aquella prohibición con la misma naturalidad con la que aceptaba el tiempo que hacía. Jashem no quería que actuara o cantara delante de hombres, así que no podía hacerlo. La opción de desobedecerle ni siquiera se contemplaba. Y sin embargo aquel día, por primera vez, por el rabillo del ojo vio brillar un futuro alternativo. Esa forma de pensar le resultaba absurda, como si de pronto hubiera empezado a negar la gravedad y se hubiera empeñado en que un día podría flotar por el aire como una mota de polvo. Se preguntó si sería su *yetzer* hara el que hablaba. Todo el mundo tenía una inclinación hacia el mal, la parte egoísta de nosotros mismos que nos tienta a desobedecer los mandamientos, o a contar chismes, o a portarnos mal en general. Intentó sofocar aquel pensamiento. Yo oía sus inocentes ansias en mi cabeza como si fueran mías. Interrumpieron mi desesperación. Masha cerró los ojos. Tenía los párpados pálidos y puros, como los de un bebé. Se quedó dormida unos instantes y, a continuación, cuando el dolor la despertó, rezó su oración matutina de agradecimiento por haber sido devuelta a su cuerpo: «Modé aní lefaneja, mélej jai vekaia shehejzarta bi nishmatí bejemla rabá emunateja».

Masha y yo nos quedamos completamente quietos durante un rato, ella con su dolor y yo con el mío. Deseaba poder darle lo que quería.

Una llamada a la puerta interrumpió nuestra contemplación. Con un acto reflejo, Masha alargó la mano para coger el mando a distancia y apagar la televisión, lo que hizo que se le acelerara el corazón. El dolor se propagó por su pecho con cada latido, como las ondas de un estanque en el que ha caído una piedra. Se quedó quieta, esperando a que desaparecieran las ondas.

—Hola, Masha —dijo el médico. Masha apagó la televisión.

—Hola —contestó ella, sin llegar a pronunciar el final incluso de una palabra tan corta como esa.

—Soy el doctor Heptulla. ¿Qué tal el pecho?

—No muy bien —susurró Masha.

El médico tomó asiento. Tenía una piel perfecta de color terracota oscura, una nariz fina con un pequeño bulto en la punta y una boca sonriente y generosa.

—Ya tenemos los resultados del electro y de la radiografía, Masha. Voy a tener que explicárselos a tus padres, ¿sabes a qué hora van a venir?

—Puede que tarden un buen rato —musitó ella—. Van a tener que venir andando.

El médico la miró perplejo.

—Hoy es shabbos —explicó Masha—, no tenemos permitido coger el tren, ni conducir, ni...

Se encogió de hombros, avergonzada.

—¿Dónde vivís? —preguntó el médico.

—En Far Rockaway —contestó ella con voz ronca mientras se cerraba el camisón de hospital con un movimiento lento, como de anciana.

—Eso es una buena caminata.

—¿Entonces qué es lo que tengo? —preguntó Masha.

—El dolor en el pecho está provocado por una pericarditis, que es una inflamación alrededor del corazón. ¿Has tenido un catarro o algún virus últimamente?

—He tenido dolor de garganta.

—¿Todavía te duele?

—No.

El médico sacó un depresor lingual, se puso de pie y se acercó a ella. Masha se encogió.

—Abre la boca y di «aaaah».

Masha obedeció de mala gana. El doctor Heptulla le miró la garganta.

—Y tienes... ¿veinte años? —preguntó.

—Veintiuno —susurró Masha.

—Aun así, voy a pedir a las enfermeras que me avisen cuando lleguen tus padres. Mientras tanto, deberías dormir.

El médico pulsó el botón rojo de llamada y apareció una enfermera de aspecto saludable.

—¿Puedes preparar a Masha para dormir? —le pidió el doctor Heptulla. Había un dejo de irritación en su voz. Masha pensó que sabía que se había pasado toda la noche viendo la televisión.

—Por favor, no se lo diga a mis padres —murmuró.

—¿El qué? —preguntó el doctor Heptulla.

—Que he estado viendo la tele.

—Tranquila, no se lo voy a decir —contestó con un gesto de perplejidad—. Pero de verdad que ahora tienes que dormir.

La joven enfermera le había colocado las almohadas bien altas y sujetó a Masha con cuidado mientras ella apoyaba la cabeza lentamente en la fría funda. Estaba agotada. Sus párpados puros se cerraron. A los pocos segundos estaba dormida.

Me quedé mirándola boquiabierto mientras dormía. Me había pasado la mayor parte de mi vida adulta huyendo de las mujeres judías, y sin embargo no podía detener el sentimiento que estaba surgiendo en mi interior. Aquella joven era enternecedora: dolorida, por lo visto muy enferma, y sin embargo con esa ambición, que había nacido aquella noche y que iba creciendo, ineluctable como un feto sano, en el vientre de su espíritu. Mi amor por ella era doloroso; lo notaba como una obstrucción en el pecho, como un nudo de sentimientos.

Caminé de un lado para otro por el marco metálico de la ventana, sintiendo el sol de la mañana en las alas, el acero que se iba calentando bajo mis patas, un olor a polvo en los orificios nasales. A través del sucio cristal, a lo lejos, vi a un hombre y una mujer que llevaban a un niño cogido de las manos. ¡Qué ignorantes eran los vivos del engaño al que los estaban sometiendo! Qué humillaciones los esperaban. Jamás había sentido tal desesperación. Arrancado de una muerte que después de todo no estaba tan mal, ya que no tenía conciencia de ningún tipo, para convertirme en una mosca enferma de amor, me sentí engañado e insultado. Tras una vida de zafiedad y alegre despreocupación en los asuntos del cuerpo, ahora que por fin me había enamorado, aunque fuera de una judía...,

estaba muerto. Peor que muerto, ¡era un insecto! Odié a Dios, el muy bromista, y juré dedicar mi vida de mosca a causarle la ruina. «Ay, ¿dónde están los ángeles de las tinieblas?», pensé con altivez, «¡pues quizá me una a ellos para destronar al viejo déspota!».

Me volví y miré a Masha, ahora dormida tras haberse pasado toda la noche engullendo lo que salía de la caja de luz y su mundo de tentaciones. Su belleza era una tortura. Me fijé en otra mosca, más pequeña que yo y, por lo que intuí, una hembra, que estaba bebiendo de una gota de zumo de naranja en el borde del vaso de Masha, justo donde los labios de mi amada habían dejado una marca perfecta. Despegué y me posé en el borde del vaso, justo detrás de la hembra, una mosca brillante y chiquita recién salida del huevo. Despedía un olor delicioso, una mezcla de caramelo, zumo de naranja y excrementos que me despertó una lujuria inconfundible. Nunca había hecho aquello, así que me sentía algo inseguro, pero por encima de todo necesitaba conquistar algo, a alguien, aquel día más que nunca. Sin pensarlo, salté sobre la hembra con decisión. Ella levantó el vuelo. Aterrorizado, me agarré a ella desesperadamente, sujetándome a su cara con las patas delanteras, mientras ella daba vueltas por el aire intentando zafarse de mí. Me quedé asombrado al notar cómo el pene me salía del cuerpo como la cabeza de una tortuga y la penetraba hábilmente mientras ella daba sacudidas y revoloteaba bajo mi cuerpo, con mis patitas agarradas a su peludo tronco. Con el aire dándome en los ojos, miré el rostro dormido de Masha. En ese momento se despertó, como incitada por mi deseo, y pestañeó despacio. Sonrió con curiosidad, ligeramente entretenida por el espectáculo de dos moscas en plena cópula dando vueltas a lo loco por el aire como un globo pinchado. El hecho de que mi amada me estuviera mirando mientras fornicaba fue tan erótico que el placer me embargó sin avisar y eyaculé violentamente. Todo mi diminuto cuerpo se sacudió con lo que pareció una explosión de gozo en mi interior que pensé que iba a acabar con mi vida. La hembra, libre, se alejó zumbando mientras yo, casi incapaz de mover las alas, aterrizaba pesadamente sobre la repisa de la ventana, mareado y con el estómago algo revuelto. En todos mis años de excesos carnales, jamás había tenido una experiencia parecida a aquella. Sentí una opresión en el abdomen y en el extremo del dorso. Por primera vez desde mi llegada al mundo sublunar, hice de vientre, dejando una hilera de heces en la repisa de la ventana, puntitos infinitesimales alineados como los signos que se usan para abrir una frase al abismo de la incertidumbre...

Algo más tarde, estaba escupiendo en una miga de la tostada de Masha, ablandándola para poder sorberla con mi larga lengua. Mi amada respiraba suavemente por la nariz y yo estaba más tranquilo. La puerta se abrió y entró Mordecai Edelman. Me quedé paralizado por la confusión y el asombro. Iba vestido casi exactamente igual que me vestía yo en mi época, en el siglo XVIII. Por un momento pensé que me había topado con una arruga en el tejido del tiempo. Aquel hombre no podía pertenecer al presente. Me pregunté si sería parte de la broma mística que me estaban gastando.

Mordecai Edelman era un hombre grande y peludo, con una barba reluciente y unos ojitos pequeños y sonrientes. Llevaba un gran sombrero de piel en la cabeza, como una

corona, que identifiqué como el tocado que se ponían los más piadosos durante el shabbos. Sin embargo, llevaba los mechones de los lados de la cara cortos, metidos detrás de las orejas. Su abrigo era largo y negro. Detrás de él entró su esposa, Pearl, una mujer menuda con un físico voluptuoso y un rostro agradable y sonriente. Lucía una brillante peluca caoba que le llegaba hasta los hombros y vestía un abrigo azul fuerte hasta más abajo de las rodillas bajo el que asomaban unos leotardos de color beige. Observé el reencuentro familiar con cautela, recordándome a mí mismo que era una mosca y que aquella gente tan devota no podía descubrirme ni juzgarme. Los padres abrazaron a su hija, quien, sin querer decepcionarlos, hizo un enorme esfuerzo por rodearles el cuello con sus torneados brazos, lo que provocó que el corazón le abrasara la carne del pecho con cada latido. Tras saludar a ambos, la dulce muchacha volvió a recostarse sobre la almohada, con la cara muy pálida y transida de dolor. Sus ojos brillaban como piedras preciosas negras en su cara cenicienta.

El doctor Heptulla llegó poco después y preparó tres sillas para que los cuatro pudieran tener una conversación.

—Menudo viaje se han hecho para llegar hasta aquí —entonó el médico con una pronunciación clara y elegante.

—Sí —dijo Mordecai secándose la frente bajo el sombrero de piel con un pañuelo de algodón—, ¡sesenta y cuatro escalones solo para llegar a esta planta!

Pearl se rio, pero tenía lágrimas en los ojos. Se sentó junto a su hija y le apretó la mano.

—Hemos tardado una hora y media de puerta a puerta —añadió.

El médico sacudió la cabeza sonriendo.

—Señor y señora Edelman, hemos hecho un electrocardiograma y una ecografía, y también una radiografía del pecho —recitó levantando una mano de largos dedos como si estuviera dando una bendición—. Masha presenta un cuadro agudo de pericarditis, una inflamación alrededor del corazón, lo que en el caso de una joven sana como ella tratamos con reposo y Tylenol. Normalmente estos problemas están causados por un virus. No encuentro ningún problema orgánico en el propio corazón.

Pearl asintió con la cabeza, sonriendo, y las lágrimas de sus ojos temblaron. Hacía días que sabía que algo no iba bien. Masha había dicho que le dolía el pecho, que le costaba respirar. Tendría que haberla llevado antes al hospital.

—Si la pericarditis no ha empezado a remitir de aquí a una semana, o si vuelve a presentarse, podemos hacer otras pruebas —dijo el doctor Heptulla—. También podemos probar otros medicamentos. Pero por ahora creo que debemos enfocar la situación con calma.

Mi noche de bodas fue un desastre. Aunque tenía catorce años, Hodel seguía con la mentalidad de una niña; su sumisión a mis torpes dedos parecía forzada de un modo obsceno por las manos ocultas de nuestros padres y de la tradición. Cuando intenté acariciarla, gimoteó y se apartó de mí. Su pelo recién cortado, rapado después de la boda como dictaba nuestra tradición, la hacía parecer aún más joven y me llenó de una enorme confusión. Perseveré, mascullando que enseguida habríamos acabado para animarla. No podía pensar en otra cosa que en el examen de nuestras sábanas que llevaría a cabo madame Mendel a la mañana siguiente. Si no había sangre, el matrimonio no se consideraría verdadero y yo no sería un hombre. Al final tuve que pincharme mi propio dedo y pasarlo por la sábana por la mañana, después de haber desistido de mis ruegos al amanecer. Tras aquella primera noche, la novia tuvo una semana de descanso; la sangre de mi dedo fue aceptada como si fuera de Hodel, de modo que durante ese tiempo ella fue «impura» y tuvimos que dormir en camas separadas. Pero al octavo día retomé mis esfuerzos. En honor a la verdad, he de decir que Hodel quería convertirse en una mujer y cumplir su obligación, pero estaba muerta de miedo. Me costó un mes entero desvirgarla; era como si su rollizo cuerpecito no tuviera una vía de acceso natural. Me sentía como si estuviera intentando perforar un muslo, o un vientre, tal era la fuerza con que su carne se resistía a mi pobre verga. Noche tras noche, yo me desesperaba antes de llegar a penetrar a mi propia esposa, cuyo elástico cuerpo me repelía una y otra vez. Al final la convencí de que me montara ella y la empalé, aunque mi sensación de triunfo se vio minada por los lloriqueos que profirió cuando finalmente rompí el dique.

Durante nuestros primeros meses juntos, me debatía entre la culpa y la desesperación, al darme cuenta de que me habían endilgado a una histérica. Hodel se pasaba la mayor parte del tiempo que estaba en mi presencia llorando porque quería estar con su madre.

La horrible madame Mendel vivía en el piso de arriba (de acuerdo con nuestro acuerdo matrimonial, se nos había asignado una gran habitación con mucha corriente que antes había estado ocupada por los abuelos paternos de mi Hodel, recientemente fallecidos), pero desde el primer día había insistido en que debíamos vivir solos, como marido y mujer, no como hijos suyos. Madame Mendel, que sacaba la cabeza a su marido y a todos menos a uno de sus seis hijos varones, tenía los ojos negros y la piel morena y curtida por el viento. Se movía con una lentitud intimidatoria, como de animal predador; nunca tenía prisa, pero era dada a los arrebatos repentinos de antipatía e irritación y atacaba a su abundante progenie con una lengua que era como un látigo y que hablaba en el *yiddish* más rápido que había oído en mi vida. Llegada de una diminuta ciudad polaca cuando sus hijos mayores eran pequeños, seguía teniendo una mentalidad provinciana.

Sus supersticiones eran complicadas y aterradoras: a una mujer embarazada que pisara trozos de uñas cortadas le esperaba un aborto seguro; un pelo en la leche significaba que había habido un demonio en la casa. Nunca entraba en una habitación sin besar la *mezuzá*. Había llegado al punto de no poner nombres grandilocuentes a sus hijos para que los demonios no tuvieran celos. Escogió Hodel, Leib, Sheindl..., ¡nada de Esthers y Abrahams para aquella astuta señora! Jamás dirigía piropos a nadie por el mismo motivo. Si alguien la piropeaba a ella, escupía en el suelo para conjurar el mal de ojo. Cuando sus hijos eran bebés, les hacía pequeños rotos en la ropa. Los demonios eran de un orden inferior a los humanos y siempre nos tenían envidia, explicaba. Nadie debía ser demasiado hermoso o demasiado afortunado. Notaba la presencia de incontables duendecillos y espíritus malignos que revoloteaban a su alrededor, esperando a que tuviera un desliz. Pese a todo, yo agradecía que nos permitiera cenar arriba con ella y con el resto de la familia, ya que Hodel parecía tener auténtico miedo al agua hirviendo y a cualquier otro líquido caliente.

Todas las noches, a las seis, me presentaba arriba, en la casa familiar. Mi joven esposa, que ya llevaba varias horas deleitándose en la indiferencia de su madre, siempre levantaba la vista del temido estofado burbujeante que la habían obligado a remover, poniéndose lo más lejos que podía del puchero por si el líquido hirviendo se salía y la escaldaba, y me miraba con una sonrisa de miedo y de sorpresa, con sus brillantes mejillas del color violáceo de los nabos y sus escasos cabellos pelirrojos y muy cortos que le asomaban bajo la capota de casada, como si se hubiera olvidado por completo de mí y de nuestro matrimonio y entonces, con mi llegada, se viera obligada a recordarlo.

En la mesa de los Mendel solo había sitio para ocho comensales, así que cada noche había tres turnos para la cena. Madame Mendel se quedaba de pie hasta que el último niño estaba servido, sacando estofado de carne lánguidamente del enorme y abollado puchero, que parecía no tener fondo. A Hodel y a mí nos dejaban cenar en el primer turno porque estábamos casados. En él también estaban presentes el padre con aspecto de tejón de Hodel; su idolatrado hermano mayor, Moishe; Leib, que, con dieciséis años, era el único de sus hermanos que también estaba casado, y Leah, la astuta esposa de este. Leib ya había dejado encinta a su mujer dos veces en dos años. Por la forma en que la embarazadísima Leah le preguntaba a madame Mendel, ceceando, a qué edad había tenido a cada uno de sus hijos, se notaba que tenía la intención de superarla. Madame Mendel, sin embargo, aún no se había retirado de la competición. Su decimocuarto vástago solo tenía dos años; todavía podía parir otra cría fácilmente. Respondía a las preguntas de Leah con una imprecisión deliberada, como si la edad a la que había dado a luz a su octavo o a su duodécimo hijo fuera un secreto equiparable a la cábala. Yo siempre me sentaba al lado de la silenciosa y consumida madre de madame Mendel, cuya piel tenía la textura de la cecina. Se pasaba gran parte de las comidas mirando con el ceño fruncido cómo me comía el estofado, como si cada bocado que daba fuera una afrenta a sus modales, más refinados que los míos.

La cena comenzaba inevitablemente con madame Mendel preguntándome de una forma un tanto brusca cuánto dinero había ganado aquel día. Yo siempre se lo contaba,

hasta el último sueldo. Entonces ella me preguntaba qué había vendido exactamente y yo tenía que describir cada objeto con todo detalle: una cajita de rapé pintada y esmaltada, veinte sueldos; unos guantes de hombre de cabritilla con forro de plumas, cuatro libras; un bastón plegable con el mango de estaño grabado, cinco libras; una tetera de hierro, diez sueldos. Después de cada descripción, madame Mendel entrecerraba los ojos, como si estuviera visualizando el objeto y poniéndolo en relación con el precio. A continuación, bien asentía, frunciendo el ceño con un gesto apreciativo, con las cejas arqueadas, bien negaba con la cabeza y sonreía con desdén ante mi falta de visión para los negocios. Monsieur Mendel, con sus dos mechones de pelo blanco de tejón en medio de su cabello rojizo y su nariz larga y puntiaguda, se reía entre dientes y después soltaba un jadeo repentinamente. La primera vez que madame Mendel me preguntó por mis ventas, intenté inflar la lista con un par de artículos que en realidad no había vendido, pero después de la cena me pidió que le enseñara el dinero. Humillado, tuve que confesar que me había equivocado. Ella me miró y sonrió, como diciendo: «Justo lo que me esperaba».

El desprecio que me profesaba madame Mendel era compartido por todos los miembros de la familia: masculinos, femeninos, juntos o por separado, desde la arrugada abuelita hasta el bebé caprichoso, todos pensaban que no estaba a su altura. Hodel, que era distinta de los demás, era la única que no me veía así. Mi falta de prestigio se debía en parte a que mi familia de quincalleros era mucho más humilde que la de los Mendel y en parte a que me habían embaucado para que me casara con Hodel, una cría que todos sabían que no estaba bien de la cabeza. El principal motivo por el que no disfrutaba de ningún prestigio en aquella familia, sin embargo, era que madame Mendel había decidido que yo era un incordio sin cabeza para los negocios. Si ella se hubiera enamorado de mí, yo habría sido un semidiós. Su poder sobre el clan era absoluto.

Era lunes. Mientras sentía la vibración del asiento trasero de la furgoneta de los Edelman, que ahora tenían permitido usar, me agazapé entre los peludos pliegues del gorro de lana de Masha, cerca de la parte superior de su frente, y aspiré el olor de la joven: jabón o crema con esencia de almendra, leche. Por entre los gruesos hilos de lana que entorpecían mi visión como troncos de árboles, veía el sombrero de fieltro negro de diario de Mordecai Edelman, que iba conduciendo, rozar el techo de la furgoneta. Su barba, que parecía de piel, se recortaba con nitidez contra la explosión de luz cegadora que entraba por el parabrisas, y la tela del abrigo se le fruncía a la altura de los codos cada vez que giraba el volante. Pearl iba en el asiento del copiloto, dada la vuelta y con el brazo estirado hacia atrás para poder coger a Masha de la mano. Masha tenía la mano de su madre agarrada sin fuerzas y jugueteaba con sus dedos.

Las sacudidas del vehículo me estaban revolviendo el estómago. Al volver a adentrarme en el denso bosquecillo de *mohair*, vi aparecer dentro de mi cabeza una imagen de Leslie Senzatimore en su camioneta blanca, aparcada en el arcén, con su enorme brazo colgando por la ventanilla y tamborileando un ritmo impaciente con el pulgar y el corazón en la puerta de la cabina: ti-ti-ti-TA-ti-ti-ti-TA-ti-ti-ti-TA. Aparcado justo detrás de él había un coche con unas amenazantes luces intermitentes azules y rojas en el techo.

Dennis Doyle tenía algunas características de lo más irritantes. Había parado a Leslie por exceso de velocidad tres veces en los seis meses que llevaba destinado en aquel tramo llano de la carretera de Montauk, que Leslie tenía que coger para ir a trabajar y en el que el límite de velocidad era ridículo. Las tres veces que le había parado, le había pedido el permiso de conducir, había cogido el carné rectangular plastificado con los dedos índice y corazón y se había ido caminando tranquilamente, patiestevado, a su coche patrulla, dejando allí a Leslie a que se le deshincharan las pelotas mientras él comprobaba que no era un terrorista, que no le buscaba la policía de algún otro estado y que no era un delincuente con infracciones de tráfico pendientes, a pesar de que Dennis y Leslie eran vecinos, habían ido a la misma clase desde primero de primaria hasta que habían acabado el instituto y estaban en el mismo comité de vigilancia del barrio. Dennis se ceñía estrictamente a las normas. Pese a todo, Leslie no pudo evitar soltar una risita cuando vio a su viejo amigo por el espejo retrovisor, con su pelo rizado y muy corto tapado por la gorra de policía, las piernas agarrotadas por las excesivas horas de gimnasio y la barriga hinchada bajo la camisa azul ajustada, caminando hacia él como un pato,

libreta en mano, como si fuera a tomarle nota en una de esas hamburgueserías en las que se puede pedir la comida desde el coche.

—¿Algún problema con mis antecedentes penales? —le preguntó Leslie, que, al igual que Dennis, seguía con las gafas de sol puestas. Sabía que en teoría los polis tenían que pedirte que te las quitaras, y quería conseguir que Dennis Doyle le exigiera al tipo con el que se había fumado su primer porro que lo hiciera para poder comparar la foto del carné con su cara de verdad. Dennis no picó.

—Si no te gusta que te los miremos, no sobrepases el límite de velocidad —dijo.

—De acuerdo, agente —contestó Leslie.

Doyle volvió a su coche muy digno, con aire ofendido. Leslie se preguntó si todavía podía calificar a aquel hombre de amigo.

Ya eran las nueve menos cuarto. Por norma general, a Leslie le gustaba estar en el trabajo no más tarde de las ocho y media, ya que así marcaba la pauta para los chicos. El gran letrero en el que ponía «SENZATIMORE MARINE» se veía desde la carretera. Cada vez que lo divisaba sentía una ola de calor en el pecho, una mezcla de orgullo y de cierta sorpresa por haber llegado a algo en la vida.

La gran puerta de persiana estaba abierta cuando llegó. Leslie entró a pie, escudriñando tres barcos sostenidos sobre puntales en busca de indicios de algún avance en el trabajo. Sus empleados le saludaron con la mano cuando le vieron y Leslie les devolvió el saludo con su buen humor habitual. Cuando se pusiera un café, repasaría el plan del día con su equipo y se pondría a trabajar. Leslie hacía la mayor parte del trabajo fino de carpintería él mismo. Miró a través de los cristales de su despacho y vio que la cafetera estaba llena. Vera, su secretaria desde hacía trece años, estaba sentada en su mesa, inclinada y de espaldas a él. Vera le resultaba reconfortante. Entró en el despacho y se sirvió un café.

—Buenas —le saludó Vera.

—Dennis Doyle me ha puesto una multa por exceso de velocidad —dijo Leslie.

—¿Quién es Dennis Doyle? —preguntó ella con un tono agudo y nasal mientras giraba la silla para mirarle. Sesentona, arrugada, con el pelo cano y recogido en lo alto de la cabeza, las manos artríticas y las uñas bien cuidadas, Vera era la eficiencia personificada.

—Un tío con el que fui al colegio —respondió Leslie, dando un sorbo de café.

—Bueno, si supieras lo que yo sé no habrías tenido tanta prisa por llegar —contestó ella de nuevo volviéndose hacia su mesa.

—¿Por qué?

—Tengo malas noticias.

Leslie se sentó en su mesa.

—Dispara.

—Te acuerdas de que he estado detrás del señor Croft ese para que ingrese el último pago por lo que le hiciste en la lancha motora en diciembre, ¿no?

—Sí.

—Pues ha presentado una solicitud de declaración de quiebra. No sé cuándo vamos a cobrar ese trabajo, si es que llegamos a cobrarlo.

Leslie asimiló la información en silencio.

—¿Cuánto debía?

—Diez mil. Eso hacen veinte mil dólares en facturas pendientes de cobrar que no consigo que me paguen. Todos culpan a los bancos por no prestar. Vete a saber... Podemos llamar a una agencia de cobro de morosos, pero algunos de ellos son buenos clientes. Como el señor Clancy.

—¿Clancy?

—Acaba de cerrar su tienda. Dice que nadie compra muebles de lujo.

Leslie se recostó en su silla. El asiento crujió.

—Lo que necesitas son clientes de nivel —dijo Vera, volviéndose hacia él y agitando los delgados brazos en el aire—. La gente rica de verdad no está pasando estrecheces; esos siguen gastando.

—Muy bien —contestó Leslie—, pues encuéntrame a gente rica de verdad que tenga barcos que hagan agua.

—Te crees que estoy de broma —dijo Vera arqueando las cejas depiladas—, pero hablo en serio. Hazme caso, estás en el nicho equivocado. Necesitas dirigirte a la gente de mucho dinero.

—Vera —dijo Leslie, riéndose entre dientes a pesar de la preocupación—, me alegro de que lo tengas todo pensado, porque ahora mismo las cosas no pintan nada bien.

Se frotó los ojos, pensando en Stevie. Le habían encontrado un colegio de primaria privado, pero costaba un dineral. Sus suegros, su hijastro, la mujer de su hijastro, la hija de estos, su mujer...: todos dependían de él. Leslie tenía que encontrar una forma de ganar más dinero. Como ocurría a menudo cuando se sentía acorralado, y por motivos que no alcanzaba a comprender, Leslie huyó al peor recuerdo que tenía.

El sábado que su padre se suicidó, Leslie se había terminado sus tortitas y había dejado el plato en el fregadero. Había quedado con sus amigos al final de la manzana y llegaba tarde. Su madre, Evelyn, le estaba untando mantequilla en una tostada a la niña de dos años. Sus hermanas se estaban haciendo moños la una a la otra para la clase de *ballet*. Su hermano estaba intentando atarse los cordones de los zapatos. Nadie hablaba. Todos parecían indiferentes a los demás y, sin embargo, si un desconocido hubiera entrado en aquella habitación habría tenido la sensación de que todos estaban haciendo algo en equipo, tal era su complicidad, a pesar del silencio y de la concentración en sus respectivas actividades. Incluso el cachete que le pegó Evie a Martha fue un pequeño toque de percusión en la silenciosa sinfonía del sábado por la mañana en el hogar de los Senzatimore. Leslie quería sacar su bicicleta antes de que su hermano pequeño, Will, levantara la vista de la peliaguda tarea de aprender a atarse los cordones y quisiera irse con él.

Leslie salió de casa con la cabeza baja y silbando distraídamente. Hacía algo de fresco por primera vez en todo el verano. Dos días más tarde se reanudarían las clases. Se fijó en que la luz del cobertizo estaba encendida; su padre debía de estar allí. Charlie Senzatimore se ganaba la vida reparando barcos, sobre todo agujeros en la fibra de vidrio y rasgones en la tapicería, pero cuando no estaba trabajando se entretenía con la

carpintería. Le encantaba pasarse las horas en el cobertizo que había junto a la casa, donde tenía su sierra de mesa, una sierra de banda, un torno, martillos, cola, clavos, tornillos, abrazaderas, caballetes para serrar... Sabía hacer estanterías, mesas, joyeros..., casi cualquier cosa. Siempre les fabricaba regalos a los niños por sus cumpleaños, que les daba como acompañamiento del juguete que les hubiera comprado y envuelto Evelyn. De hecho, era difícil sacar a su padre del cobertizo cuando no estaba en el trabajo o leyendo el periódico en su sillón. Charlie no era un tipo sociable. Si llegaba una visita inesperada, se escabullía por la puerta trasera y se quedaba en el cobertizo hasta que se iba. Ni siquiera soportaba que otras personas que no fueran su mujer o sus hijos le vieran comer. Si estaba sentado a la mesa y sonaba el timbre, cogía su plato y terminaba de comer en el cobertizo.

En los últimos meses, el padre de Leslie había estado trabajando en una sorpresa. No quería que nadie la viera y la tenía tapada con una lona. A veces se pasaba toda la noche trabajando en ella. Su madre bromeaba con que pensaba que quizá Charlie tenía a una mujer escondida debajo de la lona, por la cantidad de tiempo que pasaba allí últimamente. Cuando Evelyn decía eso, Charlie soltaba un poco de aire por la boca, sonreía y miraba al suelo con timidez. Seguía siendo un hombre muy delgado, no más alto que Leslie a sus trece años. Tenía el cabello oscuro, la piel morena y unos círculos marrones en torno a los ojos que le hacían parecer italiano y le daban un aire de agotamiento. Lo que estaba construyendo en el cobertizo debía de ser importante para él. En un par de ocasiones, Leslie había empezado a abrir la puerta y su padre le había gritado que esperara un minuto. Charlie casi nunca levantaba la voz, así que, cuando lo hacía, causaba una gran impresión. Tras un par de incidentes de este tipo, Leslie había empezado a llamar a la puerta del cobertizo para comprobar si su padre estaba allí trabajando en su proyecto secreto.

Aquella mañana en concreto, Leslie llamó a la puertecilla desvencijada pero no obtuvo respuesta, por lo que supuso que no había inconveniente en que entrara. Lo primero que vio al abrir la puerta fue la lona con que su padre tapaba su objeto secreto, hecha un revoltijo en el suelo, y el objeto en sí, a la vista sobre un tablero de contrachapado apoyado en dos caballetes. Era una reproducción de un buque de guerra, de más de un metro de largo, construida con madera. Leslie se acercó a la maqueta, impresionado. Cada una de las torretas, los helicópteros en miniatura, todo excepto las dos hélices de aluminio y las palas de los helicópteros estaba hecho de madera. El casco del barco se había construido con piezas de madera que se entrelazaban. De alguna manera, Charlie había cortado cada una de las piezas que formaban el cuerpo del barco con la curva precisa y las había ensamblado todas como si fuera un puzle gigante. La madera estaba en bruto, lijada, salvo por las palabras «USS NEW JERSEY», que había rotulado cuidadosamente con pintura roja en uno de los lados. Leslie se dio cuenta de que aquello debía de ser su regalo de cumpleaños. La sensación de culpa por haberlo visto meses antes de tiempo, unida al asombro ante el impresionante cariño con que su padre debía de haber creado aquella maravilla, le abrumaron, y se dispuso a salir de allí y hacer como si no lo hubiera visto.

Al volverse, una pequeña explosión de luz, como un *flash*, rebotó en una escalera de aluminio en un rincón del cobertizo. La escalera de tijera estaba volcada y abierta, como una flecha que señalaba a Leslie. Sobre ella, en la profunda sombra del rincón, entre los viejos monos de trabajo de su padre que colgaban del techo bajo con perchas como figuras desinfladas, la cara de Charlie se volvió hacia él, con los ojos vidriosos y abiertos de par en par. Su padre estaba volando. Eso fue lo que pensó Leslie durante unas milésimas de segundo. Después se dio cuenta de que el hombre estaba colgado por el cuello de una cuerda naranja pasada por encima de una de las vigas, con el cuerpo girando perezosamente, como un adorno navideño que da vueltas a un lado y a otro en su rama del árbol. Leslie divisó su Schwinn verde libélula, apoyada en la pared de detrás del cuerpo colgado de su progenitor. Se acercó muy lentamente, la cogió por el suave manillar de plástico, la movió unos centímetros hacia atrás y la empujó describiendo un semicírculo cerrado, casi rozando los pies de su padre. Atravesó el cobertizo empujando la bici, oyendo el ruido del piñón libre, abrió la puerta de una patada, pasó una pierna por encima del sillín, pedaleó lo más deprisa que pudo hasta llegar a la acera, bajó la calle a toda velocidad hasta la casa de Dennis Doyle y dio un frenazo al ver a la pandilla de chavales que ya estaban reunidos al final de la calle sin salida. Pasó el día con Dennis, Chuck Tolan y Danny Morano, jugando a James Bond y a los pilotos de caza, esperando a cada segundo que apareciera su madre con un ataque de nervios. No fue a casa a almorzar. Le daba igual no volver a comer nunca más. Si hubiera podido hacer que aquel día durara eternamente, lo habría hecho. Pensó en escaparse de casa. Se quedó con sus amigos hasta que la noche se tragó toda la luz del callejón sin salida y empezaron a oírse las llamadas a gritos de las madres. Evelyn llamó por teléfono a la señora Doyle para decirle a Leslie que fuera a casa a cenar, pero en el rostro de la señora no hubo nada que indicara que su madre hubiera mencionado que había encontrado a su marido ahorcado en el cobertizo. Leslie volvió a casa en la bici y entró con una sensación de pesadez en el estómago. La cena estaba en la mesa y las niñas ya estaban sentadas. Will se estaba lavando las manos.

—¿Dónde está papá? —se descubrió a sí mismo preguntando.

—En el cobertizo —contestó Evelyn cortantemente.

—¿No crees que tendrá hambre? —preguntó Leslie. Tenía que conseguir de alguna manera que su madre fuera al cobertizo. No podía contárselo, no después de haber esperado todo el día.

—No quiero molestarle cuando está trabajando en su proyecto —dijo su madre con resentimiento—. Ya vendrá cuando le apetezca.

Leslie intentó comer. Masticó cada bocado hasta que la comida se le hizo como lodo. Fuera, los grillos parecían estar gritando. Se dio cuenta de que el pobre hombre se iba a quedar tieso en aquel cobertizo toda la noche y que encima su mujer se la iba a tener jurada por quedarse allí, cuando en realidad simplemente estaba muerto.

—¿Quieres que le lleve un plato? —preguntó desesperado.

Evelyn sirvió un plato de comida en silencio y se lo dio, añadiendo con sequedad:

—No te olvides de darle recuerdos de nuestra parte.

Leslie fue al cobertizo, cerró los ojos y rezó. «Por favor, que no sea verdad», murmuró. A continuación abrió la puerta, la cerró y volvió a atravesar el jardín y a entrar en la cocina, todavía con el plato de comida en la mano.

—Mamá —dijo—, tienes que ir al cobertizo.

Después de los chillidos de Evelyn; después de que los niños irrumpieran en el cobertizo; después de que Leslie los echara de allí; después de que llamara a la policía, a la ambulancia, a los parientes; después de acostar a sus hermanos, mientras se convertía como por arte de magia en el mayor, reemplazando de forma no oficial pero sí definitiva a su hermana mayor, Evie, que empezó a chuparse el dedo aquella noche y nunca dejó de hacerlo y que manifestaría su estado permanente de crisálida con innumerables cambios de trabajo hasta los cuarenta y tantos años, acompañados de una sucesión de relaciones con hombres inmaduros e infantiles con tendencia bien a tener extrañas risas socarronas, bien a estar casados, fofos y no disponibles; después de que la loca de la señora Bobik entrara blandiendo una tarta de café que cortó y de la que se comió tres trozos, al tiempo que hablaba jadeando y con tono quejumbroso de lo misteriosos que podían ser los hombres; después de quedarse casi toda la noche despierto con su madre, consternada y furiosa, al tiempo que pasaba de ser un chico de trece años bastante normal al cabeza de una familia cercenada por un hombre que tenía miedo de su propia sombra, Leslie se tumbó en su cama y pensó en su regalo de cumpleaños. Sabía bastante de carpintería, después de años aprendiendo en Senzatimore Marine, ayudando a su padre a montar los barcos los fines de semana o, de vez en cuando, después del colegio. A veces había que hacer trabajos de carpintería, especialmente en los barcos más antiguos, y esos eran los favoritos de Charlie. Leslie sabía que uno no haría una maqueta de un buque de guerra como aquella, con todas esas piezas entrelazadas, a menos que quisiera que se pudiera desmontar. El barco era un puzle.

Leslie se vistió muy sigilosamente y salió de casa en zapatillas. Los grillos se habían callado, pero había un silbido claro y sonoro que salía de entre los árboles, emitido por algún insecto. Llegó hasta el cobertizo y pulsó el interruptor que había justo al lado de la puerta. La bombilla desnuda del techo arrojó un cono de fría luz azul sobre el *USS New Jersey*, de nuevo tapado con la lona, y dejó el resto de la habitación en una penumbra negra rojiza que parecía irradiar amenaza. El barco proyectaba una sombra puntiaguda sobre el suelo de cemento. Leslie se quedó en la puerta, sin poder moverse. El pequeño cobertizo al que estaba tan acostumbrado parecía cargado de una electricidad que resultaba espeluznante. Algo palpable, como un enorme cubo de gelatina lleno de energía negativa, le repelió cuando intentó entrar en la habitación. Tuvo que empujar para entrar en aquel campo de fuerza, superando su pavor paso a paso. Se forzó a mirar solamente al barco, evitando el rincón en el que unas horas antes había visto la cara lívida de su padre balanceándose y mirándole. Leslie levantó la lona con cuidado y la dejó en el suelo. El barco era tan largo como la envergadura de sus brazos y, visto desde arriba, tenía la forma refinada y alargada de un elegante zapato terminado en punta. Las torretas y el puente estaban hechos de contrachapado de seis milímetros, lijado y encolado.

Había cuatro helicópteros con pequeñas palas de metal preparados en la cubierta de vuelo. Pensó en todos los segundos que las yemas de los dedos de su padre habían dedicado a ese barco, todo ese tiempo que no había pasado con su hijo pero que había empleado en algo que después de todo era para Leslie. Se sintió fatal por haber estado resentido con su padre.

Parecía que la borda y la cubierta estaban pegadas y formaban una sola pieza. Leslie tiró suavemente de la parte superior del barco y esta cedió. Al mirar dentro se quedó impresionado, ya que el piso superior era una réplica de un buque de guerra hecha con todo detalle: paneles de mandos, ruedas, engranajes..., todo construido meticulosamente con madera. Para ver el resto del interior, soltó con los dedos la primera de las piezas de madera entrelazadas de la parte exterior y la apoyó con cuidado en la mesa de trabajo de debajo de la ventana. Decidió empezar desmontando solo un lado del barco e intentó poner todas las piezas en un orden que más tarde tuviera sentido para ser capaz de volver a ensamblarlo. Tardó unos cuarenta minutos en desarmarlo. Dentro se encontró con tres pisos de un buque de guerra en miniatura, con un nivel de detalle impresionante. Había una tripulación de hombres con uniformes cosidos a mano trabajando en las cuatro salas de máquinas, leyendo diminutos libros tallados, tumbados en literas con mantas grises, manejando los intrincados paneles de control, comiendo alimentos de yeso pintado como de casita de muñecas, jugando al ajedrez en minúsculos tableros; otros estaban cocinando y cortando pequeñas réplicas de verduras. Leslie encontró una lupa entre los trastos de la mesa de trabajo de su padre.

Solo uno de los camarotes tenía un número: 753. En su interior, un hombre rubio de madera tallada dormía en la litera de arriba. El pelo era de verdad, y solo podía haber salido de la cabeza de la hermanita de Leslie, Martha. La mano dormida del hombre rubio, hecha de alambre, colgaba del borde de la litera superior. El marinero de la cama de abajo, un hombre de menor tamaño y con el pelo oscuro, tenía sus propios brazos y manos de alambre estirados hacia la mano del hombre rubio dormido. Debajo de la litera inferior, Leslie vio unos cabellos oscuros y ásperos, un trozo de muselina. Sacó una pequeña muñeca, una mujer diminuta con los labios pintados, la cara blanca y una melena larga y morena hecha con pelo de verdad. De un lado de la boca le salía un hilillo de pintura roja. Con los dedos temblorosos, Leslie volvió a meter rápidamente la pequeña réplica de la mujer debajo de la litera inferior. Volvió a colocar a toda prisa todas las piezas entrelazadas de madera que formaban la obra maestra de su padre y reconstruyó el barco lo más rápido que pudo. Cuando terminó, la luz del día ya entraba por las ventanas. Tenía la sensación de que al abrir el barco había desatado algo malo. La sensación de amenaza, que se había disipado mientras trabajaba, había regresado. Sintió la presencia del secreto de su padre en la habitación sin saber cuál era el secreto.

Al moverse, Leslie arrastró un trozo de papel por el suelo con la zapatilla. Se agachó y lo cogió. Estaba cuidadosamente doblado y tenía escrito «Por favor, leer» con la esmerada caligrafía de su padre. No entendía cómo no lo había visto antes. Quizá estaba metido debajo del barco y había caído al suelo al quitar las piezas. Se sentó en el frío cemento y desdobló el papel. Quizá su padre fuera a explicarle su secreto. Leyó: «Por

favor, embaldad esta maqueta con cuidado y enviádsela a Hutch Sonderson, 14 Humbolt Street, Dayle, Iowa». Después, unos centímetros más abajo, como si fuera algo de lo que se había acordado en el último momento, había garabateado: «Esto me causa dolor». Leslie se quedó sentado como si le hubieran dado un golpe en la cabeza, incapaz de pensar, durante un buen rato. Entonces oyó que su madre le llamaba. Se levantó y salió del cobertizo.

Esa misma mañana, más tarde, construyó una caja sólida y resistente con trozos de madera que había tirados por el cobertizo, metió la maqueta dentro y llenó la caja de papeles de periódico para que el barco no se moviera. Escribió una nota con un lápiz de carpintero que su padre había usado para anotar medidas en la madera: «Estimado Hutch Sonderson: Mi padre le hizo esto y después se ahorcó. Atentamente, Leslie Senzatimore». Puso la nota encima del barco y cerró la caja con clavos. Después fue con Chuck Tolan a llevarla a la oficina de correos en una carretilla de carga que les prestó el gruñón del padre de Chuck, que se dedicaba al negocio de las mudanzas. Una vez que llegó allí, Chuck Tolan le ayudó a levantar la caja de la carretilla y esperó fuera mientras Leslie hacía cola, con la caja en el suelo, empujándola con el pie según iba avanzando. Cuando le llegó el turno, subió la caja al mostrador, pagó el considerable franqueo con el dinero de su propia paga, se fue de la oficina de correos con Chuck –montando en la carretilla por las aceras como si fuera un gran patinete, desafiando totalmente las estrictas advertencias del amenazante señor Tolan– e intentó borrar de su memoria la existencia de aquella maqueta. Más o menos lo consiguió. Pero de vez en cuando, según se fue haciendo mayor, Leslie se imaginaba que encontraba a Charlie todavía con vida, retorciéndose colgado de la soga. En aquellas fantasías, siempre cortaba la cuerda con su navaja de bolsillo y bajaba al pobre hombre.

Leslie nunca volvió a abrir la puerta del cobertizo. Nadie lo hizo, hasta que Vincent McCaffrey se casó con su madre y lo convirtieron en una despensa para latas de conservas. McCaffrey era uno de esos habitantes de los barrios residenciales que quieren estar preparados para sobrevivir a cualquier catástrofe y tenía guardadas botellas de agua mineral y latas de estofado y de judías suficientes para aguantar varias vidas en aquel cobertizo, convencido de que una vez que empezara la gran guerra y todo gobierno fuera cosa del pasado, los McCaffrey iban a necesitar un montón de estofado.

Acurrucado en el gorro de Masha e inundado, por algún milagro olfatorio, por el aroma del café de Leslie, observé su recuerdo. Esa era una traición de la que uno no se repondría de un día para otro. Y sin embargo ahí estaba él, tan alegre, tan capaz, tan responsable, tan amable... No me lo tragaba. Debajo de toda esa masculinidad modélica había un corte profundo, una herida con forma de cráter succionador, como si le hubieran arrancado la cabeza y él simplemente se hubiera cosido una nueva. Lo único que yo quería era presentarle a su propio yo.

Leslie se quedó sentado sin moverse, con los brazos cruzados y los ojos hundidos de color azul cristalino fijos en su mesa, mientras el recuerdo se evaporaba y él regresaba poco a poco, como drogado, al presente. Segundo, fornido y flemático, llamó a la puerta. La expresión de Leslie se transformó automáticamente en un gesto de curiosidad e interés, acompañado de un esbozo de sonrisa. Por lo general, le salía ser amable como por acto reflejo. Era incapaz de estar mucho tiempo de mal humor.

—¡Segundo! —exclamó con un tono de voz animado y expectante.

—Tengo que enseñarte una junta —dijo Segundo en voz baja. Leslie se levantó y salió del despacho detrás de él. Mientras echaba un vistazo al casco de la lancha motora que habían reparado en la enorme nave, dejando atrás su triste recuerdo, yo me encontré siguiendo otra serie de acontecimientos, una a la que mi anfitrión de mandíbula prominente no tenía acceso pero que a mí me apareció fugazmente ante los ojos de forma repentina. Tenía sed de conocimientos en todas sus formas, así que me apresuré a meterme en aquel agujero cósmico y, viajando por el espacio-tiempo, aparecí en un buque de guerra, en el Mediterráneo, en septiembre de 1955.

Hutch Sonderson estaba sentado sin camiseta, con los pezones hinchados por el calor, el pecho suave como el de una niña, los brazos fuertes y larguiruchos a los lados del cuerpo, el pelo rapado de color trigo húmedo por el sudor, la mirada de límpidos ojos azul turquesa perdida en el horizonte inclinado. Charlie Senzatimore, moreno, de movimientos rápidos, un renacuajo de ciudad que hablaba a toda velocidad en comparación con el sosegado laconismo de campesino de Sonderson, se había enamorado de Hutch unas semanas antes, aunque él todavía no lo sabía. La tensión en el pecho cuando veía a Hutch ensimismado, la sensación de vergüenza y felicidad cada vez que hablaban, las achacaba a una extrañeza causada por llevar demasiado tiempo embarcado. Tres meses a bordo del *USS New Jersey*. *Lo peor eran las noches: el estar tumbado debajo de Hutch, observando una gran mano relajada que colgaba del borde de la litera superior; con los largos y fuertes dedos extendidos, como invitándole a cogerla... Jamás olvidaría la imagen nocturna de aquella mano inalcanzable. Durante el resto de su vida, cada vez que Charlie Senzatimore pensaba en lo desastrosos que acabaron siendo aquellos días para él, recordaba tres cosas: la mano de Hutch Sonderson suspendida sobre él, negra en la penumbra, como un sello de tinta; la cara redonda e hinchada de la chica, maquillada con polvos de color pálido y con los labios infantiles pintados de rojo; el cuerpo, diminuto y flácido sobre la cama, con los brazos y las piernas retorcidos sin orden ni concierto, como una muñeca abandonada, mechones de pelo negro húmedo pegados a la frente, las mejillas todavía encendidas aunque ya hacía rato que su respiración dificultosa se había detenido. Había sido un accidente; de eso no había ninguna duda.*

Cuando la chica le condujo al interior de la habitación, un soplo de brisa infló las cortinas blancas de muselina como las velas de un barco y a continuación puso pies en polvorosa y volvió a arrastrarlas hacia el exterior. Un ventilador daba vueltas en el techo perezosamente. La cama estaba hecha con unas sábanas rosas que parecían limpias.

Charlie se tumbó y la joven se sentó a su lado. Desde donde estaba podía oír el resuello del pecho de la chica.

—Necesitas un médico —le dijo.

Ella sonrió sin entenderle. «Seguramente esté haciendo esto porque necesita un médico», pensó Charlie. Se le pasó por la cabeza la idea de darle algo de dinero y salir corriendo escaleras abajo. No sentía ningún deseo. Nervioso, jugueteó con las sábanas limpias mirando al ventilador, intentando pensar en algo que estimulara su imaginación. No tenía muchas experiencias que recordar. Solo una chica con el pelo como un cepillo con la que había habido unos cuantos besos torpes con sonoros choques de dientes en un cine, una caricia vacilante de su orondo pecho. Nada de todo aquello le excitaba lo más mínimo. Paradójicamente, lo único que en aquel momento le despertaba el interés en el sexo era Hutch Sonderson, cuando el único propósito de estar en aquella habitación con aquella chica enferma tan joven era conseguir perder la virginidad y dejar de pensar en Hutch Sonderson. Era una operación sencilla y Charlie pensaba que funcionaría. Tenía que funcionar. Si no, se tiraría al mar. La chica dijo algo con tono quejumbroso mientras le agarraba la camiseta sin fuerzas y de modo insistente. Tenía prisa. Sus dedos le molestaron. Llevaba una bata holgada y tenía el pelo largo y moreno. Charlie le cogió un mechón y lo olió con los ojos cerrados. Se imaginó oliendo la piel de Hutch, suave, salada, cálida, curtida por el sol. Un arranque de deseo le lanzó contra la chica, cuyo débil cuerpecito se desplomó bajo el suyo. Oyó la respiración flemática de la joven mientras se esforzaba por mantener vivo su deseo. Entonces perdió una batalla consigo mismo y le dio la vuelta a la chica. Ella gritó, protestando, quizá porque nunca le habían hecho eso, eso en concreto, o porque no estaba en su contrato, o porque por aquello había que pagar más. Por el motivo que fuera, la chica gritó y Charlie amortiguó el grito tapándole la boca con la mano durante lo que no pareció más que un momento, no más de lo necesario, mientras la respiración de la joven gorgoteaba como un líquido en sus pulmones, como el ruido de una pajita al sorber las últimas gotas de leche de un vaso. Las cortinas seguían inflándose hacia el interior de la habitación y volviendo a retirarse después hacia la calle, como si hubiera un enorme ser del tamaño de una casa respirando acompasadamente delante del edificio. Cuando acabó, Charlie retiró la mano y vio que la chica estaba quieta. Se incorporó y la chica no se movió. Le dio la vuelta. Tenía la boca amoratada. No respiraba. Charlie la empujó y le golpeó la cara con delicadeza. Intentó oírle el corazón. Nada. Le abrió los pequeños labios húmedos y le insufló aire. Le comprimió el estrecho y huesudo pecho. Arrodillado junto a ella, lloró de pánico e incredulidad. Rezó. Pero estaba muerta. No había costado nada acabar con su vida.

Salió por la ventana, bajó por una tubería, avanzó por el callejón, pasando por delante de dos elegantes mujeres que se estaban riendo, y salió a las calles de Estambul, andando lo más deprisa que pudo sin levantar sospechas, intentando no atraer más miradas de las que ya atraía de por sí su uniforme de la Armada de los Estados Unidos, hasta llegar al puerto y al buque de guerra, que parecía tan largo como una ciudad. Cuando entró en su camarote vio a Sonderson, con su cuerpo robusto y sus delicadas extremidades, sentado en la litera inferior, la de Charlie, sacando brillo a sus botas, con los pies descalzos

apoyados en las taquillas de enfrente de la cama, todo piel y vello dorados, resplandeciente como Apolo. Su presencia hacía que el camarote pareciera diminuto. Miró a Charlie con una enorme sonrisa, con unos dientes blancos como la valla de un jardín.

—¿Qué tal ha estado? —preguntó arrastrando las palabras.

Sonderson no había querido ir al burdel con él. Tenía a su prometida en Iowa e iba a ir directo a casa a llenarla hasta arriba con su flamante simiente en cuanto acabara su periodo de servicio. Charlie pasó gateando al lado de Hutch para tumbarse en su cama y se pegó todo lo que pudo a la pared, aunque sus pies en calcetines quedaron a escasos centímetros del trasero de su compañero de camarote, duro como una piedra. Sonderson siguió sacando brillo a sus botas. No advirtió —o no mencionó— las lágrimas que le salían a Charlie del rabillo de los ojos, que le cayeron por las sienes y mojaron la almohada. Al cabo de unas horas, volvieron a zarpar. Charlie se imaginó a la chica enfriándose sola en aquella habitación.

Aunque Charlie Senzatimore tuvo demasiado miedo para suicidarse aquella noche, intimidado por las conocidas amenazas con ir al infierno dirigidas por la Iglesia a todo aquel que se quitara la vida, sí consiguió que algo muriera en su interior. Jamás le contó a nadie lo de la asfixia accidental de la prostituta ni lo de su amor por Hutch Sonderson. Cumplió su servicio en la Armada, dejó el barco, pasó ocho años dando tumbos hasta que conoció a la altísima Evelyn Bresnihan y entonces empezó a vivir la vida que se esperaba de él.

Leslie no sabía nada de todo esto, claro, y sin embargo de alguna forma lo había entendido completamente de manera intuitiva.

Posado en un dispensador de jabón en el lavabo del impecable cuarto de baño de los Edelman, que habían limpiado con lejía, observé cómo Pearl Edelman ayudaba a Masha a desnudarse para el baño. Pearl, que se había cambiado la peluca por una redecilla de felpa con un pequeño saquillo en la parte trasera para recoger el pelo, le bajó los tirantes del vestido de lana, que le llegaba hasta los tobillos; cayó al suelo con ligereza, donde quedó arrugado, seguido de la camisa gris de manga larga, el sujetador color hueso y las infantiles bragas de algodón. Contemplé su perfecta imperfección: los brazos torneados y esbeltos, los pechos grandes que apuntaban hacia arriba como capullos de flor y terminaban en unos pezones rosados. Tenía las caderas tersas y las piernas fuertes, delgadas y ligeramente arqueadas. Ya no sé si era hermosa. Probablemente no, pero tenía una elegancia grácil, animal. La oscura melena le caía por la espalda formando brillantes ondas. Sus enormes ojos centelleantes parecían ocupar dos tercios de su rostro y le daban aspecto de criatura tímida, vulnerable y fiera.

Con tal deseo que me entraron ganas de llorar, me volví hacia el espejo, girando torpemente sobre el resbaladizo pitorro del dispensador de jabón, desacostumbrado aún a tener tantas patas, y examiné mi propia fealdad. Mis enormes ojos convexos eran de

color rojo anaranjado; su superficie parecía la fina malla de una careta de esgrima. Tenía el cráneo translúcido, brillante. Aun así, por fortuna me abstuve de mirarme los sesos. Posiblemente había alguna clase de esqueleto que sostenía la estructura de mi cabeza; tenía que haberlo. Mi boca estaba permanentemente abierta; no podía juntar los labios y entre ellos asomaba una lengua cubierta de pelos. La estiré y de la punta salió una cosa, como una verga peluda con una almohadilla plana en el extremo, que llegó hasta la superficie del dispensador de jabón. Percibió un sabor amargo y se retrajo como si tuviera vida propia. Del tronco de rayas grises y negras me salían unos cuantos pelos largos, al igual que de las frágiles patitas, finas como hilos. Mis delicadas alas eran lo único que encerraba una pizca de belleza. Quitando eso, parecía uno de los subalternos del demonio. Y sin embargo era parte de la creación. El Viejo Cabrón había creado aquella monstruosidad y había decidido que estaba bien. Menudo ególatra. Al menos nunca había sido un gusano, sino que había nacido plenamente formado como Atenea, salida de la cabeza de Zeus, armada y lista para la batalla.

Aunque la forma que había adoptado me pareciera un insulto, no me resultaba sorprendente que me hubieran restituido cósmicamente. Mi primo Gimpel, un *jasid*, me había hablado de *gilgul neshamot*, la transmigración de las almas judías errantes para expiar sus pecados. Algunas regresaban como judíos o como animales, pero los espíritus de los malvados regresaban en forma de demonios. ¿Sería un demonio? Al menos eso sería interesante, ya que los demonios pueden conversar con los humanos. De hecho, su objetivo principal, aparte de robar el aliento a los bebés y la simiente a los hombres mientras duermen, era apartar a los justos del buen camino y conducirlos hacia diversas tentaciones. Parecía el trabajo perfecto para mí. Decidí ponerme a prueba. Alcé el vuelo y atravesé el cuarto de baño hasta aterrizar en el borde curvo de la bañera de porcelana, a unos centímetros de la cara de Masha. Ahora estaba recostada dentro de la bañera, viendo salir una estrecha columna de agua caliente del grifo, cosa que a mí me pareció asombrosa. Le habían aparecido unas gotitas de sudor en el labio superior y se las lamió con la lengua. ¡Y yo noté su sabor salado! Desplazó la mirada y yo vi lo mismo que veía ella: el jabón. Necesitaba el jabón. Se incorporó para cogerlo. Demasiado deprisa. Otra vez el dolor. Cada latido del corazón resonó con un dolor que se propagó hasta la base de la garganta.

Dong... Dong... Dong... Dong... Esperó a que se apagara el tañido. Se quedó sentada, completamente quieta, tomando pequeñas bocanadas de aire y mirando fijamente a la reluciente pastilla de jabón. Lanzó una mirada a la puerta. Pearl se había ido a atender a sus otros hijos; Masha tenía que hacer aquello sola. Cuando el dolor remitió, empezó a moverse por el agua muy despacio, milímetro a milímetro. Casi no se notaba si se estaba moviendo o no. Alcanzó el jabón, lo agarró y volvió a recostarse, manteniendo la boca bien cerrada y respirando por la nariz. Esperó a que el dolor desapareciera para intentar dirigirme a su mente.

«Ráscate la cabeza», ordené. Masha movió ligeramente la cabeza hacia un lado, como si estuviera escuchando. «¡Ráscate!», dije. Entonces oí sus pensamientos, como una voz suave que me hablaba al oído: «Ojalá pudiera dormir aquí...».

«¡Ráscate!», supliqué. Al final, de una forma que me pareció tan milagrosa como la división de las aguas del mar Rojo, una plaga de ranas o una zarza ardiente, el fuerte y esbelto brazo de Masha se fue levantando del agua poco a poco. Se llevó los finos dedos al pelo y... ¡se rascó!

Me quedé posado en el borde de la bañera, anonadado ante mis habilidades. No podía creerlo. Me corrían escalofríos por la columna... si es que tenía una columna. Me sentí eufórico por el poder. Quizá me llevara mucho tiempo, pero juré despertar a aquella joven de su sueño santificado de abnegación, alzarla hasta la fama. La metería en esa caja luminosa de historias que no le dejaban ver; destruiría su obediencia al viejo Tirano, el Humorista, el Reciclador de Almas, el Espía. Y, de alguna forma, derribaría a ese pilar de bondad que era Leslie Senzatimore. Quizá Masha incluso pudiera ayudarme. Podía oler la verdad en aquellas personas; tenía que arañar hasta encontrarla. Dos heridas, como una mordedura de serpiente en el pálido muslo de Jashem.

Con la excepción de la cena, una vez que estuve casado todos los aspectos de mi vida doméstica quedaron al cuidado de Hodel. Ella me preparaba las abluciones por la mañana, me lavaba las sábanas, limpiaba nuestra habitación y cada noche se tumbaba en la cama para mí como si fuera un camisón. Cuando copulábamos, sin embargo, yo tenía la impresión de que ella aguantaba la respiración. Las únicas veces que parecía contenta era cuando sacaba sus muñecas y me hacía jugar a las casitas con ellas. Era una estampa lamentable: un hombre joven y su esposa dando de comer papilla invisible a un par de bebés de trapo. Hodel me estaba arrastrando a su pequeño mundo imaginario, y de hecho empecé a tener sentimientos paternos hacia aquellas criaturitas. Por las noches dormíamos con ellas entre nosotros y hacíamos que hablaban como bebés, moviéndoles las cabezas y los brazos de tal forma que parecían de verdad. Cuando teníamos relaciones, yacían en la cama a nuestro lado, con los botones que tenían por ojos mirando al techo con un gesto de aburrimiento, como esperando a que terminásemos.

Al cabo de unas semanas de matrimonio, Hodel empezó a tener unos explosivos ataques de naturaleza intestinal. Se pasaba las mañanas casi enteras en la letrina. Sus gases olían a carne podrida. Perdió peso, empalideció y se le quedó la cara demacrada. Yo cada vez sentía más repulsión hacia ella. Día tras día, salía a pregonar mi mercancía por la ciudad, trabajando más horas para pasar más tiempo fuera de casa. Por las noches me tumbaba bien tapado en mi lado de la cama y cerraba los ojos, imaginando placeres carnales con mujeres sanas y rollizas a las que había visto por la calle e intentando no hacer caso de la tóxica flatulencia nocturna de mi mujer. Cuando conseguía vencer mi repugnancia y montaba a Hodel, no dejaba de pensar en estalactitas necróticas de excrementos pegadas a sus paredes intestinales inflamadas. Cuando le daban ataques de llanto porque echaba de menos a su familia, yo sentía sus sollozos en los oídos como una lluvia de agujas. Las veces que lograba caer redondo, dormía mal, inundado por una marea viscosa de sueños eróticos que entraban en mi cabeza uno detrás de otro. A menudo me despertaba pegajoso por las poluciones nocturnas. Me lavaba e intentaba animar a la pobre y llorosa Hodel dando de desayunar a sus muñecas. Teniendo en cuenta la situación en la que estaba mi vida, no es de extrañar que me refugiara en la religión.

Mi primo, Gimpel Cerf, había venido a París procedente de Mezritch, en Polonia, para intentar ganar algo de dinero vendiendo mercancía con mi padre y conmigo y para dar a conocer un tipo radicalmente nuevo de judaísmo. Se hacían llamar los *jasidim*, los piadosos, y eran conocidos por sus cantos y bailes, por su forma de concebir el culto

como algo jubiloso. Ponían menos énfasis en el estudio que nosotros, los judíos talmúdicos. Según ellos, era a los hombres sencillos a quienes más amaba Dios. La primera vez que vi a Gimpel fue un sábado en casa de mis padres. A mi madre le gustaba que de vez en cuando fuera a disfrutar de la última comida del sabbat con ella, mi padre y mi hermano. Yo agradecía un descanso de las cenas en casa de los Mendel y el primer sábado de cada mes, sin falta, subía las desvencijadas escaleras de la casa de vecinos en la que vivían mis padres. Hodel casi nunca me acompañaba en estas visitas; bien se le estaban licuando las tripas, dejándola confinada a la letrina, bien decía que tenía que ayudar a su madre (a quien, desde luego, nada le habría gustado más que librarse de ella por un día).

La primera persona a la que vi al entrar en la habitación fue a mi madre, pequeña y gordita, con su cara lavada y regordeta enmarcada por la puntilla bien limpia de la capota del sabbat y con aquella boca pequeña con las comisuras curvadas hacia arriba y aquella nariz puntiaguda que le daban un aspecto de zorro risueño. La abracé, respirando su embriagador aroma hasta tener los pulmones rebosantes. Mi madre trabajaba en una panadería. Los recovecos de su cabeza —los suaves valles de cartílago de detrás de las orejas; la aterciopelada nuca; el pliegue bien definido donde la carne prieta de debajo de la barbilla se unía al cuello— olían a *jalá*, todos los días de la semana. Era su perfume. Cuando era niño, me imaginaba que a mi madre la habían hecho con masa de *jalá*. En lugar de nacer como todo el mundo, a ella la habían horneado hasta convertirla en la madre perfecta. El caso es que la solté y me quedé muy avergonzado al ver a un joven desaliñado vestido con un caftán negro lleno de manchas que me sonreía desde la mesa de la cocina con un gesto comprensivo y bondadoso, con un gorro de piel en la cabeza y las regordetas manos sobre la mesa, con las palmas apoyadas. Uno de sus ojos marrones le bailaba en la cuenca; el otro me miró con ardiente afecto. Tenía la barba rala y los bucles de los lados de la cara largos. Cuando me vio separarme de mi madre, se levantó, estiró los cortos brazos y exclamó:

—¡Jacob! ¡Por fin!

Me acerqué a él de mala gana. Sentí el impacto de su abrazo muy adentro de la caja torácica. Su aliento era cálido y olía bastante bien, como un estanque. El abrazo duró mucho más de lo que esperaba e incluyó un balanceo de nuestros cuerpos a un lado y a otro. Los brazos me colgaban torcidos, extendidos por la fuerza del achuchón. Dirigí una mirada de súplica a mi madre, que tenía las manos juntas en el pecho y nos observaba ladeando su adornada cabeza.

—Y este, claro, es tu primo Gimpel, que ha venido a visitarnos nada menos que desde Mezritch —anunció mi madre, que a continuación se acercó a la lumbre, encendida aquella tarde por una gentil a la que mis padres contrataban cada sabbat, y empezó a servir el estofado de un puchero que colgaba sobre el fuego. En ese momento entró Shlomo, mi estudioso hermano menor, arrastrando los pies y con un libro bajo el brazo. Me fijé en que le estaba empezando a salir una pelusilla negra sobre el labio superior, como una mancha de mugre. Pronto cumpliría quince años. Le compadecí, pensando

que cualquier día intentarían casarle y que entonces su vida estaría acabada, igual que la mía.

Ver comer al primo Gimpel fue una experiencia muy entretenida. Daba bocados con voracidad, inclinándose mucho sobre su cuenco, y después tarareaba mientras masticaba, mirando al techo, como en trance. Mis padres hicieron como si no le vieran, aunque mi padre permaneció con los músculos de la mandíbula en tensión mientras comía y mi hermano sacudió la cabeza varias veces con desaprobación. En un momento dado, Gimpel dejó de tararear, bajó la vista del techo y me descubrió mirándole fijamente. Sonrió y le asomaron unos fideos a medio masticar entre los dientes.

—Estoy liberando las chispas —explicó, lanzándome una pequeña ducha de *kugel* por la mesa al pronunciar las eses—. De la comida.

—¿Las chispas? —pregunté.

—La vida espiritual que hay en los alimentos. Eso es lo que produce el sabor —dijo.

Miré a mi padre, que, impasible, se sirvió un poco de repollo.

—«Y vieron a Dios, y comieron y bebieron» —continuó Gimpel, sonriendo y levantando su pequeña copa de vino—. Éxodo 24, 10. El *rebe* dice que, cuando un hombre come, debe liberar su mente para que pueda alzarse y pensar en Dios mientras traga cada bocado. Así es como repararemos el universo y traeremos al Mashíaj. Poco a poco.

Dio un trago de vino y se puso a tararear otra vez.

—¿Comiendo? —pregunté.

Gimpel dejó de tararear y me miró. Parecía escandalizado. Me pregunté si se habría enfadado, pero se echó a reír, con la boca abierta llena de fideos masticados y moviendo la barriga. Se rio tanto que se le saltaron las lágrimas y tuvo que secarse los ojos con la servilleta.

—¡Comiendo! —repetía para sí mismo con voz ronca una y otra vez. Cuando finalmente se calmó, me dirigió una mirada seria y afectuosa y me dijo—: Ya te lo explicaré todo a su debido tiempo.

Al día siguiente, Gimpel me siguió cuando fui a hacer mi ronda por las calles cargado con mi caja de quincalla, con la correa de cuero clavada en el cuello, pregonando enérgicamente mi mercancía. Mientras yo anunciaba el contenido de mi caja con voz cantarina, mi barbado primo me seguía en silencio, con el sombrero de piel de castor reluciendo sobre su cabeza, los mechones de los lados de la cara lacios, el caftán ondeando tras él como una vela negra y el montón de ollas y teteras de hierro que llevaba colgadas del brazo repiqueteando a cada paso. Mientras caminaba delante de él con mis elegantes zapatos acabados en punta, me imaginé que llevaba un par de vaquillas al mercado, tal era el tañido de sus artículos, que parecían cencerros. Cada vez que me rezagaba me envolvían las ráfagas de su aliento con olor a estanque. Me avergonzaba sobremedida su ridículo atuendo, así que intenté mantenerme unos pasos por delante de él mientras iba proclamando hacia los balcones:

—¡Cuellos de encaje de señora! ¡Cortaplumas! ¡Cajitas de rapé! ¡Los mejores precios!

No vendí nada. A mediodía tuve que sentarme en el escalón de una estatua ecuestre de puro cansancio. Gimpel se puso a mi lado, giró mi caja de quincalla hacia sí y fue

abriendo uno por uno los cajones de accionamiento suave con la atenta curiosidad de un chimpancé.

Mi caja era una tienda móvil, meticulosamente ordenada. Se la había comprado a buen precio a un hombre que necesitaba fondos desesperadamente y que estaba a punto de ser expulsado de París, acusado de vender sin pasaporte. Era de palisandro y tenía cuatro cajones. En el primero, que era el de menos altura, había expuestos pequeños artículos de uso personal: cajitas de rapé, hebillas para zapatos y cinturones, leontinas y otras baratijas, según lo que hubiera encontrado en los mercados o ferias. En el siguiente cajón tenía guantes, servilletas, cuellos de encaje, pañuelos, trabillas y carteras de piel. En el tercero guardaba navajas de afeitar, cuchillos de monte y unos pequeños cortaplumas preciosos. En el último cajón, que era el más grande, tenía cinceles, cuchillos de cocina, pequeñas hachas, escribanías y otros artículos voluminosos.

—No tienes fuerza para llevar todo esto —me dijo Gimpel tras su largo y simiesco examen.

—Lo llevo todos los días —contesté jovialmente.

—Te vas a hacer daño en la espalda —exclamó—. Deberías dejarme que te lo lleve yo.

El cuello y los hombros me dolían permanentemente; era una oferta tentadora. Sin embargo, Gimpel estaba espantando a mis clientes solo con ir andando detrás de mí.

—Gracias —dije—, pero creo que es mejor que a partir de mañana vendamos por separado. Quizá tengas más suerte en nuestro barrio.

Gimpel asintió, sonriendo, con el ojo bueno fijo en mi rostro. Me invadió una sensación de vergüenza.

—Por otro lado —tartamudeé—, si de verdad no te importa, sería un alivio que..., solo una hora...

A Gimpel se le iluminó el rostro. Se puso de pie, se quitó el sombrero, revelando un *yarmulke* enterrado en una mata de pelo grasiento, levantó la pesada caja y se colgó la correa del cuello. Después volvió a ponerse el sombrero de piel de castor con cuidado, como si fuera su corona.

—Yo te llevo tus cosas —dije.

—No —dijo estirando la mano para coger una tetera—, hoy te toca andar sin nada. Tú encárgate de gritar y de vender, yo te haré de mula.

Nos pusimos en marcha. No podía evitar pensar que a Gimpel, con su complexión de buey, su barba indómita y sus mechones lacios a los lados de la cara, le pegaba más llevar una caja de judío que a mí, con mis estrechas caderas, mis pálidas manos y mi cabello recogido.

Durante las semanas siguientes nos hicimos compañeros. Repartíamos el peso de mi caja de quincalla y parte de mis beneficios. A Gimpel le encantaba París y no dejaba de admirar con entusiasmo las proporciones de los edificios, gesticulando exageradamente con el brazo que tenía libre.

Debido, creo, a la grandilocuente apreciación que hizo Gimpel del puente de Notre-Dame, combinada con su atuendo extremadamente semítico, el inspector Buhot, el inspector de policía que se encargaba de los judíos, nos paró en el puente una mañana.

Buhot era un hombre enjuto, con la cara agrietada, que iba a todas partes con una libreta en la que anotaba las idas y venidas de todos los judíos de París con puntillosa minuciosidad. Buhot nos conocía a todos y nos tenía individualmente etiquetados: bueno o malo, decente o indecente. Nos mandaba deportar y encarcelar regularmente, como una madre severa que manda a su hijo a sentarse en un rincón, y luego volvía a recibirnos al cabo de unos meses con una sonrisa fría.

—Buenos días, Jacob —exclamó Buhot con una amabilidad tensa. Tenía los labios cortados y la piel de debajo de las cejas roja y pelada—. ¿Quién es vuestro amigo? No le reconozco.

—Este es mi primo, Gimpel Cerf —contesté—. Gimpel, te presento al inspector Buhot.

—*Beau... beau!* —exclamó Gimpel pronunciando la que quizá fuera la única palabra francesa que se sabía, con su ojo rebelde mirando hacia arriba y haciendo un amplio gesto con el brazo libre que abarcó el puente con las casas y las tiendas construidas a ambos lados, los grupos de golfillos, quincalleros, nobles y comerciantes que pululaban a nuestro alrededor, el resplandeciente Sena bajo nuestros pies. El inspector Buhot le examinó con recelo. El caftán, la alborotada barba y los largos mechones de Gimpel despertaron su interés.

—Gimpel no habla mucho francés —expliqué—. Ha venido de Polonia. De Mezritch.

—Ah..., de Polonia. ¿Esta es la facha que tienen los polacos hoy en día? —me preguntó Buhot. Yo me sonrojé—. Con lo arreglado que vais vos siempre, Jacob. Deberíais enseñar a vuestro amigo a presentarse. Ganará mucho más dinero así. Los parisinos no están acostumbrados a los judíos desaliñados. Y enseñadle algo de francés.

—Le enseñaremos —contesté—. Dale tus papeles —ordené a Gimpel en *yiddish*.

La pena por ser judío y no tener un pasaporte válido era la deportación o la cárcel. Sonriendo como un idiota, Gimpel le dio al huesudo y alto inspector un papel arrugado lleno de cosas escritas con letras muy floridas. Buhot entrecerró los ojos, intentando leer la diminuta caligrafía. Noté un leve temblor en sus dedos.

—Está en polaco —dije para ayudarlo.

—Tendría que haber venido a verme cuando llegó —dijo Buhot, devolviéndole el documento a Gimpel—. Está aquí ilegalmente.

—Acaba de llegar. Pensábamos ir a verle esta tarde.

—¿A qué habéis venido a París? —preguntó Buhot a Gimpel, con unos ojos como dos puntos inquisidores y cristalinos. Traduje la pregunta al *yiddish*.

—Tengo unas ollas, unas cacerolas... —respondió Gimpel encogiéndose de hombros—. Quiero venderlas.

—¿Cuánto tiempo pensáis quedaros? —le preguntó el inspector de policía.

—Eso depende de vuestra merced —contestó Gimpel, inclinándose con actitud servil—. Eso sí, tengo que estar de vuelta en Polonia dentro de un año.

—Volveréis a Mezritch mucho antes que eso, amigo —dijo Buhot con una sonrisa fatua. A continuación, volviéndose hacia mí, anunció:—: Estaré en mi despacho en el Châtelet dentro de dos horas. Traédmelo y le daré tres meses. Vuestro padre es un pilar de la comunidad, Jacob, es por él por lo que estoy siendo tan clemente. En circunstancias

normales echaría a este individuo de la ciudad esta misma noche.

Asentí con la cabeza, orgulloso de mi rápida traducción. Mi francés era mejor de lo que pensaba.

Cuando el inspector se fue, Gimpel soltó una risita y me dio un codazo en las costillas.

–Te avergüenzas de mí –afirmó sin rencor.

–No es verdad –contesté, molesto.

–Es cierto lo que ha dicho –dijo Gimpel mirándome–. Tú no pareces judío. Pareces francés. Ese es el problema con los judíos de París, que todos quieren ser franceses. ¿Cuántos sois? ¿Doscientos cincuenta varones en toda la ciudad, ha dicho tu padre? ¡En Mezritch tenemos más de mil personas! Tenemos escuelas. Tenemos una sinagoga. Vosotros ni siquiera tenéis sinagoga. Eso no está bien.

–Solo dejan entrar en la ciudad a unos pocos cada vez –protesté–, para que les prestemos dinero y les vendamos las cosas que necesitan. Les encanta tomar nuestro dinero prestado, pero luego nos culpan por hacerlo. ¿Cómo se supone que debemos actuar? No se nos permite acceder a los gremios, tenemos que llevarlo todo a la espalda de un lado para otro de la noche a la mañana. No podemos tener tierras en propiedad. A los judíos portugueses les va mejor, no sé por qué...

Gimpel meneó la cabeza. Me pregunté si sería tonto.

Una mañana me desperté en un charquito de frío y pegajoso semen. Al moverse cuando se estaba despertando, Hodel pasó la mano por encima y se sentó en la cama de un brinco, limpiándose la mano con la sábana con un gesto de repugnancia.

–He hablado sobre eso con madre –dijo mirando a mis calzoncillos empapados.

Sumido en la humillación, me quedé tumbado esperando a oír lo que decía a continuación. Reprender a Hodel por delatarme a aquella perra de ojos negros no serviría de nada; solo conseguiría que se pusiera a llorar.

–Madre dice que es un súcubo que viene a robarte tu semilla para concebir bebés demonios con ella –explicó Hodel abriendo los claros ojos azules con un gesto de asombro y credulidad, frunciendo la boquita como un niño de pecho–. Dice que debemos tener relaciones todas las noches mientras sea pura porque, si no, los bebés demonios que los súcubos han concebido con tu semilla matarán a nuestros bebés cuando los tengamos. Los asfixiarán mientras duermen.

Los ojos de mi joven esposa se habían llenado de lágrimas, no sé si de pensar en los bebés muertos o en los encuentros nocturnos con el miembro de su marido. Yo me quedé tumbado sobre el frío y espeso charco de mi propia leche y me imaginé a un súcubo inclinado, agachándose sobre mí, con el pelo alborotado, desnudo, con unos pezones de color vino oscuro y unos labios carnosos, estremeciéndose mientras me robaba mi semilla para su diabólica progenie. La imagen me resultó intensamente erótica y tuve que tumbarme boca abajo para ocultarle mi estado a mi mujer. ¿Qué me pasaba?

Aquella tarde descargué mis preocupaciones en los serviciales oídos de Gimpel mientras caminábamos uno delante del otro por una estrecha y embarrada calle. A mitad de mi discurso pasó un carruaje y me pegué a un edificio.

—Madame Mendel cree que son súcubos que vienen a robarme mi semilla —dije mientras me limpiaba unas gotas de barro de la cara.

Gimpel soltó una risita, caminando pesadamente delante de mí entre el repiqueteo de las teteras y con la ancha espalda algo encorvada.

—El Besht dice que eso es algo natural.

—¿Entonces no crees en los demonios?

—¡Yo no he dicho eso! Los demonios fueron creados por Jashem. Es más, es posible que Lilith, la esposa de Caín, fuera un demonio. Pero el cuerpo..., el cuerpo es esencialmente bueno —gritó por encima del hombro, deteniéndose para dejar pasar a un grupo de monjas cistercienses. Las hermanas se levantaron los almidonados hábitos blancos y negros para saltar por encima de un arroyo de aguas residuales que bajaban por el medio de la calle. París apestaba en aquellos días—. El acto de amor entre marido y mujer es algo sagrado —continuó Gimpel en voz muy alta—, ¡incluso existe la creencia de que puede contribuir a la curación del universo, que quedó dividido cuando se rompieron las vasijas!

En ese momento se volvió y me sonrió; su ojo anclado centelleó mientras el otro, el que tenía desconectado, giraba libremente en su cuenca.

—Habla más bajo —le supliqué—, no hace falta que el mundo entero se entere de mis problemas.

—El mundo no habla *yiddish* —contestó.

Una vez que llegamos a nuestro destino y nos sentamos en la plaza de Louis XV a ordenar nuestra mercancía, continué:

—¿Y si no soy una buena persona? ¿Y si no soy una buena persona en absoluto? No puedo dejar de pensar en asuntos carnales. Vaya, que ni siquiera los súcubos me parecen algo tan horrible. Mi mujer..., estar con mi mujer... es como estar con una niña enferma. No siento ninguna atracción por ella. Y sin embargo me atormenta el deseo carnal.

—El Besht dice que es posible que incluso el pecado proceda de Jashem —dijo Gimpel con sabiduría mientras daba un mordisco a una manzana—. Cuando tengas pensamientos extraños durante la oración, por ejemplo sobre mujeres, piensa en el origen de esos pensamientos. El origen es el amor divino. Si todo es Jashem y Jashem está en todo, entonces Él también está en la maldad. Si es que estás destinado a tener malos pensamientos, los tendrás. Hasta en el pecado hay un componente que depende del destino. Es posible que en el mundo no exista el mal. Reconozco que no sé mucho de todo esto, solo estoy al comienzo de mis estudios, pero he podido recoger las migas que caen de la mesa del *rebe* y te aseguro que he aprendido mucho de esa forma. No debes apartarte de tu esposa, Jacob. Cuando un hombre cohabita con su mujer, la Shejiná cohabita con Jashem en el Cielo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Las esferas celestiales reflejan nuestro mundo sublunar —contestó Gimpel—. Nuestras acciones, buenas y malas, tienen el poder de transformar el Cielo. Cuanto más bien hagamos, antes llegará el Mashíaj. Así de sencillo.

—Pero la Shejiná...

—La Shejiná es Jashem en el mundo. Es femenina. Es la parte de Él que podemos tocar aquí abajo. Ella vuelve a unirse con Jashem.

Gimpel entrelazó los dedos y los nudillos se le pusieron blancos. Yo miré fijamente a aquella simple dilucidación de lo que me imaginé como un dios hermafrodita, notando cómo mi mente se sentía atraída hacia aquel misterio sin comprenderlo. La sencilla autoridad de Gimpel era irresistible. A partir de aquel día lo convertí en mi modelo y mi guía. Me dejé crecer dos mechones a los lados de la cara y me los ricé. Me dejé crecer la pequeña perilla lo más que pude. Cuando Gimpel y yo íbamos andando por la calle con nuestros caftanes, tanto los judíos como los franceses nos miraban. Cada mañana, cuando rezaba, me enrollaba las tiras de cuero de los *tefilín* en el brazo izquierdo: tres vueltas en el brazo y siete en el antebrazo, con la pequeña caja de cuero con los diminutos pergaminos de la Torá colocada en el bíceps, señalándome al corazón. Llevaba los *tefilín* de la cabeza atados a la frente. Me balanceaba adelante y atrás cuando rezaba junto al entusiasta Gimpel. Él jamás desaprovechaba una oportunidad de rezar. Todas las mañanas se iba corriendo a alguna casa en la que se hubiera instalado un *shul* provisional —estos se trasladaban de una semana para otra a fin de llevarle la delantera a la policía, que a veces hacía redadas en los lugares de culto— y yo le seguía. Cuando salíamos con nuestra mercancía, él se llevaba su manto de rayas para la oración, que doblaba y metía en una bolsita de terciopelo. Dondequiera que estuviésemos al final de la tarde, Gimpel se las arreglaba para encontrar a otros ocho hombres para poder rezar, aunque tuviéramos que ir por la calle pescando judíos para reunir un *minyán*. Por la noche era lo mismo. Gimpel jamás se saltaba una oración. Incluso rezaba espontáneamente a horas no prescritas, para irritación de mi padre. Empezó a ser conocido en el barrio como Gimpel *el Bendito* o, a sus espaldas, «ese *jasid* chiflado de Mezritch».

Aunque en mi día a día yo me saltaba a menudo la oración de la tarde, cuando estaba con Gimpel siempre rezaba la oración de Minjá. Incluso me compré una pequeña bolsa de terciopelo para el *talit*, como la suya. Tres veces al día, con la precisión de un reloj, nos poníamos los mantos de rayas sobre la cabeza y nos balanceábamos fervorosamente adelante y atrás, entonando nuestras oraciones. He de reconocer que hubo momentos, cuando recitaba las oraciones y leía las letras hebreas de la Torá, en que pude distinguir el extremo de algo, como el borde ondeante de una prenda infinita, algo demasiado inmenso para describirlo. En esos momentos sentía una ola que crecía en mi interior y que, al ascender, me alzaba con ella. Pero la corriente siempre me devolvía a la orilla de mi propia mente, empujado quizá por esa contradicción instintiva que un día invadiría todo mi espíritu como una enredadera descontrolada. A Gimpel, en cambio, la corriente le llevaba bien lejos a diario. Gritaba a Jashem, sollozaba, imploraba. Le dirigía plegarias para que le hiciera bueno. Para dejar de ser un vil pecador.

Para Gimpel, el culto no terminaba cuando te quitabas el manto de la oración. Al contrario: él estaba en un estado casi permanente de gozoso culto. Me explicó que era una nueva forma de ser judío. Él era un *jasid* y para ellos la melancolía era pecado. La felicidad era buena. Gimpel hasta rezaba una oración después de hacer de vientre. Yo también empecé a hacer lo mismo al salir de la letrina: «Creador, que hiciste al hombre

con múltiples aberturas y cavidades... Si una de ellas quedara abierta o cerrada sería imposible sobrevivir y situarse ante Ti...». Para aquel hombre, Dios estaba en todas partes y todo era motivo de júbilo. Yo trataba de emularle a toda costa –deseaba fervientemente llevar una vida de éxtasis en la que fuera un todo con el Creador, huir de la realidad de mi vida–, pero no podía evitar a Hodel, sollozando en nuestro lecho conyugal noche tras noche. No podía reprimir los pensamientos lujuriosos que se multiplicaban en mi cabeza como gusanos.

Le oculté la gravedad de mi tristeza a Gimpel todo el tiempo que pude hasta que finalmente, una tarde en que estábamos sentados descansando junto al Sena, me desahugué entre sollozos: mi mujer estaba medio loca y odiaba el acto sexual. Sus pedos olían a rata muerta. Gimpel asintió con la cabeza y suspiró.

–Es difícil saber cuál es la respuesta –dijo.

Un joven aguador pasó por delante de nosotros caminando con dificultad, con un palo curvo en equilibrio sobre los hombros y dos cubos llenos que le pesaban muchísimo y de los que se iba derramando agua cada pocos metros. Gimpel se quedó observando cómo se agitaba el agua en los cubos hasta que el muchacho se fue. Al final, preguntó:

–¿A esa muchacha le han dado un amuleto contra el mal de ojo? Está claro que está enferma.

Negué con la cabeza.

–Bueno, pues hay que darle algo –me advirtió.

Gimpel siguió alojado en casa de mis padres, ocupando mi sitio en la cama que había compartido con Shlomo antes de casarme. Todos los viernes usaba la cocina de mi madre para preparar enormes ollas de puré de guisantes que los dos bajábamos por las escaleras justo antes del atardecer para ofrecer una cena de sabbat a los pobres. La viuda Morel, nuestra casera, era una mujer flaca y encorvada, con la cara roja, que siempre parecía estar buscando a su gato. Tenía un corazón piadoso y nos dejaba poner una larga mesa de madera y unas sillas en su patio. En el radio de pocas calles en el que vivían los judíos había unos cuantos vecinos pobres como ratas, y Gimpel intentaba llegar a todos ellos con su cazo. Tenía una palabra amable para cada vieja bruja artrítica, cada pilluelo descalzo, cada quincallero fracasado. Se sabía todos sus nombres. De vez en cuando se sumaba a nosotros algún gentil hambriento; mi primo los recibía a todos con los brazos abiertos. Instalado junto al alegre Gimpel, yo echaba el espeso puré verde en cuencos desportillados sostenidos por manos roñosas y agrietadas. Me gustaba hacerlo. ¿O me gustaba dar la apariencia de que me gustaba? No, creo sinceramente que me estaba volviendo bueno a base de hacer el bien. Si Gimpel se hubiera quedado en París, estoy seguro de que mi vida no habría tomado el rumbo que tomó.

Cuando toda la sopa estaba servida, Gimpel bendecía las cinco o seis hogazas de *jalá* que mi madre había conseguido que el panadero donara a los pobres. Después presidía la mesa mientras la gente disfrutaba de la cena de sabbat y repartía gruesas rebanadas del pan dulce, acompañadas de historias sobre el rabino Ben Eliezer, también conocido como el Baal Shem Tov, el fundador del jasidismo, así como raciones poco ortodoxas de la

cábala. En el patio de la viuda muchas veces hacía frío, pero los comentarios espontáneos y a menudo escandalosos de Gimpel nos hacían entrar en calor.

Su cosmología mística era extraña pero cautivadora: cuando Jashem creó el mundo, estaba vertiendo una luz infinita, como bronce fundido, en unas vasijas que la contendrían cuando se produjo un terrible accidente. ¡Jashem metió la pata! Echó demasiada luz en las vasijas y estas se rompieron, así que cayeron chispas de Luz Divina a la Tierra y ahora están atrapadas en todas las cosas mundanas surgidas de la creación, tengan o no aliento. El exilio de los judíos se produjo para que las chispas atrapadas en el mundo puedan ser liberadas gradualmente. Mediante el cumplimiento de nuestras obligaciones diarias, la oración ferviente, el lecho conyugal sagrado, la concentración en la divinidad mientras comemos, en definitiva, mediante los cientos de *mitzvot* que cumplen cada día los judíos, cada uno de los cuales está destinado a liberar un número determinado de chispas a lo largo de su vida, todas las chispas regresarán al Todopoderoso y entonces vendrá el Mashíaj. Aquella paradoja me dejó maravillado: Jashem, la perfección, derramó la luz. Y sin embargo esa fue claramente Su intención. Incluso el mal, que fue el resultado de aquel accidente, formaba parte de Su misterioso plan. No había nada en lo que Él no hubiera pensado.

Un viernes, unos seis meses después de que Gimpel se instalara con mi familia, mi madre me estaba esperando, con su olor a *jalá*. Cuando se puso el sol, se tapó los ojos con sus castigadas manos y rezó ante las velas encendidas. Como siempre, se hizo el silencio en la habitación mientras ella pedía su deseo al Creador, un honor que se reservaba a las madres cada sabbat. Durante la cena, Gimpel estaba tarareando y mirando al techo, como de costumbre, cuando de pronto se detuvo y dijo:

—El castigo impuesto a un alma errante por sus pecados puede ser habitar en la comida. Solamente si un *tzadik*, un verdadero guía espiritual, la ingiere con actitud santa puede el alma errante quedar libre de su tormento.

—¿El alma sabe que es un trozo de comida? —pregunté.

—No lo sé, yo no soy un *tzadik* —contestó Gimpel, que se encogió de hombros y se puso a tararear de nuevo. De repente, sin que aparentemente nada le hubiera provocado, mi padre pegó un puñetazo en la mesa, tan fuerte que sonó como si se hubiera caído una lucerna del techo. Todos menos Gimpel le miramos aterrorizados.

—¿Qué es eso de las almas errantes? —dijo mi padre. Estaba muy enfadado. Su mirada de ojos azules se había vuelto acerada e intensa y estaba fija en Gimpel, que le dirigió una sonrisa afectuosa.

—¿Las almas errantes? Ya sabe, las que pasan por *gilgul* y se van reencarnando hasta que sus pecados son redimidos —explicó Gimpel amablemente—. Está todo en la cábala, claro. ¿Y sabía que mi maestro puede mirarle la frente a un hombre y saber de dónde ha venido su alma, qué proceso de *gilgul* ha seguido y cuál es su cometido actual en este mundo?

Se hizo un silencio ominoso.

—Tu maestro... —intervino mi padre.

—El *rav* Dov Ber. Es el discípulo del Baal Shem Tov. El Besht, como le llamamos

nosotros, habla de un alma que se reencarnó en un pez, ¡y el alma quedó redimida cuando se la comió un hombre santo!

—Gimpel, eres sangre de mi sangre —dijo mi padre—, pero no puedes seguir viviendo aquí. Esa porquería en la que te revuelcas es muy peligrosa.

—Pero si usted y yo somos iguales —contestó Gimpel—. Un judío es un judío, está todo escrito...

—No, no somos iguales. Esos *jasidim* de Polonia están locos y no quiero que envenenes a mis hijos con esas ideas. Yo soy tan judío como el que más, ¡pero quiero que mis hijos tengan la oportunidad de disfrutar de una buena vida en este país! ¡No los quiero bailando por ahí en éxtasis todo el día! En esta casa tenemos la Torá y el Talmud ¡y se acabó! ¿Quieres que nos maten a todos? ¿Eso es lo que quieres?

Mi padre tenía las mejillas encendidas; los perdigones que escupió le estropearon la cuidada barba.

—¿Usted cree que va a venir el Mashíaj, o ni siquiera? —preguntó Gimpel con delicadeza.

Mi padre suspiró, apartando la mirada.

—Creo que se está tomando su tiempo —contestó con tristeza mientras una capa de amargura le cubría los ojos. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que mi padre había renunciado a Jashem. Ahora solo creía en normas. Igual que me había molestado su rígido código de comportamiento y de creencias, odié la falta de fe que se escondía tras aquella fachada.

Nadie dijo nada durante un buen rato.

—También esto es *beskert* —me dijo Gimpel mientras se levantaba de la mesa. Se notaba que mi padre se sentía fatal por su arrebató. Empujó su plato a medio terminar. Mi madre tenía lágrimas trémulas en los ojos, pero no hizo nada para impedir que Gimpel se fuera. Su misticismo y mis mechones le daban miedo.

En la habitación en la que había dormido en tiempos, observé cómo Gimpel preparaba un hatillo con sus escasas pertenencias.

—De todas formas tengo que volver con el *rebe* pronto —dijo—. Es muy difícil estar lejos de él. París es imposible para los *jasidim*. El trabajo del Besht nunca va a echar raíces aquí. Es demasiado tarde.

—¿A qué te referías cuando has dicho «También esto es *beskert*»? —le pregunté.

—Es el destino que se revela —contestó mientras ataba bien el hatillo.

—No entiendo cómo es posible que tengamos libre albedrío, como dice la Torá, si Dios ya lo sabe todo de antemano.

—Ese es el misterio —respondió Gimpel, que se sentó en mi vieja cama y se apoyó en la pared; su barriga tembló como un tazón de natillas bajo el caftán lleno de manchas. Sonrió con gesto relajado, satisfecho—. Por ejemplo, yo vine a París a conseguir dinero para los *jasidim* de Polonia, pero no he ganado nada. Vine para ver si podíamos traer el trabajo del Baal Shem Tov. Pero todos están esperando a poder volverse franceses. Entonces ¿para qué vine a París?

—No lo sé —dije.

—Vine a París para conocerte —dijo—. Eso es lo que creo. Ven conmigo a Mezritch, Jacob. Una temporada. Tienes que conocer a mi *rebe*. Comer en su mesa. Si tu esposa está demasiado enferma para venir, vuelve con ella cuando hayas aprendido algo. Me preocupa que, si te dejo, acabes perdiendo el rumbo. Aún eres tan delicado que cada cosa que tocas te deja marcado. No quiero que tu alma acabe dando tumbos por Gehena eternamente.

Está claro que tendría que haberme ido con él.

Deirdre Senzatimore se dirigió con aire decidido a la «celda para padres», como llamaba a la pequeña casa que tenían al lado de la suya, para asegurarse de que todo estaba en orden para su cita con la señora Drexler. Utilizaba parte de la vivienda – concretamente el salón y el recibidor– como sala de exposición para su negocio de decoración. Todo lo que había en esa parte de la casa estaba a la venta, hasta los cuencos con caramelos. Sus padres, Don y Libby Jenkins, podían hacer lo que quisieran en el resto de las habitaciones. A Deirdre le parecía un acuerdo bastante generoso. A su padre, Don Jenkins, le horrorizaba la vulgaridad de vivir en una sala de exposición, pero, como le recordaba a menudo su mujer, Libby, él no tenía mucho que decir al respecto, teniendo en cuenta que estaba sin trabajo y llevaba así diecisiete años, desde que había perdido su empleo en el First National Bank a los cuarenta y nueve años por la forma intolerable que tenía de desanimar a los clientes que solicitaban créditos. No podía evitarlo; tenía que ser sincero, y la mayoría de los proyectos para los que la gente quería los préstamos eran estúpidos. Don empezaba la conversación diciendo: «Vamos a repasar el proyecto», y entonces procedía a destrozar el plan de negocios del solicitante, aunque acabara concediéndole el préstamo, a menudo cambiando de opinión después de haber decidido que no se lo daba. Los clientes salían de su despacho con la sensación de que ya habían perdido la batalla, de que, aunque tuvieran el dinero que necesitaban para cumplir sus objetivos, estaban condenados al fracaso. A Don no le importaba prestarles el dinero del banco; lo que pasaba es que odiaba ver a la gente construir unos sueños tan idiotas. En una ocasión hubo incluso una agresión física por parte de un tipo llamado Jeff Wyant, que por lo general era un hombre paciente, pero que simplemente no pudo soportar oír a Don Jenkins soltarle una teoría con aire de superioridad sobre por qué una piscifactoría jamás iba a funcionar en el este de Connecticut. Wyant le dio un puñetazo en la cara y le rompió la nariz a Don. Intervino la policía, pero el inculpado salió absuelto del cargo de agresión grave al día siguiente, quizá porque el agente que atendió la llamada llevaba años fantaseando con la idea de pegarle un guantazo a Don Jenkins él mismo, después de haber soportado una de sus charlas sobre lo estúpido que sería abrir una guardería para gatos. Don era especialista en estropear sueños.

Deirdre entró en el recibidor y se alegró al ver que todo seguía en su sitio: las orquídeas de seda en un jarrón de cerámica china, una gran fotografía de un estanque con nenúfares en la pared, un sofá de bambú con tapicería de seda de color melocotón debajo de la fotografía. Encendió una vela con aroma a vainilla en la mesa del vestíbulo y se detuvo al oír el agudo y ominoso tintineo de unos cubitos de hielo al caer en un vaso. Entró en la cocina y vio a su padre, Don Jenkins, inclinado delante del cajón del

congelador con una botella de vodka en la encimera.

—Papá —dijo Deirdre, encerrando en esa única palabra toda la paciencia, la exasperación, la decepción y el afecto que podía sentir una hija.

—No me preguntes si sé qué hora es, cariño —dijo Don, que se incorporó y reveló su impresionante altura. Tenía las manos mojadas de rellenar la cubitera, la única tarea doméstica que siempre hacía sin que nadie se lo pidiera, y las sacudió con un gesto de impaciencia para quitarse las gotitas de agua de los elegantes dedos. Don tenía la cabeza alargada y cuadrada, y su rostro era un amasijo de arrugas. Su nariz, en tiempos aquilina, estaba torcida hacia un lado, desviada por la agresión de Wyant. Vestía un jersey de cachemira rojo cereza y un pañuelo de seda gris atado al delgado cuello con un nudo poco apretado. Llevaba varios días sin afeitarse.

—Me imagino que tu madre te ha contado su último fracaso en ciernes —dijo mientras echaba dos dedos de vodka en el vaso de tubo y, poniéndose a revolver en la caótica nevera, sacaba un yogur empezado, unas fresas mohosas en un recipiente de plástico abollado y un tarro de cristal en el que quedaba un poco de crema de nubes de golosina—. Esta nevera es exactamente igual que su cabeza, por cierto. Llena de sustancias dulces en estado de descomposición que no le sirven a nadie, especialmente a ella.

—Papá, tengo una visita dentro de media hora. Voy a necesitar que te quedes un rato arriba —suplicó Deirdre.

—¿Que me quede arriba? —dijo con un gesto de generosidad—. ¡Claro que me puedo quedar arriba! Me puedo quedar en el armario. Quiere divorciarse.

En ese momento entró la madre de Deirdre, Libby, que a sus setenta años iba vestida con un camisón estilo globo azul turquesa transparente que apenas le tapaba las bragas a juego. Tenía el pelo corto, rubio y alborotado. Parecía que se había pasado el rímel por toda la zona de alrededor de los ojos. Estaba muy bronceada.

—Exactamente, viejo amargado —gruñó mientras apoyaba la espalda en la pared—, ya me he hartado.

Don, que había vaciado la balda superior de la nevera, encontró una botella de zumo de tomate al fondo del todo y, entrecerrando los ojos, comprobó la fecha de caducidad de manera histriónica, poniendo un gesto de repugnancia propio de un actor de vodevil.

—Ni siquiera ve —apuntó Libby, que tenía la voz ronca de haber gritado—. No puedes leer eso sin las gafas. ¡Deja de hacer el idiota! —le gritó.

—Luego limpio yo la nevera, papá —dijo Deirdre.

Resollando por la nariz, Don llenó el vaso de zumo de tomate y condimentó la bebida sin prisa.

—A ver, esta mujer viene dentro de veinte minutos —advirtió Deirdre—, ¿podéis seguir casados hasta entonces, por favor?

—Cielo —gimoteó Libby, caminando de puntillas hacia Deirdre, que le sacaba la cabeza a su madre—, me está matando. Literalmente. Me estoy muriendo. Me estoy asfixiando. Es un puto pedante. Tengo que ponerme a salvo.

—Mamá, mira —contestó Deirdre—, tú vete a nuestra casa, ¿vale? Vete para allá. Ponte un abrigo. Te puedes duchar allí. O te invito al salón de belleza, ¿qué te parece? Y papá,

tú vete a tu estudio a leer y cuando se vaya la señora lo hablamos, ¿vale?

Deirdre llevó corriendo a su madre a la casa grande, sujetándole un chubasquero amarillo sobre los estrechos hombros. Libby, que todavía llevaba puesto su corto camisón cian con forma de nube, ahora con unas botas de agua, y cuyas venosas piernas asomaban por el chubasquero abierto y dejaban ver un bronceado naranja artificial y heterogéneo, estaba muy callada, cosa rara. Deirdre se preguntó si esta vez sería verdad que sus padres se iban a separar. Solo habían empezado a beber más de la cuenta en los últimos cinco años, desde que se habían mudado a la celda para padres. Al principio emborracharse juntos los había unido, pero enseguida las cosas se habían puesto feas.

Deirdre llamó al salón de belleza, pidió cita para su madre, volvió corriendo a la celda para padres a buscarle algo que ponerse y la llevó en coche al centro, intentando no hacer caso de las lágrimas que le caían a Libby por las mejillas y que le estaban manchando el chándal de piel de melocotón fucsia. Volvió a la celda justo cuando la señora Drexler, su clienta, llegaba con el coche.

–Me puedes llamar Mimi –dijo esta mientras estiraba su corto cuello y, poniéndose de puntillas, le daba un incómodo abrazo a Deirdre. Era la segunda vez que se veían. La señora Drexler era pequeñita y estaba esquelética. Hacía que Deirdre se sintiera como una gigante. En la sala de estar, Deirdre abrió el muestrario que había preparado para la casa de los Drexler, dirigiendo una mirada crítica a su propia mano enorme.

–Me encanta esta lana natural para el sofá –afirmó la señora Drexler acariciando una muestra con sus esbeltos dedos.

–Es lino –dijo Deirdre.

Cuando recogió a Libby del salón de belleza, Deirdre comprobó que a su madre le había cambiado el humor, así como el color del pelo. De camino a casa estuvo muy habladora y mencionó dos veces la posibilidad de ponerse implantes mamarios. «¿Por qué no?», dijo alegremente mirando muy ufana por la ventanilla con las arrugadas manos, pequeñas y con las uñas mordidas, relajadas sobre su aterciopelado regazo. Como le sucedía a menudo, Deirdre se descubrió preguntándose cómo era posible que aquella mujer fuera su madre. Parecía más bien una niña. Siempre había sido así. Un día de colegio típico en la infancia de Deirdre empezaba con su madre entrando en la cocina protestando, con las marcas rojas de la almohada estampadas en la mejilla como un mapa de carreteras. Cabreada por tener que madrugar, abría la puerta de golpe y se ponía a freír comida: beicon, salchichas, huevos. Nada podía apartar a Libby de su sartén por las mañanas; era despertarse y tirarse a por ella. Deirdre contemplaba con interés la actuación de su madre todas las mañanas, mientras se comía sus cereales en silencio. Era una especie de declaración que dirigía a su marido y a su hija, como si les dijera: «Os estoy haciendo un desayuno de verdad, ¿cuántas madres quedan que hagan eso? Ahora dejadme en paz». Pero una vez que se tomaba el café, se maquillaba y encontraba un modelito mono que ponerse, quizá con unas botas de tacón alto, podía ser coqueta y cariñosa, abrazando a su hija y tonteando con su marido. A Libby le cambiaba el humor en un momento. No es que fuera una ignorante; había estudiado Literatura

Norteamericana en el Connecticut College. Deirdre solía examinar atentamente los álbumes de recuerdos de los años de universidad de su madre, cuando tenía un aspecto desarreglado pero sexy, con unos jerséis enormes, sin sujetador, el pelo castaño alborotado y la misma boquita de niña caprichosa que lucía ahora. Tenía los ojos pequeños, caídos, inteligentes y suspicaces. Incluso ahora, a los setenta y algo hinchada, conservaba cierto encanto. Sin embargo, con los años –probablemente por estar casada con Don, el hombre más pretencioso del planeta–, Libby había acabado por odiar cualquier tipo de pretensión intelectual. Veía programas basura en la televisión, leía libros que compraba en el supermercado y se burlaba de todo aquel que intentara tener una conversación mínimamente profunda. Aun así, Deirdre sabía que Libby tenía una mente mucho más perspicaz que la de su marido, el hombre de Yale. Don había estudiado Económicas en la universidad con una beca. El que no hubiera llegado a nada en la vida se debía casi exclusivamente a su negatividad patológica. A eso y al hecho de que sus padres no estuvieran bien relacionados. Si lo analizaba en detalle, Deirdre podía ver cómo su madre había llegado a ser de la manera que era, y en cierto modo hasta la respetaba por haber escogido cómo quería ser en lugar de acabar convirtiéndose en cualquier cosa. Sin embargo, la infantilidad de Libby la sulfuraba y se daba cuenta de que cada vez era más adusta cuando estaba con su madre, como si quisiera disciplinarla o compensar su mal gusto. Cuanto más tiempo pasaba con Libby, más mayor se sentía.

La posibilidad de que Deirdre no fuera a la universidad nunca se había contemplado. Para Don esa opción era inaceptable. Al final, decidió estudiar en Duke. Le gustaba el ritmo del sur del país, le gustaba cómo hablaban los hombres de allí y le encantaba estar lejos de sus padres. Cuando terminó la carrera, se quedó a vivir en Chapel Hill y acabó embarazada de un descarado estudiante de Empresariales dos años menor que ella llamado Armand. Cuando él acabó los estudios, los dos volvieron al noreste cargados con un bebé y poco más. Se estaban quedando sin dinero... y sin interés el uno en el otro. Armand era de Long Island y tenía la intención de abrir un restaurante en Westhampton. Al mes de llegar, sin embargo, estaban separados. Deirdre se quedó sola con el pequeño Bud.

Como se había criado en Connecticut, Deirdre no conocía a nadie en Long Island. Sin embargo, no quería volver a su ciudad. La idea de vivir cerca de sus padres, que casi la habían vuelto loca antes de irse a la universidad, le deprimía. No podía permitirse vivir en Manhattan, ni siquiera en Brooklyn, donde habían acabado un par de amigos de la facultad, así que encontró un piso encima de una tintorería en el centro de Patchogue, en Long Island, y decidió disfrutarlo. Le encantaba su extraña y desconectada existencia, compartida solo con su pequeño y serio bebé. Deirdre y Bud dormían en la misma cama todas las noches, acurrucados como dos cachorros abandonados. Ella trabajaba en sus relatos cada vez que el niño se dormía una siesta, acabó encontrando un trabajo y de vez en cuando salía con algún hombre, pero las citas nunca llevaban a nada. Bud y Deirdre estaban conectados y vivían su vida con una complicidad tácita. Era como si Deirdre hubiera dilatado su propia piel, como si se la hubiera estirado por encima de la cabeza

como una fina membrana para que cubriera también a su hijo. Cuando Bud fue creciendo, los dos siguieron coexistiendo dentro de esa fibra invisible, intocables, tranquilos, hasta que Leslie los rescató y los trajo de vuelta al mundo.

Leslie volvió pronto del trabajo para hacer algo de papeleo en casa. Se había olvidado de que la señorita Parr iba a traer a Stevie, pero se la encontró en el salón, inclinada sobre el esbelto cuerpo de su hijo. Las dos siluetas se perfilaban contra la luz del sol de la tarde que entraba con fuerza por el ventanal, trémula y fragmentada por las sombras de las hojas. Leslie observó al niño de perfil. Bañados en aquella luz, sus pálidos iris brillaban translúcidos como dos gotas de agua. Con el cuello inclinado como un tallo mustio, estaba preparado, inmóvil, ante una hoja de papel inmaculada. De pronto, su brazo se estiró bruscamente y una línea ininterrumpida fue de lado a lado del papel formando un arco, dibujada por una mano que formaba un todo con el lapicero. El trazo del niño era puro, sosegado, seguro. Dibujar era su solaz. La señorita Parr vio a Leslie y sonrió.

—Huy, se me había olvidado que venías —dijo Leslie.

—No importa, nos ha abierto Jenny —contestó ella.

Leslie entró en la cocina. Jenny, su nuera, estaba preparando un sándwich de queso mientras sostenía a su bebé en la cadera.

—¿Dónde está Deirdre? —preguntó Leslie.

—No lo sé —contestó Jenny encogiéndose de hombros—. Solamente ha llamado para pedirme que abriera a Stevie y a su profesora.

Jenny iba peinada con trenzas y llevaba un vestido de cuadros. El viejo spaniel estaba lamiendo migas a sus pies. Parecían Dorothy y Toto.

Leslie volvió al salón, se quedó en la puerta y observó dibujar a su hijo. Los rizos de la señorita Parr flotaban sobre el papel. Desde donde estaba percibía el aroma a humo de leña quemada que despedía aquella mujer. Sobre el labio superior vio la huella de un bigote decolorado que brillaba con el sol.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo en voz baja. La señorita Parr levantó la vista y se irguió, estirándose el vestido largo de algodón sobre aquellas prodigiosas caderas.

—¿Sí? —contestó. Leslie se alejó unos pasos del salón, casi hasta la puerta de la casa. Ella le siguió con un gesto de expectación en la cara.

—Mentalmente... —dijo Leslie con un tono de voz casi inaudible, a pesar de que el niño era sordo, se encontraba en la otra habitación y estaba absorto en su dibujo—, ¿crees que tiene algo?

—¿En qué sentido? —preguntó la señorita Parr tímidamente.

—En casa es... es impredecible. Nunca sabes. A veces se enfada muchísimo. O... se pone muy triste. Da gritos. Golpes. No sé muy bien cómo es en el colegio...

La señorita Parr le dirigió una mirada solemne, desapasionada. Aquella sinceridad desprovista de humor le desinfló.

—Creo que sería sensato llevarle a que le hagan una revisión —susurró—. Hasta cierto punto, todos los comportamientos que estás describiendo son normales en un niño sordo.

Tienen mucha frustración. Pero mira, mira cómo es cuando dibuja. Quizá ahí esté la clave.

Deirdre decidió llevar a su madre a la casa principal en lugar de dejarla en la celda para padres y arriesgarse a que tuviera una buena pelotera con Don. Al llegar, se sorprendió al encontrarse a su padre, duchado y afeitado, jugando con Stevie en el salón. Cuando Don se volvió y vio a su mujer, se llevó la mano al corazón y exclamó:

—¿Quién es este portento de mujer?

Libby soltó una risita y se dirigió al mueble-bar con aire presumido.

—Mamá, son las tres de la tarde —dijo Deirdre.

—Necesito una copa después de tantas emociones —contestó Libby, que ya tenía una botella de vermut sujeta con fuerza entre los dedos casi sin uñas.

Deirdre suspiró, pestañeando lentamente. Con un gesto lánguido de derrota, se quitó los zapatos y se desplomó sobre el sofá. Stevie corrió hasta ella y se acurrucó a su lado. Deirdre abrazó con fuerza al delicado niño, con los ojos cerrados. Leslie los observó. Sabía que para ella cada día con Stevie era una lucha. Le habría gustado que no fuera así. En ese sentido no estaba orgulloso de ella. Le habría gustado poder estarlo.

Esa noche, a oscuras, Leslie besó a Deirdre, desnuda. Un hilito de luz procedente del baño que compartían con Stevie, luz que dejaban encendida permanentemente para él, iluminó los contornos de su mejilla, su brazo, la curva de su cadera, con haces plateados. Leslie le apartó el pelo de la cara con la rugosa palma de la mano. Deirdre se tumbó de costado, le pasó la mano por encima del enorme hombro y le acarició la espalda.

—Eres el único hombre del mundo que consigue hacer que me sienta pequeña —susurró.

—Eres pequeña —dijo Leslie—. Eres mi mujercita diminuta.

Deirdre sonrió y un hilo reluciente le corrió por la sien. Leslie le secó la lágrima con el pulgar.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada —contestó ella—. Es que... no quiero que te pase nada.

—¿A mí qué me va a pasar?

—A veces me entra miedo —susurró Deirdre.

—¿Miedo de qué?

—De lo mucho que te necesito.

Leslie la abrazó y notó el cuerpo cálido y robusto de Deirdre relajado contra su vientre terso. Pegó la cara al cuello de su mujer y sintió los latidos de su corazón en la base de la garganta, la vibración de la piel bajo sus labios.

Estaba posado disfrutando del calorcito en un alféizar que había limpiado recientemente alguna de las numerosas hermanas de Masha, o quizá la asistente, como parte de los preparativos del inminente sabbat. Hacía tiempo que me había dado cuenta de que no tenía que desplazarme a ningún lado para estar al tanto de lo que hacían Leslie o Masha. No podía escapar de ellos. Sus dos historias se iban alternando en mi mente sin darme tregua. Lo único que impidió que me volviera loco durante aquel periodo fueron los placeres sensuales de la existencia sublunar. En los últimos días había engordado a base de ingerir minúsculos pedacitos de comida que dejaban por ahí tirados sin darse cuenta los montones de hijos, primos, amigos y vecinos que andaban por aquella casa todos los días. Aquello era un Edén para una mosca. No es que la casa estuviera sucia – Pearl pasaba gran parte de su tiempo aspirando el polvo, recogiendo migas con un trapo o una escoba, rociando todas las superficies de cristal o cerámica con un espray esterilizador–, pero siempre caían trocitos y para mí una sola pizca de comida era un festín. Y yo no era la única mosca atraída por aquella abundancia de alimento. En casa de los Edelman nacían nuevos miembros de mi especie –sobre todo hembras, me alegra anunciar– todos los días del año. Para entonces había adquirido cierta reputación entre las féminas, y las vírgenes solían congregarse coquetamente a mi alrededor, pululando como, bueno, como moscas, esperando que las inseminara.

Hasta entonces nunca me había fijado, pero las moscas comunes tienen un pequeño y encantador rito de apareamiento. El macho, tras haberle echado el ojo a la hembra (hubo algún que otro encuentro con machos, lo reconozco, pero les aseguro que no fueron más que coqueteos), empieza a seguirla, agitando muy rápido las alas de vez en cuando y produciendo un inconfundible zumbido. Si la hembra es virgen (a las moscas hembras solo les gusta aparearse una vez), es posible que al percibir esto aminore la marcha. El macho continúa siguiéndola. La hembra hace como si no supiera lo que está pasando y sigue adelante, lamiendo restos de comida o excremento como si nada. Y entonces –esta es mi parte preferida, y he de decir que me quito el sombrero ante el Creador por ser tan generoso incluso con las humildes moscas– el macho se acerca sigilosamente a la hembra por detrás y le da un pequeño lametazo en la vagina. Dios no tenía por qué concedernos eso, pero lo hizo. Llegado este punto, la hembra a menudo está ya algo más interesada y abre las alas, ante lo cual el macho se lanza a por ella, salta sobre su cuerpo mientras arquea el abdomen hacia delante y la penetra, acariciándole la cara. Podíamos quedarnos hasta dos horas en esa feliz postura. Aunque, al ser un demonio, no estoy del todo seguro de que fuera fértil, aquella primavera me trajiné a un montón de moscas e, independientemente de su paternidad, toda una generación de ellas salió de las larvas,

tantas que mamá Pearl se vio obligada a comprar una selección de matamoscas y en varias ocasiones estuve a punto de perder la vida. Pearl Edelman daba unos golpes salvajes y su coordinación era sorprendentemente buena. No me paré a pensar demasiado sobre si aquellas nuevas moscas –que es muy posible que fueran mis propios hijos– eran almas reencarnadas o simplemente moscas. Para ser sincero, las historias de mis dos humanos, que iban pasando fugazmente por mi pobre cerebro, me dejaban tan incapacitado que apenas podía pensar. Mi única actividad de ocio era la lujuria. Satisfacerla me proporcionaba un breve y delicioso descanso de las historias de Leslie y Masha.

Sí intenté, sin embargo, permanecer el mayor tiempo posible en presencia de Masha. Su belleza animal me tranquilizaba; su dolor me entristecía. Había aceptado que no podría ser mía y que mi amor por ella era absurdo. Ahora lo único que quería era cambiar su destino.

Masha se despertó tras una siesta pero mantuvo los ojos cerrados, alerta por el dolor. Tomó una bocanada de aire que le recorrió el pecho, esperando encontrar una obstrucción, un pinchazo, un obstáculo. Se incorporó con cuidado. ¡No le dolía nada! Rezó rápidamente la oración matutina de agradecimiento por haber sido devuelta a su cuerpo, sacó el barreño lleno de agua y la jarra de plástico rojo de debajo de la cama, hizo sus abluciones y se secó las manos con una toalla arrugada que había cerca de la cama. Se levantó, primero con vacilación, y al comprobar que no sentía ningún dolor, echó a andar dando saltitos por delante de las camas cuidadosamente hechas de sus dos hermanas menores, Suri y Yehudis. Dejó atrás el escritorio que compartían las tres hermanas, cubierto con los deberes de la aplicada Suri, salió de la habitación, avanzó por el pasillo, pasando por delante de la pequeña asistente procedente de Sri Lanka, Trina, que estaba pasando la aspiradora, y bajó las escaleras ruidosamente. Pearl, que estaba en la cocina haciendo *jalá*, levantó la vista y miró a Masha con un gesto de preocupación.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–Ya no me duele –anunció Masha, que tocó sin pensar la *mezuzá* atornillada a la pared junto a la puerta y después se besó la mano.

–*Baruj Jashem* –dijo su madre–. De todas formas aún tienes que ir con cuidado.

Masha cogió una manzana de una cesta y le dio un mordisco con entusiasmo.

–Lava la manzana –dijo Pearl.

–¿Te ayudo a algo? –preguntó Masha mientras ponía la manzana debajo del grifo.

–Tú siéntate –contestó Pearl, que se apartó un pelo de la cara sonrojada con la muñeca y se apretó bien el pañuelo que le cubría la cabeza con los dedos llenos de masa de pan. Yehudis, de dieciocho años y muy parecida a Masha, aunque más rellenita, con los ojos más pequeños y con una belleza que carecía de la penetrante fiereza de la de su hermana, sonrió compasivamente.

–¿Quieres un té? –le preguntó.

–No, gracias –contestó Masha, que dio un buen bostezo y se sentó en un banco junto a la larga mesa de formica, levantando las rodillas hacia el pecho y estirándose el largo

vestido hasta los tobillos—. ¿Dónde está todo el mundo?

—El bebé está durmiendo y a los pequeños les he dejado sacar el chisme portátil de los DVD porque es viernes —respondió Pearl.

—Están viendo *El rey león* otra vez —dijo Yehudis con tono de burla.

—Mamá —dijo Masha riéndose—, tienes que comprarles otro DVD, ese se lo saben de memoria.

—Estábamos muy bien sin él, y volveremos a estarlo como alguien vuelva a protestar —advirtió Pearl—. Seguramente no tendría que haberlo comprado.

—Vale, vale, mamá —dijo Yehudis, que dio un beso a su madre en la mejilla.

Habían pasado seis días desde que había conseguido que Masha se rascara la cabeza. Desde entonces, la había convencido para que se comiera dos trozos de tarta de chocolate de una sentada y para que usara el pintalabios de su madre sin permiso. También había intentado que se bebiera un vaso de leche solo cinco horas después de haber comido carne, en lugar de las seis habituales, pero se reprendió duramente a sí misma por el simple hecho de haber pensado una cosa así. Me di cuenta de que debía andarme con cuidado cuando se tratara de costumbres religiosas.

Suri, una joven de catorce años de cutis céreo y con un hermoso cabello ondulado, entró con el undécimo —y posiblemente último— hijo de Pearl, Leah, en brazos.

—Hola, mi amor —la arrulló la madre, que tenía los puños bien hundidos en la masa del *jalá*. Suri ató a la niña pelirroja en la trona y la pequeña empezó a gritar, dando golpes en la funda de plástico del asiento con las regordetas manos—. ¿Dónde está Trina?

—Está pasando la aspiradora arriba, no ha oído a la niña —contestó Suri.

—¡Dale la leche! —dijo Masha tapándose los oídos. Yehudis echó una medida de leche en polvo en un biberón, lo llenó con agua del dispensador del rincón, lo agitó y se lo dio al escandaloso bebé, que se lo arrancó de las manos y empezó a chupar la tetilla con ansia, respirando ruidosamente por la nariz mientras bebía con glotonería como un ternero lactante. Advertí que algunas de las hembras de aquella familia exhibían ciertos comportamientos animales.

—Mamá, ¿puedo hacer algo? —preguntó Suri.

—Ayuda a Yehudis a cortar la fruta —dijo Pearl, que seguía trabajando la masa. Hubo unos instantes de silencio. Entonces Masha, recostada sobre unas almohadas que alguien había dejado en el banco, cerró los ojos y empezó a cantar. Su voz sonaba inquietante, descarnada. La canción estaba en hebreo y tenía una sinuosa melodía oriental, como un conjuro. Las otras dos jóvenes se sumaron a ella, creando una compleja armonía. Aquellas chicas sabían cantar. Pearl sonrió mientras volcaba el recipiente y estiraba la masa amarillenta del *jalá*. Me quedé suspendido sobre ella, recibiendo algún que otro harinoso manotazo, y, embargado por la nostalgia, observé cómo dividía la húmeda y brillante masa redonda en tres bolas, una para cada hogaza que iba a preparar, y después cortaba cada una en tres partes, que a continuación convirtió en gruesas tiras que trenzó rápidamente. Cortó los extremos de las tres hogazas para quemarlos en el horno, exactamente como hacía mi madre, pero, a diferencia de ella, Pearl puso cada pan en un recipiente desechable de papel de aluminio, los pintó con huevo y los metió en un horno

eléctrico. Pearl me encantaba. No olía a *jalá* todos los días de la semana como mi madre, pero trabajaba con una concentración deliciosa mientras sus hijos pequeños entraban y salían de la cocina lloriqueando porque querían helado de chocolate (les dieron un poco) y enseñando varias marcas de mordiscos que les había hecho Estie, la más rebelde de todos, con sus pequeños dientecitos de nutria. La serena Yehudis cogió en brazos a la feroz Estie, una niña caprichosa con el pelo moreno muy enredado, se la puso en la cadera y la meció mientras cantaba plácidamente. Recordé que mi suegra, madame Mendel, siempre había dicho que el pelo enmarañado era obra de los demonios que lo enredaban durante la noche y que los nudos no debían cortarse por miedo a enfadarlos. Al final la niña se relajó y apoyó la cabeza en el hombro de su hermana, moviendo los ojos de un lado para otro. Suri cantaba como una buena alumna, con las manos juntas y entonando bien todas las notas. Masha cantaba con total desinhibición. Recostada sobre las almohadas, con los ojos cerrados y el cuello arqueado, parecía poseída por la canción.

Mientras las mujeres trabajaban y cantaban, yo me mantuve sujeto al techo con una facilidad que me resultaba emocionante. De alguna forma, podía quedarme enganchado al yeso con mis ligeras patitas. Mis ojos esféricos me ofrecían una visión panorámica: veía la blanca extensión del techo a mi alrededor, a las mujeres moviéndose debajo, una masa verde borrosa al otro lado de las ventanas de la cocina. Alcanzaba incluso a ver una minúscula franja del pasillo y la puerta de la casa, que se abría y cerraba sin parar y por la que a todas horas entraba y salía un goteo de resueltos miembros de la familia Edelman.

Los hombres –los huesudos y pálidos hermanos mellizos de Masha, Dovid y Simchee, de dieciséis años; su padre, Mordecai, y varios cuñados–, con sus sombreros negros inclinados hacia atrás, volvían del trabajo, se marchaban a rezar, regresaban a casa para comer algo, salían a estudiar la Torá, entraban a tomar un café rápido y volvían a irse corriendo a rezar. Dovid y Simchee eran muy reservados y leían la Torá o los comentarios cada vez que tenían un minuto libre, discutiendo sutiles ideas con sus enmarañadas barbas idénticas, agitando sus largos dedos enfáticamente. Dovid había empezado a dejarse crecer los mechones de los lados de la cara, al estilo jasídico, como gesto de piedad adicional, y se los enrollaba en las patillas de las gafas. El patriarca con aspecto de oso, Mordecai, siempre parecía tener algún bebé en brazos cuando estaba en casa, ya fuera uno de los suyos o de los de Miriam. Miriam, la hija mayor de los Edelman, ya tenía cuatro niños por debajo de los cinco años. Ella tenía veintiocho. Los Edelman procreaban casi con la misma eficiencia que las moscas de la casa.

Miriam llegó con actitud autoritaria, sin aliento, con un bizcocho de corona en una mano y una pesada bolsa de plástico en la otra. Dos niñas idénticas pasaron por su lado rápidamente y corrieron al cuarto de los juguetes, donde los hermanos más pequeños de Miriam, así como dos de sus propios críos, aún estaban viendo la película.

–¿No has oído lo de los espárragos? –preguntó Miriam, que posó la vista sobre dos docenas de espárragos atados que había en la encimera.

–¿El qué? –preguntó Pearl.

–Este año no se pueden comer. Tienen demasiados bichos.

–¿Desde cuándo?

–Venía en el periódico. Es una plaga. No se quitan ni metiéndolos en agua –dijo Miriam oficiosamente, cogiendo un manojo y agitándolo con pena. Yo sabía que los bichos no eran *kosher*, así que incluso en mi casa, menos religiosa que aquella, mucho tiempo atrás, siempre teníamos que mirar bien la fruta y las verduras.

–¿Ni siquiera metiéndolos en agua?

–No.

–Vaya –dijo Pearl con un suspiro–. Bueno, pues tendremos una verdura de menos. ¡Pero has traído un bizcocho!

–No he vuelto del trabajo hasta las dos, así que no he podido dejarlo enfriar suficiente tiempo –contestó Miriam–. Faltan unos buenos trozos que se han quedado pegados al molde.

Pearl le dio una palmadita en el brazo.

En ese momento volvió a abrirse la puerta. Una hija más. Esta era Alyshaya, una princesa de veintidós años, menuda y con una larga y tupida peluca castaña que le llegaba hasta la cintura. Iba empujando un carrito de bebé.

–¿Puede alguien traer la sopa? Está en el maletero –dijo. Yehudis salió corriendo–. Se me ha olvidado echarle sal. Últimamente se me olvida todo –añadió mientras lanzaba una mirada torva y afectuosa a su bebé, que dormía en el cochecito–. En serio, mamá, no sé cómo lo hacías con todos nosotros. No puedo ni imaginármelo. Yo me moriría.

Yehudis apareció con una pesada sopera llena de lo que supuse que sería sopa de bolas de *matzo*.

–¿Qué dices? –dijo Pearl riéndose–. Te acostumbras. Te expandes.

–Y que lo digas –intervino Miriam, pasándose las manos por las curvas de sus caderas. Su cintura, aún delgada, iba ceñida con un estiloso cinturón ancho.

–Quería decir espiritualmente –dijo Pearl con una risita–. Pero ¿no merece la pena ganar unos kilos a cambio de tener todos estos bebés tan preciosos?

–Claro que sí –respondió Miriam–, pero aun así me gustaría no tener las caderas tan anchas.

–Yo estoy deseando tener niños –dijo Yehudis–. Me da igual mi aspecto.

–A tu marido no le va a dar igual –contestó la menuda Alyshaya mientras echaba sal en la sopa.

–Los bebés llegan antes de que te quieras dar cuenta –dijo Pearl.

–La verdad es que yo no los quiero –dijo Masha, que tenía la barbilla apoyada en las rodillas. Todas se volvieron hacia ella, como si se hubieran olvidado de que estaba allí.

–¿Cómo no vas a querer tener un bebé? –preguntó Alyshaya.

–No sé, simplemente no quiero –contestó ella, recostándose sobre las almohadas con somnolencia. Pearl miró a Miriam con un gesto de ansiedad. Miriam observó a su madre con los ojos muy abiertos.

–Bueno –le dijo Miriam a Masha encogiéndose de hombros–, pues entonces me puedes cuidar a los míos.

Me quedé en el techo durante horas, fascinado por el funcionamiento del clan, mientras la luz que entraba por las ventanas iba perdiendo intensidad. Mis poderes celestiales y corpóreos todavía eran nuevos para mí, así que aún estaba intentando aprender a interpretar las distintas capas de mi percepción de demonio. Mientras que Masha era transparente para mí (igual que Leslie), los demás miembros de la familia Edelman –los secundarios– emitían una frecuencia débil y me confundían con imágenes, anhelos y recuerdos aislados. Dado que era un observador compulsivo, buscaba con avidez cualquier miguita que pudiera recoger. Acallando mis pensamientos, me convertí en un simple par de ojos, una mente que lo registraba todo. En aquel estado meditativo, me imaginaba la cabeza de Dios como un gran saco con millones de ojos rojos de mosca. En mi fantasía, la tierra flotaba en el interior de aquel saco cubierto de ojos, como en un útero, mientras aquellos domos sin párpados observaban, captando todas las acciones, todos los pensamientos, llevando la cuenta de las faltas de cada alma. El Viejo Cabrón también me observaba a mí, pensé nervioso mientras mis patas de mosca se movían por el techo. Me observaba observar.

Cuando anocheció, todos nos congregamos para el banquete del shabbos, los hombres con sus trajes y sombreros negros sentados junto a sus esposas, los hijos solteros agrupados en un extremo de la mesa. Entre Dovid y Simchee se sentaba un estudiante regordete y lozano procedente de Sudáfrica llamado Aron que estaba pasando el shabbos con la familia. A mi querida Masha aquella noche la habían sentado en la cabecera de la mesa, enfrente de su padre, posiblemente por su enfermedad. Tenía puesto su vestido largo de lana gris, llevaba una camisa de manga larga que le tapaba los brazos y el pelo negro le caía algo alborotado alrededor de la cara. Tenía los ojos vidriosos e hinchados. Parecía enferma.

Pearl se había puesto una camisa de flores y una falda negra y había escondido su cabello caoba bajo una peluca descolorida del mismo tono, mirándose al espejo de su habitación mientras yo danzaba en su polvera. Con su cutis de seda y su generosa figura, resultaba bastante atractiva. Las otras chicas también se habían arreglado. Los niños habían sido acostados hábilmente por Pearl, Yehudis y la asistente, ahora de camino a Brooklyn en el autobús, con la excepción del arisco Ezra, de siete años, que tenía permitido quedarse levantado, y la anárquica Estie, que había bajado en pijama y estaba colgada del respaldo de la silla de su madre como un monito. La larga mesa –en realidad, varias mesas plegables juntas– estaba vestida con un mantel de papel blanco y gris, ramos de hortensias en cuatro jarrones chatos colocados en fila a lo largo del centro de la mesa, y platos cuadrados y unos cubiertos de plástico para veintidós comensales, desechables pero elegantes, colocados por Miriam con la perfección con la que lo hacía todo. Habían puesto la mesa en el salón, una habitación casi vacía amueblada normalmente con un sofá y dos sillas que siempre estaban pegados a un rincón y que dejaban el suelo sin alfombrar totalmente libre, como si fuera un salón de actos. En las paredes de color verde claro había pocos adornos y ningún cuadro. Había fotos de los numerosos hijos en las estanterías y colgadas en una de las paredes. Todos los libros eran religiosos, volúmenes encuadernados en piel con exégesis de la Torá y el Talmud.

El peludo Mordecai, de pie en la cabecera de la hermosa mesa con su sombrero de piel, con veintiuna cabezas vueltas hacia él, entonó el Kidush mientras sostenía en la mano una copa plateada rebosante de vino. Cuando terminó, dio un tímido sorbo y a continuación echó unas gotas, por desgracia mezcladas con zumo de manzana, en las copas de todos los demás. Me di cuenta con tristeza de que había ido a parar a una familia de abstemios. Todos dieron un trago del patético mejunje y, a continuación, Pearl y sus hijas se levantaron enérgicamente para servir el banquete: rosbif francés, pechugas de pollo rellenas de pistacho, *roulade* de salmón, pescado *gefilte* con rábanos, ensalada de quinoa, ensalada de lechuga con frutas, patatas con salsa de mostaza, ajos asados, hummus, *baba ganush* y pastel de arándanos. Dos de las dulces hogazas de *jalá* de Pearl reposaban bajo un paño de terciopelo carmesí bordado, como maná cubierto de rocío. Aquello era el paraíso. Con un estremecimiento de placer y sorpresa, pisé una gotita de salsa de carne y probé la sustanciosa y salada grasa ¡con las almohadillas de las patas! Extasiado por la sobrecarga sensorial, fui de una deliciosa miga a otra, a veces hasta volando a una fuente para beber desde el borde, sabiendo perfectamente que mis anfitriones tenían prohibido matar nada –ni siquiera una mosca– durante el sabbat. Aquella gente ni siquiera tenía permitido lavar la lechuga después del atardecer del viernes por si mataban a los bichos escondidos en las hojas. Estaba completamente a salvo. Intentaron espantarme varias veces, claro, pero nadie se atrevió a darme un manotazo. El marido de Alyshaya, Yitzak, un tipo muy gracioso, incluso bromeó:

–Es una mosca judía; sabe que hoy no podemos matarla.

Me reí del chiste junto al resto del grupo.

Los hombres se pusieron a entonar un himno con fuertes voces, moviendo las cabezas y dando golpecitos en la mesa con los dedos. Mientras ellos cantaban, las mujeres, que tenían prohibido hacerlo delante de hombres con los que no estuvieran emparentadas, bajaron la mirada y movieron los labios en silencio. «El canto de una mujer es análogo a la desnudez». Recordaba aquello de mis tiempos.

Al final, las mujeres dejaron que los hombres siguieran cantando y entablaron una conversación.

–Mamá, ¿has probado alguna vez el *kugel* de arroz? –preguntó Miriam.

–No, pero he oído hablar de él.

–La doctora Cohen me habló de ese plato mientras me cosía después de mi última cesárea.

–¿Qué dices? –dijo Pearl riéndose.

–Ya sabes que siempre me las arreglo para dar a luz los viernes, ¿no? Bueno, pues resulta que después de asistirme en el parto, me está cosiendo y se pone a contarme que está probando una nueva receta estupenda para hacer *kugel* de arroz y que ha tenido que dejarla a medias porque me he puesto de parto. Y yo allí tumbada, intentando hacerme la interesada, con la tripa abierta como un bolso.

–¡Miriam! –exclamó Pearl–. Estamos comiendo.

–¿Cuántas cesáreas te han hecho? –preguntó Suri–. Dos, ¿no?

–Los últimos tres partos. Le dije a la doctora Cohen que debería ponerme una

cremallera y ya está.

—Creo que no se deben hacer más de tres —dijo Alyshaya.

—Ya veremos —contestó Miriam.

Los hombres terminaron su cántico, sin inmutarse ante la falta de atención de las mujeres.

Masha, mientras tanto, estaba callada. Tenía una mirada de ensimismamiento, intensa. Pearl la miró varias veces, pero no quería excederse en sus atenciones. La joven le preocupaba mucho. Decidí intentar una cosa. Al pasar volando por detrás del hombro de Masha, me fijé en que estaba toqueteando su servilleta de papel en el regazo, retorciéndola con los dedos.

«Rómpela», dije. Sabía que no tenía permitido romper nada durante el sabbat. Ni siquiera el papel higiénico. Tenían que usar kleenex. Sus dedos siguieron toqueteando el papel, pero no lo rasgó.

«Rómpela», repetí, metiéndole mi voz en la cabeza a la fuerza mientras daba vueltas por el aire. «Rómpela, rómpela, rómpela». Y entonces, con el rostro tranquilo y concentrado, mi amada rompió una capa de la servilleta de papel debajo de la mesa, con el corazón golpeándole el pecho con fuerza como un sacudidor de alfombras. Parecía que el papel estaba tardando semanas en romperse. Un simple rasgón ininterrumpido que se prolongó sin detenerse mientras los hombres empezaban a cantar otro himno.

Masha, a quien ahora observaba desde el respaldo de la silla de mamá Pearl, levantó la mirada y observó cómo cantaban mientras rasgaba la servilleta sin que la vieran. Traté de escuchar sus pensamientos, pero lo único que me llegó fue su voz, que entonaba la misma evocadora canción que los hombres. Estaban cantando K'vakoras, una oración que normalmente se reservaba para Rosh Hashaná y Iom Kipur y que solo de vez en cuando se desempolvaba para ocasiones más cotidianas por su extremada belleza y santidad. Masha estaba cantando muy alto mentalmente, observando a los hombres con las cejas arqueadas y moviendo los labios. Y entonces, para mi gran asombro, empezó a cantar de verdad. Al principio no se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Había olvidado sus modales. Pero entonces lo supo. Su voz se volvió clara, fuerte, desafiante. Ahogó las voces de los hombres, que, uno a uno, fueron dejando de cantar y la miraron fijamente. Masha estaba entonando con verdadero entusiasmo; sus ojos de párpados puros estaban cerrados. Todos los comensales la miraban atónitos. Dovid, Simchee y el joven visitante, Aron, mantuvieron la vista fija en sus platos, rígidos de vergüenza, como si estuviera haciendo un *striptease*. Hasta yo estaba alucinado. Cuando la canción terminó por fin, a Masha le volvió el color a las mejillas. Abrió los ojos y sonrió, avergonzada.

Mordecai habló en voz baja, decepcionado y estupefacto.

—Masha —dijo.

Masha sacudió la cabeza, mirándose a las manos. Pearl se levantó, se acercó a su silla y la cogió del codo con delicadeza. Masha se puso de pie. Tenía lágrimas centelleantes en sus enormes ojos negros. Las dos mujeres salieron de la habitación, con el brazo de Pearl sobre los estrechos hombros de su hija. Debilitado por la alegría y el orgullo, yo fui

incapaz de moverme.

Cuando se fueron, Miriam exclamó:

–¿Qué le pasa? ¿Se está volviendo loca o qué?

–No digas eso –contestó Mordecai–. Se ha llevado una impresión muy fuerte. Ha sufrido mucho dolor –y, volviéndose hacia el invitado, Aron, añadió–: Te pido disculpas por el comportamiento de mi hija. Ha estado muy enferma.

–No es la misma desde que volvió del hospital –dijo Suri con los ojos abiertos de par en par y las mejillas sonrojadas y brillantes como una manzana madura–. Como eso que ha dicho antes de que no quería tener hijos, ¿os acordáis?

–Pero Masha es así –dijo Alyshaya–. Le gusta decir cosas para provocar.

–Cualquier cosa con tal de llamar la atención –añadió Miriam con un suspiro.

–¡Chsss! No habléis así –intervino Mordecai.

–Luego será la que acabe teniendo diez hijos –dijo Yehudis animadamente.

–Qué va –contestó Alyshaya–, esa serás tú.

–Papá –dijo Yehudis, volviéndose hacia su padre con un gesto de expectación–, si tuviera novio, ¿qué dirías?

–Que te casaras –contestó Mordecai encogiéndose de hombros.

–Me muero de ganas de casarme...

–¿Tienes en mente a alguien en concreto? –preguntó su padre.

–No...

–Siempre anda enamorándose de alguno –dijo Suri.

Yehudis sonrió.

–Nadie quiere organizarme una cita porque aún no tengo diecinueve años.

–Y así es como debe ser –dijo Mordecai.

–Tienes que estudiar durante un par de años, recibir algún tipo de formación –añadió Miriam.

–Eso es lo que quiero hacer; quiero estudiar diseño gráfico, ya os lo dije, ¡pero quiero hacerlo todo con mi marido! Por el rito sefardí se casan a los dieciséis o diecisiete.

–Tú no eres sefardí –dijo Mordecai–. Te esperarás a los diecinueve para empezar a salir con hombres, como todo el mundo. Solo te quedan ¿qué, tres meses?

Su mirada se dirigió hacia la puerta por la que habían desaparecido su mujer y su hija.

–Es que me da la sensación de que estoy perdiendo mucho tiempo –susurró Yehudis.

En el piso de arriba, Pearl estaba sentada en el borde de la cama de Masha. Su hija estaba sentada bajo el edredón, mirándose las manos, que descansaban en su regazo con las palmas hacia arriba.

–Simplemente me ha salido –dijo Masha–, no sé por qué.

–Pero tienes que saber por qué –contestó Pearl–. Sabes que no puedes hacer eso, ¿nunca en tu vida has cantado delante de los hombres y de repente lo haces? –Se puso de pie, intentando ocultar su enfado–. Creo que deberías descansar un poco. Igual te has levantado antes de tiempo.

Tapó bien a su hija y salió de la habitación, dirigiéndole una sonrisa de ánimo mientras cerraba la puerta. Una vez que salió al pasillo, sin embargo, se desplomó contra la pared.

La transgresión de Masha era una gran afrenta, una profunda desobediencia que demostraba una absoluta falta de respeto. Pearl se sentía muy agradecida por que, hasta entonces, todos sus hijos hubieran salido inocentes, protegidos y devotos.

La noche siguiente, cuando Pearl recorrió las escasas y tranquilas manzanas que la separaban del baño ritual, la luna gibosa parecía derretida, como un caramelo chupado. Hacía mucho tiempo que sabía que con Masha había algo que no acababa de encajar. Toda su vida había sido enfermiza, intensa, extraña e inconscientemente seductora. Ahora Masha tenía veintiún años, la edad perfecta para encontrar un marido. Pero ¿quién iba a querer casarse con una muchacha enferma, con una muchacha rebelde? Ningún padre lo consentiría.

Pearl se quitó el albornoz y bajó las escaleras del *mikvé* desnuda. Si Masha no se casaba antes de los veinticuatro años, veinticinco como máximo, sus posibilidades se verían reducidas, pensó mientras se sumergía en el agua, manteniendo los pies suspendidos a unos centímetros del fondo de la pila y con el largo cabello pelirrojo flotando a su alrededor. Salió a la superficie, cogió aire y volvió a sumergirse. La competencia para encontrar marido y empezar a tener hijos era enorme. Por norma general, los hombres no empezaban a salir con mujeres hasta los veinticinco años, y entonces querían a las más jóvenes. Al salir a la superficie una vez más, Pearl vio a la amable encargada del baño, una anciana diminuta con la cabeza cubierta que la observaba para comprobar que se estaba limpiando debidamente. La señora asentía con la cabeza con un gesto de aprobación. Pearl Edelman era una madre modélica. Tenía once hijos y un marido cariñoso y sabía cuánta felicidad podía proporcionar la vida familiar. Su misión, la misión de sus hijos, era traer buenos judíos al mundo y enseñarles la Torá.

«Tengo que casar a Masha lo antes posible», pensó mientras se sumergía una vez más, «eso es lo que tengo que hacer».

Esa noche, más tarde, mientras se cepillaba el largo cabello húmedo sentada en la cama, Mordecai entró en el dormitorio y cerró la puerta sin hacer ruido. La pálida piel de Pearl resplandecía. Los brazos rollizos le salían por las mangas abullonadas del más hermoso de sus camisones de algodón y tenía las piernas cruzadas. Levantó la mirada, casi con timidez, y le sonrió. Iban a hacer el amor. Así está escrito en el Shulján Aruj, el código legal: «Todo hombre deberá cohabitar con su mujer la noche de su inmersión».

El día en que iba a cambiar mi suerte, el cielo era de un perfecto azul intenso y el aire como una zarpa gélida. Como de costumbre, había cruzado el patio dando saltitos para llegar a la letrina, con el cuerpo agarrotado y sujetando unos cuantos trapos con las manos agrietadas y enrojecidas por el frío. En el hediondo retrete al pie del hueco de la escalera, con los pantalones bajados, tenía más frío que fuera. Al menos el olor a mierda –supuse que principalmente de Hodel– quedaba mitigado por la temperatura glacial. Sentado en la áspera taza de madera, contemplé un círculo de cielo azul cobalto a través de una alta ventana redonda. Al salir, no me sentí capaz de rezar la oración del retrete con la que daba las gracias por las aberturas de mi cuerpo.

De camino a la oración matutina, el viento cortante me atravesaba el fino calzón y se me metía por las mangas como hilos de agua congelada. Mientras rezaba en casa del rabino Noé, con el manto sobre la cabeza, no podía dejar de pensar. Estaba cantando himnos con los otros hombres, pero tenía la mente en la jornada que me aguardaba, en la que iría arrastrando mi caja de quincalla por las gélidas calles de París, esperando vender unos guantes a algún hombre que acumulaba ya cincuenta pares mientras que yo no sentía mis propias manos, o tal vez un cuello de encaje a una mujer que tenía un centenar de cuellos prácticamente iguales. Vendía objetos inútiles a gente que no los necesitaba para mantener a una esposa a la que no quería, de la que en cierto modo había empezado a tener miedo. Balanceé el cuerpo adelante y atrás, adelante y atrás, y de pronto se me ocurrió pedir ayuda a Dios, así que recé: «Por favor, Jashem, el más grande, te ruego que cambies mi vida». Eso fue lo que dije, una y otra vez, hasta que el hombre de mi derecha me interrumpió. Estaba susurrando mi nombre. Al principio no estaba seguro, pero después me di cuenta de que efectivamente me estaba hablando.

–Jacob –dijo en voz baja–. Jacob Cerf.

Levanté la mirada y vi la cara risueña de Nathan *el Rubio*, un hombre al que de vez en cuando compraba mercancía. Debía de haberseme acercado sigilosamente mientras no miraba. Nathan era un tipo afable de dudosa reputación. Mi padre no quería tener nada que ver con él porque algunas de las cosas que vendía eran robadas. Yo hacía todo lo posible para evitar comprar artículos robados cuando adquiría mi mercancía, y creo que casi siempre lo conseguía. Aquel día, sin embargo, era muy vulnerable, me encontraba muy desanimado, y la verdad es que habría sido capaz de cometer delitos mucho más graves que comprar un cuchillo que le habían robado a algún necio empolvado. Haciéndome un gesto, Nathan me indicó que saliera cuando terminara la oración matutina. Así lo hice, y los dos nos quedamos fuera moviendo los pies y echándonos el aliento en las manos.

—Tengo un juego de cuchillos estupendo, recién traído de Thiers, en Auvernia. Volví a París ayer mismo —dijo Nathan con apremio. Tenía los dientes delanteros muy prominentes y con la punta marrón, como si los hubiera metido en tanino. Sus ojos eran redondos y grises—. Te los dejo a muy buen precio.

—¿Comprados al por mayor? —pregunté con recelo.

Nathan asintió con la cabeza y se levantó las solapas para protegerse el cuello del viento.

—Hice todo el trayecto hasta Auvernia, ida y vuelta, en un carro lleno de cebollas, solo para conseguir las mejores hojas. Has oído hablar de esos pobres franceses que afilan los cuchillos en Thiers, ¿no? ¿Sabes cómo lo hacen? Tienen que pasarse el día entero tumbados boca abajo. Parecen *dybbuks*, están blancos como una pared. Se tumban justo al borde del desfiladero, encima de las piedras congeladas, sujetando las hojas contra las piedras de afilar, ¡y se ponen unos grandes perros lanudos en la espalda para no pillar la pleuresía, como mantas con patas! ¡De verdad! Menuda vida, ¿eh? Es como algo que te esperarías de Gehena...

Ya habíamos recorrido la mitad del camino hacia el cuarto alquilado de Nathan. La angosta y embarrada calle estaba atestada de hombres, mujeres y niños, casi todos vestidos de negro. Las mujeres vendían leña; los hombres vendían telas, *bagels*, teteras, pucheros; los niños caminaban obedientemente detrás de sus tutores, yendo a estudiar la Torá, o, si eran golfillos, correteaban de un lado para otro en busca de bolsillos de los que robar algo o de un pedazo de pan que poder afanarse. En algún que otro escaparate se veían los exiguos artículos expuestos: un par de arenques salados, pasteles de semillas de alcaravea, un barril de pepinos en vinagre, cortes de carne, caramelos, todo junto. La gente hablaba alto y rápido; se respiraba un ambiente de mercado en aquel barrio, en realidad a escasas manzanas de donde vivía yo. Estaba deseando volver a estar a cubierto; a pesar de todos los trapos que me había metido debajo de la camisa, estaba temblando de frío.

Después de mirar a derecha e izquierda, Nathan me condujo por una puerta al patio de su edificio, donde dos chiquillos descalzos, un niño y una niña, estaban persiguiendo a una gallina en un estado deplorable, y después por unas estrechas escaleras. Subimos lenta y pesadamente, arrastrando los pies. Por un alto ventanuco entraba una parábola de luz en la que se veían volutas de polvo. Al cabo de tres tramos de escaleras, Nathan se paró delante de una pesada puerta de madera de roble. Con dificultad por la falta de luz, seleccionó tres llaves y abrió las tres cerraduras correspondientes.

—Y ahora... —dijo volviéndose hacia mí y sonriendo con sus prominentes dientes bañados en té antes de lanzarse contra la enorme puerta y empujarla con el hombro. Le costó, pero consiguió que cediera. Entré detrás de él. Los únicos muebles que había en la lóbrega habitación eran un pequeño escritorio con unos cuantos papeles esparcidos encima, una silla de respaldo alto y una cama de matrimonio. Eché un vistazo a los papeles y vi que Nathan tenía escritas sus cuentas en hebreo, con buena letra. En el suelo había tres grandes baúles con tapas planas.

Nathan volvió a sacar su llavero, abrió el primer baúl y levantó la tapa. Sin mucho

interés, examiné el acero sin brillo de los múltiples cuchillos, bien ordenados en filas sobre una superficie de terciopelo. Estaba claro que había varios pisos de cubertería en cada baúl. Nathan fue sacando las bandejas y poniéndolas en la cama, y a continuación encendió un débil fuego en la chimenea. Aquella pizca de calor me relajó; de pronto me entró sueño y me dieron ganas de tumbarme unos minutos. No quería ver cuchillos. Nathan abrió el último baúl, puso todas las bandejas de cuchillos y cubertería en la cama, se sentó en la silla junto al escritorio y encendió una pequeña pipa con una cazoleta acampanada que llevaba en el bolsillo interior.

—Solo quiero cuchillos —dije—. No tengo sitio en la caja para toda la cubertería.

Nathan asintió con la cabeza y miró sus cuentas con el ceño fruncido mientras daba una calada a la pipa. Le estaba observando cuando de pronto vi que su pelo rubio quedaba envuelto en una luz dorada. Justo en ese momento el sol debía de haber salido de detrás de una nube, ya que la habitación se transformó. En la pared de mi derecha apareció un rectángulo de luz trémula, atravesado por vetas blancas, que entraba por el cristal deformado de la ventana. Los grises cuchillos sin vida de la cama se habían convertido en resplandecientes manchas plateadas. Bañado en luz, el denso humo de la pipa de Nathan se elevaba por el aire como un serpenteante dragón. Sentí el calor del sol en el rostro y me inundó una extraña sensación de alegría, casi de éxtasis. Y entonces, como si un enorme puño se hubiera cerrado alrededor del sol, todo volvió a oscurecerse. De nuevo me sentí desganado. Con una tristeza y un aburrimiento tales que podría haberme echado a llorar, me acerqué a la primera de las bandejas de la cama y toqué unos cuantos cuchillos con apatía. Cortaplumas. Esos se podían vender. Tenían las hojas afiladas, terminadas en punta, brillantes. La mayoría iban insertadas en sencillos mangos de hueso. Algunos tenían un poco más de detalle y podrían venderse más caros. Muy despacio, como sedado con valeriana, escogí ocho cortaplumas y los puse en el escritorio de Nathan. Y entonces, al volverme de nuevo hacia la cama, me llamó la atención un extraordinario objeto que había en una de las bandejas, tirado entre los cuchillos. Era una combinación de daga y pistola, un largo puñal con una pequeña arma de fuego incorporada a la hoja. El mango era una cabeza de caballo exquisitamente tallada en marfil. Nunca había visto un arma de ese tipo. La cogí y la giré. Era tan larga como mi antebrazo y tenía la hoja muy afilada. El cañón de la pequeña pistola era de acero bruñido. El guardamonte tenía forma de concha. La acerqué a la ventana para examinarla con más detenimiento. La cabeza de caballo estaba tallada con gran detalle; parecía que el animal estaba vivo, con los orificios nasales ensanchados y las crines al viento, como en pleno galope.

—Me estaba preguntando si ibas a dar con ella —dijo Nathan con una sonrisa.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté.

—Había una anciana en Auvernia vendiendo todas sus posesiones. Su marido había muerto y no le había dejado más que deudas. Tenía unas cosas maravillosas, ojalá hubiera podido comprarle más.

Nathan dio una calada a su pipa y me miró con gesto bondadoso. Intenté volver a dejar el arma en la cama y fingir que no me interesaba, pero no podía soltarla. Bajo la barbilla

del caballo estaban grabadas las iniciales «D. V».

–¿Cómo se llamaba el dueño?

–No tengo ni idea –dijo Nathan.

–Bueno, ¿cómo se llamaba la viuda?

–No es que tuviéramos exactamente una relación personal. Le compré los artículos a granel. Estaba desesperada por librarse de las cosas.

–¿Dónde están las otras cosas que compraste? –pregunté.

–¿Eh? –dijo Nathan.

–Las otras cosas que le compraste a la viuda.

–Jacob, me encantaría dejarte mirar todo el día, pero tengo otro cliente que quiere ver esta mercancía.

Nathan se había puesto tan serio como puede ponerse un hombre que no consigue taparse los dientes delanteros con el labio superior.

–¿Cuánto pides por los ocho cortaplumas?

–Tres libras.

Meforcé a dejar el arma en la bandeja e hice como si me olvidara de ella.

–Te los compro por dos –dije.

–Dos libras y diez sueldos –replicó él.

–Dos libras y cinco sueldos.

–Cuarenta y ocho sueldos. Es mi última oferta –sentenció mirando a sus cuentas.

–Menudo atraco –dije al tiempo que le daba el dinero.

–¿Y el arma de la viuda? ¿No te interesa? –me preguntó Nathan mientras me extendía un recibo por los cortaplumas.

–Ah, no sé –contesté encogiéndome de hombros–, ¿cuánto quieres por ella?

–Cincuenta libras.

–¿Qué?

–Es una pieza muy poco común.

–¡Has dicho que compraste las cosas a granel!

–La venderás por mucho más de lo que te estoy pidiendo.

–Olvídalo –dije.

–Cuarenta y cinco –añadió bruscamente. Le miré. Sus claros ojos redondos eran dos charcos glaciales.

–¿Me va a traer problemas esta arma, Nathan?

–No mientras no la dispaes.

Le di el dinero, todo lo que tenía. Añadió una funda de piel labrada, hecha en España, según dijo.

–No es la original, claro, pero le va muy bien.

Volví a casa a toda prisa, sin aliento, como si me dirigiera a una cita secreta. No había nadie. Incapaz de esperar un minuto más, con los dedos temblorosos, saqué la daga del trozo de tela arrugada con que la había envuelto Nathan *el Rubio*. *El arma relucía en mis manos, con la diminuta pistola perfectamente acoplada en un lado de la larga hoja de la daga. La cabeza de caballo de marfil había sido tallada por un maestro; intenté*

imaginarme el minúsculo cincel que habría utilizado para dar forma a los orificios nasales ensanchados, a los ojos bien abiertos. Al contemplar aquel objeto perfecto en equilibrio sobre mis dedos, sentí crecer en mi interior un intenso deseo, algo parecido al amor.

Se me ocurrió que quizá estaría bien ofrecer un poco de pólvora y unas cuantas balas con el arma, como incentivo para comprarla.

El viejo Aaron Mayer, que suministraba armamento y municiones a los soldados franceses, tenía su tienda a unas pocas calles. Guardé el arma bajo llave en la caja de quincalla, me colgué la caja del cuello, bajé rápidamente por la calle y entré en la tienda de Mayer. Las paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura y cubiertas de vitrinas llenas de relucientes espadas y mosquetes. El viejo Aaron, con la espalda terriblemente encorvada y una barba gris tan fina como un ramito de velo de novia, estaba ayudando a un joven aristócrata a elegir su armamento. El joven, muy estirado, sacando pecho y con la punta de un pie hacia un lado, llevaba una peluca empolvada y vestía una exquisita casaca de rayas amarillas y azul cielo con un calzón a juego. Como se acostumbraba a hacer en aquellos tiempos, iba armado con una larga espada metida en una vaina colgada de un elegante cinturón de piel. Llevaba la cara empolvada, muy blanca, y tenía un pequeño lunar postizo encima del labio. Me observó entrar con la actitud indiferente, ligeramente molesta, con que se mira a un perro mojado colarse por una puerta abierta. Aaron se volvió y, al verme, me indicó con un gesto que me sentara en un rincón a esperar a que terminara. El joven tenía un mosquete en los pulcros dedos terminados en punta.

—No hay verdadero motivo para empezar con la mejor arma que pueda comprar —dijo Aaron cogiendo el mosquete—. Lo más sensato es empezar con algo robusto pero económico, como esta otra.

Cogió otro mosquete, aparentemente idéntico al primero. El joven se quedó quieto unos instantes, con uno de sus largos dedos en la barbilla, pensando. A continuación señaló el más caro de los dos mosquetes y le dijo a Aaron que se lo dejara apartado durante un par de horas junto con la munición. Volvería enseguida.

—Por supuesto —contestó Aaron.

El joven salió de la tienda, envolviéndome en una nube de perfume embriagador.

—Allá va, a pedir un préstamo a Loeb Hildesheim, y así empiezan los problemas —dijo Aaron en yiddish sacudiendo su anciana cabeza—. No hay ni uno solo que no viva por encima de sus posibilidades. Cuando entran en el ejército, todos tienen que comprar el mejor armamento, así que nos piden préstamos y luego sus padres se enfurecen con nosotros por concedérselos. —Aaron se encogió de hombros—. No es que me esté quejando, ¿eh? Bueno, Jacob, ¿en qué puedo ayudarte?

—Necesito unas balas y un poco de pólvora. Es para un arma que quiero vender, una daga con pistola incorporada, pero nunca he vendido una cosa así y he pensado que estaría bien incluir los accoutrements.

—¡Menudo acento! Si casi pareces francés.

—Todos tenemos que intentarlo un poco —contesté.

—Desde luego. Veamos... No llevas el arma encima, claro.

—¿Está loco? Está en la caja.

Los judíos de París no teníamos permitido llevar armas de ningún tipo; las espadas, las pistolas e incluso los cuchillos de monte nos estaban prohibidos.

—Bueno, es mejor que te enseñe cómo funciona, para que puedas hacerle una demostración al cliente. Siempre es bueno conocer el funcionamiento de los artículos que vendes.

Con delicadeza, saqué el arma envuelta del último cajón de mi caja de quincalla, la puse en la mesa y le quité la tela. Aaron la miró con un gesto muy serio durante largo rato.

—¿De dónde has sacado esto, Jacob? —me preguntó en voz baja.

—Lo he comprado con otros cuchillos de Thiers —contesté con naturalidad. Aaron levantó el arma y examinó el mango tallado.

—Has debido de pagar una fortuna.

—Era parte de un patrimonio. Una viuda. Sí es verdad que me pareció especialmente bonita —dije como un tonto.

—Está firmada —observó Aaron mientras pasaba el pulgar por un minúsculo garabato incrustado en la base del mango—. Le Page. ¿Ves? Pierre Le Page recibe encargos de las mejores familias de Francia. Tienes que tener cuidado al vender esto. No me puedo creer... ¿Quién te la ha vendido?

Al percibir mi vacilación, levantó la vista y me miró desde debajo de sus hirsutas cejas canas.

—Bueno. Veamos, primero echas una medida de pólvora en el cañón, así.

Con sus dedos torcidos, cogió lo que parecía una petaca de plata, le quitó un pequeño recipiente para medir que tenía incorporado a la parte superior y desenroscó la tapa. Echó con cuidado una medida de pólvora en el pequeño recipiente, también plateado y terminado en punta, y la vació en el cañón de la pistola.

—Aquí tienes una bala. La envuelves en un trocito de tela, así. —Envolvió bien una bala de plomo redonda en un trozo de tela y la metió en el cañón. Cogió una varilla metálica que iba enganchada a la pistola bajo el cañón—. Con esto empujas la bala hasta el fondo de la pistola, así.

Asentí con la cabeza, absorto en la demostración.

—Veamos —dijo—. Cuando se está listo para disparar, solo hay que dejar caer un poquito de pólvora en esta cazoleta de aquí, montar el arma así y apretar el gatillo. El pedernal enciende la pólvora en la cazoleta, la chispa se desplaza por el agujerito y ¡bum!, se produce una explosión detrás de la bala y el proyectil sale despedido. Pero con esta pistola no se puede disparar desde muy lejos. Unos pocos metros, como mucho. Es de corto alcance. En realidad es mejor apuñalar —dijo Aaron con una sonrisa sardónica—, y luego disparar por si acaso.

—¿Cuánto es la polvorera? —pregunté.

—Ah, esa te la doy gratis, de regalo de boda. Págame solo las balas. Diez sueldos por una docena y un poco de pólvora. No hace falta que incluyas nada más con un arma

como esta. Hoy en día son muy populares entre mis amigos –dijo señalando al joven de antes, que había regresado con dinero para su mosquete–. Vaya, *monsieur*, ¡qué poco ha tardado! –exclamó el anciano.

Me despedí de Aaron con un gesto de cabeza y salí.

Aquella noche tuve un sueño. Hodel estaba dormida con el camisón subido, arrugado alrededor del pecho. Le veía el vientre desnudo, el vello pelirrojo de su sexo. Tenía la piel muy pálida. Se oía un estremecedor gruñido animal procedente de algún punto de la habitación, que después se convertía en un agudo gemido. Venía de la tripa de Hodel. Entonces se empezaban a ver unas ondas que se le movían por el vientre; tenía algo retorciéndose bajo la piel. Los gemidos se volvían más agudos, más fuertes. Yo me asustaba. En el sueño, Hodel se incorporaba de repente, con los ojos muy abiertos y los rizos de su melena pelirroja como sierpes alrededor de la cabeza. Abría la boca como si fuera a vomitar, y yo comprobaba horrorizado que no tenía dientes. Su boca era un brillante foso y tenía algo moviéndose en la garganta. Sin poder resistirme, me inclinaba para ver lo que era. De pronto le salía por la boca una anguila negra, con unos redondos ojos amarillos, que me clavaba unos dientes como agujas en la frente y me inyectaba veneno en el cerebro sin dejar de culebrear. Me desperté aterrorizado.

A mi lado, Hodel dormía. Le sonaban las tripas. Me levanté de un salto y noté la frigidez del suelo bajo los pies descalzos. Busqué unas medias de lana a oscuras, pero no encontré ningunas. La ventana sin cortinas era un cuadrado negro en el que brillaba una luna creciente. Presa del pánico, encendí una vela al lado de la cama. Cuando la llama creció, aparecieron unas sombras descomunales en las paredes. Los barrotes de hierro de nuestra cama se convirtieron en unas enormes franjas que iban desde el suelo hasta el techo. Mi propia sombra era gigantesca. El aire de la habitación parecía cargado de una fuerza maligna. Los ruidos de las tripas de Hodel no eran humanos. Estaba muerto de miedo. Mi caja de judío estaba en la entrada, al lado de la puerta. La llevé al centro de la habitación para poder verla. Abrí el último cajón, donde tenía la daga, y, sujetándola con una mano, cargué la pistola como me había enseñado Aaron, con las manos temblorosas. Estaba muy asustado. No dejaba de pensar en el comentario de mi primo Gimpel sobre que Hodel necesitaba un amuleto contra el mal de ojo. ¿Qué le pasaba a mi mujer? Me senté en la mecedora del rincón de la habitación y la observé mientras dormía, sujetando el largo puñal con la pistola cargada apoyada en la palma de la mano. Cada vez que se movía, agarraba el arma con fuerza, esperando que se levantara volando de la cama y me atacara.

Al cabo de unas horas, el pánico empezó a desaparecer; me entraron frío y sueño y, convenciéndome a mí mismo de que lo peor que me iba a hacer Hodel aquella noche era contaminar el aire con el olor a carroña de sus pedos, me fui a la cama y metí el arma debajo de la almohada. Por la mañana, me tomé el pan rápidamente mientras ella seguía durmiendo. Me moría de ganas de llevar la daga en la cadera, en aquella gruesa vaina labrada española. Me imaginé lo maravilloso que sería caminar por

París armado como cualquier francés. Si la tapaba con la casaca, ¿quién iba a notarlo? Quizá debería llevarla solo dentro de casa. Me enganché la funda en el cinturón y envainé el arma, que todavía estaba cargada. Llevarla encima me proporcionaba una sensación muy placentera. Me sentía muy poderoso. Hodel se movió y se frotó los ojos como una niña. Me puse la casaca y el casquete rápidamente mientras ella se sentaba en la cama y me sonreía. Tenía unas grandes ojeras negras. Sentí lástima por ella.

—Me voy a trabajar —dije mientras encendía la lumbre para prepararle un té. Noté que me temblaba la mano.

—¿Tan pronto? —preguntó Hodel.

—Primero voy a rezar —contesté cogiendo la bolsa con el manto para la oración. Le serví un té en la cama a mi pequeña esposa, con sentimiento de culpa por la noche que había pasado, invadido por instintos asesinos y listo para darle una puñalada en el corazón. Después salí de casa, armado.

Masha fue deambulando por su arbolada manzana, con su mosca particular posada en el hombro. Seguía sin sentir dolor en el pecho, pero se notaba cambiada. Desde que había cantado delante de los hombres la noche anterior, había estado teniendo unos pensamientos rarísimos. Había sido humillante, y sin embargo no podía evitar querer hacerlo otra vez. Era como cuando te pica algo y no te puedes rascar. ¿Por qué le había dado Jashem una hermosa voz si no tenía permitido usarla libremente? Sabía que era inútil preguntar el porqué. El Creador tenía un montón de reglas, un montón de cosas que le gustaban y que no le gustaban, sin más. Igual que hay hombres a los que no les gustan las magdalenas de arándanos y, si quieres a uno de esos hombres, no le sirves magdalenas de arándanos, y ya está. Así de simple. Y sin embargo...

En cuanto a mí, estaba encantado. Mi chica había hecho un enorme progreso al cantar delante de los hombres e infringir la Ley de la Torá. Tal como lo veía yo, se había pasado a mi bando. A partir de ahí, todo era posible. Fue caminando por la calle 19 de Far Rockaway, por delante de la librería hebrea Kitov, el supermercado Kosher World, la panadería Chapines y la biblioteca. Nunca había entrado en la biblioteca pública, con su gran variedad de novelas seculares, y se preguntó cómo sería. Quién iría. Siguió andando, dejando atrás la residencia de ancianos y la tintorería Heddie's, el último puesto de avanzada de su propio territorio. Entonces se detuvo. El barrio de al lado era territorio ignoto. Aunque había pasado muchas veces en coche, jamás había caminado por esa zona.

Era un hermoso día. El brillo del sol le infundió valor. Siguió adelante. En aquel barrio, los desconocidos estaban de pie en la calle charlando, o sentados en las escaleras de delante de las casas con lasitud, sin dirigirse a ninguna parte, sin el ajetreo del barrio de los Edelman. Nerviosa pero decidida, Masha fue caminando pegada a los edificios y pasó por delante de un cartel que anunciaba gallinas vivas. Dos hombres altos con gorros de lana de colores se cruzaron con ella a buen paso, soltando fuertes risotadas, como si la calle fuera el salón de su casa. Al pasar junto a Masha, volvieron la mirada hacia ella con curiosidad desinteresada, concentrados en su chiste. Con un nudo en la garganta, Masha bajó la vista y siguió caminando. A Pearl le habría dado un ataque si la hubiera visto andando por aquella manzana. De un portal lleno de grafitis parecía emanar un olor a carne frita, dulce y grasienta. Una joven con una cazadora de cuero rojo, el pelo corto y teñido de color caramelo, grandes aros en las orejas y unos vaqueros ajustados a sus anchas caderas pasó a su lado con paso firme, con dos niños pequeños de la mano, y recorrió el largo vestido negro de Masha con la mirada. Unas cuantas manzanas más

abajo, un Volvo amarillo fue la señal de que ahí empezaba la zona yuppie. Fue allí donde la vio, junto a la farmacia: la Escuela de Interpretación Bridget Mooney. El edificio también albergaba una tienda de alquiler de esmóquines y la consulta de un podólogo, ambas en la primera planta. Masha se detuvo y se asomó por la cristalera de la escuela. El largo mostrador de madera estaba atendido por una chica joven con una mata de pelo blanco con forma de llama. Masha abrió la puerta y entró.

—Hola —dijo la chica del pelo blanco.

—Hola —contestó Masha—. Quizá esté... interesada en... apuntarme a clases.

—Muy bien. La semana que viene empieza el nuevo trimestre. Aquí tienes un horario.

La chica se levantó y deslizó un folleto naranja doblado por el mostrador. Tenía el torso muy largo y delgado. Masha pensó que parecía un bastoncillo de algodón.

Mientras miraba detenidamente los horarios, oyó cerrarse una puerta. Levantó la vista y vio a una mujer atravesar la recepción con aire pensativo, mirando al suelo. Cojeaba ligeramente y llevaba un bastón. La mano libre le colgaba a un lado del cuerpo y tenía forma de garra. De cintura ancha, con un peinado perfecto de peluquería, botas de tacón alto, una falda entallada y unas gafas de lectura enganchadas a una cadenilla que llevaba al cuello, levantó la vista, vio a Masha y se detuvo. Tenía la piel del contorno de los ojos hinchada, como de hojaldre. La escudriñó desde debajo de los fofos párpados con una mirada penetrante, inquisitiva, quizá incluso ávida. A continuación se volvió con frialdad y entró en una de las habitaciones que daban al pasillo.

—Esa es Bridget Mooney —afirmó la chica bastoncillo—. Es la dueña de la escuela. Yo me llamo Shelley.

—Encantada. ¿Puedo llevarme esto? —preguntó Masha levantando el folleto.

—Sí, claro —dijo Shelley—. Deberías apuntarte. Es una profesora fantástica. Te cambiará la vida.

Fuera, Masha se sentó en un banco a la débil luz del sol y miró los horarios. Yo me posé en la madera astillada de detrás de ella e intenté hacer un poco de ventriloquia interna.

Masha: Las clases son los martes a las seis de la tarde y los sábados a las once de la mañana... En shabbos no puedo venir, desde luego.

Yo: Quedan los martes por la tarde.

Masha: No se lo puedo decir a papá y a mamá ni de broma.

Yo: Pero ¿por qué no te apuntas sin más? ¿Qué daño hace a nadie?

Masha: Estaría con chicos todo el tiempo... y actuando delante de hombres...

Yo: No pasa nada solo por dar la clase. No sería actuar; sería aprender.

Masha: Pero habría chicos. Van a pensar que soy rara por no darles la mano...

Yo: O simplemente tímida...

Masha: ¿Cómo voy a salir de casa por la noche?

Yo: ¿Y si buscas un trabajo con turnos hasta las ocho o las nueve de la noche y libras los martes?

Masha: Pero ¿qué clase de trabajo tiene turnos hasta las ocho de la noche?

Yo: ¡Una pizzería!

Masha: Mamá no me dejaría trabajar en una pizzería ni en sueños.

Yo: ¿Y si es judía?

Recordaba haber pasado por delante de Mendel's Pizza por el camino. Fuimos hasta allí y nos asomamos al interior. Todos los empleados eran hombres y llevaban yarmulke. Jamás contratarían a una chica. Entonces, al pasar por delante de la residencia de ancianos judía, Masha se detuvo. ¡La residencia! Podría hacer unos cuantos turnos en ese lugar. Siempre estaban buscando voluntarios o gente a la que pudieran pagar poco. Fue hasta allí y le preguntó a la señora del mostrador si necesitaban a alguien para el turno de tarde, de cuatro a nueve. ¡Sí que necesitaban gente! Lo organizaron todo en un periquete. A mí me horrorizaba la idea de tener que pasar tiempo con ancianos malolientes, pero a Masha no parecía importarle en absoluto. Fue corriendo a casa a contárselo a su madre. Sin embargo, cuando ya casi había llegado, se detuvo. ¿De dónde iba a sacar el dinero para las clases? ¡Costaban trescientos dólares al trimestre! Tenía ahorrados ciento cincuenta que había ganado cuidando niños. Sugerí que tal vez le dejarían atender el mostrador de la escuela, como la chica de la pelusilla en la cabeza, que estaba claro que era una alumna. Quizá le daban las clases gratis a cambio.

A Pearl le entusiasmó la idea de que Masha colaborara como voluntaria y quizá acabara haciendo algún trabajo remunerado en la residencia de ancianos. El voluntariado era una *mitzvá*, y además estaba convencida de que, hasta que pudiera casarla, Masha necesitaba un poco de orden en su vida para no estar siempre tan mohína. Cuando se casara, estaría demasiado ocupada para amohinarse.

Al día siguiente, Masha fue a la Escuela de Interpretación Bridget Mooney y preguntó si podía hablar con la dueña. Tardó un rato, pero finalmente Bridget Mooney salió cojeando con sus botas de tacón alto, apoyándose en el bastón. Tenía cierto aire de mujer de mundo entrada en años.

—¿En qué puedo ayudarte, cielo? —dijo con voz ronca.

—Pues es que..., eh... —titubeó Masha. Shelley la estaba observando con curiosidad. Cuando su mirada se encontró con la de Masha, le guiñó un ojo.

—Ven a mi despacho —dijo Bridget con una voz grave y áspera. Se dio la vuelta y echó a andar por el pasillo lentamente, con la cadera balanceándose por la cojera, hasta entrar por una puerta. Masha fue detrás. El acogedor despacho de Bridget estaba abarrotado de recuerdos. Las paredes estaban cubiertas de fotografías de producciones teatrales y de gente. En muchas salía ella misma años atrás, una joven de aspecto voluptuoso.

—Siéntate —dijo Bridget. Su silla crujió.

Masha se sentó. Bridget la examinó con la cabeza inclinada, pestañeando con sus ojos de reptil.

—¿Tienes los ojos morados? ¿O estoy viendo visiones? —preguntó.

—Me cambian de color con la luz —contestó Masha, que notó como le subía la temperatura de las mejillas.

—Eres una chica guapísima. Bueno, tú dirás.

—Quiero apuntarme a su clase este trimestre, los martes por la tarde, pero solo tengo ciento cincuenta dólares. Tengo pensado ganar más, pero..., eh..., quería saber si a veces acepta que los alumnos trabajen a cambio de las clases, ¿o es un engorro? No sé, me parecía que a lo mejor la chica de ahí fuera...

La mano con forma de garra de Bridget descansaba amenazadoramente sobre el tablero de caoba. Masha se fijó en que llevaba las uñas pintadas de color rosa claro.

—¿Has hecho algo de interpretación?

—Participé en todas las obras del instituto. Siempre me daban el papel protagonista... Dejé la formación profesional al cabo de un año, así que no llegué a actuar allí.

—¿A qué instituto fuiste?

—A la Torah Academy.

Bridget hizo una pausa mientras asimilaba la información.

—¿Esas obras no son solo para chicas?

—Sí —dijo Masha—, pero son muy buenas.

—No lo dudo —contestó Bridget—. Pero... ¿qué tal llevarías el tener a un chico como compañero de escena? Tendríais que ensayar y...

—No pasa nada, podría...

—Ya tengo una idea de quién debería ser tu pareja, pero no quiero ponerte con él si no vas a estar dispuesta a hacer el trabajo —dijo Bridget.

—Trabajaré —afirmó Masha.

—No me refiero a eso. Quiero decir..., a ver cómo lo digo. Te seré sincera. Por tu ropa, supongo que eres... ¿jasídica?

—No —dijo Masha—. Bueno, parecido. Somos judíos ortodoxos, pero no tenemos..., no tenemos un rabino, no hablamos *yiddish*. No sé, no tenemos una ciudad en Europa con la que estemos asociados, pero básicamente seguimos las mismas normas. Es menos estricto... Tengo primos que son jasídicos. Es difícil de explicar.

—Pero, por ejemplo, ¿no puedes llevar pantalones?

—No —contestó Masha.

—¿O estar a solas con un hombre que no sea pariente tuyo?

—Puedo hacerlo si está la puerta abierta, por ejemplo para trabajar. Muchas mujeres trabajan, nos las arreglamos.

—¿Sabes tus padres que estás aquí?

—No —dijo Masha sonrojándose.

—¿Les parecería bien si lo supieran?

—Tengo veintiún años, ¿eh? Lo puedo hacer.

—De acuerdo —respondió Bridget—. Me has despertado la curiosidad. Vente el martes a las seis. Ya iremos viendo los detalles.

A la mañana siguiente de que le comprara la daga a Nathan *el Rubio*, el cielo se volvió líquido. Estuvo diluviando durante días, y después durante semanas. París estaba inundado. El Sena estaba desbordado. Las cañerías rebosaban; se veían trozos de mierda desmenuzada llena de serpenteantes lombrices de tierra. Una noche, madame Mendel atravesó aquel caos con Hodel, insistiendo con firmeza en que, lloviera o tronara, su hija debía purificarse después de sus dos semanas de impureza.

Mientras Hodel tenía la menstruación, y siete días después de que acabara, yo tenía prohibido tocarla. Dormíamos en camas separadas. Ni siquiera podía alcanzarme un vaso de agua. No se permitía ningún contacto hasta que hubiera pasado por el rito de purificación, tras el cual era obligatorio mantener relaciones.

Si hubiéramos vivido en Metz –o, de hecho, en cualquier ciudad con suficiente población judía–, Hodel podría haber ido al baño ritual y haberse purificado en una pila de inmersión llena de agua viva, pero en París no teníamos *mikvé*. Igual que las mujeres del campo, que hacían la inmersión en los ríos, nuestras mujeres tenían que purificarse en las aguas del Sena. Sin embargo, había varios *bateaux* de bain situados a lo largo del río y uno de ellos atendía a judíos.

Como hacía siempre, Hodel empezó el ritual lavándose en casa, en nuestra bañera de madera. Tenía que restregar hasta el último centímetro de su cuerpo. No podía haber nada –ni una sola partícula de suciedad– entre su piel y el agua purificadora. Una vez que se hubo restregado, lavado el pelo, cortado las uñas de las manos y los pies (asegurándose de quemarlas por si su cuñada las pisaba y perdía el bebé) y quitado las alhajas, esperó a que se pusiera el sol y después echó a andar por las sinuosas calles de la ciudad hacia el Sena, con el brazo de su madre firmemente enganchado al suyo.

En un día normal, las aguas del Sena son tan tranquilas que se puede nadar en ellas. Después de tres semanas sin parar de llover a cántaros, el río era un torrente; uno no oía su propia voz del estruendo que provocaba el agua al pasar. Sin embargo, aún se podía hacer negocio y el barquero, que había modificado su esquife para poder atender a la clientela judía, andaba a la caza de mujeres necesitadas. Cuando vio a la pequeña Hodel y a su altísima madre agitando sus pañuelos blancos en la oscuridad, mandó a su mujer a buscarlas en un bote de remos. Peleando contra la corriente con su único remo, la señora consiguió mantener la barca en posición horizontal el tiempo suficiente para que Hodel y madame Mendel se subieran a ella desde la orilla. Los minutos siguientes fueron de gran peligro; el bote estuvo a punto de volcar varias veces y, para cuando la aterrorizada

Hodel subió a la cubierta del barco de baño, que no dejaba de dar sacudidas, estaba empapada con el agua del río y de la lluvia. Madame Zimmerman, la mujer judía que aquella noche atendía el baño, levantó diligentemente a mi pequeña mujer y, tambaleándose por el barco, intentaron ocultarse detrás de la cortina que tapaba la cubierta por pudor. En lugar de una pila de inmersión, en un lado del casco del barco había clavado un tonel con agujeros en el fondo. De esta forma, las mujeres judías podían meterse en el agua dentro del barril, a salvo y con el debido recato, sumergirse y volver a subir por la escalerilla.

Lo que sucedió, tal y como nos lo relató madame Mendel aquella noche, llorando de rabia, fue lo siguiente: una vez que estuvo detrás de la cortina protectora, Hodel se desvistió y salió a la oscuridad, con los brazos sujetos por madame Zimmerman y madame Mendel. Desnuda y temblorosa, mi joven esposa empezó a bajar los resbaladizos escalones hacia el barril, que estaba lleno de agitada agua helada. Hacia la mitad de la bajada, las mujeres la soltaron, ¡pero entonces Hodel se resbaló! Cayó en diagonal y chocó contra un listón podrido de un lado del tonel. La madera cedió y Hodel desapareció bajo el agua. Madame Mendel gritó con furia al barquero, pero no sirvió de nada. Vio a su hija salir a la superficie a unos cuantos metros y alejarse dando vueltas con el cuerpo flácido, como una rana muerta panza arriba y con la pálida piel brillante entre las turbulentas aguas, al tiempo que unas cáscaras de naranja y un gato muerto tieso pasaban a su lado a toda velocidad. Unos segundos más tarde, la oscuridad se había tragado a Hodel.

Me imagino a mi pequeña esposa recuperando el conocimiento justo al pasar por debajo del puente Notre-Dame, resistiéndose y atragantándose junto al puente au Change, volviendo a desmayarse –seguramente por la vergüenza de estar desnuda– cerca del puente Neuf y acabando su excursión encallada entre los numerosos esquifes de pequeño tamaño que había amarrados a la orilla del Sena. Esto es lo único que sé con certeza: una señora acostada en el barco en el que trabajaba de lavandera –y que en ese momento estaba ejerciendo su otro oficio, más turbio, como hacían muchas de ellas cuando no estaban blanqueando ropa– se despertó y encontró a Hodel, desnuda, agarrada a su barco por estribor. Sacó a la muchacha ensangrentada del agua, la vistió con ropa limpia y se la llevó a la casa en la que vivía con su familia.

Hodel pasó dos días enteros en la abarrotada casa de la lavandera, incapaz de recordar dónde vivía, mientras todos los hombres de nuestra comunidad, a cuatrocientos metros de allí río arriba, buscaban su cuerpo en el Sena. Hasta la policía de París nos echó una mano.

Finalmente Hodel recordó su dirección. Llegó a nuestra puerta una tarde, con un escote muy indecoroso y un gesto inexpresivo en el rostro. Detrás de ella había una mujer de grandes y firmes senos con la cara arrugada: la lavandera que sospeché que usaba las manos para algo más que para enjabonar ropa interior. Le di una libra a la salvadora de dudosa reputación, por las molestias. Pareció satisfecha, aunque sin duda se quedó pasmada al darse cuenta, por mi forma de vestir y por la decoración de nuestra casa, que incluía una *menorá*, de que Hodel era judía.

A la mañana siguiente, Hodel se despertó diciendo que quería carne. Su madre le dio un tazón de caldo de ternera. Hodel se lo tomó, pero también quería carne sólida. Madame Mendel le trajo un poco de ternera que había sobrado del sabbat. Hodel se la comió con voracidad y volvió a dormirse. Cuando se despertó, dijo que volvía a tener hambre. Le llevé un muslo de pollo. Sus mejillas empezaron a recuperar el color. Parecía que también se le estaban curando los problemas intestinales. No hubo más visitas de las debidas a la letrina. Y no solo eso, sino que además puso sus muñecas en un banco junto a la ventana y aquella noche no las metió en la cama con nosotros. Estuve a punto de recordárselo, pero pensé que era mejor no hacerlo. Una vez que nos acostamos, con las velas apagadas, pegué un brinco de sorpresa al sentir su manita en mi vientre.

Unos minutos más tarde, mientras disfrutaba encima de ella, Hodel empezó a respirar de una forma extraña y dio un grito, como si le doliera algo. Me detuve e intenté ver la expresión de su rostro en la penumbra. Hodel se retorció bajo mi cuerpo, arqueando la espalda. Con una sacudida de placer, me di cuenta de que aquellos eran los gritos roncós del éxtasis. Una vez que ocurrió aquello, no hubo forma de pararla. Hodel quería copular conmigo todos los días, por la mañana y por la noche, y también por la tarde si yo estaba disponible. Era maravilloso. ¡Esa era la vida de casado que había estado esperando! Me iba a vender mi mercancía silbando de alegría y al final de la jornada volvía corriendo a casa con mi pequeña insaciable. Apenas entraba por la puerta se me tiraba encima, arrancándome la casaca, quitándose la capota con volantes y dejando que los rizos pelirrojos brotaran alrededor de su joven rostro como muelles.

La señora Cohen, la casamentera, tenía más de quinientos nombres en su ordenador, cada uno con todos sus detalles: los gustos, las manías, las habilidades, la historia familiar..., todo se introducía en el archivo maestro de la señora Cohen, una mina de oro genético, una promesa de futuro, una máquina de producir *shidujim*. La señora Cohen se quedaba levantada hasta tarde barajando los nombres una y otra vez, juntando a este con aquella, a ese con la de más allá, jugando con el futuro de aquellos jóvenes como si fuera una novelista pensando en los distintos giros que puede dar una historia. Aquel negocio le habría destrozado los nervios de no ser porque la señora Cohen creía que, de todas formas, todos esos emparejamientos eran en realidad *beshert*, producto del destino. Ella no hacía más que facilitar la acción divina. Aun así, se esforzaba por encontrar a la chica locuaz que ayudara al joven estudioso a ser más comunicativo, a la hermana mayor sensata que hiciera entrar en vereda al fantasioso benjamín de la familia. La señora Cohen hacía muchos buenos emparejamientos. Por supuesto, la participación en todo aquello era voluntaria, y si los dos jóvenes no congeniaban, ¡también eso era *beshert*! Con tal de que se casaran con alguien... La señora Cohen creía en el matrimonio por encima de todas las cosas, ya que un matrimonio judío equivalía a descendencia judía. Su familia entera –siete personas– había sido asesinada por los nazis en cosa de un mes en 1943. Solo un niño de diez años, su abuelo, había sobrevivido a los campos de concentración, aunque casi se muere al comerse la tableta de chocolate Hersey's que le dio un soldado americano para animarle el día que liberaron Dachau. Cuando llegó a Estados Unidos, se casó con una joven que vivía en Hester Street y tuvieron trece hijos. El trabajo de la señora Cohen era una alegría constante.

Cuando su prima segunda política, Pearl Edelman, la llamó para pedirle que le buscara a alguien para su hija Masha lo antes posible, la señora Cohen tuvo que tomar aire y pararse a pensar. En cierto modo, Masha Edelman era un buen partido: venía de una familia estupenda. Era FDN, *frum* de nacimiento, lo que quería decir que procedía de una familia devota y no era una de esas chicas que accedían al judaísmo ortodoxo desde fuera. Muchas de esas mujeres eran encantadoras, pero a menudo su comportamiento resultaba muy artificial y no eran tan deseables en el mercado matrimonial como las FDN. Los Edelman, sin embargo, constituían una familia ejemplar. El inconveniente residía en que Masha no era una muchacha robusta, desde el punto de vista de la salud, por mucho que la madre intentara ocultarlo. La señora Cohen se había informado bien. Y lo que es peor, era una joven cautivadora, y el atractivo solo resultaba bueno con moderación. Incluso con una falda quince centímetros por debajo de las rodillas y con zapatos de señora mayor, aquella chica se las arreglaba para resultar indecorosa. El

hombre equivocado –alguien demasiado comprensivo o débil– podría acabar convertido en su esclavo. Un hombre demasiado lujurioso no la dejaría tranquila, o se volvería loco de celos. Con los años, la señora Cohen había aprendido que el atractivo en exceso casi siempre era una maldición. ¿Y las exigencias constantes de criar a los hijos? Una madre no podía permitirse caer enferma. La señora Cohen intentó imaginarse a Masha llevando las riendas de una prole de tres, cuatro, cinco, ocho hijos. Algo no encajaba. Pero con alguien tenía que casarse la chica.

Una noche, muy tarde, la señora Cohen se sentó en bata y zapatillas, con una humeante taza de té en el escritorio, y miró fijamente la ficha de Masha en el ordenador. Su nombre aparecía en letras mayúsculas rojas, como todos los demás, pero por algún motivo parecía diferente. La señora Cohen intentó emparejarla con todos los chicos de su lista, uno por uno. Como hacía siempre, se imaginó a los hijos: qué aspecto tendrían, qué características podrían heredar de cada uno. Cada muchacho de la lista tenía algo especial: este sería un buen hombre de negocios, ese un erudito, aquel sería muy buen padre. Las chicas, todas criadas para ser madres –aunque muchas de ellas trabajarían toda su vida como dependientas, profesoras, médicas, psicólogas– podían ser de varios tipos: estrictas, ingeniosas, impulsivas, cariñosas. En el caso de Masha, sin embargo, a la señora Cohen solo se le ocurrían cualidades que a nadie le iban a servir de nada: carismática, lacónica, posiblemente astuta, con un extraño poder sobre la gente. La casamentera siguió jugando a emparejar a Masha con distintos hombres hasta que tuvo tres candidatos válidos. Uno de esos tres funcionaría. Lo sabía.

Seth Allen tenía buenos modales. A Masha le gustó cómo le abrió la puerta del coche y cómo se le ensancharon ligeramente los orificios de la nariz mientras esperaba a que ella estuviera del todo cómoda para cerrarla con la fuerza justa y después caminar hacia su lado sin prisa. Abrió su puerta, se sentó con agilidad en el asiento con tapicería de piel, hábilmente para un hombre de su tamaño, y empezó a hablar de sí mismo.

Seth tenía veintiocho años y era un próspero empresario. Había vivido varios años en Israel pero, según explicó, había vuelto a su país para buscar esposa. «Las mujeres de allí... son muy guapas, pero..., no sé, son diferentes. No fui capaz de proponerle matrimonio a ninguna. Una gran mujer judía no es fácil de encontrar», dijo. Hubo algo en la forma en que dijo aquello que hizo que a Masha le entraran ganas de bajarse del coche en el siguiente semáforo.

Cuando llegaron a Delgano's, Seth le abrió la puerta del restaurante, le sacó la silla para que se sentara, pasó el brazo por su lado, le desdobló la servilleta, se la puso en el regazo –con cuidado de no acercarse demasiado– y se deslizó hasta su asiento rodeando la mesa. Le pidió el menú *kosher* al camarero, que tenía cara de italiano, y lo leyó atentamente.

–Tú vas a tomar el pollo empanado –anunció Seth, asintiendo para sí mismo.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Masha.

–Yo sé qué es lo que está bueno en este sitio.

«También sabes cuál es el plato más barato del menú», pensó Masha.

—Con una ensalada verde —añadió Seth—. Supongo que estarás cuidando la línea. Mejor empezar pronto con las buenas costumbres.

A continuación se pidió los espagueti boloñesa para él.

Seth tenía una voz muy nasal y hablaba sin hacer pausas entre las palabras. Masha pensó que sus manos, que parecían no tener huesos y que agitaba delante de la cara para explicar sus ideas, parecían filetes de pollo.

—Mis hijos van a hacer el preescolar en una de las escuelas Lubavitcher, son las mejores —dijo con voz monótona—. Y quiero que los chicos estudien en el *kolel* al menos tres años cuando terminen la *yeshivá*. Me da igual que estén casados; una buena esposa aguanta esas cosas, y de todas formas se alegrará, ¿quién no quiere un erudito como marido? ¿Estás de acuerdo en lo de las escuelas Lubavitcher?

Masha se encogió de hombros.

—Uno de los niños de mi hermana Miriam hace el preescolar en la de Jabad, los otros fueron a una de su barrio. Todos parecen bastante felices.

—A la escuela no solo se va a ser feliz —contestó Seth—. Aunque, por otro lado, el placer también tiene su lugar —dijo dirigiéndole una sonrisa a Masha; tenía los labios brillantes del aceite de la pasta y manchitas de salsa de tomate en la chaqueta—. Es muy sencillo: para tener un hogar armonioso, una pareja tiene que pensar bien las cosas y compartir la misma visión desde el principio, ya que es ahí donde surgen los malentendidos. —Echó un vistazo al menú—. ¿Qué tal un sorbete?

—Genial —dijo Masha con tristeza.

Un viernes por la tarde, un mes después de que Hodel se cayera al Sena, sucedió algo extraño. Yo estaba en el piso de abajo después de haber vuelto a casa temprano, como acostumbraba a hacer los viernes, para ayudar con los preparativos del sabbat e ir a rezar la oración de la tarde. El delicioso olor de la carne que se estaba cocinando inundaba nuestras habitaciones. Cuando me estaba pasando la correa de la caja por encima de la cabeza, oí gritar a la madre de Hodel en el piso de arriba. Subí las desvencijadas escaleras a toda prisa, abrí la puerta de la casa de mis suegros y me encontré a madame Mendel inquieta y encolerizada. Di unos pasos hacia el interior de la habitación para ver por qué gritaba y vi a Hodel, con la cabeza descubierta, los labios llenos de salsa de la carne y las manos chorreando. Había estado comiendo estofado del puchero de *cholent* con las manos. Al acercarme a ella, comprobé con inquietud que en su boca grasienta asomaba una extraña e indecorosa sonrisa.

—¿Quién eres? —preguntó madame Mendel.

—Soy Hodel —dijo ella por toda contestación.

—No, no lo eres —contestó su madre, que a continuación se volvió hacia mí—. Hace días que sé lo que le pasa, pero pensé que nadie me creería.

Yo me quedé quieto, desconcertado. Entonces, volviéndose de nuevo hacia su hija, madame Mendel gritó:

—¿Dónde está mi Hodel?

—No sé de qué está hablando, madre —dijo Hodel, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Tenía mucha hambre, nada más.

Dio un paso hacia su madre, pero esta chilló:

—¡Aléjate! ¡No te acerques a mí!

A continuación le pegó una bofetada. Hodel siempre era muy sumisa con su madre, pero no aquel día. Le agarró el pelo de debajo de la capota de casada y tiró. Su madre le dio un puñetazo en un lado de la cara.

—¡Madre, por favor! —grité yo débilmente intentando separar a aquellas dos lunáticas—. Esta es su hija, Hodel. Vamos, ¡mírela!, ¿quién va a ser si no?

—Y tú... —dijo madame Mendel con tono sombrío, lanzándome una mirada feroz. A continuación salió de la habitación muy ofendida, se metió en su dormitorio y cerró con un portazo. Hodel se lavó la cara hinchada y las manos llenas de salsa en silencio y después se vino conmigo al piso de abajo. Le observé la nuca mientras ordenaba nuestra habitación y me fijé en su trasero, últimamente algo más llenito, cuando se agachó para hacer la cama. Sin embargo, no me lancé sobre ella. Hubo algo en aquella sonrisa del piso de arriba que me detuvo. Hodel se volvió, como si hubiera notado que la estaba

mirando, e hizo una mueca.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¡Soy impura! —exclamó con rabia, abriendo nuestro arcón con ímpetu y sacando unos cuantos trapos de algodón.

Durante la cena de aquel sabbat, tras el atardecer del viernes, madame Mendel observó a Hodel con los ojos de un águila que espera que en cualquier momento salga un conejo de debajo de una roca. Su hija, sin embargo, no hizo nada raro. Es cierto que comió mucho más de lo que habría comido la Hodel de antes, sobre todo carne, pero eso era una bendición. Yo estaba mucho más contento con una mujer robusta, sana y rolliza que con la amargada con diarrea con la que me había casado.

Aquella noche me metí de mala gana bajo las frías sábanas de la cama supletoria que teníamos en nuestra habitación para los periodos en que mi esposa era impura. Fue duro separarme de Hodel. En las últimas semanas me había acostumbrado a dormir con ella, con los brazos y las piernas entrelazados. Cerré los ojos con tristeza. Tenía el miembro rígido, pero por nada del mundo tocaría a mi mujer. El castigo por cohabitar con tu esposa durante el periodo de impureza era la expulsión de la comunidad o *karet*. Los hijos nacidos de una unión así eran malditos. Estaba fuera de toda consideración.

Estaba profundamente dormido cuando sentí una oleada de placer que se extendía por mis muslos. Me desperté y, horrorizado, vi a Hodel inclinada sobre mí, balanceándose adelante y atrás con los ojos cerrados. Intenté quitármela de encima, pero justo en ese momento la sacudió un orgasmo repentino y violento que hizo que me recorriera una sensación muy placentera y que anuló mi voluntad. Fui incapaz de hacer nada. A continuación, Hodel se quitó de encima de mí sin decir una palabra y volvió a su cama sigilosamente. Yo me incorporé, escandalizado, manchado con su sangre.

—¿Qué has hecho? ¡Hodel! ¿¡Qué has hecho!?

Pero el cuerpo de mi mujer, hecho un ovillo en la oscuridad, no se movió. Se había dormido. ¿Lo habría hecho en sueños? Me pregunté si en ese caso el pecado sería igual de grave. Pero yo..., ¡yo podría habérmela quitado de encima y no lo había hecho! Ay, Jashem, Jashem, ¿qué iba a hacer ahora? No decírselo a nadie. Nada más. Quizá ella ni se acordaría. Daría dinero a los pobres. Expiaría mi pecado. Me lavé mi pobre miembro cubierto de sangre con el agua fría de debajo de la cama, agua que debía utilizarse para las abluciones matutinas de las manos. Sabía que era una profanación, pero teniendo en cuenta el pecado que acababa de cometer, aquello parecía un delito menor. Me quedé sentado en la cama toda la noche, temblando de frío y de miedo.

A la mañana siguiente, Hodel se incorporó y se frotó los ojos con sus habituales ademanes infantiles, bostezando y estirándose. Sacó la palangana de debajo de su cama y se echó tres tazas de agua en cada mano. Cerró los ojos y rezó su oración. Después se levantó y encendió la lumbre, sin mirarme ni una sola vez, a pesar de que yo estaba sentado en la cama supletoria observándola. Cogió un poco de agua del barril de madera tapado que había en el rincón y la echó en una cacerola de hierro que colgó del gancho de la lumbre. Cuando el agua se calentó, la vertió en una palangana con poco fondo, puso esta en un taburete, se agachó sobre él, se levantó el camisón y empezó a lavarse

sus partes íntimas. En ese momento levantó la vista y me miró. Su sonrisa era fría e inexpresiva, igual que cuando había comido el estofado del sabbat de su madre con las manos, y la mirada que me lanzó fue aterradora. Hodel lo sabía. ¡Sabía lo que había hecho!

Aquella mañana no fui a la oración matutina. No me sentía capaz de pronunciar palabras sagradas ni de enrollarme los *tefilín* en el brazo y en la cabeza. No podía ponerme el manto para la oración. Me sentía apartado de Dios. Con la daga sujeta a la cadera en su funda de piel labrada, con la pistola cargada, fui deambulando aturdido por París y tuve el descaro de meterme en un café, con mi caja de mercancía al cuello. Se suponía que no podíamos entrar en los cafés en busca de clientes, pero muchos lo hacíamos. Se podía ganar mucho dinero. Me daba igual que me pararan.

No volví a casa hasta altas horas de la noche. Al entrar en mi dormitorio, muerto de cansancio, frío y hambre, me lo encontré lleno de gente: los hijos mayores de los Mendel, la panteresca madame Mendel y su rechoncho marido estaban sentados en sillas pegadas a la pared mirando a nuestra cama, que habían puesto en el centro de la habitación. En la cama estaba Hodel vestida con sus enaguas, tumbada con las piernas separadas y las palmas de las manos hacia arriba. Tenía la respiración agitada y los ojos bien cerrados.

Habían dibujado un círculo con tiza blanca en el suelo, alrededor de la cama. Dentro del círculo, un hombre joven y corpulento caminaba y hablaba solo con voz queda. Se volvió. ¡Era mi primo Gimpel! Me alegré muchísimo de verle y empecé a llamarle, pero me lanzó una mirada que me acalló. Fue un gesto de absoluta concentración, de dominio de la situación. Sin entender nada, me acerqué a madame Mendel. Me pregunté si alguien habría descubierto lo que habíamos hecho la noche anterior y aquello era una especie de castigo.

—¿Qué está pasando? —susurré.

—Oí que el *magid* había vuelto a París. Hemos tenido que llamarle. Se ha vuelto a comer mi comida del sabbat con las manos, como un animal. Ha agredido a uno de sus hermanos. ¡Le ha roto el brazo!

—Pero ¿qué está haciendo Gimpel? —exclamé.

—Cuando Hodel se cayó al agua, se le metió en el cuerpo un demonio del río —susurró madame Mendel como si estuviera exponiendo hechos, sin apartar la mirada de su hija—. Justo lo que yo pensaba.

—¿A qué se refiere? —pregunté, con el pecho rígido de miedo.

—Es un exorcismo —dijo madame Mendel entre dientes, dirigiendo su mirada de ojos negros hacia mí con fiereza. Me puse en un rincón y observé a mi bondadoso primo Gimpel agitar sus pequeñas manos sobre el cuerpo de mi mujer, masculando palabras que los demás no oíamos. Me habían contado que había hombres santos que conocían las palabras sagradas necesarias para expulsar a los demonios de los cuerpos de los seres humanos. Jamás se me había pasado por la cabeza que el primo Gimpel pudiera ser uno de esos hombres. Había ocultado bien su identidad tras aquella apariencia de torpe. Mientras le observaba, juro que vi aparecer una llama azul alrededor del círculo. Me

tambaleé hacia delante, abrumado, con las mejillas llenas de lágrimas. Entonces perdí el conocimiento.

Cuando me desperté en la cama supletoria, Gimpel y los demás se habían ido. La habitación volvía a estar en orden. Habían borrado el círculo de tiza del suelo. Hodel estaba de pie junto al fogón, dándome la espalda. Me invadió el pánico. No podía moverme.

Cuando se volvió, sin embargo, no era más que la Hodel de siempre, la que había sido antes del accidente. Parecía años más joven que la criatura con la que había estado compartiendo mi cama. Me sonrió con timidez y puso una tetera en la mesa junto a la cama en la que estaba tumbado. Cuando se inclinó sobre mí, vi que llevaba una cinta roja alrededor del cuello, de la que colgaba un saquito de piel. Un amuleto protector. Gimpel había escrito los nombres mágicos en el rollo de dentro de aquel saquito para protegerla de las posesiones demoniacas. Yo no podía hablar. El corazón me latía con fuerza en el pecho y me caían gotas de sudor por las sienes. Hodel, muy recatada, se puso el camión sobre la ropa y se desvistió tapándose con él. Guardó la ropa en el armario y se metió en la cama. Yo estaba mudo de confusión y espanto. No me moví. Al final Hodel se durmió. Por la mañana, al amanecer, salí a vender mi mercancía.

Volví a saltarme la oración y regresé al gran café donde había estado vendiendo ilegalmente el día anterior. Había multitud de clientes entrando y saliendo todo el día. Además, se había levantado un viento frío y se agradecía el calor del interior. Una mujer joven se había acercado a mí para examinar mis artículos y tenía en la mano un broche barato que había comprado unos meses antes en Les Halles cuando noté una mano firme en el hombro y me volví. Era el inspector Buhot.

—Buenos días, Jacob Cerf —dijo mirándome con una sonrisa tensa. Me fijé en que tenía una explosión de venas rojas alrededor de los orificios nasales y escamas de piel seca en las mejillas y las cejas—. Me sorprende veros por aquí.

—Buenos días, *monsieur* —contesté.

—Jacob, ¿me permitís vuestros papeles?

Él mismo me había renovado el pasaporte unas semanas antes. Metí la mano en el bolsillo de la casaca con cuidado, intentando que no se viera la daga. Buhot dirigió la mirada a mi cintura, pero no reaccionó.

—Tenéis otros dos meses, ¿no? —preguntó amablemente, sujetando los impertinentes para leer.

—Sí —contesté.

El inspector examinó el documento.

—Vais armado, Jacob —dijo sin levantar la vista del papel.

—No voy armado, señor.

—¿Entonces?

—Esperaba poder venderla. Es una pieza excelente.

Buhot me miró, y en sus ojos percibí un destello de inteligencia sombría. Me devolvió el pasaporte, plegó los impertinentes con un chasquido intencionado y se los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Jacob, no seáis zorro. Vais armado. Entregad el arma.

Me quedé paralizado. El gran café estaba lleno de gente, pero aquel rincón estaba en silencio. Dos hombres se levantaron y salieron rápidamente, previendo un enfrentamiento. Buhot se llevó la venosa mano a la empuñadura de su espada.

—Que entreguéis el arma, os digo.

—¿Por qué no voy a llevar un arma para defenderme? —me oí decir—. Después de todo, soy un ser humano.

La caja de judío me colgaba del cuello, constituyendo una barrera y un obstáculo.

—Quitaos la caja —dijo el inspector, que desenvainó la espada pero la mantuvo apuntando al suelo. Yo me quité la caja del cuello—. Entregad el arma.

Agarré la daga por la delicada empuñadura con la cabeza de caballo y empecé a desenvainarla. Sin embargo, en lugar de entregarla como pensaba hacer, me descubrí a mí mismo blandiéndola, al tiempo que retrocedía. Una mujer dio un grito. Buhot me siguió a la calle. Nuestras armas chocaron de un modo ridículo. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Nunca había peleado con una espada. Como un niño acorralado, me enfrenté al inspector. Me hizo un corte profundo en el brazo, encima del codo. Sin pensar, monté la pistola cargada y disparé sin apuntar a nada en concreto. Buhot se abalanzó sobre mí, atravesando una densa nube de humo blanco que salía del arma, y me puso la punta de su espada en un botón del pecho. Estaba claro que no le había dado.

—Judío idiota, ¡soltad el arma antes de que os mate! —gritó.

Dejé caer el arma suavemente sobre mis zapatos, ya que no quería romperla. Buhot se agachó y cogió mi tesoro, que examinó con detenimiento. Entonces me miró, respirando pesadamente.

—Me sorprendéis —dijo.

Estaba en una celda con dos franceses, ambos ladrones. Les pareció fascinante que fuera judío y me hicieron toda clase de preguntas, como si era verdad que mezclábamos la sangre de niños cristianos con los *matzot* de la Pascua y si estaba a favor de los engaños al hacer préstamos. En lugar de contestar, me quedé allí sentado con desgana, algo conmovido. Me habían vendado el corte del brazo en la enfermería de la cárcel, pero me escocía. Iba a pasarme años en la prisión de Bicêtre. Me daba igual. Tenía más miedo de Hodel que de la cárcel. El mundo de los demonios de los ríos y los súcubos, madame Mendel y su malvado rostro, el pavor que se había instalado en mi cuerpo desde mi matrimonio como un espíritu vivo que me iba devorando el raciocinio... Ahora estaba lejos de todo aquello y no quería regresar jamás a esa vida. Empecé a fantasear con la idea de que me expulsaran del país; entonces podría empezar de nuevo en otro lugar.

A la mañana siguiente llegó el inspector Buhot con gesto resentido. Un guardia empezó a abrir la puerta de barrotes de mi celda.

—Jacob. Tenéis visita.

—¿Quién? —pregunté.

—Venid conmigo —contestó Buhot con sequedad.

Le seguí por un largo pasillo flanqueado de celdas con olor a meados y por una gastada escalera de piedra que nos condujo hacia abajo. El inspector sacó una llave y abrió una pesada puerta de madera. Percibí el olor rancio a sudor que me salía de las axilas.

La habitación era muy luminosa. El resto de la cárcel estaba muy oscura y tuve que cerrar los ojos para dejar que se acostumbraran a la luz. Cuando recuperé la visión, comprobé sorprendido que había un hombre, con la peluca empolvada y la espléndida ropa características de la aristocracia, sentado junto a la ventana.

—Aquí está, *monsieur le comte* —anunció el inspector—. El hombre que le robó el arma.

Tardé menos de un segundo en recordar la nariz ancha, los labios carnosos, los ojos de basset. Al conde le costó un poco más acordarse de mí. Cuando finalmente me reconoció, soltó una risita.

—No puedo creerlo —dijo—. Sois vos, ¿verdad?

—Sí, *monsieur le comte* —susurré.

—Os llamabais... ¿Cerf?

—Jacob Cerf.

—¡Eso es! Es extraño, ¿no os parece? Cuando el inspector me dijo que el hombre que me había robado la daga era un judío, quise conocerle. Hizo falta maña para hurtar un arma directamente de mi palco en la ópera estando yo dentro —dijo con una sonrisa.

—Lo lamento, vuestra señoría —dije—. Yo no la robé. Yo solo la compré para venderla.

—Qué decepción —contestó el conde haciendo un mohín—. De todas formas, me encantó la historia del duelo con el inspector. ¿Os parece extraño que nos hayamos vuelto a encontrar en estas circunstancias?

—Muy extraño —respondí.

El conde miró por la ventana embotada de la sala de visitas.

—Odio las cárceles —dijo con un estremecimiento. A continuación se levantó de su asiento y se puso las manos en las anchas caderas—. Voy a preguntároslo una vez más: ¿queréis ser mi segundo ayuda de cámara? He estado buscando un judío. Sois muy difíciles de convencer.

—¿Por qué un judío? —pregunté.

—Tengo mis razones —contestó—. ¿De veras creéis que estáis en situación de cuestionarme? El inspector me acaba de decir que vais a pasar años en la cárcel por esta infracción. A los inspectores no les gusta que les disparen. Sin embargo, yo podría escribir a mis amigos de los tribunales. Saldríais en menos de un mes, si decidís trabajar para mí.

Se pueden imaginar cuál fue mi decisión.

Masha abrió los ojos. La sala estaba llena de gente gimiendo, agachándose, sollozando, susurrando para sí mismos. Los bloques de hormigón de las paredes tenían color de helado de menta y el suelo de linóleo, de avena sucia. Shelley, la del largo torso y el pelo como la pelusilla de un diente de león, estaba arrodillada a su lado, acariciando un cuerpo invisible. Tenía las mejillas húmedas y brillantes. Las lágrimas y los mocos formaban un péndulo de viscosidad que le colgaba de la punta de la nariz de un modo fascinante, pero no se lo limpió, tal era el desconsuelo que sentía mientras acariciaba aquella cosa invisible.

Un hombre de más de cuarenta años, con corbata y pantalones de vestir, estaba sentado a horcajadas en una silla, gruñendo y dando puñetazos al aire. No dejaba de mascullar: «¿Ah, sí?».

Una chica rellenita se estaba riendo, con los ojos cerrados y la cara mirando al techo.

Un joven en pijama se estiraba y dejaba escapar unos gemidos que parecían bostezos.

Masha estaba sentada en un rincón, con las rodillas bien pegadas al pecho, las pantorrillas rodeadas con los brazos y una naranja en las manos, cuya superficie porosa acariciaba una y otra vez con los dedos. Le habían mandado que la memorizara con las manos.

Bridget Mooney, con sus botas marrones de tacón alto y su falda de *tweed*, se abría paso lentamente por aquel espectáculo de dolor, con la mano en forma de garra detrás de la espalda y la otra en el bastón, observando uno por uno a los alumnos con sus ojos de tortuga entornados, examinando la calidad de su agonía.

Masha oyó el ruido aciago de los tacones de su profesora al acercarse, los golpes sordos de la goma del bastón.

—¿Qué tal vas, Masha? —preguntó Bridget con voz áspera, al tiempo que acercaba una silla y se sentaba lentamente.

—Creo que bien —contestó.

—¿Has intentado apoyar la naranja?

—No.

—Ponla en el suelo.

Masha dejó la naranja en el suelo.

—Ahora intenta sentir su tacto con las manos.

Masha juntó las manos dejando un pequeño hueco entre ellas. Cerró los ojos. Sintió la fría cáscara y fue notando el peso de la naranja. Lo estaba consiguiendo.

—Creo que lo tengo —confirmó—. Sí.

—Bien —dijo Bridget—. Ahora huélela.

Masha olió su naranja imaginaria. Lo único que consiguió fue evocar una imagen de la naranja en la mente. No olía nada. Sacudió la cabeza.

—Cuando consigas oler la naranja, estarás preparada para intentar hacer una escena —afirmó Bridget mientras se levantaba de la silla.

Shelley miró a Masha mientras por fin se limpiaba la nariz con una servilleta de papel.

—No te preocupes —le dijo—, casi nadie es capaz de oler la naranja. Te va a dejar hacer escenas de todas formas.

Al final de la clase, hubo cierto movimiento cerca de la puerta por la llegada de alguien a quien conocían. Hugh Crosby, cerca de los treinta, alto, desgarrado y con un ojo morado, entró con paso decidido, como si estuviera en su casa.

—He vuelto —dijo con un suave acento del sur.

—¡Hugh! —exclamó Bridget extendiendo los brazos. Masha se dio cuenta inmediatamente: Bridget adoraba a aquel chico. Sorprendida, se notó tropezando con un montículo de celos. Bridget le pasó el brazo por encima de los hombros al recién llegado—. Tengo a la compañera de escena perfecta para ti. Ha aparecido como caída del cielo.

—¿Ah, sí? —dijo Hugh—. ¿Quién es?

—Masha —la llamó Bridget con brusquedad—, ven para acá.

Soñé con Solange. Llevaba un vestido amarillo y estaba en un jardín cuadrado rodeado por un seto, con una bandeja de plata en la mano. En la bandeja había una sola taza de porcelana.

Me desperté en la oscuridad, con ganas del té del desayuno, preguntándome si el conde ya se habría levantado. Estiré los brazos, esperando sentir las frías sábanas contra la piel. En lugar de eso, me encontré gateando por un túnel. Vi un puntito de luz, que fue creciendo hasta que salí de mi madriguera y vi la cara de Masha aparecer ante mí, gigantesca, con un mohín en los gruesos labios y con los puros y juguetones párpados cerrados. Al recordar mi estado, agité las alas con un ignominioso zumbido, elevándome por el espeso aire tibio, aterricé en el carnoso labio de Masha y fui avanzando por sus valles y hondonadas. Perturbada por mi paseo matutino, se puso boca arriba y agitó la cabeza. Mientras recorría todo ufano la agrietada cornisa de su boca perfecta de un modo repugnante, empecé a preocuparme por mi misión.

La verdad es que no estaba consiguiendo nada con ninguno de mis anfitriones: Leslie seguía con su ronda diaria de buenas acciones (en aquel momento estaba echando aceite en el motor del coche de su suegro) y Masha, pese a las clases de interpretación clandestinas, estaba siendo objeto de una campaña materna intensiva para encontrarle un buen marido y dirigirla hacia el camino correcto. Su primer pretendiente, Seth Allen, había sido un despropósito, pero el siguiente me estaba poniendo muy nervioso.

Eli Bloch había resultado ser sorprendentemente mono, pensó Masha. No muy alto, pero atractivo, de complexión compacta y atlética, un hoyuelo en la barbilla, barbita incipiente de un día. Era imposible que se hubiera afeitado la cara con cuchilla, lo tenían prohibido. Masha pensó que debía de usar crema depilatoria. Eli llevaba el sombrero negro muy inclinado hacia atrás. No se había dejado crecer los mechones a los lados de la cara. La llevó a un *delicatessen*. Masha se pidió un bocadillo de ternera asada.

–Eres la primera chica con la que salgo que se pide comida de verdad –comentó Eli.

–¿Has salido con muchas chicas? –preguntó Masha.

–Bueno, no sé, no durante mucho tiempo, pero sí, con algunas, para ver qué tal. No está yendo muy allá.

–¿No hay chicas majas en Brooklyn?

–Sí, claro que las hay, pero no..., eh..., la definitiva.

–¿Cómo vas a saber que es ella cuando la veas? –preguntó Masha–. A lo mejor te equivocas sobre quién es tu *beshert*.

–No me preocupa –contestó Eli–. Me imagino que Jashem se encargará. Yo simplemente voy a las citas.

–Una actitud muy relajada –dijo Masha riéndose.

–¿Para qué estresarse? Ella me encontrará.

Al decir eso, la miró directamente a los ojos. Masha había oído que Eli era un cantante excepcional. Había ganado el principal concurso masculino de canto de la comunidad, el *American Idol* de los judíos ortodoxos. Los hermanos de Masha, Dovid y Simchee, habían estado y decían que era buenísimo.

–¿Alguna vez te planteas..., no sé, dedicarte a cantar profesionalmente? –preguntó Masha mientras esperaban la comida.

Eli puso un brazo detrás de la silla y la chaqueta negra se le estiró.

–Qué va. Una vez que sales a ese mundo, ya estás fuera. Yo quiero permanecer en la comunidad. Quiero tener hijos. Aquí en Five Towns, o en Brooklyn, donde sea..., no importa. Me basta con cantar como pasatiempo y luego tener un trabajo, y... me descentraría mucho empezar a intentar meterme en el mundo del espectáculo. Sería absurdo. Para nosotros hay cosas que directamente ni se plantean, ¿no?

–Ya –asintió Masha. Cuando el camarero trajo la comida, el plato golpeó la mesa con fuerza. Masha miró el enorme bocadillo; iba a tener que masticar un montón para acabárselo. Miró a Eli, que sonrió relajadamente. Su actitud distendida la estaba atrayendo hacia él e hizo que empezara a sentirse mareada. En cualquier momento iba a perder el equilibrio y caerse.

Masha tuvo que tramar auténticas maquinaciones para encontrar un rato en el que ensayar su escena con Hugh Crosby. No le gustaba tener que contar más mentiras de la cuenta a su madre, aparte de la trola de que pasaba los martes por la tarde en la residencia de ancianos, pero si quería ensayar no le quedaba más remedio. El único día que Pearl salía de casa sin excepción era los domingos, cuando daba clases a niños en la sinagoga y después organizaba el café para las madres. Siempre se llevaba a Suri, Ezra, Estie y al bebé. Los domingos por la tarde, la fantasiosa e idealista Yehudis normalmente repartía comida *kosher* a los judíos en los hospitales de todo Nueva York con una furgoneta. Yehudis rebosaba bondad. A algún hombre le iba a tocar la lotería con ella, pensó Masha mientras se ponía el abrigo y corría manzana abajo, jugueteando con las hojas del fino ejemplar de la obra que les había propuesto Bridget, que llevaba escondido en el bolsillo. Le había dicho a su madre que se iba a quedar en casa descansando. Por si alguien volvía pronto y veía que no estaba, a la vuelta compraría unas cuantas cosas que necesitaban en el supermercado y aparecería con ellas. No le gustaba ocultar la verdad, pero la intensa necesidad que sentía de llegar a aquel ensayo era más fuerte que su conciencia.

Shelley le abrió la puerta de la escuela.

—Hola, Masha —dijo—. Hugh no ha llegado todavía. ¿Quieres un café? Acabo de hacerlo. Bridget nos deja usar su cafetera cuando ensayamos.

—Vale —contestó Masha.

Shelley le alcanzó la taza caliente.

—Le he puesto un montón de nata de esa de mentira, está buenísima.

Masha dio un sorbo al café. Le gustó el sabor dulce, químico.

—Qué rico —dijo.

—¿Qué escena estáis haciendo? —preguntó Shelley, sentada en la mesa con las largas y delgadas piernas colgando, enfundadas en unos leotardos de rombos.

—Eh..., una de *Orfeo desciende*, de... —sacó el libro para mirar la cubierta— Tennessee Williams.

Shelley sonrió y le lanzó una mirada socarrona.

—¿No habías oído hablar de él?

Masha negó con la cabeza.

—No pasa nada. ¿Entonces interpretas a Carol? —preguntó Shelley. Masha asintió—. Es un gran papel. Y Hugh es perfecto para el papel de Val. Es de Misisipi. Bridget le adora. Si te ha puesto con Hugh Crosby para hacer la escena es que te tiene echado el ojo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Masha.

En ese momento entró Hugh, con la cara pálida y contraída por el frío. El ojo morado se había vuelto verde caqui en la zona del pómulo derecho. El contorno de la cuenca estaba morado oscuro, casi negro.

—¡Dios, qué frío hace! —exclamó—. Hola, Masha. ¿Llego tarde?

—Tú siempre llegas tarde —dijo Shelley—. ¿Quieres un café?

—Vale —dijo Hugh mientras se quitaba el gorro de lana. El pelo castaño claro se le quedó de punta por la electricidad estática.

Leyeron la escena de principio a fin, sentados en sillas plegables de metal en el aula principal de la escuela. Masha estaba nerviosa. Tenía la sensación de que estaba enganchando unas palabras con otras, pegándolas, como melaza en un bote de clips. No dejaba de mirar a la puerta cerrada.

–¿Qué pasa con la puerta? –preguntó Hugh.

–Perdona –contestó Masha–, es que estaba pensando... ¿Te parece que la abramos?

–Bueno –dijo Hugh, que se levantó y abrió la puerta unos treinta centímetros–. ¿Está bien así?

–Gracias –dijo Masha.

Volvieron a leer la escena. Esta vez Hugh estiró el brazo con toda tranquilidad y le tocó la rodilla. Masha se levantó.

–¿Qué pasa? –preguntó Hugh.

–Lo siento –dijo Masha–, pero es que... no puedo tocarle.

–¿Cómo dices?

Masha sacudió la cabeza, avergonzada.

–Igual esto no es una buena idea –dijo.

–Solo dime cuál es el problema –dijo Hugh, que cerró el libro dejando un dedo dentro y la miró–. Ven. Siéntate y cuéntamelo.

Masha se sentó.

–Es que... soy judía –confirmó.

–Yo metodista –contestó él.

–Quiero decir que soy ortodoxa. Los hombres y las mujeres no nos tocamos a menos que seamos familia o estemos casados.

Hugh la miró durante largo rato, asintiendo con la cabeza.

–Está bien –dijo–. ¿Nunca?

–Nunca –contestó Masha.

–Supongo que podemos hacer esta escena sin tocarnos –dijo él encogiéndose de hombros.

–Y en realidad se supone que no puedo estar a solas con un hombre, aunque si abrimos la puerta está más o menos permitido.

–¿Bridget sabe todo esto? –preguntó Hugh.

–Sí.

Hugh se rio entre dientes, sacudiendo la cabeza.

–Bueno –dijo–, lo entiendo. Vamos a seguir.

Volvieron a leer la escena. Masha consiguió pronunciar casi todas las palabras con claridad.

–Se irá haciendo más fácil cuando nos sepamos el texto –dijo Hugh amablemente–. ¿Puedes ensayar esta semana?

–No sé si puedo hasta el próximo martes –contestó Masha.

–Yo estoy libre casi todas las tardes.

–Ah –dijo Masha–. No sé si podré escaparme.

–Apunta mi número.

Sí consiguió escaparse una hora, el jueves. Volvieron a ensayar. Esta vez fue menos violento. Se sabía casi todas sus frases. A veces, cuando Masha estaba hablando, Hugh parecía sorprendido, como si estuviera haciendo algo extraño. Una vez le preguntó qué era lo que miraba con tanta atención. Él dijo que solo estaba escuchando.

Una semana más tarde, representaron la escena delante de la clase. Cuando terminaron, Bridget se quedó sentada un buen rato escudriñando a Masha con sus párpados con forma de profiteroles.

—Estoy intentando entender qué es lo que tienes —dijo con voz ronca—. Es como ver a un gato sobre el escenario. No estás haciendo nada, pero eres fascinante. Dime una cosa, ¿sientes algo cuando estás interpretando la escena?

—No sé —contestó Masha.

—De acuerdo —dijo Bridget, asintiendo con la cabeza.

La semana siguiente, Masha consiguió oler una naranja imaginaria. Ocurrió en la cantina de la residencia de ancianos, durante su descanso. Llevaba toda la semana practicando con naranjas de verdad en casa, oliéndolas sin parar. Pensaba que nunca lo conseguiría. El olor era lo más difícil, según le decía todo el mundo. No fue más que un débil olorcillo, pero lo percibió, en el fondo de la nariz: un olor de verdad, el recuerdo de un aroma. Se quedó entusiasmada.

Bridget pareció alegrarse cuando Masha le dijo que había olido la naranja imaginaria. No importaba que ya hubiese representado una escena.

—Ahora puedes empezar a recordar el olor y el tacto de otros objetos, objetos que asocies con alguna cosa. Como tu oso de peluche favorito, o el olor de tu cocina. Lo que sea. Cosas tristes, cosas alegres —dijo Bridget—. Puedes utilizar los sentidos para acceder a las emociones en las escenas, ¿entiendes?

A Masha le gustaba Eli Bloch. Esa era la verdad. Cuando le veía caminar hacia la casa, al venir a recogerla para una cita, sentía una tensión en el pecho. Cuando no estaba con él, le echaba de menos. Habían tenido cinco citas. La cosa se estaba poniendo emocionante. Masha se imaginó varias veces una conversación en la que le contaba lo de las clases de Bridget. A veces Eli lo entendía. Prometía guardarle el secreto. Otras veces se llevaba una decepción y ponía fin a la relación.

Dos semanas después de que el conde de Villars me visitara en la prisión de Bicêtre, el propio inspector Buhot me despertó bruscamente una mañana en mi oscura celda.

–Levantaos, Cerf. Sois libre.

Algo aturdido, después de no haber podido dormir más de una hora por el frío y el ruido que había en la cárcel por las noches, me levanté y salí de mi celda detrás de él. Le seguí por el hediondo pasillo, atravesamos una puerta cuyo candado nos abrió un pálido guardia adolescente y bajamos por unas largas y estrechas escaleras. En el patio, la figura estrecha y erguida de Buhot formaba una silueta malhumorada que se recortaba contra el cielo blanquecino. Se volvió hacia mí y quedó encuadrado por el arco de piedra de la entrada, cuyas puertas, milagrosamente, estaban abriendo para mí. Oí los gritos roncacos de los lunáticos alojados en el patio de al lado. Vacilé, sin poder creer que me estuvieran poniendo en libertad.

–Jacob –dijo el inspector con tono severo. Con un fuerte dolor de cabeza provocado por el cansancio, atravesé las puertas de la prisión detrás de mi captor, tapándome el cuello desnudo con las mugrientas solapas, y entonces, como si se tratara de una aparición, vi el carruaje carmesí del conde de Villars alzarse entre la niebla matutina. Reconocí el emblema familiar de los dos leones rampantes que tanto me había impresionado un año antes. Un cochero, impecablemente vestido con un uniforme azul claro con los bordes blancos y una peluca empolvada, me miró con un gesto implacable desde su asiento elevado.

–Aquí está –le espetó Buhot con sequedad, como si estuviera compartiendo un chiste. El cochero se bajó del carruaje y abrió la puerta con brío.

–*Monsieur* –dijo. Su cara tosca era una máscara sin ninguna expresión. Puse un pie en la escalerilla del carruaje y volví la mirada hacia Buhot.

–Bueno, Jacob –añadió el inspector–, esto demuestra que nadie puede predecir su suerte, ¿eh?

A continuación sonrió con frialdad y le aparecieron unas arrugas en las agrietadas mejillas peladas. Yo no dije nada y me limité a subir al carruaje y dejarme caer en el asiento, mirando al frente. El cochero cerró la puerta. Con una sacudida, nos pusimos en marcha.

Mientras el carruaje atravesaba París con gran estrépito, obligando a los pilluelos a apartarse de nuestro camino y a los quincalleros a pegarse a los edificios para no ser atropellados, me asomé por una rendija de las cortinas echadas y contemplé a los pobres miserables que nos miraban al pasar. Algunos se tocaron el sombrero en señal de respeto hacia el gran hombre que debía de viajar en aquel carruaje. ¡Si llegan a saber que era un

judío cubierto de mugre recién salido de la cárcel...!

Me tumbé en el asiento de seda amarilla del carruaje y me quedé dormido. Al cabo de lo que pareció apenas un instante, mi puerta se abrió. El cochero con cara de muerto estaba en posición de firme, esperando a que me apeara. Tenía los ojos pequeños y marrones, las cejas pobladas, los labios oscuros. Salí del carruaje y puse el pie en el suelo de piedra pulida de la cochera del conde. En lo alto de una pequeña escalera estaba Solange, con el mismo vestido de rayas rojas y blancas que llevaba la última vez que la había visto. Miré al suelo, avergonzado por mi apariencia.

—Venga conmigo —dijo amablemente.

La seguí escaleras arriba hasta la cocina en la que tanta deliciosa sopa había comido un año antes. Solange me puso un plato de patatas fritas y un vaso de leche delante. Comí con voracidad, sin levantar la vista del plato. Cuando terminé, me sirvió otra ración.

—Gracias —dije.

—Sabía que tendría hambre —contestó.

Después de comer hasta saciarme, Solange me condujo por un patio de piedra, a través de una puerta lacada de color rojo, escaleras arriba y por un fragante pasillo inundado de luz hasta llegar a un comedor. El conde de Villars levantó la vista de su desayuno y sonrió; se asemejaba a una rana con cara bondadosa. A su lado, un hombre que parecía disecado, ataviado con una peluca muy rizada, se quedó inmóvil en su asiento, con la taza de café detenida antes de llegar a sus labios fruncidos.

—Jacob Cerf —dijo el conde—, permitidme que os presente a monsieur Cabanis, hombre de letras. Monsieur Cabanis, Jacob Cerf.

No estaba seguro de cómo debía comportarme, así que hice una pequeña reverencia. Monsieur Cabanis apoyó su taza.

—Santo cielo —dijo.

—Podéis retiraros, Jacob —ordenó mi señor. Oí el frufrú del vestido de Solange detrás de mí. Me retiré con un gesto de agradecimiento.

Siguiendo a la veloz Solange, subí otro tramo de escaleras y, caminando por un pasillo, llegué a una habitación pintada de color verde claro.

—Es una habitación de invitados, por supuesto, pero el conde quería que estuviera perfectamente cómodo para asearse y prepararse —explicó Solange. Yo era incapaz de mirarla—. Antes de nada, puede lavarse. Quizá después se encuentre mejor —dijo mientras abría una puerta con paneles que daba al cuarto de baño.

Una criada joven y fornida estaba llenando la bañera y me lanzó una mirada de curiosidad por el rabillo del ojo mientras se arrodillaba para echar el agua humeante de un gran cubo de hojalata, con las manos húmedas y rojizas y los brazos temblorosos por el peso. Al entrar, alcancé a ver mi imagen reflejada en un espejo: tenía un aspecto aterrador, como un monstruo. La barba rala me había crecido a lo loco; los tirabuzones de la cara estaban crispados y me colgaban a los lados del mugriento rostro. Me quedé quieto, ligeramente encorvado, con la casaca negra llena de manchas y el calzón raído, temblando del cansancio, el frío y la vergüenza. Me dolían los músculos de la parte superior de la espalda. Solange se movía por el baño sin parar, como un pajarillo,

echando unas gotas de esencia de lila en la bañera, cogiendo una esponja limpia, un paño, una bata. La criada había desaparecido.

—Le dejaré solo —dijo Solange, que dobló una toalla limpia y la dejó en una silla.

—Gracias —susurré.

Con una leve sonrisa, salió del baño y cerró la puerta.

Me desvestí lo más deprisa que pude, dejé mi putrefacta ropa, mi *yarmulke* y mi chaleco protector con flecos en una pila en el suelo y me metí con cuidado en el agua ardiente de la bañera. Al mirar a la superficie empañada del viejo espejo moteado vi mi cuerpo, puro hueso y pellejo, blanco como la panza de una rana, y mis morenos genitales enmarcados por una llama de oscuro y sedoso vello púbico desaparecer bajo el agua. Detrás de mí, las paredes eran de seda india de un tono rosado oscuro con las molduras doradas, el tocador estaba pintado de rosa y los frascos de cristal de los estantes resplandecían con la fría luz. Me enjaboné el cabello y la barba y esculpí formas ridículas con el pelo blanco y tieso, adquiriendo el aspecto de un viejo loco. Me reí, ignorante de que no viviría para ver mi primera cana.

Salí del baño despidiendo un agradable olor y envuelto en la bata de lana. Solange me esperaba sentada en una elegante silla con la espalda muy erguida.

—Siéntese —me dijo con una voz musical y cantarina mientras me invitaba a ocupar su asiento. Con el corazón acelerado, me senté. Me había vuelto a poner el *yarmulke* después del baño, a pesar de que estaba sucio; los judíos teníamos prohibido llevar la cabeza descubierta. Mirándome en el espejito del tocador blanco, con la cabeza inclinada, Solange puso los dedos en el casquete.

—¿Me permite? —preguntó.

Asentí con una ligera inclinación de la cabeza. Solange me quitó el *yarmulke* y lo puso en la coqueta blanca. El gorrito marrón con forma de cúpula me observó con reproche. Todavía lo sentía en la cabeza, como si siguiera allí. Solange me pasó las afiladas uñas por el cabello húmedo, lo que hizo que un cosquilleo me recorriera la columna como un rayo.

—Un pelo maravilloso —murmuró.

En su mano brillaban unas pequeñas tijeras doradas. Con dos rápidos tijeretazos, hizo desaparecer los *peyos* de los lados de la cara. Los negros tirabuzones quedaron tirados en el reluciente tocador blanco. Me sentí desnudo, expuesto, vulnerable. Solange me cortó el pelo y me recortó los últimos mechones de alrededor de las pequeñas orejas enrojecidas. Después me enjabonó la barba y cogió una navaja de afeitar.

—Mi padre es barbero —dijo para tranquilizarme. Yo me dejé hacer, como en un sueño.

Más tarde, al mirarme al espejo con timidez y verme el delicado rostro, los ojos azules con sus largas y gruesas pestañas, las mejillas afeitadas y sonrojadas, la cabeza tan desnuda sin los *peyos*, mi aspecto afeminado me dejó asombrado.

Solange puso una librea en la cama: calzón azul turquesa y casaca a juego con botones de metal, un chaleco verde, medias blancas, una camisa de algodón blanca con una chorrera cosida al cuello. Después salió de la habitación. Me puse la ropa, recreándome en los fuertes tejidos, las resistentes costuras. El calzón me quedaba un poco ancho de

cintura, pero me valía. Solange llamó a la puerta con suavidad y abrió. Traía dos pares de zapatos con hebillas de plata.

—¡Menudo cambio! —exclamó—. Pruébese estos zapatos, a ver cuáles le quedan mejor. Este par es de mi marido, pero ahora trabaja en el palacete del campo y nunca se los pone.

Cuando se me secó el pelo, Solange me puso una peluca de crines de caballo bien peinadas. El pelo estaba empolvado con almidón blanco y recogido en una pequeña trenza en la parte de atrás. Me levanté con torpeza. Solange me examinó, inclinando la pulcra cabeza a un lado y a otro, con los codos apoyados en el ancho tontillo de su vestido de seda de rayas.

—Parece otra persona —afirmó con un placer sosegado.

—Con permiso, *madame* —me atreví a decir—, ¿qué ha de hacerse con mi ropa vieja?

—La lavaremos y podrá conservarla —contestó—. Si así lo desea.

—Me gustaría quemarla —añadí—. No hay nada que pueda limpiar esa ropa. El chaleco con los flecos y el... el gorrito de aquí son las únicas cosas que me gustaría conservar.

—De acuerdo —contestó Solange—. Ahora vamos a ver al conde.

El rechoncho conde se levantó de su silla de un brinco y se puso a aplaudir cuando me dieron paso a su estudio. Me invitó a acercarme, sacudiendo la cabeza sin poder dar crédito, y dio una vuelta a mi alrededor.

—Tiene un aspecto fantástico. Solange, sois un portento. ¿Os gusta vuestro uniforme, Jacob Cerf? —me preguntó.

—Mucho, *monsieur le comte* —contesté.

El conde frunció el entrecejo y miró a Solange.

—¿Qué vamos a hacer con el acento? Parece... ¿alemán, quizá? ¿Podemos decir que es alemán? ¿El *yiddish* no es parecido al alemán? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Muchas palabras son iguales —respondí—. Pero yo no hablo alemán de verdad.

—No tiene ninguna importancia. Aprenderéis alemán, francés, inglés, lo que queráis. Tenemos que pensar un nombre. ¿Qué os parece... Gebeck?

—¿Gebeck?

—Es nombre de comerciante. Descendéis de un antiguo linaje de panaderos. Resulta creíble. Me gusta Gebeck. Este es mi nuevo ayuda de cámara, Gebeck. Viene de... Tutzing. En Baviera. Nadie va a Tutzing. Es perfecto. Y yo estuve en Baviera hace unos meses. Puedo decir que os robé del palacio de Vieregg. ¿Sabéis leer francés?

—Solo un poco, *monsieur le comte*.

—Bueno, mañana empezaremos vuestras clases. Ahora id a ver a Le Jumeau. Él os enseñará a hacer vuestro trabajo.

Solange me dijo que Le Jumeau, el primer ayuda de cámara, se encontraba en la cocina. Entré en la gran habitación con olor a cebolla frita, llena de relucientes ollas de cobre colgadas del techo por medio de ganchos, y vi al cochero de labios oscuros que me había traído de la cárcel, mirándome con cara de pocos amigos desde una mesa baja en la que estaba sacando brillo a unos zapatos.

—Disculpe —dije—, estaba buscando a Le Jumeau.

–Ya le has encontrado –contestó el hombre.
 Me quedé mirándole con cara de tonto.
 –¿Vuestra merced es el ayuda de cámara?
 –Salvo que ya me hayas quitado el trabajo, sí.
 –Me han dicho que vuestra merced me daría algo que hacer.
 –Toma –dijo Le Jumeau poniéndose de pie–, saca brillo a estos zapatos.
 Me senté en el pequeño taburete que me ofreció y, al pasar junto a él, me fijé en que tenía las mejillas llenas de marcas de viruela. El cochero no tenía aquellas marcas.
 –¿Lo entiendes ya? –preguntó Le Jumeau apoyándose en el fogón.
 –Son gemelos –respondí.
 –De ahí mi nombre. Al señor le encanta rebautizar a la gente. ¿Tú cómo te llamas ahora?
 –Gebeck –contesté.
 –Muy bonito –dijo riéndose–. Entonces, Gebeck, ¿dónde vivías antes de que te arrestaran? Con tu madre, a juzgar por tu apariencia.
 –Vivía con la familia de mi esposa.
 –Casado ya... ¿Cuántos años tienes?
 –Casi dieciocho.
 –Pareces más joven. Pareces una niña. Entonces ¿dónde está tu mujer?
 –Con su... con su madre. Cuando el conde me sacó de la cárcel, hice un trato para dejar...
 –A tu mujer.
 –... mi vida anterior.
 –¿Y estás contento con el trato?
 –No lo sé –respondí.
 –Sí que lo sabes –afirmó él–. Estás encantado. ¿A quién no le encantaría quedar libre de lo que tenía antes?
 –A alguien que fuera feliz –me atreví a decir.
 –Sí, esa es la cuestión –dijo Le Jumeau mirando por la ventana con una actitud sorprendentemente reflexiva–. ¿Qué es preferible, la libertad o la felicidad?
 Justo en ese momento entró la cocinera, una mujer enérgica y de formas voluptuosas, y estiró el brazo para coger un diente de ajo de una ristra que colgaba del techo. Le Jumeau le puso una mano en el amplio trasero con deliberación y fue acariciando su curva lentamente. Ella le dio un golpe en la mano mientras se echaba a reír.
 –Hoy –dijo Le Jumeau–, la felicidad.

Iba a dormir en una pequeña cámara que daba al dormitorio del conde, para que, una vez que me hubieran enseñado el oficio, el señor pudiera llamarme a cualquier hora de la noche para que le desvistiera o le trajera lo que necesitara. La habitación era diminuta, pero cálida y sin humedad, y estaba amueblada con una cama, una silla y un mueble alto con cajones que ocupaba una pared entera. Tenía dos puertas: una daba directamente a los aposentos del conde y la otra, al pasillo.

A la mañana siguiente, la débil luz que entraba por mi diminuta ventana me despertó justo después del amanecer. Recé la oración de agradecimiento a Jashem y me incorporé. Lo primero que me vino a la cabeza fueron mis abluciones; tenía que lavarme las manos. Saqué de debajo de la cama la pequeña palangana con agua y la taza de hojalata que me había procurado con este fin y, justo cuando acababa de empezar el lavado ritual de las manos, levanté la vista y vi al conde en la puerta, en bata y gorro de dormir y con un pequeño cuaderno de piel roja en las manos.

—*Monsieur le comte!* —susurré.

—Buenos días, Gebeck —dijo alegremente, acercando una silla y sentándose—. Siento haberos asustado. Es que me fascinan vuestras costumbres, las costumbres de vuestro pueblo, y estaba deseando saber cuáles vais a mantener mientras estéis trabajando para mí.

Me recosté en mi estrecha cama, medio incorporado sobre un codo, y le miré con cara de tonto. El conde continuó:

—Algunas cosas ya las habéis dejado de hacer. Ayer llevasteis la cabeza descubierta. Aunque, claro, quizá considerasteis que la peluca ya la cubría...

Cambié de postura en la cama.

—Entonces —continuó—, decidme, por favor: ¿qué hacíais con el agua?

—Lavarme las manos —contesté mientras me echaba agua tres veces en una mano y tres en la otra.

—¿Por qué es tan urgente hacer eso?

—Durante la noche se puede posar sobre el cuerpo un poco de muerte o... espíritus impuros —expliqué—. Si uno se lava las manos, se los quita de todo el cuerpo.

El conde asintió con la cabeza, observando atentamente, y escribió algo en su cuaderno.

—¿Creéis que seríais capaz de abandonar esa práctica? —preguntó con sequedad.

—En la cárcel no me permitían tener una jarra de agua —contesté.

—Esto no es una cárcel —dijo el conde—. Si queréis continuar con vuestros rituales, vuestras supersticiones, es vuestra elección. Si decidís liberaros de todo eso, también es vuestra elección. Sois un hombre libre, Gebeck.

—Son costumbres difíciles de abandonar —dije. Las palabras salieron de mi boca como una horrible sucesión de patadas a la lengua francesa. El conde se estremeció.

—Disponéis de tiempo —contestó—. Ahora vestíos, traedme el desayuno y después empezaremos en la biblioteca. Tenéis muchísimo trabajo que hacer. ¿Qué es eso? —preguntó señalando el *tzitzit*, la prenda con flecos que siempre llevaba bajo la ropa, que colgaba del respaldo de mi silla.

—*Es mi prenda protectora.*

—¿Os la vais a poner debajo de la camisa?

—Sí.

El conde apuntó aquello en su cuadernito rojo.

—¿Y el gorro para taparos la cabeza?

—*Vuestra señoría tenía razón. Decidí que la peluca sería suficiente.*

El conde sonrió y asintió con la cabeza.

Empecé el día con Le Jumeau. Al entrar en la cocina, me lo encontré allí desayunando. La cocinera, Clothilde, tenía la ancha espalda vuelta hacia mí. El rígido tejido de la librea me hacía moverme de forma distinta, más erguido, con el cuello más estirado. Me picaban un poco las sienes por la peluca, pero por lo demás me encontraba muy a gusto.

—Así que no eres madrugador —dijo Le Jumeau levantando la vista hacia mí.

—Normalmente sí —dije. No quería contarle lo de la visita del conde. Era muy embarazoso.

—Por suerte para nosotros, el conde no suele despertarse hasta las diez.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—Tú haz lo que haga yo. Si me sigues y me observas durante unos días, te irás familiarizando con mis funciones.

Clothilde soltó una risotada.

—Pero ¿por qué el conde necesita dos ayudantes? —pregunté.

—En una gran casa es normal tener más de un ayuda de cámara —respondió Le Jumeau.

En ese momento sonó una campana con insistencia. Le Jumeau se levantó.

—Ya está despierto. Empieza el día.

Clothilde se puso a calentar agua inmediatamente. En unos instantes había preparado una bandeja de plata con una cafetera de porcelana, una taza, nata fresca, pan y un nido de huevos de codorniz moteados recién cocidos.

—Llévala tú —me ordenó Le Jumeau—. Sujétala así —me indicó mientras cogía la bandeja del desayuno con las dos manos y la sostenía con rigidez delante del pecho, con la espalda derecha y un gesto inexpresivo—. Tu cara tiene que parecer la de un muerto.

Cogí la pesada bandeja e intenté poner la misma expresión. Tanto Clothilde como Le Jumeau se echaron a reír a carcajadas.

—No te preocupes —dijo él—, ya te saldrá.

Seguí a Le Jumeau, andando con el mismo cuidado que un equilibrista y con pánico de volcar la delicada porcelana con borde dorado de la bandeja de plata. Después de subir pesadamente dos tramos de escaleras y recorrer varios pasillos, llegamos a la gran puerta con molduras doradas del dormitorio del conde. Le Jumeau llamó suavemente y la voz amortiguada del conde contestó. El ayuda de cámara abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar. Yo entré muy rígido, con la cara inerte. Lo único que moví fueron los ojos, que recorrieron la bandeja para asegurarse de que no se caía nada.

—Ponla en la cama —ordenó Le Jumeau en voz baja. Dejé la bandeja, que tenía un soporte parecido a un pequeño puente, sobre el regazo del conde.

—¿Qué tal va nuestro neófito? —preguntó el señor.

—Muy bien, monsieur le comte —contestó Le Jumeau—. Pronto estará listo para atender cualquier petición.

–Parece francés, ¿verdad? –dijo el conde, sonriéndome con sus miopes ojos saltones y con su fea cara joven arrugada por el sueño.

–Un auténtico galo –respondió Le Jumeau.

–De hecho parece más francés que yo, y eso que vengo de una de las casas más antiguas de Francia.

–Francés, francés, totalmente francés –canturreó el ayuda de cámara mientras corría las cortinas de seda.

–No hace falta excederse, Le Jumeau –dijo el conde al tiempo que rompía la cáscara de un huevo.

–¿Qué atuendo desea ponerse hoy vuestra señoría? –preguntó Le Jumeau juntando sonoramente los tacones y haciendo lo que me pareció una clara parodia de una postura militar.

–Mi traje de seda gris –contestó el conde–. Gebeck, seguidle de cerca. Pronto me vestiréis vos.

Le Jumeau guardó silencio, pero su animosidad era evidente. Yo, desde luego, no quería llevarme mal con el ayuda de cámara. Parecía peligroso.

–Vaya, ¡me acabo de dar cuenta de que no le he puesto un nombre de pila a Gebeck! –exclamó el conde.

–¿Ah, no? –dijo el ayuda de cámara, que puso un exquisito calzón de seda gris perla y unas medias rojo bermellón en el respaldo de una silla.

–¿Qué tal... Johann? ¡Johann Gebeck, de Baviera!

–Pensaba que vuestra señoría quería que pareciera francés –dijo Le Jumeau.

–El acento lo impide –le espetó el conde–. Hay alemanes morenos en el sur. Y tiene los ojos azules...

–Es verdad.

–Johann Gebeck, este es vuestro nuevo cumpleaños –anunció el conde–. Acordaos de la fecha, lo celebraremos el año que viene.

–¿Se bañará *monsieur le comte* esta mañana? –preguntó Le Jumeau.

–No, podéis vestirme –contestó el señor, limpiándose la ancha boca con una servilleta de lino. Le Jumeau llevó la bandeja a una mesita auxiliar. El conde se levantó, se quedó de pie junto a la cama y alzó los brazos. Le Jumeau le subió el camisón. No llevaba nada debajo. Era ancho de caderas, rechoncho y patizambo. Al volverse para meter las piernas en los calzoncillos que le sostenía su criado, me fijé en que tenía la espalda llena de cicatrices con forma de puntitos rojos.

–Ah, Gebeck –dijo el conde mientras Le Jumeau le subía la ropa interior de lino y se la sujetaba en la cintura.

–¿Sí, *monsieur le comte*?

–Si hay algún ritual que os sintáis obligado a practicar a lo largo del día, por insignificante que os parezca, avisadme, por favor.

La risita de Le Jumeau me estalló sobre la cabeza como un huevo crudo.

El teléfono sonó con crueldad en plena noche. Leslie sintió un intenso dolor en el ojo derecho al contestar.

–Soy Don –dijo una voz queda de complicidad al otro lado de la línea.

–¿Don?

El sonido de la voz de su suegro a esa hora de la noche significaba automáticamente una emergencia. Leslie se incorporó de inmediato.

–Voy para allá ahora mismo –dijo.

–No, no, hijo –susurró Don arrastrando las palabras–. No estamos en casa. Solo necesitamos... que vengas a buscarnos.

–¿Dónde estáis? –preguntó Leslie.

Fue conduciendo por la costa hasta el extremo este de la isla, donde estaban las mansiones. Miró a la playa. Cerca de la orilla, las olas tenían vetas fosforescentes. Las grandes casas se encontraban al borde de los acantilados. Leslie sonrió, pensando que Don por fin había encontrado la vía de acceso a la clase de gente que le gustaba. Se metió por una calle bordeada de setos perfectamente mantenidos.

Unas puertas de hierro se abrieron para dejar paso a la camioneta en cuanto llegó a la dirección que le había dado Don. La casa, situada al final de una entrada para coches, larga y circular, era enorme, tenía una fachada revestida de madera y sobresalía sobre el estrepitoso mar. Había luces encendidas en todas las ventanas. Leslie reconoció el Chrysler de Don aparcado fuera.

Llamó al timbre. La puerta se abrió inmediatamente. Un hombre de baja estatura, con una mata de pelo castaño rizado con tenacillas y vestido con lo que parecía un *blazer* azul de niño, miró a Leslie con un gesto de expectación.

–¡Buenas noches, caballero! –saludó.

–Estoy buscando a Don y a Libby Jenkins –dijo Leslie–. Me ha llamado Don y ha dicho que necesitaban que viniera a recogerlos.

–¿Eso ha dicho? –dijo con antipatía el hombre, más joven que él, mientras se apartaba para dejarle entrar. Leslie se fijó en que su anfitrión tenía la cara muy brillante. Su piel parecía de cera planchada. Tenía unos diminutos ojos oscuros con forma de media luna y una boca carnosa.

–Soy Ross Coe –dijo tendiéndole una mano de niño.

–Leslie Senzatimore –contestó Leslie. Ross Coe le resultaba verdaderamente inquietante–. ¿Dónde están Don y Libby?

–Están ahí abajo –dijo Ross.

Al seguirle por una escalera de caracol de madera, Leslie se fijó en que calzaba

mocasines de charol sin calcetines. Leslie se descubrió bajando de lado. Sus pies eran demasiado largos para aquellos escalones.

Don y Libby estaban sentados en silencio, rodeados por un grupo de gente que charlaba. Don llevaba su habitual jersey de cachemira rojo cereza y su pañuelo gris; tenía la alargada y cuadrada cabeza colorada y parecía más arrugado que de costumbre. Miró a Leslie con vergüenza, pero no hizo ademán de levantarse ni dijo nada. Libby, embutida dentro de un escotado vestido corto con estampado de leopardo, estaba sentada a su lado y tenía un vaso con un líquido verde sujeto con las palmas de las manos. Estaba mirando la bebida fijamente, como en busca de una respuesta. Ross Coe condujo a una mujer de avanzada edad, menuda y elegantemente vestida, a través de la habitación. Tenía un hermoso y abundante cabello castaño.

—Esta es mi mujer, Helga —la presentó Ross Coe haciendo un aparatoso gesto con su pequeña mano. Helga Coe tenía una sonrisa inmóvil en su arrugada cara y unos grandes dientes blancos.

—Bienvenido a nuestra casa —dijo la señora Coe con un acento que parecía alemán.

—Encantado —contestó Leslie, que a continuación se quedó en un extremo de la habitación, con los brazos colgando, esperando a que sus suegros se movieran. Sin embargo, ambos permanecieron sentados donde estaban.

—¿Estáis preparados para que nos vayamos, Don? —preguntó Leslie.

—Sí, sí —dijo Don, pero no se movió. Un hombre de sesenta y tantos años, menudo, delicado y con aspecto juvenil, vestido con una gorra blanca, pantalones vaqueros blancos y una camisa blanca bien planchada, salió de un brinco, de lo que parecía ser un baño, cantando: «Love is in the air...».

Ross Coe dejó escapar una risita aguda. Su reluciente cara de cera se contrajo, como empujada a un lado y a otro por la mano de un escultor, y sus ojos se volvieron todavía más pequeños, como dos ranuras. Era imposible saber la edad que tenía.

—Leslie Senzatimore —dijo Ross Coe—, este es Derbhan Nevsky.

Derbhan Nevsky se acercó a Leslie con paso ligero y, cogiéndole la mano entre sus rígidas palmas, se inclinó hacia delante, con lo que quedó todavía más empequeñecido.

—Encantado de conocerte —dijo Nevsky con una voz áspera. Leslie estaba intentando contener las ganas de tumbarse en el sofá. Estaba deseando irse a dormir. Se dio cuenta de que les sacaba casi treinta centímetros a todos los bichos raros de aquella habitación.

—Don, es tarde, tengo que levantarme pronto —dijo Leslie mirando el reloj. Las tres de la mañana. Ya podía olvidarse de dormir.

—Sí, sí, hijo —contestó Don con aire distraído. Tenía la cara pálida y la mirada perdida.

—Han bebido un poco del Hada Verde —le advirtió Ross Coe—. Es bastante fuerte. Siéntese un minuto.

Leslie vio que no iba a conseguir mover a Don y a Libby de aquel sofá en un buen rato. Lanzó un suspiro y se sentó en el resbaladizo cuero.

—¿A qué te dedicas, Leslie? —preguntó Derbhan Nevsky echando el cuerpo hacia delante con una sacudida. Era como si cada uno de sus movimientos estuviera provocado por una descarga eléctrica. Su ropa era blanca azulada y estaba lavada con blanqueador.

Hasta las zapatillas eran blancas. Bajo la gorra había un rostro bronceado, curtido, cómico.

–Reparación y acondicionamiento de barcos –contestó Leslie. Hubo una pausa.

–¡Senzatimore Marine! –estalló Nevsky levantándose del sofá y señalando a Leslie como si estuvieran jugando a las películas y hubiera adivinado una.

–Exacto –dijo Leslie con tono grave.

–Senzatimore Marine, acondicionamiento de barcos clásicos de primerísima calidad, el mejor del estado –recitó Nevsky dirigiéndose a Ross Coe para compartir la noticia. Leslie intentó sonreír–. ¡Ross! ¡Es tu hombre!

Ross Coe esbozó una tenue sonrisa y asintió con la cabeza mientras se sentaba ante un reluciente piano de cola.

–Debe de ser un buen negocio –dijo Nevsky, que de nuevo se volvió rápidamente hacia Leslie.

–Los hay peores –contestó él.

–Seguramente ayuda tener a Don de suegro –añadió Nevsky con una risita.

–¿Y eso? –preguntó Leslie mirando a Don, que le dirigió una sonrisa forzada. Ross Coe empezó a tocar.

–Rosco es un genio –declaró Nevsky. Leslie se fijó en que Libby estaba parpadeando sin parar.

–¿Qué es el Hada Verde? –preguntó Leslie.

–Es absenta, una bebida alcohólica hecha con hierbas –contestó Nevsky–. Se pondrán bien. El padre de Rosco tenía un negocio de barcos. Coe Frigates. Ganó muchísimo dinero en los ochenta. Mandó a Rosco a estudiar a Brown. Yo trabajo en el mundo del espectáculo.

–¿Ah, sí? –dijo Leslie.

–Represento a actores. Antes estaba en la costa oeste, pero ya no –continuó mientras chasqueaba los dedos de ambas manos–. Me metí demasiada caña. Tenía todo lo que podía desear, en aquellos tiempos. Me pasé de la raya. Ahora estoy resurgiendo de mis cenizas. Trabajo en Nueva York. Rosco tiene obsesión por los barcos. –Dio otro chasquido–. Deberías intimar con él.

Leslie echó una mirada a Ross Coe, que estaba tocando la compleja pieza con soltura, balanceándose a un lado y a otro al ritmo de la música con su cerosa cara brillante. Su anciana mujer estaba de pie detrás de él, con una sonrisa amable de dientes enfundados, leyendo la partitura y pasándole las hojas cuando era necesario.

De camino a casa, Don y Libby guardaron silencio.

–¿De qué iba todo eso? –preguntó Leslie mientras miraba el refulgente amanecer, un rojo color marrasquino que se iba extendiendo por el cielo como por un trozo de papel de cocina.

–Ese joven... –dijo Don.

–Ross Coe –apuntó Leslie.

–Sí. Ese joven es una de las personas más ricas del estado –dijo Don–. Le hemos conocido en el restaurante mexicano de Patchogue.

Hubo una pausa mientras Leslie pensaba en el restaurante.

–¿En Ranchero's?

–Sí.

–Si yo fuera una de las personas más ricas del estado, no iría a cenar a Ranchero's.

–A él y a su mujer les gusta ir allí a conocer gente –explicó Don con cierto misterio. Leslie asintió–. Son gente sociable a la que le gusta el trato con los demás –añadió Don, como si con eso respondiera.

–Trato..., trata..., treta... –balbució Libby desde el asiento trasero.

–Así que os habéis tratado un poco en Ranchero's y luego os habéis ido con ellos a su casa –dijo Leslie.

–A tomar una copa –contestó Don.

–En plural –añadió Libby.

–Me ha entrado un dolor de cabeza espantoso –dijo Don–. Ya sabes que soy migrañoso.

Libby empezó a desternillarse. Era una risa floja, sibilante. Estaba como una cuba.

–Total, que habéis hecho nuevos amigos –dijo Leslie.

–Esa gente podría ser de gran interés –dijo Don–. Tienen acceso a opciones de riesgo mínimo. De inversiones fiables.

–Inversiones –repitió Leslie, disimulando su preocupación.

–Inversiones acertadas –añadió Don–. Estamos hablando de gente culta.

Leslie asintió con la cabeza.

–No como yo, claro –respondió sin acritud.

–Es otra esfera, Leslie –dijo Don.

–Anda, corta el rollo –gruñó Libby.

Para cuando Leslie dejó a Don y a Libby en la celda para padres, eran casi las cinco. Deirdre estaba sentada en la cama cuando entró en el dormitorio.

–¿Qué narices han hecho esta vez?

–Dios mío –dijo Leslie.

–Cuéntamelo.

–Les ha liado una pareja de desconocidos, un tipo bajito con mucho dinero con una cara que no sé ni cómo describirte, como... gomosa, que toca el piano, y su mujer alemana, que debe de tener como setenta años.

–¿Dónde los han conocido...?

–En Ranchero's.

–¿De verdad?

–El tipo ese, Coe, de Coe Frigates, tiene una casa en East Hampton. Y lo peor de todo es que creo que Don les está haciendo creer que está forrado. Estoy demasiado agotado para hablar del tema. Ah, y a tu padre le está empezando una migraña.

–¿Por qué mis padres tienen que vivir justo a nuestro lado? –preguntó Deirdre–. ¿Por qué no podemos alquilarles una casa en otro sitio? No sé, ¿en Arizona, por ejemplo?

–¿Podemos hablarlo por la mañana, por favor? –Leslie se tumbó–. Solo tengo dos horas.

La idea de instalar a sus padres en la casa de al lado se le había ocurrido a Leslie, cinco años antes, cuando él y Deirdre fueron a visitarlos a su casa de piedra del siglo XVIII en Connecticut y les quedó muy claro que Don y Libby eran incapaces de vivir con el subsidio de la seguridad social de Don. Libby estaba trabajando de camarera inepta en un restaurante de carretera en la autopista número 7, un triste y pequeño establecimiento encajonado entre un McDonald's y un Wendy's. A Don le habían pillado sacando gasolina del tractor de un vecino con un sifón. Aun así, se empeñaba en coger el autobús una vez al mes e ir a Manhattan vestido con el esmoquin de su boda para asistir a un concierto en el Carnegie Hall. Daba igual lo que tocaran, simplemente tenía que estar allí. Leslie volvió a casa deprimido después de aquella visita. Al cabo de tres días de darle vueltas al asunto, propuso comprar la casa de al lado para sus suegros. No se dio cuenta de que iban a convertirse en sus hijos.

Leslie apagó la luz, se quedó tumbado boca arriba e intentó dejar la mente en blanco para poder dormir un poco. Estaba agotado, pero el corazón le latía a toda velocidad, como si hubiera subido un tramo de escaleras corriendo. Acalorado por el edredón, sacó su enorme pierna de debajo y esperó. Deirdre cambió de postura sin hacer ruido. Tenía apretado el protector bucal con fuerza.

Mientras esperaba a quedar inconsciente, a Leslie se le metió en la cabeza una idea muy desagradable. Había quedado fatal en casa de los Coe. Se sentía vagamente avergonzado, pero ¿de qué? Repasó la visita en su cabeza, pero no encontró nada inapropiado en su comportamiento. Si acaso, Don y Libby se habían puesto en ridículo a sí mismos. Quizá fuera eso. ¿Se avergonzaba por ellos? Y sin embargo aquella sensación era personal. También había un componente de miedo. ¿Por qué? ¿Qué daño podían hacerle aquellos excéntricos? No tenía por qué volver a verlos nunca más. Se resignó a no dormir, se levantó y entró en el baño.

Mientras se duchaba, Leslie se concentró en el día que tenía por delante. Empezaría puliendo los arañazos del parabrisas del Lyman de 1968. Si eso no funcionaba, iban a tener que encargar un nuevo parabrisas; no había otra forma de arreglarlo. Le encantaba trabajar en los barcos antiguos. Mandaría a los chicos a hacer los trabajos para los que hubiera que desplazarse; estaba demasiado cansado para pasarse el día conduciendo. Eso sí, en algún momento tendría que llevar a Don a casa de los Coe a recoger su coche. Quizá le dejaría eso a Deirdre. Pensando en su trabajo, enjabonándose el cuerpo, Leslie se limpió la mente a la vez que la piel. Para cuando terminó de secarse, estaba silbando.

En ese momento Derbhan Nevsky estaba desayunando, con sesenta años recién cumplidos y vestido con unos vaqueros blancos planchados por su madre y actual compañera de piso, Silvia, una camisa blanca lavada con blanqueador –también planchada por la octogenaria– y zapatillas blancas pasadas por la secadora. Parecía Mr. Proper, solo que sin los músculos y sin el pendiente en la oreja. Estaba resplandeciente gracias a su nueva abstinencia, su determinación y los restos de un bronceado de la costa oeste. Por mucho que hubiera querido llegar a lo más alto cuando era joven, aquella ambición no era nada comparada con el empeño en volver a ascender que tenía ahora que era viejo y había caído de la cima. Estaba dando sorbos a un café solo con azúcar, el primero de los doce que se tomaba al día. En ese momento entró Silvia, una figura pulcra con pantalones lilas de cintura elástica y blusa a juego, con el periódico en la mano. Se sirvió un café y a continuación echó unos Frosties en la taza de porcelana. Encendió un cigarrillo.

–¿Qué planes tienes hoy? –preguntó mientras metía la cucharilla en el café y se llevaba unos cereales empapados a la boca.

–Voy a ir a ver a Bridget –contestó Nevsky con su forma de hablar rápida y entrecortada.

–¿Quién es Bridget?

–Bridget Mooney, ¿te acuerdas? Estuve viviendo con ella. Antes de irme a Los Ángeles.

–Ah, la grandota.

–No era tan grande –puntualizó él–. Tenía curvas.

–No era eso lo que decías entonces.

–Entonces era un idiota.

–Qué me vas a contar...

–Bueno –dijo Nevsky, que se levantó para marcharse, poniéndose de pie de un salto como si acabara de recordar que tenía que coger un avión.

–¿Y ahora os vais a casar o qué? Debe de tener sesenta años –dijo Silvia, dirigiendo su rostro maquillado hacia él y levantando un poco las cejas perfiladas con lápiz–. Igual que tú.

–Nada de eso. Es una vieja amiga. Ahora da clases en Far Rockaway.

–Qué casualidad, los dos habéis acabado en Queens.

–Voy a ir a ver su clase. Estoy buscando a la próxima gran estrella –dijo Nevsky acercándose a su madre de un brinco y dándole un beso en la mejilla.

Silvia se lo quitó de encima riéndose entre dientes.

—Vale, vale —dijo—. Oye, ¿me das veinte dólares, anda? Me queda muy poco efectivo.

Nevsky sacó un billete del fajo que llevaba en el bolsillo. Sabía perfectamente que su madre tenía más dinero que él; lo que pasaba es que odiaba gastárselo. Silvia, que ahora tenía más de ochenta años, había recibido a su intenso hijo en su casa dos semanas antes, con la resignación de alguien que también sabía lo que era tener una adicción, le había dicho que tenía la cena en el horno y se había ido en autobús a Atlantic City a jugar a las máquinas tragaperras hasta el amanecer, para regresar a la mañana siguiente, callada y taciturna, después de haber perdido otro pellizco del dinero del seguro de vida de su marido de veinticinco centavos en veinticinco centavos. Silvia contaba con morir en cualquier momento. Si no se moría, advirtió a Derbhan, él tendría que mantenerla completamente. No tenía el más mínimo interés en reformarse. Su adicción le proporcionaba un colocón espiritual, una sensación de esperanza absoluta y fascinante que desafiaba a cualquier fanático religioso a que igualara. Silvia era una fatalista de los pies a la cabeza. Su frase preferida era «Si has nacido para morir ahorcado, nunca morirás ahogado». De ahí su consumo incesante de cigarrillos extra largos Benson & Hedges, sus desayunos a base de café solo con Frosties y su absoluta devoción por las máquinas tragaperras. Simplemente no creía en la libertad de elección. Pensaba que era una auténtica tontería. Aquello hacía de Silvia Nevsky una persona muy relajada.

Derbhan fue caminando animadamente por la acera con su ropa blanca reluciente, chasqueando los dedos mientras se abría camino entre los transeúntes, estudiando las caras de la gente. En algún lugar habría una chica. Tenía que empezar con una chica, un rostro, una sorpresa. Algo de lo que partir. Le acababan de hablar de una nueva serie de películas; le había pasado el dato un antiguo amigo, un agente de *casting*. Querían a una desconocida. Alguien extraordinario. Derbhan tenía que encontrar unas cuantas chicas. También chicos, pero se le daban mejor las chicas. Bajó corriendo las escaleras del metro de Woodside, sintiéndose exultante y lleno de vitalidad.

Había tardado un tiempo en localizar a Bridget Mooney. Su escuela de interpretación de Manhattan ya no aparecía en la guía telefónica, y Nevsky no había mantenido el contacto con ninguno de sus amigos comunes. No fue hasta que se encontró con el hijo de Bridget, Gavin, en la cola de una farmacia, cuando le llegó su golpe de suerte.

Gavin rondaba los treinta y cinco, era corpulento y de apariencia descuidada, y llevaba unos pantalones llenos de manchas de arcilla y una camiseta apestosa que Derbhan, un maniático de la limpieza, había olido antes de reconocer al joven de perfil. Aunque no le había visto desde que era un adolescente, aquella cara de bulldog era inolvidable.

—¡Gavin! —exclamó Derbhan con su áspera voz juvenil. Gavin se volvió con una mirada de enfado, esperando algo malo—. Soy Derbhan Nevsky.

—Vaya —dijo Gavin mirándole de arriba abajo—, has vuelto.

—He resurgido de mis cenizas.

—Y que lo digas.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Derbhan.

—Tuvo un ictus cerebral —contestó Gavin con aire meditabundo.

—¡No me digas! No lo sabía —dijo Derbhan.

–Está bien, sigue dando clases.
–He buscado su escuela, pero estaba...
–Esa la dejé. Era demasiado. Ahora da clases en Far Rockaway. Se compró la casa de al lado de la nuestra.
–¿Estás casado?
–Con dos niñas –respondió Gavin sin ninguna alegría.
–Y..., a ver si lo adivino, eres... ¿escultor?
–Alfarero.
–Vaya. Alfarero. Dame el número de tu madre, la llamaré –dijo Derbhan, que mientras hablaba iba pasando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra. Gavin lo notó–. Estoy limpio, por cierto –añadió Derbhan, sonriendo con vergüenza.
–No es asunto mío –contestó Gavin. Abrió su teléfono y leyó el número de Bridget tan rápido que Nevsky apenas tuvo tiempo de meterlo en su teléfono.
–A ver, te lo repito –dijo Derbhan, que a continuación le recitó el número.
–Sí, está bien –confirmó Gavin sin comprobarlo.
Después de recoger sus medicamentos, Gavin le dirigió un pequeño saludo arrogante y salió de la farmacia mirando al suelo.

Derbhan Nevsky cogió el tren 7 a Times Square, caminó hasta la estación de autobuses Port Authority y se subió en el A hacia Far Rockaway. Miró fijamente el periódico mientras chasqueaba los dedos, con una sensación de bienestar y excitación en el estómago. Le inquietaba un poco volver a ver a Bridget después del ictus –¿y si tenía la mitad de la cara colgando, como ropa interior mojada tendida en una cuerda?–, pero aun así tenía muchas ganas de ver a su vieja amiga. Además, quizá tuviera alumnos interesantes. En el pasado siempre los había tenido. Aunque claro, quizá ahora solo estuviera aferrándose a la idea de dar clases; quizá su escuela estaría llena de fracasados o, peor aún, prácticamente vacía, una triste sombra de los días en que formaba a los jóvenes actores más prometedores de Nueva York.

Tuvo que andar desde la estación. Había nieve sucia en la acera, pero el sol daba una pizca de calor por primera vez en las dos duras semanas de frío que habían pasado desde que había vuelto de California. Nevsky respiró hondo y fue deambulando por las calles de aquel barrio residencial. Se fijó en que la zona estaba llena de judíos de los de verdad: hombres con sombreros negros y flecos asomando bajo los chalecos, subiéndose a monovolúmenes o caminando deprisa por la acera mirando al suelo; mujeres con redecillas en el pelo empujando cochecitos de niño. Entonces, de repente, empezaron a verse artistas, con su inconfundible ropa mugrienta y pinta de no tener trabajo, doblando esquinas, merodeando por las cafeterías, circulando en bicicleta. También encontró un pequeño barrio caribeño, donde el olor a plátano frito flotaba tentadoramente por el aire.

Después de preguntar a varias personas y perderse por completo, Derbhan llegó a la Escuela de Interpretación Bridget Mooney, instalada en un local que daba a la calle, debajo de una tienda de alquiler de esmóquines. Abrió la puerta de cristal y, de buenas a primeras, se topó con un bellezón. Estaba ordenando unos papeles en el mostrador.

Tenía el pelo brillante, casi negro. Sus ojos, que vio cuando la joven levantó la vista hacia él, parecían de color morado oscuro.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó la chica.

—Estoy buscando a Bridget Mooney —dijo Derbhan—. Soy un viejo amigo suyo.

—Bridget volverá enseguida —contestó la joven—. Ha salido.

«Esta necesitaría clases de dicción», pensó Nevsky.

—Ah, qué bien que pueda moverse —dijo mientras intentaba echar una mirada disimulada al cuerpo de la chica, que llevaba bien tapado con una camisa de cuadros con botones en los picos del cuello y, como pudo ver cuando se puso de pie, una falda larga negra. La joven parecía intranquila. Atravesó la recepción hasta un armario archivador y, al pasar por delante de la puerta de cristal, la abrió ligeramente, a pesar del frío que hacía fuera—. He oído que tuvo un ictus —añadió Derbhan.

La joven no contestó y siguió a lo suyo, como si él no estuviera. En ese momento entró otra chica por la puerta de cristal. Llevaba puestos unos patines en línea y tenía cuerpo de atleta, con las piernas cortas y fuertes. Tenía la cara enrojecida del frío.

—Hola, Ellie —dijo el bellezón.

—No me he apuntado a la noche de escenas —explicó la chica de los patines, que cogió un lápiz de un portalápices que había en el mostrador y atravesó la recepción patinando hasta una pared en la que colgaba una lista de nombres pegada con celo.

—Aún hay sitio —aseguró la joven morena señalando la lista con un gesto lánguido de la mano.

—Así que vas a hacer *Orfeo* —comentó Ellie.

—Sí —contestó la chica.

—Muy bien, te veo esta noche —se despidió la patinadora, que abrió la puerta y salió a la calle deslizándose. El bellezón dejó la puerta entreabierta, volvió al mostrador, sacó un ejemplar de *Orfeo* descende y se puso a leer con la mejilla apoyada en el puño. Derbhan Nevsky se quedó sentado durante al menos cinco minutos con las manos entre las rodillas, que no dejaba de mover. El frío que entraba por la puerta abierta estaba empezando a molestarle.

—¿Te importa si cierro esa puerta? —preguntó. La chica vaciló—. He estado ocho años viviendo en California. Ya no estoy acostumbrado al frío —explicó.

La chica le miró, impasible. Nevsky se levantó y cerró la puerta.

—¿De dónde eres exactamente? —preguntó.

—Farrackaway —dijo ella, pronunciándolo como si fuera una sola palabra.

—¿Eres alumna de Bridget?

—Ajá —contestó.

—Yo soy un viejo amigo suyo. Derbhan Nevsky.

—Masha —contestó ella.

Nevsky le tendió la mano, pero ella se limitó a mirarla.

—Encantada —dijo, pero no le estrechó la mano. Al final Nevsky volvió a sentarse. La chica sonrió con incomodidad y después volvió a su lectura. Nevsky se sobresaltó al oír la puerta. Levantó la vista y se encontró con una versión sexagenaria de la voluptuosa y

mordaz Bridget Mooney, que en ese momento atravesaba el umbral cojeando.

—Bridge —dijo Nevsky poniéndose de pie. Al principio Bridget no le reconoció. Pegó la barbilla al cuello y le miró con los ojos entornados.

—David —dijo.

—Derbhan, pero sí.

—Has vuelto.

—Y tanto que he vuelto.

—¿Cómo me has encontrado?

—Me encontré con Gavin. Me dio tu teléfono, pero debí de apuntarlo mal, así que simplemente te busqué. Dijo que estabas en Far Rockaway.

—Estoy impresionada. Ven a la parte de atrás —dijo con voz melosa. Derbhan la siguió mientras echaba una última mirada a Masha, que estaba estudiando su texto.

—Estoy empezando de nuevo, Bridge —dijo Nevsky cuando estuvo sentado en el borde de una silla. Le temblaba una pierna.

—¿Entonces estás bien?

—Limpio, sobrio, preparado —contestó.

—¿Dónde estás viviendo?

—Por ahora en Queens.

—Me alegro de verte. Siento estar hecha un adefesio —dijo levantando su mano con forma de garra—. Tuve un pequeño cortocircuito en el cerebro.

—Estás estupenda —dijo Nevsky—. Pensaba que estarías toda arrugada.

—Gracias.

—Bridge, necesito que me ayudes a encontrar algunas chicas. Quizá también un chico. Voy a volver a representar a actores. Sabes que soy el mejor, solamente necesito un descanso.

Bridget le miró con recelo, con los labios bien pegados.

—Está bien —dijo Derbhan. Tenía la voz ronca, como si hubiera estado gritando, aunque no lo había hecho—. Solamente déjame venir a ver algo..., una noche de representación de escenas. Lo que sea. Deja que te conquiste. Que los conquiste a ellos. Si es que tienes a alguien. ¿Sí? ¿Tienes a alguien? La del mostrador es impresionante, pero es un poco rara. No ha querido darme la mano.

—Es judía ortodoxa. No tiene permitido tocar a hombres desconocidos.

—¿Cómo va a ser actriz si no puede tocar a hombres desconocidos?

—Es un proceso. Lo de esa chica es una larga historia.

—¿Sabes a quién me recuerda? A Judy Garland de joven, pero más sexy...

—Yo también he pensado en Judy Garland —dijo Bridget—. Pero oye, David... No te ofendas, pero apareces aquí de repente, lo último que supe de ti fue que estabas... De todas formas, los chicos no están preparados, la mayoría no lo está. Para salir al mundo. Solo hace seis meses que abrí. Unos cuantos se vinieron conmigo de la antigua escuela, algunos ya están trabajando, pero el resto son totalmente nuevos. Todavía no voy a invitar a venir a ningún agente. No es solamente a ti.

—¡Así que los dos estamos resurgiendo de nuestras cenizas! ¿Y si vengo como amigo?

¡Simplemente como amigo! Para ver qué cosas estás haciendo. De todas formas quiero que recuperemos el contacto. Te he echado de menos.

Eso era cierto. Había echado de menos a Bridget Mooney.

—Vale, vale, está bien —dijo ella con una risita—. Vuelve dentro de dos semanas.

—¿Puedo invitarte a cenar esta noche?

—No hace falta —dijo Bridget preguntándose si Nevsky estaría lo suficientemente bien incluso para una simple cena—. La verdad es que después de clase estoy agotada.

—¿A comer mañana? —preguntó.

—Calma. Ahora vives aquí, ¿no? Tenemos todo el tiempo del mundo.

Derbhan Nevsky había tenido una relación con Bridget Mooney a finales de los años setenta, cuando él todavía estaba trepando por encima de un montón de ayudantes para llegar a ser agente en la American Artists Agency y Bridget era una joven ingenua con un aire a lo Mae West. La verdad de la situación es que a Bridget le costaba encontrar trabajo por su físico de los años cincuenta. Ella era toda caderas, tetas y labios; la mujer ideal había perdido unos diez kilos en los últimos quince años y Bridget había entrado en la vida adulta demasiado tarde: por mucho que se matara de hambre, ella no podía alcanzar la delgadez de Ali MacGraw. Demasiado corpulenta para los papeles serios, demasiado guapa para los papeles cómicos, tenía que conformarse con interpretar una y otra vez el papel de la vecina de al lado. Simplemente nadie quería contratarla para hacer la clase de trabajo en el que habría estado maravillosa.

Derbhan y Bridget vivieron la mayor parte del tiempo en casa de ella, un apartamento alargado en Great Jones Street. El nombre de Derbhan era David, pero una tarde de viernes, sentado en la escalera de incendios de Bridget hasta las cejas de ácido, había llegado a la conclusión de que el verdadero nombre de su alma era Derbhan. Su yo interior, un joven exactamente igual que él, solo que con unos enormes ojos amarillos y una camisa de seda lila, subió por la escalera de incendios y le dijo que jamás desarrollaría plenamente su verdadero potencial si no se cambiaba el nombre por el de Derbhan. Hasta se lo deletreó y todo. El apellido podía mantenerlo, le dijo su yo interior. Incluso en plena alucinación, la ambición pragmática de Nevsky seguía en funcionamiento, como el motor al ralentí de un coche preparado para una fuga: quería un nombre que nadie pudiera olvidar. Pensaba convertirse en una leyenda. Es cierto que tenía ojo para reconocer el talento; sería él quien acabaría descubriendo a Jane Stamp, Hal Maynard, Rosalind Jones... Tenía un don para saber qué clase de persona estaba de moda, quién le resultaría atractiva al público. Una vez que empezaba a representar a un cliente, lo mataba a trabajar: los llevaba a fiestas y a actos benéficos, los preparaba para el estrellato, los ponía a dieta, les arreglaba los dientes, les ponía extensiones en el pelo, hacía su pasado más o menos interesante con la ayuda de distintos agentes de publicidad de la ciudad. Pero todo eso fue después de que él y Bridget rompieran. En realidad solo estuvieron juntos seis meses de desesperación, cuando ninguno de los dos había conseguido alcanzar el éxito y lo único que tenían para consolarse eran el uno al otro y alguna que otra botella de burbon Wild Turkey. Pero una vez que David Nevsky se

convirtió en Derbhan Nevsky, su suerte cambió: en menos de un mes le ascendieron al puesto de agente. Como es natural, Bridget le presionó para que fuera su representante. Derbhan, a su vez, la presionó tanto para que adelgazara, obligándola a almorzar rábanos y requesón, cenar ternera hervida con ensalada y desayunar cereales Weetabix con zumo de manzana, que el hambre la volvió agresiva. Sus ataques de ira llegaron a su punto culminante el día que le rompió el plato de su lamentable almuerzo en la cabeza a Nevsky y machacó los trozos en la alfombra con su zapato de plataforma. Derbhan se fue, con el pelo lleno de requesón, y le dijo que él no representaba a actrices gordas. Estaba enfadado, pero no resentido; sabía que Bridget era una chica estupenda, ella no tenía la culpa de tener curvas. Bridget estaba dolida, pero se dio cuenta de que de todas formas la relación no tenía futuro, y en realidad lo único que quería hacer ella era dar clases y comer lo que quisiera. De modo que siguieron siendo amigos, quedando para comer de vez en cuando, mientras Derbhan ascendía por el escalafón de la agencia y Bridget estudiaba para ser profesora de interpretación. Siguieron llamándose regularmente mientras Bridget estuvo casada, cuando nació su hijo, cuando poco después se divorció y hasta que Derbhan se trasladó a Los Ángeles a principios de los ochenta, cuando perdieron el contacto. Bridget oyó y leyó cosas a lo largo de los años, claro. Vio el artículo sobre Derbhan en la revista *Time*, en el que fue proclamado uno de los jóvenes agentes más exitosos de Hollywood, y también el del *Daily News* que describió su triste despido de la agencia que había ayudado a levantar. El consejo de administración simplemente le había echado a la calle, si bien es cierto que tenían buenos motivos: su consumo de cocaína le hacía adoptar comportamientos que no eran en absoluto normales prácticamente a todas horas, sus clientes le estaban dejando en masa, él se negaba a reconocer que tenía un problema, dejó de dormir y se pasaba las noches enteras haciendo llamadas innecesarias como un loco a productores que se encontraran en la zona del mundo que en ese momento estuviera despierta. Se dedicaba a despotricar en nombre de sus clientes que estaban rodando en Praga o en Australia y a pedir cosas disparatadas, solo para no tener que volver a su casa vacía, sufrir el bajón de después de un viaje y sentirse tan desgraciado como para suicidarse. Se quedaba sentado en la oficina, con los pies encima de la mesa, el nudo de la corbata deshecho y torcido, comiendo bombones de chocolate con mantequilla de cacahuete Reese's y llamando a los productores de las películas de sus clientes igual que cuando era un niño muerto de aburrimiento en Queens gastaba bromas telefónicas y les decía a las mujeres que ya podían pasar a recoger sus fajas. «La señorita Gory necesita una orquídea nueva. En una maceta. Todas las mañanas. Sí, una orquídea fresca. Y un plato de mango maduro. Por cierto, nunca uses la palabra *preparada* cuando te dirijas a ella. Dile: “¿Te parece bien venir al plató?”. Nunca digas “preparada”. Te lo estoy avisando...».

Se quedó despierto en su despacho durante tres ciclos de veinticuatro horas, afeitándose y cambiándose de camisa por las mañanas para que nadie sospechara, cosa que sin duda hicieron, hasta que la agencia intervino. Seis agentes, acompañados por dos terapeutas especializados en drogadicción y por el propio psicólogo de Derbhan, se abalanzaron sobre él un jueves por la mañana y le dijeron que tenía que tomarse un

descanso. Alguien que no le tenía mucho aprecio debió de llamar a los medios, ya que había una fila de fotógrafos esperando cuando le acompañaron al asiento trasero de un Subaru perteneciente a la clínica de desintoxicación en la que la agencia ya había organizado su ingreso. Su caída en desgracia quedó documentada en todos los principales periódicos de Estados Unidos, y a continuación fue distribuida a todo el mundo. Bridget Mooney leyó la noticia de la humillación de Derbhan mientras se tomaba el café del desayuno, con sus hermosas uñas emitiendo destellos con la luz de la mañana y sus ojos verdes entornados por el dolor por un hombre al que una vez había querido, pero por el que ahora solo sentía lástima.

Aunque el Subaru le llevó a una enorme y tranquila mansión de estilo provenzal francés frecuentada por amas de casa adineradas que intentaban desengancharse de los barbitúricos y, por supuesto, famosos, a varios de los cuales había representado Derbhan, su estancia allí no tuvo el efecto deseado, ya que, además de una adicción, Nevsky también estaba teniendo una crisis psicológica que ninguno de los expertos pareció detectar, de lo concentrados que estaban en desengancharle de las drogas. El hecho de que se pasara gran parte del día atrincherado en su habitación, cuando no estaba en las sesiones de terapia de grupo, les pareció problemático, pero no psicótico. Le dieron el alta al cabo de tres meses. De modo que Derbhan dejó la clínica Waynsedale limpio pero chiflado. Regresó a su casa palaciega en Beverly Hills y aguantó setenta y dos horas sobrio, sin amigos y convencido de que sus vecinos habían decidido compincharse, atarle y degollarle como a un cerdo. Entonces, al cuarto día, se rindió, llamó a su antiguo camello, compró un pequeño Kilimanjaro de cocaína, lo dejó en la mesita del salón y se alimentó de eso durante un mes. Sus ahorros ya estaban bastante menguados por su costoso hábito, sus repentinas escapadas a Europa con mujeres jovencísimas a las que pretendía impresionar y sus leales aportaciones para sufragar la ludopatía de su madre en Queens, que habían hecho estragos en sus finanzas. En resumidas cuentas, Derbhan estaba arruinado. Tuvo que vaciar su piscina, vender su casa, soltar a sus pájaros, despedir a su asistente y mudarse a un centro de rehabilitación, donde prometió no consumir drogas a cambio de un techo y una cama y del privilegio de no vivir en la calle o volver a casa de su madre. Al final superó su adicción y su cabeza se calmó, pero, con sesenta años, tuvo que irse a vivir con Silvia Nevsky, la única constante en su vida. Habría sido deprimente si en esos días Nevsky no se hubiera sentido tan eufórico. Reencontrarse con Bridget Mooney le había dado una sensación de continuidad, seguridad, esperanza. Aun estando lisiada, aquella mujer era sólida como un roble. Y él, emitiendo destellos y susurros en ese viento impredecible que era su destino, sería su follaje.

–No te preocupes, ya voy andando yo desde aquí –dijo Masha plantando los pies en la acera a unos cincuenta metros de la puerta de su casa–. Necesito pensar un poco.

–¿En mí? –preguntó Eli, que la miró desde debajo del ala de su sombrero de fieltro negro.

–Puede –contestó ella, esbozando una sonrisa.

–A mis padres..., a mis padres les preocupas un poco –dijo Eli.

–¿Sí? ¿Y eso?

–Creen que..., no sé, igual creen que eres demasiado guapa o algo así. Aunque para mí no es un problema.

–¿No?

–No –dijo Eli mirándola a los ojos.

–Gracias por la comida, Eli. Me lo he pasado muy bien –añadió Masha.

–Siempre lo pasamos bien –contestó él–. Te llamo mañana.

–Hasta luego –dijo Masha.

–Hasta luego.

Eli se volvió y echó a andar, sin levantar la vista de sus zapatos. Se dio la vuelta una vez para mirarla, con las manos en los bolsillos y el sombrero negro muy atrás en la cabeza. A continuación dobló una esquina y desapareció. Había llegado el momento, pensó Masha. O se casaba con él o no volvía a verle nunca más. Él ya había tomado una decisión, se notaba.

Caminó hasta su puerta, pero no fue capaz de entrar, a pesar del frío que hacía fuera. Necesitaba pensar. En realidad tenía que ir a casa a ayudar con los preparativos del sabbat, pero se descubrió echando a andar frente a la casa, manzana abajo, por delante de la sinagoga y hasta la estación del tren, con su demonio escondido bajo una trabilla del cinturón. Nunca había cogido el tren sola. Con aire distraído, dio unos cuantos pasos y se paró en el andén al aire libre.

Solo había dos personas esperando el tren: una señora con una parka larga de plumas y un hombre con traje y abrigo que estaba leyendo el periódico. La señora parecía venir del trabajo. Masha se preguntó a qué se dedicaría. Llegó el tren. Las puertas se abrieron y la señora se subió. Masha la siguió y se sentó a su lado. La señora tardó unos minutos en ponerse cómoda en el asiento de la ventanilla. Se quitó la parka, la dejó en el asiento vacío que había entre el suyo y el de Masha y sacó unos papeles para leer. Parecía de la edad de Pearl. El revisor se acercó por el pasillo dando grandes zancadas, pidiendo los billetes a los pasajeros. La señora le dio el suyo.

–Para Penn Station, haga transbordo en Jamaica –le explicó el revisor. Después miró a

Masha.

—Ida y vuelta a Penn Station —dijo ella.

—¿Vas a volver después de la hora punta?

—No lo sé —contestó Masha.

—Te vendo uno para después de la hora punta. Si cambias de opinión, le puedes pagar la diferencia al revisor —dijo—. Trece con setenta y cinco.

Masha le dio veinte dólares. Cogió el billete y se lo guardó en un bolsillo con cremallera de su bolso. Tardaron cuarenta minutos en llegar a la estación de Jamaica. Masha fue mirando por la ventanilla, observando las casas borrosas que iban dejando atrás, preguntándose quiénes vivirían en ellas, cómo serían sus vidas. Le habría gustado poder abrir las puertas y asomarse al interior.

Cuando llegaron a la estación de Jamaica, siguió a la señora de la parka por el andén y se subió al tren con destino a Manhattan, adonde llegaron en pocos minutos. Al principio intentó seguir a la señora para salir de Penn Station, pero iba tan deprisa que la muchedumbre se la tragó.

Masha se subió a una escalera mecánica y siguió la luz hasta la calle. No tenía ni idea de adónde estaba yendo. Eran casi las dos. Se figuró que le quedaba una hora para tener que ponerse en camino para volver a casa. Se haría de noche sobre las cinco. Tenía tiempo. Yo me metí bajo el forro de su abrigo para protegerme del frío mientras ella iba caminando por la calle. El cielo, pálido y nublado, parecía estar muy cerca, como cerniéndose sobre nosotros. Masha sintió el pinchazo de una gota de lluvia en el labio. Unos cuantos transeúntes lanzaron miradas a su falda larga gris, que le asomaba bajo el abrigo rojo, pero nadie sabía lo que era aquella chica. Se cruzó con varios hombres con *yarmulkes* o sombreros negros que se dirigían apresuradamente a la estación para llegar a casa a tiempo para el shabbos. No podían coger el tren después del anochecer. Ella tampoco. Era extraño ir andando en sentido opuesto a ellos.

Masha fue caminando por la Sexta Avenida hasta la calle 23. Empezó a nevar. Los copos de nieve caían por el aire, gordos y aletargados, intercalados con refulgentes gotas de lluvia afiladas como agujas. Masha se paró en medio de la calle a observar atentamente aquella extraña precipitación. Los copos de nieve que se posaron en sus pestañas desdibujaron y agrandaron las luces intermitentes verdes, naranjas y amarillas de los letreros de las tiendas y los semáforos, que adquirieron el aspecto de resplandecientes piedras preciosas. La masa de gente pasaba a su lado con prisa, frunciendo el ceño, algunos mirándola con curiosidad: una joven con la cabeza descubierta y el abrigo desabrochado, de pie en medio de la calle con la cara empapada y el rímel corrido. El reflejo de las luces de neón de un bar parpadeó en el pavimento mojado a sus pies. Se volvió hacia el bar y, a través de una ventana, vio una luz cálida y siluetas borrosas en el interior. Cruzó la puerta y entró en el pequeño establecimiento, que tenía las paredes revestidas con paneles marrones; se quitó el abrigo y se lo puso en el regazo, arrugado, mientras se sentaba en un taburete. El calor le relajó los músculos. Pidió una Coca-Cola al apático camarero, apartándose los oscuros mechones mojados de la frente, y miró a su alrededor. En un extremo de la barra había un bebedor

empedernido encorvado sobre su copa, con una boca desdentada y caída como un terreno hundido y reseco; en una mesa del rincón, un grupo de hombres jóvenes trajeados prorrumpieron en carcajadas. Uno de ellos miró a Masha sin disimular. Ella le dio la espalda. Le gustaba estar sola de esa manera, sin que nadie supiera nada de ella, en un barrio extraño. Podría ser cualquier persona. Dio un trago a su Coca-Cola.

—¿Masha?

Se dio la vuelta. Era Hugh Crosby. Se le había curado el ojo morado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con su acento del sur.

—He venido a dar una vuelta por Manhattan —contestó Masha.

—¿Con este tiempo?

Masha se encogió de hombros.

—No me puedo creer que estemos en abril —dijo Hugh mientras se sentaba en el taburete de al lado y dejaba su bebida ámbar en la barra.

—¿Y tú? —preguntó Masha.

—Vivo aquí cerca, en la Décima Avenida —contestó.

—Pensaba que vivías en Queens.

—No, solo voy allí para la clase de Bridget.

—Guau.

Hugh se encogió de hombros.

—Empecé con ella en Manhattan hace ocho años. Supongo que uno siente cierta seguridad al volver a terreno conocido con Bridget. Ah, ¿sabes qué? —dijo volviéndose hacia ella.

—¿Qué?

—Voy a ser médico.

—¿De verdad? ¿Te lo han dado?

—Sí, me lo han dado. El doctor Darling, así es como se llama.

—Así que se han decidido por un acento del sur —dijo Masha.

—No, lo interpreté con acento de la costa este —contestó Hugh.

—Enhorabuena —dijo Masha levantando su vaso.

Hugh dio un trago a su bebida.

—Bueno —dijo—, ¿y tú qué novedades tienes?

—Quizá me case dentro de poco —contestó Masha. Se hizo un breve silencio.

—No sabía que tenías novio.

—Nosotros no salimos con gente como lo hacéis vosotros. Nosotros salimos con gente para casarnos.

—¿Has estado saliendo con alguien?

—He tenido seis citas con el mismo hombre. Tengo que tomar una decisión pronto.

—¿Cómo vas a saberlo tan rápido?

—Mis hermanas dicen que una simplemente lo sabe. Pero yo..., yo no lo sé, la verdad.

—Masha —dijo Hugh, que a continuación se quedó callado.

—¿Sí?

Hugh entrecerró los ojos, tomó aire y después sacudió la cabeza y guardó silencio.

–¿Qué ibas a decir? –preguntó Masha.

–He conocido a mucha gente, pero no he conocido a ninguna otra mujer con tu misma combinación de... características.

Masha le miró por el rabillo de sus brillantes ojos de color ónice.

–¿No?

–No –dijo él. Masha se terminó su Coca-Cola y Hugh le preguntó si quería una copa de vino—. Si vas a interpretar a Carol Cutrere, tienes que saber lo que se siente al beber un poco de vino.

Hugh parecía libre, sin ataduras. Estando con él en aquel bar, Masha tuvo la sensación de que el tiempo y la realidad de su propia vida desaparecían. Todo se estaba evaporando, dejando al descubierto un mundo de auténticas posibilidades de libertad.

–No puedo beber vino que no sea *kosher* –dijo.

Hugh le pidió un whisky con *ginger-ale*. Masha dio un trago. Le quemó la garganta. Siguieron hablando, riéndose. Tras echar un vistazo por la ventana, Masha se inclinó hacia delante bruscamente para mirar el reloj de Hugh y volvió a dirigir la mirada a la calle. Era de noche. Se tapó la boca con la mano.

–¿Qué pasa?

–Es shabbos.

–¿Tenías que ir a algún sitio?

–A casa. Estoy..., ya no puedo coger el tren. Se ha hecho de noche muy temprano –dijo, como si el sol la hubiera engañado.

–¿Ni siquiera si es una emergencia?

Masha negó con la cabeza.

–Solo para salvar la vida a alguien.

–¿Cuánto dura?

–Hasta el anochecer de mañana –le explicó Masha sujetándose la cabeza con las manos.

–Así que no puedes usar medios de transporte. Bueno, vas a tener que pasar la noche en Manhattan –dijo Hugh.

–A mi madre le va a dar algo.

Masha se bajó del taburete y se quedó junto a la puerta del bar, mirando a la calle a través del cristal con un gesto de impotencia, sin poder pensar con claridad por el alcohol. Hugh se acercó a ella.

–Más vale que llames a tu familia –dijo.

–No puedo usar el teléfono después del anochecer.

–Puedo llamar yo.

–No van a coger el teléfono.

–Si están preocupados por ti, lo cogerán.

–Pero... no saben lo de las clases ni nada. Si llamas tú, les va a dar un ataque.

–¿Y si marco yo con tu teléfono y hablas tú? Estas tienen que ser circunstancias atenuantes, ¿no?

–Vale –dijo Masha. Volvieron a la barra y se sentaron. Masha se inclinó sobre el móvil

mientras él se lo sujetaba contra la oreja.

No había sonado más que un tono cuando Pearl contestó, en voz baja:

–¿Dónde estás?

–Mamá, lo siento –dijo Masha–. Estoy en el centro. En Manhattan.

–¿Qué? ¿Por qué? ¿Cómo has llegado allí? He hablado por teléfono con Eli, he... ¿Te han...?

Pearl pensaba que la habían secuestrado.

–He cogido el tren. No sé, necesitaba pensar. Simplemente... me he subido al tren, me he puesto a andar y ahora se ha hecho tarde y no puedo volver.

–Bueno, cariño..., deja que le pregunte a tu padre lo que debes hacer. A lo mejor conoce a alguien allí. Espera.

Pearl estaba intentando adoptar su tono más relajado, el que reservaba para momentos de absoluta histeria interior.

Masha dio un trago a su bebida y susurró:

–A lo mejor conocen a alguien con quien me pueda quedar a dormir.

–Te puedes quedar en nuestra casa –dijo Hugh.

Masha oyó la voz de su madre susurrando al otro lado de la línea:

–¿Cómo es posible que no conozcamos a una sola persona...?

–¿Mamá? Mamá, no te preocupes, hay... hay aquí una señora, una amiga de..., de..., una señora a la que he conocido aquí que dice que..., eh..., que me puedo quedar en su casa. Me está sujetando el teléfono, yo estaba muy preocupada por el shabbos y me ha marcado ella. Lo siento, mamá. Pero no me va a pasar nada y te veré mañana por la noche. No te preocupes por mí, estoy bien. Solo ha sido un error, nada más. Adiós.

–¿Puedes pagar mi Coca-Cola? –dijo después de colgar señalando con la cabeza su bolso, que estaba en la barra–. Hay un billete de veinte dólares en el monedero. Yo no puedo tocar dinero en shabbos.

Hugh empujó el bolso hacia ella y pagó la cuenta. Masha se quedó mirando el bolso.

–¿Podrías llevármelo? –preguntó.

Hugh no pudo evitar echarse a reír.

–Sería un placer –contestó.

Hugh vivía en un gran edificio antiguo en la Décima Avenida. El ascensor no funcionaba, así que subieron cinco tramos de escaleras andando. Hugh llevaba el bolso de Masha colgado del hombro. La escalera olía a comida india. Masha guardó silencio mientras subían. Al ascender dificultosamente por las escaleras de mármol, con la mano en la ancha barandilla de metal, sintió una especie de presión en la parte superior de la cabeza, como si se la estuvieran aplastando. Hugh abrió la pesada puerta y la dejó pasar mientras encendía la luz.

La entrada daba a una gran habitación amueblada con un sofá de felpa del color plateado de un braco de Weimar y varias sillas plegables de plástico verde con asientos reclinables. Una gran ventana de tres hojas dominaba la estancia; las paredes y el suelo de madera estaban pintados de color rojo amarronado. Encajada en un hueco de la

pared, a la derecha, había una pequeña cocina. Alguien había fregado los platos y los había colocado cuidadosamente en el escurridor. Masha se sentó en la única silla de verdad que encontró, una de oficina con ruedas. Hugh encontró una botella con un dedo de whisky y lo echó en un vaso para bebérselo.

–Si te apetece una copa, tenemos otra botella –dijo.

Masha tenía la mirada fija en la puerta cerrada de la casa. Hugh la abrió ligeramente.

–¿Así mejor? –preguntó. Ella asintió con la cabeza–. ¿Estás preocupada?

–Sí –contestó Masha.

–¿Porque vas a dormir aquí o porque te sientes mal por haberte olvidado de ir a casa?

–Por haberme olvidado –dijo ella en voz baja.

–Bueno, ya no puedes hacer nada, así que más vale que al menos te relajes. ¿Tienes hambre?

–Un poco.

–Hay un restaurante chino en esta misma manzana. Tienen comida *kosher*. Comes *kosher*, ¿no?

Ningún restaurante *kosher* de verdad serviría comida después del anochecer del shabbos. Masha negó con la cabeza.

–No hace falta –dijo.

–O puedo preparar pasta.

Cenaron en una pequeña mesita plegable. Hugh encontró la otra botella de whisky en un armario de la cocina, se sirvió un poco en un vaso con *ginger-ale* y se lo bebió con la cena. Masha bebió *ginger-ale* solo.

Masha se fijó en que Hugh tenía la piel de la cara muy tersa. Al masticar se le marcaban los músculos bajo la piel de la mandíbula.

–Oye, ¿y si ensayamos la escena? –sugirió Hugh mientras se le caía el tenedor en la mesa ruidosamente. Masha se echó hacia atrás en la silla con ruedas; recorrió medio metro marcha atrás, giró y fue desplazándose rápidamente como un cangrejo, sorteando los objetos de la habitación.

–No me apetece –contestó–. Está bien esta casa.

–Estará mejor con muebles de verdad –dijo Hugh–. Muy pronto voy a cambiar de vida, y eso va a ser decisivo.

–¿Qué tiene de malo tu vida? –preguntó Masha.

Hugh se acercó a la ventana, la abrió de par en par y encendió un cigarrillo. Se sentó en el alféizar con cuidado, como si tuviera miedo de caerse, apoyó la frente en el cristal y miró a la calle.

–Estoy en lo que espero que sea el final de una larga fiesta, pero parece que no se acaba nunca. Me han advertido de las graves consecuencias para mi hígado y para mi carrera. Médicos, agentes, familiares..., todos están de acuerdo en esa cuestión. Supongo que es fácil ver que alguien se está echando a perder cuando se mira desde fuera. Tú, por ejemplo –dijo volviéndose hacia ella.

–¿Qué pasa conmigo? –preguntó Masha.

–¿Quieres mi opinión?

Masha notó que la voz de Hugh sonaba distinta. Torpe.

—¿Tienes una opinión?

—Sí.

—Pues no sé si quiero oírla —dijo Masha pasando a su lado en la silla de oficina.

—Creo que podrías ser brillante, Masha, verdaderamente excepcional en tu trabajo. Si no lo intentas nunca sabrás lo que podría haber pasado, el trabajo que podrías haber hecho. Pero... no puedes hacerlo así, a medias. Vamos, es viernes por la noche, ¿crees que todos los teatros están cerrados? ¿Crees que Broadway cierra porque es shabbos? ¿Y Hollywood? ¿Los estudios de televisión? Trabajan los viernes por la noche, ruedan los sábados. Vas a tener que escoger. O eres una cosa o eres la otra, pero no puedes ser las dos. O perseveras en esto o..., no sé, te casas y te dedicas a otra cosa.

Le tembló la voz y volvió a mirar por la ventana.

—Lo siento —dijo, con la frente apoyada en el cristal—. No es asunto mío.

Masha había dejado de jugar y estaba sentada en la silla, mirando al suelo. Sabía que lo que había dicho Hugh era verdad, y sin embargo no era capaz de detenerse a reflexionar sobre aquella contradicción. Se dio impulso poniendo los pies a un lado en el suelo y estuvo un rato dando vueltas. Después le miró muy seria, con un gesto de esperanza.

—¿Podemos ver la tele? —preguntó.

—Has venido hasta Manhattan y quieres ponerte a ver la televisión.

—Ya que me he saltado tantas normas... Eso sí, tendrías que encenderla tú.

—¿Y si vemos una película? —sugirió Hugh.

Yo jamás había visto a nadie observar algo de esa manera. Masha rebosaba vida. Vio la película como si estuviera viendo a un pariente cercano pelearse a puño limpio. Cada instante contaba. Su cuerpo entero se ponía en tensión con la emoción de las escenas de miedo, con las piernas flexionadas debajo del cuerpo. Veía las escenas de amor asomándose entre los dedos, con los ojos entrecerrados. Y cuando pasaba algo gracioso en la película, se volvía para compartir las risas con Hugh, llena de vitalidad, embargada por el milagro de la frase que la había hecho reír. Yo me moría de celos de él. Ay, ¿qué no habría conseguido yo si hubiera podido sentarme allí con ella? Al cabo de un rato, Hugh dejó de ver la película y simplemente se dedicó a observar a Masha. Cuando acabó, Masha, con el rostro húmedo por las lágrimas e hipando por el llanto, le dejó apagar la televisión. Era evidente que ahora Hugh estaba cautivado. ¿Quién no lo estaría?

Hugh puso sábanas limpias en su cama para Masha; él durmió en el sofá. El dormitorio estaba vacío, con la excepción de unos cuantos libros junto a la cama. Después de rezar sus oraciones nocturnas, Masha se quedó despierta largo rato, tumbada. Ver aquella película había vaciado su cuerpo y lo había llenado de anhelo. Ansiaba ser una de esas personas que se convertían en otras. Tenía que encontrar una historia en la que vivir.

A la mañana siguiente, Masha se despertó con el sonido de la voz de una chica. Se levantó, todavía con el vestido puesto, y se asomó por la puerta. Era Shelley, con su pelusilla de diente de león iluminada por la luz del sol matutino que entraba por la

ventana cubierta de polvo. A su lado había un joven alto y fornido. Se estaban riendo. Masha entró en el salón.

–¡Aquí está! –dijo Shelley–. Hemos oído lo de tu percance. Espero que no te hayas metido en un lío.

–¿Qué haces tú aquí? –preguntó Masha, contenta de verla.

–Vivo aquí –contestó Shelley.

–¿Sí?

–Creí que lo sabías –dijo Hugh, que estaba acurrucado bajo un montón de abrigos en el sofá–. Pensaba que habríais hablado de eso.

–Este es Paul –anunció Shelley.

–Hola –saludó Masha con las manos juntas detrás de la espalda. Paul la miró muy serio.

–¿A que es arrebatadora? –le dijo Shelley.

–Pues sí –contestó Paul sonriendo. El novio de Shelley tenía un rostro agresivo, con el ceño fruncido sobre un par de intensos ojos pequeños.

–Cómo me alegro de que te hayas quedado sitiada en Manhattan –dijo Shelley–. ¿Tienes hambre?

Masha no podía volver a casa hasta que se pusiera el sol, así que Hugh salió a la calle y volvió con bolsas de *bagels*, queso de untar *kosher*... y salmón ahumado. Esto último sorprendió a Masha. ¿Sería rico? Shelley preparó unos huevos. Llevaba un vestido fino de algodón y unos zapatos con una tira en el empeine. Los chicos se quedaron hablando en el sofá, esperando a que les dieran de comer. Aquella situación tenía algo de improvisado. Eran como niños huérfanos, ellos tres, y Shelley hacía el papel de madre. Masha puso unos platos en la endeble mesita plegable y Shelley sirvió comida para todos. Masha hincó los dientes en el espeso queso de untar y mordió el blando *bagel* mientras se le cerraban los ojos. Se encontraba muy a gusto allí. Más tarde, Shelley le enseñó la habitación que compartía con Paul. A diferencia del cuarto de Hugh, este había sido amueblado con esmero, con una cama de mimbre, un escritorio y un par de sillas.

–Estoy deseando irme de aquí –susurró Shelley mientras Masha examinaba las múltiples fotografías que colgaban en la pared, encima de la cama.

–¿Por qué?

–Mi relación con Paul está acabada, somos como un matrimonio de sesenta años. Ahora no puedo marcharme, no tengo dinero para mudarme –dijo Shelley.

Masha se moría por darse una ducha, pero tenía prohibido usar agua calentada durante el sabbat. Se lavó con agua fría. En vez de papel higiénico, usó unos kleenex que encontró en un cajón; aún se sentía mal por el día que había rasgado la servilleta en la mesa del shabbos. Al salir del baño, susurró la bendición *asher yatzar* dando gracias a Jashem por sus orificios operativos, entró en el salón y vio al anguloso Hugh cogiendo del sofá los abrigos que había usado para taparse. Los otros se habían ido.

–¿Adónde ha ido Shelley? –preguntó Masha.

–Ella y Paul tenían que salir; estarán fuera como una hora, más o menos. Tienen una

cita con un profesional –explicó–. Uno de esos rituales que practicas cuando tu relación está en las últimas, por lo visto.

Masha no sabía a qué se refería. Cogió el ejemplar de Hugh de la obra, que estaba en el suelo, y lo hojeó.

–Tú no lo entiendes –dijo.

–¿Cómo?

–Para ti todas las normas son extrañas y complicadas, ¿no? Crees que es difícil ser judío de verdad.

–Eso parece.

–Pero yo sé cumplir las normas igual que sé cómo respirar, así que es fácil. Lo difícil es vivir sin las normas. Eso es difícil.

–Perdóname si dije algo que no debía –se disculpó Hugh–. Lo hago a menudo.

–Vamos a hacer la escena –dijo Masha tirando el guion al sofá.

Hugh apartó las sillas plegables para que tuvieran sitio para trabajar. Yo me posé en una lámpara de pie y los observé. Desde el momento en que empezó a representar la escena, el cuerpo de Masha se transformó. Descalza, rodeó a su presa con una elegancia animal, segura de sí misma. Su mano se acercó al brazo de Hugh, pero no llegó a apoyarse en él. No tenía permitido tocarle y no pensaba hacerlo. Sin embargo, la energía que desprendía era impresionante. Intenté encontrar sus pensamientos, pero no había ninguno propio: era la persona que estaba fingiendo ser. Se había convertido en Carol Cutrere, la hermosa joven sureña echada a perder (aunque con acento de Long Island). La forma en que el rostro se amoldaba a su cráneo parecía diferente; parecía mayor, agotada tras una fiesta que había durado diez años, y sin embargo se mostraba maravillosamente desafiante en aquella actitud desenfadada que había adoptado de forma voluntaria. El pobre Hugh Crosby se estaba perdiendo en la actuación de Masha. Tenía talento, pero no estaba a la altura de aquella criatura.

Cuando terminaron, Masha se dejó caer en la silla de oficina, rendida, y de nuevo empezó a girar a un lado y a otro mientras poco a poco volvía a ser ella misma. Al observarla, se me hizo un nudo de temor en mi estómago de mosca. Había algo inhumano en su mirada. Era una expresión que había visto antes, pero no recordaba dónde.

Todavía embargada por la escena, Masha fue al baño y se echó agua en la cara. Al levantar la cabeza, vio su reflejo y se quedó paralizada. Enmarcado por los azulejos rosa pastel, su pálido rostro, con el oscuro cabello alrededor, parecía flotar. Sus ojos negros, rodeados por un manchón de kohl, se veían enormes, vidriosos, con un matiz violeta. Por la boca ligeramente abierta se alcanzaba a ver el insolente hueco entre sus dientes delanteros. Parecía un animal depredador. Por primera vez, Masha se dejó sin aliento a sí misma. Accedí a su interior mientras se miraba al espejo y sentí cómo la vanidad se iba solidificando dentro de ella como un bloque de grasa al enfriarse.

Cuando se hizo de noche, Hugh guio a Masha por Penn Station. Ella se permitió agarrarse al borde del plumas de Hugh y fue siguiéndole con su largo vestido mientras él se abría camino entre el barullo de gente para comprar dos billetes en las taquillas. En el tren, Hugh se sentó a su lado, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. El pánico había empezado a invadir a Masha, que observaba el paisaje pasar fugazmente por la ventanilla mientras el abrigo de lana rojo se le iba deslizado por los hombros. Quizá estarían enfadados. Decepcionados. Sí. Aquello era muy distinto de lo que se esperaba de ella. Eso les asustaría, lo sabía. Ay, ¿por qué lo había hecho? Aun así, no conseguía sentirse arrepentida.

En el andén de Far Rockaway, Hugh encendió un cigarrillo. Había un denso silencio de complicidad entre ellos. La acompañó hasta el final de su calle. Al llegar allí, Masha se paró y le miró a la cara. Ahora tenía miedo.

—Gracias —dijo.

—Suerte con tu familia —contestó Hugh mientras bajaba la mirada hacia su boca.

—Sí.

—¿Nos vemos el martes?

—Vale.

Masha se dio la vuelta y echó a caminar manzana abajo.

Las luces de su casa estaban encendidas. La primera persona a la que vio fue Miriam, que salía en ese momento. Al verla, Miriam echó a correr hacia su hermana, la agarró del brazo y la llevó hacia la casa a rastras, con los labios unidos en una tensa grieta roja.

—¿Qué ha pasado? Mamá ha estado como muerta todo el shabbos, casi no podía ni hablar.

—Ya se lo dije a ella, perdí el tren —dijo Masha.

—Ya, pero... ¿estabas sola?

—Sí.

—Te acabo de ver con un chico ahí mismo.

—¿Me estabas espionando?

—Te he visto por casualidad. Estaba esperando a que te despidieras. Perdona que no me haya puesto a gritar tu nombre en plena calle.

—Es un amigo.

—¿Un amigo? ¿De dónde? ¿De dónde has sacado tú un amigo como ese? ¿Qué está pasando? ¡Sé que pasa algo!

Masha se zafó de su hermana y entró en la casa. En el salón se encontró a toda la familia mirándola, un hervidero de desconcierto y de reproche. Retrocedió sin decir nada, como acorralada, y salió corriendo escaleras arriba.

Se sentó en la cama y observó su dormitorio con atención. Todo estaba como lo había dejado ella misma la mañana anterior, y sin embargo parecía totalmente distinto. Su cómoda, la alfombra verde bosque, las cortinas azules y verdes, las camas bien hechas de Yehudis y Suri, su cepillo del pelo en la mesilla de noche, con una maraña de cabellos negros... Todo era profundamente... ajeno. Fue como si se encontrara en una habitación en la que no había estado en años. Algo había cambiado, para siempre, en un solo día.

La recorrió una sensación de pérdida.

Se oyeron los suaves golpes de la mano de su madre en la puerta.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó.

—No, gracias, mamá.

—Debes de estar agotada —dijo Pearl abrazándola.

—Siento haberte asustado —se disculpó Masha.

—Ya pasó —contestó Pearl. Masha abrazó a su madre, agarrándole los brazos y apoyando la cabeza en su suave pecho, en busca del consuelo que siempre había hallado ahí. En torno a mi amada, sin embargo, se estaba formando una coraza, como un hechizo que repelía todo lo familiar. Su carita surcada por las lágrimas se veía tan tensa, tan fina, que se me partió el corazón.

Pearl le acarició la cabeza.

—Cómo me alegro de verte, cielo. Ahora descansa. Ya hablaremos mañana.

Pearl cerró la puerta con delicadeza. Masha empezó a desvestirse, quitándose primero el zapato izquierdo y después el derecho, como le habían enseñado a hacer. De repente se sentía cansadísima. La puerta se abrió. Era Estie.

—¿Dónde estabas, Masha? ¡Te has escapado de casa!

—Si me he escapado de casa, ¿cómo es que estoy aquí?

—Jashem se va a enfadar un montón contigo.

—¿Por qué? No hice nada. Me quedé donde estaba. Se habría enfadado si hubiera cogido el tren.

—Yo también me he metido en líos —dijo Estie mientras subía una de sus larguiruchas piernas a la cama de su hermana.

—Qué novedad. Bueno, largo de aquí —anunció Masha—. Estoy muy cansada.

—Mashie, ¿puedo dormir contigo?

—Ni hablar.

—Anda...

Masha suspiró.

—Te puedes tumbar conmigo cinco minutos.

La pequeña se acurrucó bajo las mantas al lado de su hermana, enrollándose un mechón de pelo negro de Masha en la manita, y cogió una buena bocanada de aire con satisfacción, oliéndole el cuello a su hermana.

—No llores, Mashie —dijo Estie.

—No estoy llorando, tonta —susurró Masha.

—Sí que estabas —contestó Estie medio dormida. Masha abrazó el cuerpo cálido de la niña. En cuestión de segundos, las dos hijas rebeldes de Pearl y Mordecai Edelman estaban profundamente dormidas.

Me mandaron acudir a la biblioteca. El conde estaba escribiendo una carta en una mesa redonda.

–Sentaos, Gebeck –me dijo. Obedecí. Me alcanzó un trozo de papel, una pluma y un frasco de tinta–. Escribid vuestro nombre.

Empecé a escribir «Jacob», pero lo convertí en «Johann», y después añadí «Gebeck». El conde cogió el papel y lo miró entrecerrando los ojos.

–¿Normalmente escribís en hebreo? –me preguntó.

–Eso fue lo que aprendí –contesté–. Pero sé escribir un poco en francés.

–Vuestra caligrafía mejorará –dijo encogiéndose de hombros–. Veamos, tengo un encargo para vos. El año pasado escribí un pequeño diario de mis viajes por Italia. Quiero que me lo escribáis en limpio –explicó. Yo le miré confundido–. Simplemente copiad lo que hay en mi diario en este cuaderno en blanco. Primero practicad la caligrafía. Escribid mis dos primeros párrafos en esta hoja, como borrador. Tomad.

A continuación me dejó solo.

A la media hora me había quedado dormido con la cabeza apoyada en la mesa. Aún estaba algo débil a consecuencia de mi paso por la cárcel. Solange me llevó al sofá y me tapó con una manta. Estuve allí durmiendo varias horas. Al despertar, me encontré una bandeja con sopa y pan, agua y café caliente en la mesa de la biblioteca. Comí, con cuidado de no derramar ni una gota de sopa, y, con nuevas energías, pasé las dos horas siguientes mejorando mi letra, copiando un texto en francés que apenas entendía.

Tal como pretendía el conde, el acto de copiar un texto en su idioma me hizo adquirir mayor fluidez en francés. Al final del día, había empezado a entender un poco más de lo que leía. Al final del mes, ya lo hacía con soltura. El diario era en su mayor parte una descripción exhaustiva de cómo el conde había perseguido, seducido y abandonado a varias damas de la nobleza italiana. Me daba la impresión de que mi señor no sería muy bienvenido en aquel país si alguna vez deseaba regresar.

Tardé dos meses en pasar a limpio el diario italiano del conde de Villars. En ese tiempo, con Le Jumeau, también aprendí a:

–Poner una mesa con tres formas geométricas distintas: de uve, de óvalo y de rectángulo, según el diseño del mayordomo.

–Servir todas las comidas, tanto las formales como las de diario.

–Dirigirme a cada sirviente según su rango y a mis superiores según el suyo.

–Entregar mensajes.

–Abrir puertas.

–Cerrar puertas.

- Hacer una reverencia y caminar de espaldas al mismo tiempo.
- Sacar brillo a los zapatos.
- Cepillar sombreros.
- Vestir a un conde.
- Afeitarse a un conde.

Perfeccioné la expresión imperturbable de la aristocracia que se requería de los criados, un gesto frío que por aquel entonces recibía el nombre de *morgue*. Mientras yo estudiaba a Le Jumeau, el conde continuó estudiándome a mí. Podía aparecer en cualquier momento: cuando estaba comiendo, durmiendo, rezando, lavándose... Cada vez que bendecía lo que iba a comer o beber, tenía que hacerlo vocalizando bien las palabras para que él pudiera copiarlas en su cuadernito rojo. Declamaba mis oraciones como si estuviera representando una obra de teatro. La consecuencia de todo aquello fue que mis hábitos religiosos se fueron pareciendo cada vez más a una actuación. Cualquier sentimiento verdadero que hubieran contenido mis rituales diarios estaba quedando socavado.

Al anochecer del primer viernes que pasé en el *hôtel* de Villars encendí una vela en mi habitación, recé la oración del sabbat y comí los manjares que había ido apartando durante la semana para el banquete de ese día. Sin embargo, no pude dedicar veinticuatro horas a la oración, el regocijo y el descanso, como es nuestra obligación. Cerca de la medianoche, el conde volvió a casa del teatro y me llamó para que le desvistiera. El sábado por la mañana, Le Jumeau me gritó que encendiera la estufa y sacara brillo a los zapatos. El domingo por la mañana era el único día de descanso que teníamos los sirvientes para poder ir a misa, cosa que obviamente yo no hice. Tampoco Le Jumeau, por cierto, que estaba entretenido con la atractiva cocinera, Clothilde, quien, según me contó la fregona, había abandonado a su marido y sus hijos para vivir con el irresistible ayuda de cámara. Ahora que yo estaba instalado junto a los aposentos del conde, ellos dos compartían un dormitorio al lado de la cocina.

Una mañana, estaba llevando a cabo el lavado ritual de las manos cuando la puerta se abrió. El conde entró en mi habitación dando zancadas, se agachó, cogió la palangana, abrió la ventana con brusquedad y echó el agua al patio. Después se volvió hacia mí, con la cara roja y con una exagerada mueca de descontento en su boca ancha y carnosa.

–Ya basta –dijo–. He tenido paciencia con vos, Gebeck, pero ha llegado el momento de que despertéis. Venid a la biblioteca dentro de media hora. Tomad un poco de pan y café. Olvidaos de mi desayuno, ya me lo traerá Le Jumeau más tarde.

Me presenté en la biblioteca a la hora acordada, hecho un manojo de nervios. El conde estaba más calmado.

–Siento ser tan duro, pero tengo razones para comportarme así. Creo que algún día me estaréis agradecido por lo que estoy a punto de daros. Ahora ya sabéis francés suficiente. Olvidaos de vuestras obligaciones por hoy.

Había abierto la puerta de cristal de una gran librería y estaba seleccionando varios volúmenes encuadernados en piel y poniéndolos en la mesa. Cogió uno de la pila, lo abrió y me lo puso delante.

—Volveré dentro de una hora. Entonces podéis preguntarme lo que queráis. No soy ningún catedrático, pero recibí una buena formación de unos maestros despiadados con unas mentes prodigiosas: los jesuitas. Vuestra única obligación en los próximos meses es educaros.

Me sentí abrumado por la confusión, el miedo y una sensación creciente de privilegio. Al contestar, la voz apenas me salió de la garganta:

—*Merci, monsieur le comte.*

Y así fue como comenzó mi ilustración.

El conde me hizo empezar con Aristóteles. Fue como si me ahogara. No entendía nada, no tenía nada a lo que agarrarme, ninguna referencia a aquella forma de pensar. El conde me introdujo en las grandes ideas de la civilización clásica con la misma paciencia que hubiera tenido con su propio hijo. Hasta entonces, mi educación había sido exclusivamente religiosa y solo había incluido la Torá, el Talmud y, a través de Gimpel, pequeñas bocanadas heréticas del Zohar y el Tania. Aquellos libros contenían una gran sabiduría, pero todo estaba basado en la fe y, para mí, empañado por la pesadilla de Hodel. Los razonamientos lógicos y empíricos fueron un alivio, como un soplo de aire fresco después de haber estado encerrado en un armario. Para mi sorpresa —y creo que también para la del conde—, demostré tener aptitudes para la filosofía y desarrollé el gusto por las lenguas. Alcancé un nivel aceptable de latín, llegué a tener bastante buen francés e incluso aprendí un poco de inglés. Al conde le encantaba oír una frase bien construida. Contentar a mi señor se había vuelto importantísimo para mí. Nunca había conseguido impresionar demasiado a mi propio padre, que me consideraba un inútil que no quería dedicarse en serio ni a comerciar ni a estudiar y que me casó con la primera lunática con una dote que salió al mercado. ¿Qué habría dicho ahora, si hubiese visto al mentecato de su hijo con una peluca empolvada, hablando en la lengua de Cicerón?

El conde estaba decidido a librarme de mis supersticiones. Me bañó en Locke, me enjabonó con Voltaire y me empolvó con Diderot. Mi señor mantenía que los judíos estaban aislados de la civilización. Empapados de costumbres antiquísimas y con un complejo de superioridad respaldado por nuestro texto sagrado, éramos unos eternos primitivos ligados para siempre a un pasado heroico imaginario por un cordón umbilical pseudohistórico. El peor de todos nuestros crímenes había sido dar a luz al cristianismo, que el conde detestaba por considerarla una religión de esclavos. Mi señor me hizo imaginar una utopía en la que judíos, mahometanos y cristianos vivían para sí mismos y para los demás, sin temor al castigo divino, sin estar atrapados en una intrincada red de normas, sino libres. Era una idea vertiginosa, aterradora y seductora.

Habían pasado dos semanas desde que Derbhan Nevsky había visitado la Escuela de Interpretación Bridget Mooney y había hecho buen uso de su tiempo. Había llevado a cabo un acercamiento a su viejo conocido Ross Coe, el hombre más rico al que conocía fuera de la industria del espectáculo. Había entablado contacto con él en el club náutico de Carmel en los años noventa, cuando Nevsky representaba a un actor muy relacionado con el mundo de la navegación, gracias al cual pasó mucho tiempo en barcos en aquella época. A Nevsky, por aquel entonces, le asombraba la cantidad de dinero no explotado que se movía en aquel ambiente, muy cerca de Hollywood pero fuera del alcance de sus inquietos dedos. Los aficionados a la navegación, por lo general, eran tipos conservadores que tenían su dinero invertido en bonos y en propiedades. No eran muy amigos de los riesgos. Aun así, Nevsky siempre había estado convencido de que, con el enfoque adecuado, se les podía sangrar sin que se dieran cuenta siquiera. Cuando conoció a Ross Coe, que acababa de operarse la nariz –la primera de las múltiples intervenciones de cirugía plástica a las que se sometería a lo largo de los años por razones que solo entendía su psiquiatra–, Derbhan reconoció en él a un hombre que se dejaría llevar a las profundidades de aguas inexploradas. Coe era joven y rico, se moría de aburrimiento y tenía algunos gustos de lo más extraños. Casi todo el mundo le encontraba repulsivo. Nevsky vio en él una oportunidad latente; simplemente no supo cómo aprovecharla en ese momento. Por otro lado, por aquel entonces no andaba falto de suerte; lo cierto es que no necesitaba más. Pero ahora que los dioses se habían vuelto en su contra y la corriente le había llevado a las costas de Nueva York sin otra cosa a las espaldas que su ingenio y algo de ropa, tenía que entablar amistad con los autóctonos. De modo que, por instinto, llamó a Ross Coe, pensando que estaría lo bastante aburrido y sería lo suficientemente raro como para querer que Derbhan Nevsky volviera a su vida. Acertó.

Las fiestas en casa de los Coe estaban llenas de hombres mayores con pantalones de colores chillones y, de vez en cuando, mujeres de entre treinta y cincuenta años en decadencia física y con un brillo ávido en la mirada, dispuestas a pescar a cualquier multimillonario que aún conservara la mayor parte de la dentadura. Nevsky surcaba los mares de canas de aquellas reuniones con su energía característica, sacudiendo los brazos y las piernas a un lado y a otro, con su camisa y sus vaqueros de un blanco deslumbrante y la piel bronceada como una salchicha muy hecha. Coqueteaba con las mujeres y engatusaba a los hombres, entablando relación con gente que nunca había oído hablar de él y que solamente le veía como a un veterano de la industria del espectáculo que estaba montando una nueva empresa. Poco a poco se fue volviendo indispensable para los Coe,

que siempre estaban deseando tener invitados, pero que carecían de auténtico magnetismo social si no era por su dinero, del que tenían una barbaridad. La otra razón por la que les resultaba difícil gozar de popularidad en sociedad era que la señora Coe, Orschler de soltera, descendía de una vieja familia de nazis. Su madre era la prima hermana de Herta Schneider, la mejor amiga de Eva Braun. Cuando bebía, la señora Coe tenía una alarmante tendencia a ponerse nostálgica hablando de la encantadora Eva y su piel perfecta, de lo generosa que era con sus empleados y del triste destino que la aguardó en aquel maldito búnker. Aquellas reflexiones no la ayudaban a ganarse el afecto de la población judía de los Hamptons ni, en realidad, de nadie que tuviera algo de cerebro, por lo que, cuando Nevsky llegó a sus vidas, las aspiraciones sociales de los Coe habían naufragado y se veían obligados a recorrer los pueblos de la zona en busca de posibles amistades. Tanto Ross como su mujer eran alérgicos a la soledad, sobre todo la que implicaba pasar tiempo el uno con el otro, y necesitaban tener invitados a todas horas para sentirse bien consigo mismos, o quizá simplemente para sentir algo. Nevsky los liberó de la carga de no tener nada que decirse mientras cenaban cada noche, los obsequió con anécdotas de famosos de Hollywood y les hizo entusiasmarse con la empresa que iban a montar juntos, haciendo que se sintieran parte de ella. En resumen, insufló nueva vida a su rancia y decadente existencia. A raíz de aquello, Ross Coe le ofreció instalarse en la casa de invitados hasta que la empresa estuviera en marcha. Nevsky fingió pensárselo durante un par de días y al tercero se presentó con una enorme maleta. Sentía que estaba en camino. Ya había recibido suficiente castigo.

Era la noche de escenas en la Escuela de Interpretación Bridget Mooney. Nevsky estaba sentado en una silla de metal en la segunda fila, detrás de Bridget. La chica que no había querido estrecharle la mano se subió al escenario, seguida de un joven desgarrado del sur del país. Hicieron una escena de *Orfeo desciende*. El actor que interpretaba al errante Val era un tipo relajado, intenso, un profesional. La chica que hacía de Carol Cutrere era algo increíble. Interpretó el papel con una actitud poco femenina, y sin embargo era profundamente erótica. Su sexualidad recorría la escena como savia negra. Sus palabras, pronunciadas con sinuosos diptongos, quedaban algo raras en boca de la sureña Carol, pero cada una que decía sonaba verdadera. Hubo un momento –Nevsky jamás había visto nada parecido–, cuando Carol estaba suplicando a Val que se fuera a dar una vuelta con ella en coche, en el que la joven le puso la mano en el brazo. Él reaccionó como si le hubieran quemado; la chica se llevó la mano a la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas. Cuando pronunció las frases «¡Soy una exhibicionista! ¡Quiero que se fijen en mí, que me vean, que me oigan, que me toquen! ¡Quiero que sepan que estoy viva!», las palabras, cargadas de furia y patetismo, parecían haber sido arrancadas de su alma. A Nevsky le entraron escalofríos. Aquella chica conectaba con el público como una corriente eléctrica.

Masha se desplomó sobre la silla metálica plegable al lado de Hugh, con las rodillas juntas, las puntas de los pies hacia dentro y las manos en el regazo, esperando a oír las críticas de Bridget y del resto de la clase. Aún estaba intentando comprender lo que acababa de pasar. Le había tocado, de eso se acordaba. ¡Le había tocado! Al hacerlo le

había dolido la piel de la palma de la mano, un dolor que todavía sentía. Tenía prohibido tocarle, y aun así lo había hecho. Por eso no la dejaban actuar. Había sido inevitable. No oía lo que estaba diciendo Bridget. Los otros alumnos estaban hablando, pero no podía concentrarse. Cuando Hugh se levantó de la silla, Masha hizo lo mismo y se bajó del escenario detrás de él.

—¿Estás bien? —le preguntó Hugh con su voz cálida.

Masha asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Creo que con sentarme un rato... —dijo. Después fue al baño y estuvo enjabonándose las manos durante largo rato.

En cuanto Masha y Hugh se bajaron del escenario, Bridget se giró en su silla y se volvió hacia Nevsky.

—No te acerques a ella antes de hablar conmigo —dijo.

Más tarde, en su despacho, Bridget se mantuvo firme: no permitiría que Nevsky mandara a Masha a ninguna audición en tres meses. Necesitaba ese tiempo para trabajar con ella. Además, le pidió que cogiera también a otro alumno. Nevsky escogió a Shelley, la joven del pelo estropeado, que había interpretado su escena después de Masha. Shelley era graciosa. Le podría ir bien haciendo televisión, pensó. Nevsky también quería a Hugh, pero él ya tenía agente. Bueno, era mejor así; nunca se entendía igual de bien con los hombres.

Aquella noche, cuando Masha salía de la escuela, Nevsky le dio su tarjeta.

—Bridget no me deja mandarte a ningún sitio hasta más adelante, pero quiero que tengas esto. Me encantaría representarte cuando estés preparada —dijo.

Al día siguiente, Masha empezó a sentir el dolor en el pecho otra vez. No podía incorporarse ni reírse sin que le doliera. Pearl la cuidó y le hizo guardar cama. Yo no me moví de su lado, zumbando lealmente a su alrededor mientras ella intentaba apartarme a manotazos. Masha estuvo muy triste aquellos días. No dejaba de pensar en el día que había ido caminando por la Sexta Avenida con la nieve en los ojos, en lo que había sido estar sola de esa manera, ser libre.

Tuvo que ir al cardiólogo. Permaneció tumbada mientras una enfermera le embadurnaba el pecho desnudo con lubricante y le colocaba unas pequeñas ventosas en la piel. Los cables unidos a las ventosas le sacaron una foto del corazón, según le explicó la enfermera. Más tarde, el joven médico entró en la consulta y se sentó.

—Bueno, hemos hecho un electro y un ecocardiograma y no hemos encontrado nada.

—¿Cómo que no han encontrado nada? —dijo Pearl—. ¡Casi no se puede mover!

—Eche un vistazo a la eco del hospital, de cuando le diagnosticaron la pericarditis —dijo el joven lozano mientras ponía dos radiografías en el panel iluminado—. Esta es la del hospital. ¿Ve el fluido alrededor del corazón? ¿Esta especie de bolsa densa? En la que hemos hecho hoy, en cambio, no se ve nada.

—¿Entonces por qué me duele? —preguntó Masha en voz baja.

—Bueno, el cerebro es extraño —contestó el médico—. Puede recordar la receta de un

dolor determinado y, cuando a tu mente le pasa algo, como estrés, a veces el cerebro recrea ese dolor.

–Pero ¿por qué? –preguntó Masha.

–No lo sabemos –contestó el médico.

–¿Entonces está diciendo que es psicológico? –dijo Pearl.

–No exactamente. Es un dolor fisiológico, un dolor real, pero sin una causa somática. Como una especie de... dolor fantasma. Un síntoma falso.

–Entonces ¿qué hacemos? –preguntó Pearl.

–Alegrarnos de que no tenga pericarditis. Y... darle Motrin.

–Pero si no hay inflamación, ¿por qué tiene que tomar un antiinflamatorio?

El médico se encogió de hombros.

–Para el dolor –contestó con un esbozo de sonrisa–. Hay muchas cosas sobre el cerebro que no sabemos, señora Edelman.

El martes siguiente, Masha se encontraba mejor del pecho, pero no fue a clase. Volvió directamente a casa desde la residencia de ancianos. Tocar a Hugh durante la escena la había asustado. Intentó mantenerse ocupada, cogió más horas en la residencia y empezó a ganar un sueldo por su trabajo. Decían que se le daba fenomenal tratar con los ancianos.

Una tarde, durante su descanso, le sonó el móvil. Era Shelley.

–¿Qué narices te ha pasado, Masha? ¿Estás bien?

–No puedo seguir con las clases –dijo Masha.

–¿Estás enferma?

–Lo he estado, pero... no es por eso.

–Chica, estás loca, estuviste impresionante en aquella escena la última vez.

–Es que... es difícil de explicar.

–Mira, el señor Nevsky... ¿te acuerdas, el tipo que te dio su tarjeta?

–Sí –dijo Masha.

–Resulta que quiere representarme a mí también. Y ha dicho que, si tú y yo queremos, ¡hay un apartamento cerca de los Hamptons en el que podríamos vivir todo el verano sin pagar alquiler! Nos lo darían todo hecho y nos lo pagarían todo, solamente hasta que estemos preparadas para hacer audiciones. El señor Nevsky es amigo de Bridget, no es un pirado ni nada. Y oye, Masha, ¡he ido a ver el sitio y es alucinante! El apartamento está limpio y es muy bonito, y la mansión del tío en Southampton, donde pasaríamos la mayor parte del tiempo, es como un paraíso. Tiene una piscina cubierta y una al aire libre, y sauna y, joder, tiene hasta máquinas para hacer pilates. El dueño y su mujer son un poco repulsivos, pero es un chollo. Si tú te apuntas, yo me apunto. O incluso puede que yo diga que sí en cualquier caso, necesito irme de aquí. Aunque creo que solo me quieren si tú también te vienes. Nevsky cree que eres increíble. ¿Masha?

Masha guardó silencio. Tenía la mente en blanco.

–No..., no puedo –dijo.

–¿Entonces qué le digo a Bridget? ¿Que dejas las clases?

—Sí, supongo —contestó Masha—. Sí. Lo siento. Adiós.
Colgó el teléfono.

Mi señor tenía una amante. Se llamaba Antonia Giardina. Le Jumeau me contó que al conde le costaba cuatrocientos francos al mes, más de lo que ganaba mi padre en un año.

La *toilette* que se hacía el conde antes de verla me dejó impresionado. Tardaba veinte minutos solamente en recortarse el vello de la nariz. Yo mismo tenía que domarle los pelos de las orejas. Le Jumeau le afeitaba, deslizado la afilada hoja de la navaja por su flácido cuello con movimientos seguros.

—Le Jumeau, esta noche me voy a llevar al muchacho —dijo el conde con los labios enjabonados—. Nunca ha estado en el teatro.

El ayuda de cámara dejó escapar un gruñido.

—Para todo hay una primera vez —dijo con tono inquietante. No me quedó claro si le parecía bien o mal. En cuanto a mí, me moría de ganas de ver a una mujer que valía tanto dinero.

Cuando el carruaje llegó a la entrada lateral del *hôtel* de Bourgogne, que albergaba la Comédie-Italienne, me bajé del asiento del conductor, en el que había ido sentado junto al cochero Renard, el otro gemelo, y le abrí la puerta al conde. Para contribuir a mi formación cultural, mi señor me compró una entrada de platea por dos sueldos antes de dirigirse escaleras arriba hacia su palco. Yo debía ir corriendo a su encuentro en cuanto empezara el entreacto.

De pie en el abarrotado patio del teatro, leí las letras doradas bordadas en el telón de terciopelo: «*CASTIGAT RIDENDO MORES*», que, con mis conocimientos recién adquiridos de latín, traduje como ‘*Riendo se mejora la moral*’. Contentísimo por ser capaz de entenderlo, miré a mi alrededor, con una sonrisa de oreja a oreja, y tuve que contenerme para no darle una palmada en la espalda al señor que tenía al lado. Por suerte no notó mi exceso de confianza. Sentí una intensa emoción. Allí estaba yo, en el abarrotado patio, codo con codo con parisinos de toda condición, desde nobles hasta maleantes y borrachos, y no llamaba la atención en absoluto. ¡Qué alivio era parecer francés! Si hubiera llevado mi atuendo de antaño, habría tenido que soportar miradas curiosas, hostiles o evasivas, sentirme diferente en el mejor de los casos, odiado o temido en el peor. Sin duda los guardias que se paseaban por el teatro para detectar cualquier conducta inapropiada me habrían preguntado qué hacía allí y me habrían pedido el pasaporte. Con mi nuevo aspecto, sin embargo, simplemente parecía un ayuda de cámara, o quizá un cochero, con una hermosa y reluciente librea.

La orquesta, que había estado calentando desafinadamente, empezó a tocar una animada canción popular. El pesado telón de terciopelo rojo se abrió y dejó ver a cuatro personajes inmóviles que formaban un cuadro vivo de ambiente rústico, bañados por el

resplandor de una luz cálida. Poco a poco, los actores fueron cobrando vida. Una joven pastora con largas trenzas del color natural de la madera de pino cantó una alegre aria con una voz pícaro de soprano. A continuación bailó una pequeña giga, moviendo los brazos y las piernas con una elegancia natural y atlética. Supuse que esa sería la amante del conde. En el transcurso de la representación, la pastorcilla se enamoraba de un gallardo duque, que también se enamoraba de ella. La obra tenía un estilo más o menos cómico. Mademoiselle Giardina era graciosa y actuaba con gran desinhibición. En cuanto se cerró el telón tras el primer acto, me abrí paso entre el remolino de gente de la platea y subí las escaleras hacia el palco de mi señor, avanzando en sentido contrario al torrente de espectadores adinerados que bajaban de sus palcos en dirección al puesto de refrescos.

—Salid a la calle y comprad tres docenas de azucenas —dijo el conde dándome unas monedas cuando por fin llegué hasta él—. Entregádselas a mademoiselle Giardina con esta nota. Daos prisa. Hay una floristería en este mismo edificio, justo al lado de la puerta por la que hemos entrado.

Cuando llegué resollando a la puerta de mademoiselle Giardina y llamé, habiéndome perdido al salir del teatro y de nuevo al intentar encontrar su camerino en el laberinto de cuartos de la parte trasera del edificio, oí una animada voz contestar:

—¿Quién es?

—Traigo un mensaje del conde de Villars —exclamé.

La puerta se abrió y vi a la pastorcilla a través del denso ramo de azucenas. Se había deshecho las trenzas y su pelo de color caramelo estaba alborotado alrededor de un alegre rostro juvenil. Abrió un hueco entre las flores y me miró.

—¿Dónde está Le Jumeau? —preguntó.

—Soy el segundo ayuda de cámara —contesté.

Mademoiselle Giardina me observó atentamente mientras abría la nota del conde y después me invitó a pasar. Entré en la pequeña y cálida habitación, todavía con el ramo de azucenas en las manos. Había un fuego ardiendo vivamente en la chimenea.

—Dejadlas ahí —dijo señalando una mesa redonda que había en el rincón. Se sentó delante de su tocador, contemplando su reflejo, y después volvió la mirada hacia mí—. ¿Cómo os llamáis? —me preguntó mientras se ponía colorete en las mejillas.

—Gebeck —contesté con la voz entrecortada. Aún no me había acostumbrado al nombre.

—¿Eso no quiere decir ‘artículos de panadería’ en alemán? —dijo arrugando la pequeña naricita.

—Desciendo de un antiguo linaje de panaderos —respondí.

Se volvió y sonrió levantando sus cejas perfectas.

—Decidle al conde que me parece bien verle después de la función —dijo.

—Así lo haré.

—Decidle que necesito veinte minutos aquí cuando se cierre el telón. Puede venir a recogerme después.

—Muy bien, *mademoiselle* —dije.

—¿Ahora siempre os usa a vos de mensajero?

—Normalmente sí.

—Qué interesante —dijo volviéndose hacia el espejo.

A partir de ese día, empecé a ir con el conde a la Comédie-Italienne dos veces a la semana. De vez en cuando mi señor visitaba a mademoiselle Giardina en su camerino en el entreacto y yo les servía champán antes de retirarme discretamente. Lo habitual, sin embargo, era que solo le llevara un gran ramo de azucenas y una nota del conde a la joven actriz y esperara en su puerta con el corazón acelerado. Sus papeles alternaban entre pastora, princesa árabe, criada y ninfa de los bosques, según la obra que tocara esa noche. Lo que más me gustaba era que me recibiera la ninfa de los bosques, con su atuendo transparente. En una ocasión, al entregarle una nota, mademoiselle Giardina me acarició la palma de la mano con los dedos, lo que me hizo retirarme rápidamente, muerto de vergüenza y confusión.

Una noche, mientras esperaba en el vestíbulo a que terminara la función, me enteré de que el encargado de coger las entradas a los espectadores, Algrant, un joven de ojos rasgados con los dientes marrones, era el *greluchon* de mademoiselle Giardina, un término que en aquellos tiempos se utilizaba para denominar al amante personal de una cortesana. Fui presa de los celos y no pude quitarle los ojos de encima. Aunque era absolutamente inconcebible que yo llegara a ponerle un dedo encima a la cortesana de mi señor, no me hacía gracia la idea de que aquel sinvergüenza con pinta sospechosa la manoseara gratis.

El conde debía mucho dinero, según pude deducir a raíz de estar a su lado todo el tiempo, presente en la mayoría de sus conversaciones. También me dictaba muchas de sus cartas, ahora que mi francés había mejorado. Apostaba casi todos los días, le pagaba una fortuna a mademoiselle Giardina y se empeñaba en comprar la mejor ropa, los mejores manjares y los mejores caballos. Los ingresos que generaban las propiedades que había heredado nunca eran suficientes.

Un día me dijo que íbamos a salir y me ordenó que preparara un carruaje. Oí con inquietud cómo le decía a Renard que nos llevara al barrio judío.

—¿Para qué vamos a ir allí? —pregunté.

—¿Para qué va a ser? —contestó bruscamente—. Necesito dinero.

Como ya he dicho, los católicos tenían prohibido prestar dinero con intereses, pero aquel era uno de los pocos negocios a los que tenían permitido dedicarse los judíos. Aunque casi todos nosotros prestábamos cantidades insignificantes a los cristianos, para las grandes sumas uno tenía que dirigirse a alguno de los banqueros de verdad.

Yo nunca había conocido a Loeb Hildesheim, aunque había oído mencionar su nombre muchas veces. Vivía y trabajaba en un extremo de nuestro barrio, en una gran casa de la calle Saint-Denis. Cuando el carruaje se detuvo delante de su residencia, yo me encogí contra el respaldo de mi asiento, con la esperanza de que mi señor me dejara esperarle allí. El conde se bajó y se volvió hacia mí.

—Gebeck —me reprendió. Le seguí de mala gana.

La casa tenía buenos acabados. Una joven judía nos abrió la puerta y se ofreció a coger nuestros sombreros. Mi señor se permitió detener la mirada unos instantes en su rostro antes de darle el sombrero con delicadeza. Advertí que la joven se cuidaba de no tocarle los dedos a mi señor al coger el sombrero. Yo también le di el mío, preguntándome si se daría cuenta de que era judío, pero lo cogió sin mirarme.

—Esperen aquí, por favor —dijo mostrándonos una pequeña y acogedora sala de estar amueblada al más moderno estilo parisino. Mi señor se sentó; yo permanecí de pie junto a la puerta.

—Ha llegado lejos, eso hay que reconocerlo —afirmó el conde mientras recorría con la mirada todas las muestras de la riqueza de aquel hombre—. Todo gracias a los intereses —dijo haciendo un gesto con el brazo—. Ese es uno de los motivos por los que la gente les tiene antipatía a los judíos, Gebeck. Dicen que empujan a los jóvenes e inocentes hijos de Francia a gastar más de lo que tienen, haciéndonos caer en una trampa de préstamos y deudas.

—¿Y vuestra señoría está de acuerdo? —pregunté.

El conde se encogió de hombros.

—Supongo que nos facilitan el acceso al dinero para que podamos desperdiciarlo. Pero la prohibición de que los católicos cobren intereses es ridícula.

Justo en ese momento entró Loeb Hildesheim, un hombre augusto de más de sesenta años con una larga barba gris dividida en dos partes terminadas en punta. Le estrechó la mano a mi señor al tiempo que hacía una reverencia apenas perceptible. Me fijé en que llevaba varios anillos de gran tamaño. A continuación se sentó y extendió los faldones de la casaca de seda en el asiento, detrás del cuerpo. Su casquete era de terciopelo carmesí. Una vez que estuvo acomodado, se volvió hacia el conde y, con majestuosa reserva, preguntó:

—¿En qué puedo ayudarle, *monsieur le comte*?

—Necesito doscientos luises —contestó el conde. La joven judía entró con una bandeja de plata con té y un plato de pastas. Me ofreció una también a mí. Me la comí. Loeb Hildesheim esperó a que saliera para seguir con la conversación.

—Eso es mucho dinero —dijo.

—Siempre he cumplido nuestros contratos de préstamo —contestó el conde.

—No es eso, vuestra señoría es un cliente estupendo —dijo el viejo judío, dirigiendo sus atentos ojos hacia mí. Un cosquilleo me recorrió la columna al sentir su mirada inquisitiva sobre mí. Entonces me di cuenta de que solo estaba mirando al vacío, haciendo cálculos—. Con una cifra tan alta, comprenderá que tenemos que incrementar el tipo de interés.

Mientras discutían sobre los intereses, practiqué una expresión gélida de desprecio, imitando el desdén que sabía que sentía aquel anciano hacia mi señor. Hildesheim prosperaba gracias a los libertinos, pero aun así los despreciaba profundamente. No me cabía duda de que él se tomaba apenas un vaso de vino con la cena y no se acostaba más que con su mujer. La templanza era endémica entre los judíos.

Mi señor firmó el contrato de préstamo y obtuvo su dinero. Al salir, sacudió la cabeza.

—Valiente zorro —murmuró—. Bueno, ¿qué tal si nos gastamos un poco de este dinero?

El primer sitio al que fuimos fue a la Place des Victoires, donde mi diminuto señor se apeó del carruaje. Se quedó esperando con las manos bien metidas en un manguito de piel de lince blanca, apoyado en el enrejado que rodeaba el pedestal de la estatua ecuestre de Luis XIV y mirando a una pequeña iglesia que había enfrente, L'Église des Petits Pères, donde acababa de terminar la misa. Los fieles empezaron a salir y a ponerse en camino hacia sus respectivos destinos. Sin embargo, unas cuantas mujeres se quedaron atrás. No parecían tener prisa por ir a ningún sitio y, dispersándose, empezaron a pasearse relajadamente por delante de la iglesia con unos sombreros con plumas de colores que les daban aspecto de aves altivas. Durante todo este tiempo yo permanecí junto al carruaje, desconcertado. Al final, el diminuto conde le hizo un gesto a una de las emplumadas señoras, que se acercó a él. No pude oír su conversación. La mujer se dirigió rápidamente a otra de las señoras y le susurró algo al oído, tras lo cual también esta se acercó al conde con paso ligero. Renard les abrió la puerta del carruaje y ellas se sentaron en el banco que miraba al frente. Yo me senté en el otro, al lado de mi señor.

Los tontillos de sus vestidos eran muy anchos y, al estar apretujadas en el mismo asiento, las faldas quedaron levantadas hasta el punto de que solo veíamos pequeñas franjas de sus animados rostros a través de aquellos setos de seda y tul. Una de ellas, según pude distinguir, era morena y regordeta; la otra era rubia, tenía los ojos saltones y hablaba sin parar con gran entusiasmo. Las altas plumas de sus sombreros estaban entrelazadas y se doblaban contra el techo del carruaje. Noté que mi señor prefería a la morena de almendrados ojos endrinos, pero fue muy amable con las dos y las invitó a acompañarle a su casa de Neuilly. Yo le miré sorprendido; no sabía que tenía otra residencia tan cerca de París.

Llegamos a una preciosa casita, con una valla baja y una cancela que el conde abrió galantemente a las señoras. Las siguió por el camino que conducía a la casa y dio tres golpes bien marcados en la puerta roja, que se abrió inmediatamente y mostró a Le Jumeau, vestido con un calzón de seda verde, medias color marfil y una casaca ceñida azul marino. Nunca le había visto sin librea en un día laborable.

En cuanto entré en el estrecho vestíbulo, el ayuda de cámara me mandó preparar el té. Empecé a abrir armarios y cajones, sin saber dónde estaban las cosas que necesitaba para el té. Sin embargo, la cocina estaba bien equipada y enseguida preparé una apetecible bandeja. Le Jumeau me dio una caja de merengues de colores, que puse en un plato dorado con forma de hoja. A continuación serví al grupo en el salón. Le Jumeau me mandó traer una taza y un platillo más para él. Cuando le serví el té, me miró asintiendo con la cabeza.

—Gracias, Gebeck —dijo sorbiendo el té ruidosamente y cruzando las piernas. El conde no pareció notar aquella falta de respeto. De hecho, todas las normas habituales del servicio parecían no tener vigencia en aquel lugar. Acababa de volver a la cocina para tomarme mi té cuando oí vociferar a Le Jumeau: «¡Gebeck!». Regresé corriendo al salón.

—Lleva a mademoiselle Charelle arriba —dijo señalando a la joven morena y regordeta—.

La primera habitación al final de las escaleras.

Conduje a la pequeña salchicha escaleras arriba, abrí la primera puerta que vi y me llevé una sorpresa al encontrarme con todo un despliegue de látigos y fustas colgados ordenadamente de la pared. La mujer morena se acercó a la colección con aire resuelto y, con la actitud de una experta, cogió una larga fusta, la levantó por encima de la cabeza y la sacudió hacia mí riéndose. Al sentir el escozor en la mano, pegué un brinco y me lamí los nudillos. En ese momento entró el conde, caminando como un pato y vestido solo con la camisa y las medias rojas arrugadas, seguido de Le Jumeau. La cotorra rubia de ojos saltones apareció detrás de ellos con una cuerda. Una atmósfera extraña y silenciosa envolvió al grupo cuando ocuparon sus puestos. Profundamente avergonzado, agarré el pomo de la puerta.

—Gebeck —dijo Le Jumeau cortantemente, lo que me hizo detenerme. Me quedé quieto, con la puerta entornada, mirándole con un gesto de súplica—. Está bien, vete —dijo asqueado.

Con la sensación de que no había superado alguna clase de prueba, y sin embargo aliviado, pasé la hora siguiente en el acogedor salón del piso de abajo, comiendo los merengues que habían sobrado y leyendo una novela que encontré en una balda. Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo en el piso de arriba, me asustaba y me repugnaba. Al final me quedé dormido, hecho un ovillo en el sofá. Me despertó una palmada en el trasero propinada por la rubia de ojos saltones, vestida solamente con una camisa.

—¿Cómo está nuestro pequeño inocente? ¿Durmiendo? —preguntó mientras se metía en el hueco entre mi cuerpo y el respaldo del sofá y me acunaba como a un bebé. Entonces se sacó un enorme y tembloroso pecho para que yo mamara de él, sujetándoselo con los dedos, lo que hizo que Le Jumeau y la morena con forma de salchicha no pudieran contener las carcajadas. Cuanto más giraba yo el cuello para no tocarle el pezón, que era tan grande como un plato, más se desternillaban ellos dos. Al final me libré de ella, enfadado y humillado, con la peluca torcida, y me quedé jadeando en medio de la habitación. Le Jumeau me dio una palmada en un lado de la cara, de una forma que resultó al mismo tiempo fraternal y amenazadora.

—Eso por desertar —dijo mientras se dejaba caer sobre un sillón y ponía una pierna encima del apoyabrazos. Le guiñó un ojo a la rubia de ojos saltones, que se bajó del sofá y se acercó a él gateando. La morena se desplomó sobre el otro sofá y se quedó tumbada, suspirando, con el brazo sobre los ojos.

—¿Dónde está el conde? —pregunté.

—Arriba, Le Naïf. Tú tienes el privilegio de limpiarle —dijo Le Jumeau. Apoyó la cabeza en el respaldo y sus oscuros labios dibujaron una sonrisa perezosa mientras me miraba con los ojos entrecerrados, con la mano abierta apoyada en la cabeza de la rubia, que se meneaba arriba y abajo—. Encontrarás todo lo que necesitas en la caja que hay encima de la cómoda. Vamos, tenemos que llevarle a casa.

Encontré al conde solo, desnudo, en una silla. Los ojos marrones y caídos tenían la mirada perdida y la espalda le brillaba por la sangre, de la que también había manchas en el suelo. Me entraron arcadas y tuve que abrir la ventana, sacar la cabeza y tomar

grandes bocanadas de aire desesperadamente. Pronto me acostumbraría a aquello.

En las semanas siguientes, cuando estaba sola, o cuando tenía un descanso en la residencia de ancianos, Masha a veces metía la mano en el bolso y sacaba la tarjeta color crema de Derbhan Nevsky. Tenía las letras negras en relieve:

REPRESENTACIÓN DE ACTORES
DERBHAN NEVSKY

Pasó el pulgar por encima una y otra vez, hasta que la tarjeta quedó endeble y gastada. No había nada de malo en conservarla.

Eli la invitó a salir tres veces más. Una noche, Masha estaba sentada en su cama cepillándose el pelo cuando Yehudis entró dando saltitos, se sentó en su propia cama de un brinco y la miró desde el otro lado de la habitación con una enorme sonrisa.

–Adivina –dijo.

–¿Qué pasa? –preguntó Masha.

–La señora Cohen acaba de llamar a mamá y han estado hablando un buen rato. Le ha dicho que la madre de Eli está convencida de que Eli te va a pedir que te cases con él. No ha dicho cuándo ni nada, pero ha dicho que no hay ninguna duda de que tiene pensado hacerlo.

–Vaya –musitó Masha.

–Ay, Mashie, ¡cómo me alegro por ti! Qué suerte tienes –exclamó Yehudis, que había saltado a la cama de Masha y la estaba abrazando, con los ojos llenos de lágrimas.

–Todavía no me lo ha pedido –dijo Masha.

–Pero te lo va a pedir. ¡La señora Cohen ha dicho que no había ninguna duda! No le digas a mamá que te lo he contado; ella cree que no lo sé, la he oído contárselo a papá.

–¿Cuándo piensa mamá contármelo a mí?

–Ahora mismo. Me vuelvo abajo. Ay, Masha, qué emocionante, ¡es monísimo!

Yehudis desapareció. La felicidad se coló sigilosamente en el corazón de Masha y se asentó allí, como un visitante inesperado.

Al día siguiente, Eli vino a buscarla. Masha salió de casa con un vestido largo de color amarillo. En el restaurante pidió unas patatas fritas, pero no pudo comérselas. Eli estaba sentado con el sombrero negro apartado de la frente y con su rostro sincero y relajado bañado en la cálida luz que entraba por la ventana.

–Cásate conmigo, Masha Edelman –dijo.

–Me da miedo decepcionarte –contestó Masha.

–Sé que eres una persona delicada. Sé que fuiste a Manhattan aquel día. Sé todo eso.

–¿Por qué ibas a querer a alguien así?

–Tu salud no me preocupa. Pase lo que pase..., le haremos frente a lo que venga. Y... la gente hace locuras. Eso no quiere decir que seas una mala persona. O sea, no vas a dejar de cumplir los *mitzvot*, vas a observar el sabbat, vas a criar a nuestros hijos como judíos, ¿no? Tampoco yo soy tan estricto –afirmó Eli–. Uso Internet, leo, sé lo que hay por el mundo... Supongo que no pasa nada, siempre que hagas las cosas que tienes que hacer.

–De acuerdo, casémonos –dijo Masha–. Pero tiene que ser pronto.

–¿Cómo de pronto?

–Lo antes posible.

Cuando Masha volvió a casa y dio la noticia, Pearl rompió a llorar. A continuación se pasó una hora y media llamando a familiares y amigos cercanos para invitarles al *lejaim* aquella noche. Miriam se encargó de comprar el vino, Yehudis y Alyshaya hicieron las ensaladas. Suri y los pequeños ayudaron a Trina, la asistente, a limpiar la cocina y poner la mesa bajo la tensa supervisión de Miriam. Dovid y Simchee llegaron con Mordecai a las seis, enterados ya de la noticia. A Mordecai se le humedecieron los ojos al abrazar a su hija, que sintió su barba sedosa contra la mejilla. Aquella noche, los novios quedaron immortalizados en innumerables fotografías, empalidecidos por los *flashes*, y sus alegres sonrisas endulzaron los *pen drives* de todos los presentes. Masha quedó casi cegada por la cantidad de *flashes* que se dispararon. Sentía un temor agradable en el estómago. Ella y Eli no se tocaron, pero su falta de contacto parecía palpable; el espacio que los separaba era un campo de energía. Todas las chicas se agolparon alrededor de Masha para decirle emocionadas lo guapo que era Eli. Lo cual era cierto.

Al día siguiente, llamó a Hugh y le dijo que iba a tener que buscarse a otra compañera de escena.

–Voy a casarme –dijo. Él se quedó callado durante unos instantes.

–Bueno, has tomado una decisión. Eso es lo principal –contestó. Parecía apenado.

–Sí. Hasta luego, que te vaya bien –dijo Masha colgando el teléfono. Así era como tenía que ser. Aquello era lo adecuado, lo sano y lo correcto. Así y de ninguna otra manera. Pidió a Jashem que la mantuviera a salvo de su propio egoísmo. Yo traté de hablar con ella, pero no me escuchaba. Destruía todos los pensamientos disidentes, vinieran de donde viniesen.

Eli le regaló un anillo y una pulsera de diamantes. El anillo tenía un engaste sencillo y muy bonito y un diamante más grande que los de sus hermanas. Los padres de Eli eran de posición acomodada. La pulsera de diamantes le resplandecía en la muñeca, como un hilo de luz.

Eli vino a pasar el shabbos a casa de los Edelman. Cantó con los otros hombres. A Masha no se le pasó por la cabeza cantar con ellos. Yo hice todo lo posible para que

deseara hacerlo, pero ella espantó los pensamientos. Eli tuvo que marcharse después de cenar. Se alojó con los Weingott, los vecinos de la casa de al lado. No podía dormir en la casa, era demasiado tentador. La familia los dejó a solas un momento en la puerta, para que se despidieran.

—Nos vemos mañana —dijo Eli en voz baja. Los separaban apenas unos centímetros. Masha sintió cómo el deseo recorría su cuerpo.

—Vale —susurró.

A la mañana siguiente, fui posado en el sombrero de piel de Mordecai mientras toda la familia se dirigía a la sinagoga: Pearl, con Estie de la mano, Mordecai empujando el carrito de Leah, Dovid y Simchee mirando al suelo, Ezra y Suri peleándose, Miriam con su numerosa prole de cuatro niños muy inquietos, el irritantemente guapo Eli, que aún era el invitado, y por último Masha y Yehudis, que cerraban la procesión e iban intercambiando risitas. Alyshaya se había quedado en casa con su bebé, pero Yitzak, su marido, vino corriendo hasta alcanzar a Eli. Lo cierto es que era una formación impresionante. Cuando entraron en la sinagoga, la familia se dividió: las mujeres y las niñas fueron a la sala reservada para ellas, en la parte trasera del edificio, y los hombres y el pequeño Ezra se dirigieron a la parte delantera del *shul*. Cuando los dos sexos se encaminaron hacia sus respectivas puertas con aire decidido, yo me quedé flotando, indeciso. Aunque en mis tiempos no teníamos sinagoga en París, había asistido a oficios religiosos en Metz cuando fuimos a visitar a mis primos. Recuerdo que de niño me había sentido muy importante al caminar hacia la parte principal de la sinagoga con mi padre y mi hermano mientras mi madre se metía en la galería con las otras mujeres, apretujadas como animales en un corral. Esta vez, sin embargo, decidí quedarme con las chicas. No quería dejar a Masha. Se acercaba el final de nuestra historia. Una vez que se casara, yo ya podía palmarla, total...

La zona de las mujeres, en la parte trasera de la sinagoga, estaba bastante llena pero era agradable, con unos bancos con tapicería nueva y un ingenioso panel de separación con forma de persiana veneciana, hecho de lamas con espejos. De esta forma, las mujeres podían ver trocitos de los hombres con sus sombreros negros y oír la ceremonia, pero los hombres no podían ver absolutamente nada del enclave femenino. Allí Masha podía cantar libremente. Su voz grave, inquietante y cargada de sentimiento se fundió con las de Yehudis y Pearl, Miriam y Suri y Estie, y las de todas las otras mujeres que estaban allí de pie con sus libros de oraciones en las manos. La fuerza de sus voces era impresionante. Entendí por qué podía distraer a los hombres, que después de todo estaban intentando rezar con total concentración, pensando solamente en el Creador. Fui volando hasta una de las lamas con espejos y me quedé posado entre los dos mundos durante unos instantes. Después alcé el vuelo y me fui con los hombres un rato. Flotando sobre el mar de sombreros negros en movimiento, fui descendiendo poco a poco, examinando los rostros de los hombres hasta divisar a los nuestros en la parte delantera, cerca del cantor litúrgico. Dovid estaba rezando como un loco, balanceándose adelante y atrás como si tuviera un muelle en la cintura. Los otros se movían con más discreción,

pero todos estaban profundamente absortos en la oración. Giré y descendí un poco más, aprovechando la oportunidad para observar de cerca a mi competidor. Eli tenía los ojos cerrados y no se dio cuenta de que estaba zumbando alrededor de su cara. Aquel era el miserable que iba a robarme a mi chica. Él y su hoyuelo en la barbilla. ¿En qué acabaría aquella unión? ¿Cómo se olvidaría Masha de sus deseos y entraría otra vez a formar parte de aquel mundo? ¿Podría ser feliz con él? Había que reconocer que Eli era atractivo. Compartirían risas, placeres sensuales. Quería que Eli muriera, y sin embargo aquello no parecía estar al alcance de mis escasos poderes. ¿Qué podía hacer un insignificante demonio contra la fuerza del destino? Volví a la zona de las mujeres, aterricé en el bolso de Pearl y me quedé allí con el ceño fruncido.

Unas semanas más tarde, en la celebración de la pedida en el sótano del *shul*, Eli estaba bailando *break-dance* con algunos de los otros jóvenes. Las mujeres bailaban unas con otras en su lado de la sala. Por primera vez desde que era niña, al observar a Eli, Masha pensó que estaría bien tener un bebé.

Pearl la llevó a la mejor tienda de pelucas de Brooklyn, a la que iban las mujeres jasídicas, para buscar lo que necesitaba. Alyshaya, la experta en cuestiones capilares, las acompañó. Pearl hizo salir a Masha a la calle cinco veces para comparar el color de su propio cabello con el de varias pelucas morenas brillantes. Cada vez que Masha inclinaba la cabeza para ponerse otra peluca y se echaba el pelo hacia atrás parecía una persona diferente. La primera tenía flequillo; aquella joven parecía moderna e independiente. La siguiente lucía una melena corta. Tenía aspecto de chica mona y responsable. Hasta consiguió que Pearl la dejara probarse una peluca larga y rubia. A Masha le pareció que estaba despampanante, pero no se atrevió a decir nada.

Pearl se echó a reír.

—Cariño, es un *sheitel* de diario lo que estás buscando.

Alyshaya, que estaba entretenida probándose una media peluca y que tenía su maravillosa peluca apoyada en una silla y su mata de pelo crespo recogida en una coleta despeinada, se acercó a la silla de Masha.

—Tienes el mejor color de toda la familia, no te lo cambies. Y encima le tocó el mejor pelo —dijo con desazón volviéndose hacia su madre—. Ni siquiera se le riza.

—El rubio es más para las mujeres mayores —añadió la peluquera, una mujer israelí con una boca grande y flexible.

—Buena idea —afirmó Pearl riéndose—, ponte rubia cuando tengas mi edad, para entonces te va a hacer falta.

Había dos chicas muy jóvenes con pantalones vaqueros cepillando pelucas en un rincón. Al oír este comentario, ambas soltaron una risita y una de ellas dijo algo rápido en español. Las Edelman las miraron con un gesto amable de sorpresa y después volvieron a su conversación.

—¡Deberías comprarte una nueva, mamá! —dijo Alyshaya.

—Sí —dijo Masha—, pruébate una.

Pearl negó con la cabeza, encantada de estar con sus hijas.

—¡Si no me hace falta!

—¿Cómo que no? —contestó Alyshaya—. Esta tiene..., ¿cuántos años tiene esta cosa? —preguntó tocando la peluca caoba de su madre.

—No sé, tendrá... ¿unos ocho? ¿Ocho años?

—¡Se le ha ido todo el color! ¡Necesitas una peluca nueva! —exclamó Alyshaya.

—Primero vamos a comprar todo lo que necesita Masha y después miramos cómo está la cuenta del banco —dijo Pearl con firmeza—. A mí personalmente me ha encantado la segunda que te has probado.

Al final se decidieron por una. El pelo, de origen desconocido, era negro, brillante y de una abundancia poco natural. Era más corto que su pelo de verdad, capeado, estiloso, rizado a la altura de los hombros. Llevar la peluca era emocionante. Era como ser otra persona; una mujer organizada, equilibrada. Estaba deseando llevarla puesta.

Un día recibió una llamada de Bridget.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Masha.

—¿Seguro?

—Sí, es que... voy a casarme.

—Ya lo sé. Si eso es lo que quieres, Masha, enhorabuena. A mí me pareces algo joven para casarte, pero no es asunto mío. Me da pena que nos dejes.

—No puedo hacer las dos cosas —dijo Masha.

—Ya —contestó Bridget—. Entiendo que es difícil y respeto tu decisión. Solo quiero que sepas que... si alguna vez necesitas algo, me tienes aquí, ¿vale?

—Vale —dijo Masha—. Adiós.

Colgó el teléfono. ¡Bridget pensaba que le estaban lavando el cerebro! Masha estaba enfadada. ¿Por qué iba a tener que ser más importante su estúpido deseo infantil de ser otras personas que su Dios?

Yo estuve deprimidísimo en aquella época. Hasta perdí el interés en el sexo. Me limitaba a ir arrastrándome de un sitio a otro muy despacio, como una mosca moribunda, que es como me sentía. El Viejo Cabrón iba ganando. Mi amada acabaría convertida en una buena judía después de todo. Casada y amordazada. Día tras día intentaba introducirme en sus pensamientos, le suplicaba que no echara a perder su talento, pero ella se burlaba de mí.

Al final logré una sola concesión de mi reina recién domeñada. Le dije que tenía que ir a la escuela una vez más, a darle a Bridget el dinero que le debía y a despedirse. ¿Por qué tendría que retirarse con el rabo entre las piernas como si se avergonzara de algo? Allí la habían tratado bien, habían creído en ella; les debía una última visita. Fue un intento desesperado, pero funcionó. Masha se puso la chaqueta a las cinco y cuarto y se despidió de la enfermera que estaba de guardia en la residencia de ancianos. Recorrió las diez manzanas hasta la escuela de Bridget, mirando al cielo. Los días volvían a ser

largos. Verano. Se sentía feliz y liviana.

Llegó a la escuela media hora antes de que empezara la clase y se dirigió al despacho de Bridget con el sobre del dinero en el bolsillo. Bridget estaba en su mesa, hojeando el periódico. Levantó la vista por encima de las gafas de leer y sonrió.

–Masha –dijo–, me alegro de verte. Siéntate.

–He venido a traerte el dinero, lo que tengo. No está todo, pero te pagaré el resto cuando pueda –dijo Masha poniendo el sobre en la mesa.

–No te preocupes –dijo Bridget–. Gracias. Siéntate. ¿Estás bien?

–Sí –contestó Masha, que se sentó y se puso de pie con un solo movimiento–. Debería irme.

–¿Por qué no te quedas a ver las escenas? –preguntó Bridget–. Van a estar bien. Hugh y Shelley están haciendo *Perversiones sexuales en Chicago*. Ellie y Mike van a hacer *Verano y humo*, que espero no tener que volver a ver en lo que me queda de vida, pero eso no se lo digas a ellos.

Masha sonrió, avergonzada al convertirse en confidente de Bridget. La estaba tratando como a una igual.

–Venga –dijo Bridget–, te puedes sentar conmigo. Por los viejos tiempos.

Eso era todo un acontecimiento. Nadie se sentaba con Bridget, salvo algún profesor invitado de vez en cuando. Una vez, un antiguo alumno, Jeff Huff, que ahora era actor profesional e incluso algo así como una estrella de la televisión, se había sentado a su lado y había hecho comentarios de las escenas. El que fuera famoso no era nada comparado con que se le hubiera permitido sentarse con Bridget, con haber recibido su bendición. Ahora era lo mismo con Masha. Se sintió como una elegida. Hugh y Shelley terminaron de preparar el montaje para su escena. Hugh levantó las manos con los pulgares en alto mirando a Masha, sorprendido de verla allí. Después, ella le oyó hacer sus ejercicios de relajación, que sonaban como bostezos, y se lo imaginó haciendo estiramientos entre bastidores, en su mundo. Cuando él y Shelley interpretaron la escena, Masha tuvo que combatir un intenso sentimiento posesivo. Hugh era *su* compañero de escena. Él y Shelley eran graciosos, naturales; su tempo cómico era excelente. A Masha le estaba subiendo la temperatura de las mejillas. Se moría de ganas de estar encima de ese escenario.

Cuando terminaron las escenas, Masha abrazó a todas las chicas y sonrió a los chicos. Todos la felicitaron y alabaron su anillo. Le dijeron que se pasara a verlos de vez en cuando. Hugh se limitó a saludarla con la cabeza y se fue. Masha notó que estaba decepcionado, quizá incluso enfadado con ella. Cuando iba caminando por el pasillo hacia la recepción, se encontró a Miriam allí de pie, abrazada a su gran bolso morado como si fuese un flotador salvavidas. Una oleada de miedo le recorrió el estómago y le llegó hasta las muñecas.

Llegó hasta su hermana y se quedó quieta sin hacer nada, con el corazón acelerado.

–He ido a la residencia para hablar contigo de la boda durante tu descanso y me han dicho que te habías ido, que los martes sueles irte sobre las cinco y media –dijo Miriam con tono de enfado, cogiendo a Masha del codo y llevándola fuera–. Al salir te he visto al

final de la manzana y te he seguido hasta aquí. Llevo dos horas esperando.

–Solo me estaba despidiendo –dijo Masha.

–Camina deprisa, mamá está esperando.

–¿Se lo has contado?

–Claro que la he llamado. ¿Esperas que mienta?

–No te estoy pidiendo que mientas.

–No contárselo sería mentir.

Cuando llegaron a la casa, Pearl estaba tensa y muy callada. Le cogió la chaqueta a Masha y la colgó en el armario del recibidor. Mordecai estaba en el salón, caminando por el suelo de madera de un lado para otro, con partes de la camisa blanca arrugada por fuera de los pantalones negros y los nudos de los flecos protectores colgándole de la gruesa cintura.

–No entiendo cómo has podido ser tan taimada –dijo–. Eso es lo que no entiendo. ¿Necesitas actuar? ¿Es eso? ¿Eso es lo que pasaba aquel shabbos? ¿Necesitas actuar delante de hombres?

–Papá, por favor...

–Solo explícame cómo te has vuelto tan artera. ¿Cómo ha ocurrido? ¡No te reconozco! Tú no eres mi Masha, ¿quién eres tú?

–Morty... –empezó a decir Pearl, secándose una lágrima de la cara.

–No me... –El amable Mordecai puso una mano en alto con un gesto de firmeza desacostumbrado en él–. Esto es algo de lo que hay que hablar. Este no es un asunto que se pueda pasar por alto, no podemos actuar como si no hubiera ocurrido. Masha, siéntate. A ver, ¿con qué dinero estás pagando esas clases de interpretación?

–Con el de la residencia de ancianos. Solo he ido a llevar el dinero. Dejé las clases, papá.

–Así que te buscaste ese trabajo en la residencia del que todos estábamos tan orgullosos para poder salir de casa disimuladamente y para pagarte unas clases de interpretación con un montón de... ¡a saber con quién! Supongo que con chicos, claro.

–Y con chicas. No tenía nada que ver con los chicos..., solo era para aprender a actuar. Sabíais que me encantaba, no es ninguna sorpresa.

–Lo que es una sorpresa, jovencita, es que no tuvieras ningún reparo en engañar a tu familia y a tu futuro marido.

–Pero he dejado las clases –dijo Masha desconsoladamente.

–¿Querías dejarlas? –preguntó Mordecai, suavizando el tono.

–No lo sé –contestó ella–. Quería querer dejarlas. Sí.

–Creo que tenemos que contárselo a los padres de Eli –dijo Mordecai a Pearl.

–No, por favor –suplicó Masha.

–¡No voy a permitir que me hagas quedar como un hombre deshonesto! –dijo Mordecai con la cara enrojecida.

–Al menos dejad que se lo cuente yo a Eli.

–Masha –dijo su padre–, sabes que te quiero y que quiero que seas feliz. Esta forma de vida no es una celda; esta casa no es ninguna cárcel. Más que nada en el mundo, espero

que todos mis hijos obedezcan la Torá como la obedezco yo, como la obedece tu madre. Nos partirás el alma si te vas, pero no vamos a encadenarte. Además, esta situación no solo te concierne a ti. Le concierne a Eli. No voy a permitir que le arruines la vida a un hombre. Eli quiere una esposa, no una... una hipócrita. O una actriz. Todos queremos que hagas algo con tu vida, Masha, queríamos que recibieras una educación y tú decidiste dejarlo, tú decidiste no ir a pasar un año a Israel. —Miró a Pearl con un gesto sombrío—. No tendríamos que haber permitido que dejara la formación profesional. Tanto tiempo aquí sentada sin hacer nada..., a esto es a lo que ha conducido.

A la mañana siguiente, Eli y Masha estaban sentados en la mesa de la cocina en silencio. No había nadie en casa aparte de Pearl y el bebé, que estaban en el piso de arriba. Eli no dejaba de dar vueltas a su vaso de tubo con los dedos. Masha observó el movimiento del refresco de cola: montones de diminutas burbujas explotaban en la superficie, como peces comiendo. El reloj de la cocina hacía muchísimo ruido; nunca se había fijado en el estruendo que causaba ese reloj. Cada tic tenía un eco, un pequeño cometa de sonido, como un tambor.

—Te voy a ser sincero: me veo en un dilema —dijo Eli con la voz entrecortada. Masha tenía la mirada fija en las burbujas de su refresco—. ¿Cuánto tiempo estuviste yendo a esas clases?

—Tres meses —contestó Masha.

—¿O sea que todo el tiempo desde que nos conocimos estuviste yendo en secreto y nunca lo mencionaste?

—Quería contártelo, pero... no fui capaz de decirlo. Pensé que no te parecería bien.

—Bueno, supongo que ahora nunca lo sabremos.

—¿Te habría parecido bien? —preguntó Masha.

—¿Que si me habría parecido bien que fueras a clases de interpretación, con chicos? No. Pero... ya sabes que no soy muy estricto... La cosa es que no ibas solo para divertirme, sino que esperabas que las clases condujeran a algo, ¿no? No entiendo cómo estuviste yendo en dos direcciones al mismo tiempo.

—Pero lo dejé por ti —dijo Masha en voz baja. Al pronunciar estas palabras, tuvo la sensación de que no eran ciertas. ¿Por qué había dejado las clases? No se acordaba. Se sentía estúpida, confundida—. ¿Es más por las clases o por no habértelo contado? —preguntó con una voz aguda y sumisa que no era la suya.

Eli se quedó callado unos instantes, sin dejar de dar vueltas al vaso.

—Tengo la sensación de que no te conozco como creía, y me da miedo —dijo levantando la mirada hacia ella. Se le estaba enrojeciendo e hinchando la cara, como una espinilla inflamada a punto de explotar. Masha se dio cuenta horrorizada de que Eli estaba a punto de llorar.

—Lo siento —dijo.

—Yo también —contestó Eli. A continuación se levantó y se fue.

Masha subió las escaleras lentamente y se tumbó en su cama. Se quitó la pulsera y el anillo de diamantes y los dejó en la mesilla de noche, donde brillaron con luz trémula. Le

pesaba el cuerpo. Pearl entró en la habitación, se sentó a su lado y le acarició el pelo hasta que se oyó el portazo del primero de los niños que volvía a casa. Según fue avanzando la tarde, Masha oyó a sus hermanos pequeños volviendo del colegio en oleadas. La casa se llenó de ruidos. Masha se sentó en la cama, con el brillante cabello cayéndole en cascada. Bajó las escaleras, tocó la *mezuzá atornillada a la jamba de la puerta de la cocina y se besó los dedos.*

—Mamá —dijo—, voy a salir a dar un paseo.

—¿Adónde vas? —preguntó Pearl—. ¿Quieres que te acompañe Yehudis?

—No, por favor. No voy a ir lejos.

Se detuvo en el paseo marítimo entablado y contempló la vista. El cielo tenía el color de la nieve de un día. El mar era verde camuflaje. Había un vaso desechable enterrado en la arena gris, con una zapatilla sucia al lado. Unos trozos de servilleta de papel se arremolinaban con la brisa, como una bandada de aves blancas agitadas. Un joven corpulento pasó por la orilla haciendo footing sin demasiado entusiasmo, con una sudadera granate, avanzando pesadamente con la mirada dirigida al suelo y las manos en los bolsillos.

Como si alguien enfadado hubiera levantado una persiana bruscamente para despertar a un dormilón, la luz inundó el mar y lo tiñó de un color entre blanco y plateado. La capucha del corredor se volvió de un rojo luminoso, la arena se transformó en una franja amarilla. Atraída por la luz, Masha bajó las escaleras metálicas hasta la playa, poniendo un pie entumecido delante del otro, con la mirada fija en el agua cegadora. Le costaba andar por la arena con las botas. Se sentía como si flotara por encima de sus pensamientos, incapaz de hacer otra cosa que caminar hacia el mar. Tenía la mente tan vacía como un reluciente cuenco metálico que solo contenía el reflejo deformado de aquello que lo rodeaba: el mar cegador, la arena clara, la mancha roja en movimiento del corredor, el azul claro del cielo entre los fragmentos de nubes grises. Aquella luz era un bello accidente en medio de una fea tarde. Tenía la sensación de que había recorrido un larguísimo camino para ver aquello.

Encontró la gastada tarjeta de Derbhan Nevsky en el bolsillo con cremallera de su bolso y le llamó. Estaba en casa de Bridget, a diez minutos de allí. Sabía exactamente dónde estaba Masha. Iría enseguida, estaría allí lo antes posible. Masha se sentó en la fría arena y esperó. Cuando le vio en el paseo marítimo, dando saltitos como un espantapájaros electrificado, le mandó un mensaje a su madre: «Te quiero, mamá. No me busquéis. Llamaré pronto. Masha». Después le quitó la tapa al teléfono, sacó la tarjeta SIM y la tiró al mar.

El hijastro de Leslie, Bud, era inexpresivo por naturaleza, budista por elección, y quizá estuviera un poco deprimido. Siempre había sido algo melancólico, incluso de niño. Ya antes de los diez años le separaba el correo a Leslie en montones: facturas, propaganda y cartas personales. Aquella mañana subió del sótano con su hija, Chloe, apoyada en su esquelética cadera. Leslie levantó la vista de sus cereales.

–Pero ¿quién está aquí? –dijo Leslie estirando los fuertes brazos. Bud le dio al bebé y, con su gesto serio, observó cómo la niña daba botes sobre la ancha rodilla de su padrastro.

–En tus piernas parece mucho más pequeña –comentó mientras desataba la bolsa de plástico del pan de molde.

–Todo es relativo –dijo Leslie–. ¿Jenny sigue dormida?

–No, solo está tumbada en la cama mirando al techo –contestó Bud–. Ha pasado una mala noche.

–Pues tú tienes buena cara –dijo Leslie dirigiéndose al bebé, que se estaba chupando el puño.

–Sí, ella está estupendamente. Los bebés son fuerzas destructoras –dijo Bud, que cogió la tostada al vuelo cuando salió disparada de la tostadora.

–¿Tiene hambre?

–Acaba de comer –contestó Bud, que mordió la tostada y dio un sorbo de café–. Me tengo que ir a trabajar. ¿Puedes quedarte con ella diez minutos mientras sube Jenny?

–Claro –dijo Leslie–. ¿Dónde es el trabajo?

–En Quogue. Es el mismo tipo del año pasado, ¿te acuerdas del anexo de la caseta de la piscina? Lo está ampliando.

–Un anexo al anexo. Eso siempre es una buena idea –dijo Leslie.

–Creo que simplemente le gusta tener compañía. Es un hombre mayor.

Bud se puso el cinturón portaherramientas en la estrecha cadera, le dio un beso en la cabeza a su hija y se marchó.

Deirdre entró con una bata ligera de color melocotón.

–¿Cuánto hace que se ha levantado? –dijo cogiendo al bebé.

–Bud se acaba de ir. Jenny ha pasado mala noche.

–Bueno –dijo Deirdre, meciendo al bebé y oliéndole la cabeza–, nosotros te cuidaremos, ¿verdad, Chloe?

Bud y su esposa de diecinueve años, Jenny, se habían ido a vivir con Leslie y Deirdre unas semanas antes de que naciera el bebé. Bud había dicho que solo necesitaban un sitio desde el que empezar. Leslie le ayudó a acondicionar un pequeño apartamento para

los recién casados en el sótano. Tenía todo lo que necesitaban, menos luz, pero de todas formas casi siempre estaban arriba con Leslie y Deirdre, o fuera en la piscina cuando hacía buen tiempo. Era estupendo tener a la niña allí. Pero Jenny era partidaria de las grandes familias. Es más, tanto ella como Bud tenían una cierta actitud de franqueza pasiva que, por lo que suponía Leslie, quizá no era compatible con el uso habitual de métodos anticonceptivos. Se imaginaba a una pandilla de nietos budistas, del tamaño de un equipo de béisbol, saliendo de aquel sótano en años venideros. Lo que no acababa de ver era a Bud manteniéndolos a todos.

Una hora más tarde, Leslie estaba paseándose con el cuerpo flácido y dormido de Chloe en el hombro mientras hablaba con Vera por teléfono. La pequeña madre, Jenny, apareció con los ojos hinchados y el pelo estropeado recogido en unas trenzas, levantó los brazos y cogió a la niña dormida del gigantesco hombro de Leslie. El cuerpo del bebé conservó la forma de media luna, como si se hubiera amoldado al brazo de Leslie, y las piernas flexionadas y en tensión. Jenny la acostó con delicadeza en un pequeño moisés junto al sofá. Extendiendo los brazos y las piernas, sin abrir los ojos, el bebé se estiró mientras gruñía y se frotaba la nariz. Echaba en falta el calor de su abuelo. Leslie vio cómo Jenny le agitaba un chupete delante de los labios y se lo metía en la minúscula boquita. Su nieta volvió a dormirse, moviendo la goma en la boca y relajando los brazos y las piernas. Leslie le sirvió un café a Jenny y se lo dio, con el teléfono todavía pegado a la oreja.

—Y por último, acaba de llamar un tipo para un proyecto grande —anunció Vera. Tenía una voz nasal y firme, y hablaba con una brusquedad que inspiraba confianza. A Leslie le encantaba aquella voz—. Ross Coe. Tiene un barco al que quiere que le eches un vistazo.

Ross Coe. Era aquel tipo tan raro del negocio de barcos de East Hampton. El de la cara de goma.

—Ay, Dios —dijo Leslie—. ¿Qué clase de barco?

—Dice que es un modelo clásico, pero no ha entrado en detalles. Sus palabras exactas han sido «una obra maestra en potencia».

—No es un tipo muy agradable que digamos.

—Pero suena a dinero —contestó Vera—. Las obras maestras clásicas llevan tiempo. Recuerda lo que te dije de la gente de mucho dinero.

—Debería acercarme a verlo —dijo Leslie—. ¿Dónde está el barco?

—Se lo han traído remolcado desde Rhode Island. Lleva años fuera del agua.

—Va a tener el casco rajado.

—Más trabajo para ti —dijo Vera con buen humor—. Ha dicho que sobre las dos sería perfecto.

Leslie suspiró.

—¿Hoy?

—Ha dicho que ya has estado allí.

—Sí, sé dónde es —contestó Leslie con desánimo.

A la hora acordada, Leslie fue a casa de los Coe en su camioneta para echar un vistazo al misterioso yate. Condujo despacio por la entrada circular, haciendo crujir la gravilla

bajo los neumáticos, y aparcó delante de la gigantesca casa, que era mucho más grande de lo que le había parecido cuando había ido a buscar a Don y Libby, la noche del Hada Verde. Era una mansión de estilo tradicional, seguramente construida en los años veinte, con unas curiosas contraventanas de color verde claro sujetas a las tablillas de madera marrón de la fachada. A lo largo de toda la parte delantera de la casa había una hilera de rosales perfectamente podados. El propio Ross Coe se acercó a la camioneta de Leslie incluso antes de que apagara el motor, vestido con unos pantalones cortos caqui, un polo rosa con el cuello levantado y unos mocasines. Tenía el pelo ondulado recién cepillado y su rostro reconstruido, que resultaba espeluznante a cualquier hora del día, mostraba los morritos sonrientes que siempre exhibían los miembros de la alta sociedad. Mientras se bajaba de la camioneta, Leslie se dio cuenta de que Coe tenía cara de mujer. Eso era: era un hombre relativamente joven con la cara de una mujer mayor que había pasado muchas veces por el quirófano. A Leslie le entraron ganas de darse la vuelta y volver a meterse en la camioneta, pero se inclinó hacia él, le tendió su enorme mano y estrechó la suave manita de Coe, fijándose mientras lo hacía en que llevaba brillo en los labios hinchados.

—¿Dónde está el barco? —preguntó, casi sin poder soportar la repugnancia que sentía.

—Justo ahí detrás, en el garaje grande —contestó Coe—. No sabe lo contento que estoy de haber dado con usted.

—¿Cuánto hace que está fuera del agua? —preguntó Leslie.

—Pues yo diría que unos tres o cuatro años —dijo Coe—. El tipo que lo iba a restaurar murió de un ataque al corazón y la familia lo dejó pudriéndose en un almacén.

Seguido de Leslie, Coe rodeó la casa por un camino que salía de la entrada para coches hasta llegar a un gran garaje, con tablillas a juego con las de la casa. A lo lejos, Leslie alcanzó a ver una larga piscina y una estructura de piedra de estilo paladiano, con varias columnas y un tejado abovedado. Coe le vio mirando hacia allí.

—Eso es el ninfeo —explicó—. Un capricho de mi madre. Siempre estaba construyendo cosas de estilo griego. Ella era griega. Luego le enseñó la casa —se ofreció mientras tiraba de la puerta corredera del garaje, que se enrolló con un traqueteo. Dentro relucía un gran yate de madera con motor. El casco negro resplandecía con un brillo mate en la oscuridad del garaje. Era una belleza destartada. Al verlo, Leslie sintió una sacudida en el estómago.

—Un Futura —dijo—. Nunca había visto uno con el casco negro.

—Es el único que se fabricó —contestó Coe acariciando un lado del barco con orgullo—. Se lo hicieron por encargo al hijo de un comercial de Chris-Craft. Ha permanecido en la familia todo este tiempo, pero hace años que nadie lo cuida. De hecho, está destrozado, ¿no le parece, señor Senzatimore?

Leslie hizo caso omiso de la pregunta y dio una vuelta alrededor del barco. El casco estaba rajado, como había predicho. Las cubiertas de madera de teca estaban combadas en algunas zonas.

—Va a tener que remolcarlo fuera del garaje para que pueda hacerme una idea del trabajo del que estamos hablando —continuó Leslie.

–Pero ¿a que es una preciosidad? –dijo Coe.

–El Futura Sports Express es un gran barco –contestó Leslie–. Duran para siempre si se cuidan.

–¡Y eso es lo que pretendo hacer! Quiero invertir en este barco, quiero que quede perfecto –dijo Coe juntando las manos. Su cara de Carol Channing se iluminó al mirar la gran embarcación–. Yo llevo los barcos en la sangre, señor Senzatimore. No hay nada que me entusiasme más que un precioso barco con aspecto de anciana acabada. ¿Verdad que es emocionante devolver un barco a la vida?

–Sí, sí que lo es –respondió Leslie.

Aquella restauración podría acabar suponiendo cientos de horas de trabajo. Si aceptaba ese encargo, quizá hasta podría mandar a Stevie a hacer la primaria en aquel colegio privado para sordos. Por otro lado, trabajaría para Ross Coe, y eso era algo que le llenaba de inquietud.

–Venga a tomar algo mientras pido que le saquen el barco de aquí.

–Puedo volver mañana –se ofreció Leslie.

–Si tiene tiempo, me encantaría que le echara un vistazo hoy. Para hacerme una idea de lo que sería.

–No puedo darle un presupuesto detallado hoy.

–No pasa nada. Tómese el tiempo que necesite. Pero prefiero que el barco no se mueva de aquí –dijo Coe con picardía.

–¿Que no se mueva de aquí?

–Sí. Me gustaría que trabajara aquí.

–No puedo hacer eso –dijo Leslie–. No trabajo yo solo. Y... mi taller entero está montado para reparar barcos.

–Tengo sitio. Tendrá toda la maquinaria que le haga falta. Todo. Le pagaré hasta el último minuto que emplee en montar las cosas aquí.

–Tengo que llevar mi negocio –contestó Leslie.

–Es que... –dijo Coe mirando al cielo, como en busca de apoyo– quiero que el trabajo se haga aquí. En mi presencia. Quiero... ver cómo se transforma, con mis propios ojos. Por eso me voy a gastar el dinero.

Leslie exhaló un suspiro. Aquel hombre era repulsivo. Aceptar aquel trabajo era comprometerse poco menos que a vivir con él durante un periodo de hasta un año. Sin embargo..., no podía rechazarlo.

–Si lo remolcan fuera, le echo un vistazo y después podemos hablar de si es posible hacerlo aquí –dijo Leslie, que fue mirándose los pies mientras seguía a los zapatos del treinta y siete de Coe por un lateral de la casa y por las escaleras del porche que la rodeaba. Allí había un hombre moreno con unos pantalones caqui y un polo azul, preparado con una bandeja con vasos y una jarra plateada. En la parte trasera de la casa se respiraba un intenso olor a rosas. Leslie se sentó en una silla de mimbre. El asiento crujió y Leslie se levantó rápidamente, con miedo a que se hundiera bajo su peso.

–Tranquilo –dijo Coe.

El hombre de los pantalones caqui les sirvió limonada discretamente. Leslie le miró.

–Gracias –respondió, y el mayordomo sonrió intentando no llamar la atención sobre su persona. Leslie apoyó la espalda en la incómoda silla, dio un trago con desgana y observó la brillante piscina de fondo azul con cara de pocos amigos. En el otro extremo, en el ninfeo, había tres figuras sentadas. Una de ellas estaba gesticulando exageradamente. Se levantó de su asiento agitando los brazos y se puso a caminar de un lado para otro.

–Ese es Derbhan Nevsky –dijo Ross Coe–. Le conocí hace unas semanas, cuando estuvo usted aquí.

Leslie asintió con la cabeza. No recordaba el nombre, pero una vez que Nevsky se levantó y empezó a caminar hacia ellos le reconoció. Aún estaba hablando e iba flanqueado por dos chicas muy jóvenes. Una de ellas tenía una pelusilla rubia platino y caminaba con paso firme con unos minúsculos pantalones cortos, desplegando sus piernas de jirafa con cada paso. La otra llevaba un vestido hasta los tobillos y tenía una melena larga y morena. Con las ondulaciones que producía aquel calor en el aire, a Leslie le pareció que aquella joven despedía un brillo trémulo, incorpórea, como un espíritu. Le invadió una sensación de inquietud a medida que se fue acercando. La chica iba mirando al frente, escuchando a Nevsky con atención. Para cuando llegó al porche, Leslie estaba verdaderamente asustado. No tenía ni idea de por qué.

–Leslie Senzatimore –dijo Ross Coe–, ya conoce a Derbhan Nevsky. Y estas son mis invitadas, Shelley Douglas y Masha...

–White –dijo Nevsky. Masha le miró. Era la primera vez que oía pronunciar su nuevo nombre en voz alta. Masha White. Masha White. Miró al hombretón con el vaso de limonada en la mano. Era como una montaña. Él la miró con sus ojos cristalinos, entrecerrándolos por el sol. Cuando Masha se acercó a él, el cuerpo de Leslie quedó bañado en la sombra que proyectaba el de ella, y al levantarse salió a la luz como un nadador emergiendo de un oscuro estanque. Masha levantó la mirada hacia Leslie y le tendió la mano, tal como le había dicho Nevsky que hiciera. Su enorme mano tenía un tacto áspero. Era la primera vez que le estrechaba la mano a un desconocido y le sorprendió lo agradable que era la sensación de cercanía. Dejó su mano en la de Leslie durante unos instantes, un segundo más de lo necesario.

–Bien hecho –susurró Nevsky. Masha soltó a Leslie y dejó caer la mano. Él se sentó y la sombra de Masha volvió a ascender por su cuerpo.

–Bueno, ¿qué planes tenéis hoy, chicas? –preguntó Coe frotándose las palmas de las manos con fruición.

–Tenemos clase de dicción para la señorita White y va a venir un entrenador para las dos –respondió Nevsky–. Luego una siestecita. Y tengo que llevarlas a la clase de Bridget.

–Surinder os llevará en el coche –dijo Coe–. ¿Organizamos una cena tardía para después?

–No te preocupes por la cena –contestó Nevsky. Al ver el gesto alicaído de Coe, añadió–: Mandaré a las chicas directamente cuando acaben. Yo confío en tener una cita para cenar.

–¡Qué intriga! –exclamó Coe frunciendo los labios.

Masha y Shelley siguieron a Nevsky al interior de una gran casa victoriana en obras, muy cerca del club náutico de Patchogue. Nevsky les explicó que Coe la estaba dividiendo en apartamentos y que ellas se iban a alojar en el primero que habían terminado. Pasaron junto a varios obreros cargados con tablas y martillos, subieron por la escalera de caracol, avanzaron por un pasillo y entraron en el apartamento en el que iban a vivir sin pagar alquiler. La habitación blanca era muy luminosa, estaba fragmentada en resplandecientes rectángulos formados por la luz del sol y olía a recién pintada. Las formas aerodinámicas de un moderno sofá rojo y dos sillas negras se perfilaban contra la pared del fondo.

—¡El apartamento está completamente nuevo! —gritó Nevsky—. Nunca ha vivido nadie aquí. Por ahora sois las únicas inquilinas de todo el edificio.

—¿A que los muebles son geniales? —exclamó Shelley.

—Gentileza de Helga Coe. Os pondremos cortinas —dijo Nevsky, que pasó rápidamente por delante de las chicas y echó un vistazo a un dormitorio antes de volver a asomar la cabeza—. Es bonito, ¿eh?

—Sí —contestó Masha mientras pasaba por su lado para entrar en el espacioso dormitorio y se asomaba al baño, que tenía una ventana sin cortinas con vistas del puerto deportivo del final de la calle y de los barcos que resplandecían al sol.

—Tenéis el encanto de una casa victoriana con todas las comodidades de la vida moderna —explicó Nevsky mientras Masha volvía al salón. Después les fue mostrando los distintos electrodomésticos al tiempo que agitaba los brazos de un lado para otro—. La lavadora y la secadora están abajo, en el lavadero. Pero tenéis vuestro propio lavavajillas, triturador de basuras, cafetera..., todo eso está en la cocina. ¡Y más adelante habrá Wi-Fi! Os he comprado algo de comida, y más tarde os puedo llevar al supermercado para que escojáis cosas que os gusten a vosotras, o si seguís alguna dieta especial, si sois vegetarianas o...

—Yo no soy vegetariana —dijo Shelley—. Como de todo.

—Yo no soy vegetariana —repitió Masha.

—No sé si tú..., esto..., Masha, si tú...

Masha se volvió y miró a Derbhan Nevsky. Le estaba preguntando si iba a comer *kosher*.

—No te preocupes por mí —respondió.

—La verdad —dijo él asintiendo con la cabeza, con un gesto que a Masha le pareció de aprobación— es que la mayoría de las veces comeréis en casa de los Coe, o en el centro entre una audición y la siguiente. —Nevsky se sentó en el sofá rojo brillante y se protegió los ojos del sol con la mano—. Van a ser unos meses de mucho ajetreo, chicas. Sentaos.

Shelley y Masha se sentaron en las duras sillas negras. Nevsky chasqueó los dedos de las dos manos, como para llamar su propia atención. Entonces comenzó:

—Lo primero de todo, tengo que ponerlos a punto. A cada uno por separado, individualmente. Masha, tienes que limar ese acento. Shelley, tienes que usar acondicionador. Es broma. No, en serio, va a haber visitas al salón de belleza.

¡Ejercicio! ¡Limpiezas de cutis! ¡Manicuras! ¡Compras! No solo quiero que los hombres os miren por la calle; quiero que os sigan. Las clases de Bridget... Obviamente, tenéis que seguir trabajando en la técnica, eso es un proceso que dura toda la vida. Cuando os encontréis más seguras, empezaremos a tener reuniones con directores de casting. Reuniones generales. Luego vendrán las audiciones. Si es necesario, Bridget ha accedido a prepararos para las audiciones que tengáis. Con todos los gastos pagados. ¿Todo claro?

Shelley se echó a reír.

—Me siento como si hubiera ganado el gran premio en un concurso de la tele —dijo.

Masha miró a Nevsky. Aquel día llevaba su gorro blanco ladeado. Se preguntó si sería un tipo legal. Aunque, si Bridget había dado luz verde a aquello, tenía que ser legítimo.

—¿Qué ganas tú con todo esto? —le preguntó.

A Nevsky se le iluminó el rostro.

—Me alegra que me hagas esa pregunta —contestó sacando dos contratos de un gastado maletín y dándole un bolígrafo a Masha—. Un diez por ciento, nada más. Un diez por ciento de todo lo que ganéis mientras yo sea vuestro agente. Si al cabo de seis meses no habéis ganado nada, no me debéis nada. Estoy reconstruyendo un imperio y vosotras sois mis dos primeros ladrillos.

Las llevó al supermercado. Masha cogió un cepillo de dientes, dentífrico, algunos artículos básicos de aseo, maquillaje. También algunas prendas de una pila de ropa interior de oferta que había cerca de la entrada. Después empezó a recorrer los pasillos, buscando carne *kosher* a escondidas. Lo único que encontró fueron salchichas para hacer perritos calientes. Cogió un par de paquetes y los echó en el carro.

Nevsky las dejó en el apartamento y quedó en recogerlas a las cinco para llevarlas a la clase de Bridget. Les dijo que debían comer algo y que más tarde cenarían con los Coe. Masha metió dos enormes salchichas de ternera *kosher* en agua hirviendo.

—Yo te puedo dejar ropa —se ofreció Shelley—, hasta que tengas tiempo de comprarte algo. A menos que tengas pensado ir a casa a recoger cosas...

—No —dijo Masha—. Si vuelvo a casa, nunca voy a volver a salir de allí.

Le dio un perrito caliente a Shelley. A continuación, antes de morder el suyo, susurró una bendición.

—¿Qué haces? ¿Das las gracias por los alimentos? —preguntó Shelley.

—Algo así. Es una *brajá*. Una bendición.

—¿Siempre haces eso antes de comer?

—O de beber —dijo Masha.

—¿Con cada trago?

—No, se hace una sola vez, e incluso si estás bebiendo agua de una botella durante una hora, la *brajá* dura todo el tiempo. Hay distintas *brajás* para la carne, los lácteos, el agua, el vino, lo que sea.

—¿Cómo te acuerdas de todas?

Masha se encogió de hombros.

—Me sabía casi todas antes de cumplir los cinco años.

–Mis abuelos siempre bendecían la mesa antes de cenar –dijo Shelley–. Y creo que mi padre también, no me acuerdo bien.

–¿Murió?

–No, solamente se mudó. –Shelley miró a Masha–. Es rarísimo cómo ocurren las cosas –dijo–. O sea, si no hubieras pasado por delante de la escuela, tú y yo ni nos habríamos conocido en la vida. Solo serías..., perdona por decir esto, pero... serías una de esas personas a las que siempre estoy mirando.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Masha.

–Bueno, no sé..., los hombres con los sombreros y con los tirabuzones a los lados de la cara y las mujeres que van todas tapadas, con leotardos. Esa gente.

–¿Sí? –dijo Masha.

–Siempre quiero saber el porqué. ¿Por qué se visten así? ¿Por qué las mujeres llevan peluca y se ponen manga larga en el mes de agosto?

–Es algo llamado *tzniut* –explicó Masha–. No es más que una especie de decoro. Si la gente te está mirando las piernas o lo que sea, no van a ver tu *neshama*, tu alma. La persona que eres. Seguramente esas personas en las que te fijas sean judíos jasídicos, que no es lo que soy yo, aunque viene a ser lo mismo. Ellos simplemente son más... más.

–Pero ¿y si la persona que eres es alguien a quien le gusta llevar faldas muy cortas? –preguntó Shelley. Masha se rio sacudiendo la cabeza.

Shelley le prestó una falda vaquera hasta los tobillos y una camiseta ancha de rayas y escogió una minifalda de cuadros escoceses con un pequeño jersey blanco y unos zapatos de plataforma para sí misma. Al salir del edificio, vieron un modelo clásico de Mercedes de color azul claro parado junto al bordillo con el ruidoso motor al ralentí. La ventanilla trasera se abrió y Nevsky las saludó con la mano desde dentro. Estaba hablando por teléfono. Un hombre delgado con un traje negro y un turbante blanco salió del asiento del conductor y les abrió la puerta.

–Soy Surinder Multani –dijo con una sonrisa amable–. El chófer del señor Coe.

Cuando llegaron a la escuela, Masha se bajó del coche corriendo y entró en el edificio. Se sentía intranquila tan cerca de su casa. Al entrar vio a Hugh.

–Eh, he oído que te has mudado –dijo.

–Sí –contestó Masha.

Hugh se acarició el pelo de punta con la mano.

–Y Derbhan Nevsky... ¿es legal?

–Eso creo –opinó ella–. No se me ocurrió otra forma de hacerlo.

Después de la clase, Bridget volvió a llevar a Masha a su despacho.

–Así que has dado el paso –dijo con su voz ronca.

–Sí –contestó Masha–. Aún no me lo creo.

–Tu madre y tu hermana vinieron preguntando por ti.

–¿Sí?

–Les dije que estabas bien y que te pondrías en contacto con ellas cuando te sintieras

preparada.

–¿Qué dijeron?

–Tu hermana...

–¿Miriam?

–Estaba bastante enfadada conmigo.

–Lo siento.

–No me importa hacer de mediadora, pero creo que deberías escribirles.

–Les escribiré.

–Tienes todo el derecho del mundo a hacer esto, ¿eh? Eres una mujer adulta. ¿Estás bien?

–Sí –dijo Masha encogiéndose de hombros.

–Oye, Masha... En cierto modo me siento responsable de ti. Ya sabes que yo tenía la esperanza de que escogieras hacer este trabajo, intentar aprender este oficio. Y ahora que lo has escogido, estoy histérica pensando que te va a descentrar.

–Es mi elección.

–Ya –dijo Bridget–, pero... Utilízame. Pídeme consejo, opiniones, lo que sea. Habla conmigo siempre que lo necesites. Va a ser un proceso largo y gradual.

–¿El qué?

–La integración. Creo que ni siquiera eres consciente de lo diferente que eres.

–No soy tan diferente –afirmó Masha.

–Tú no lo entiendes –dijo Bridget bajando la barbilla y mirando fijamente a Masha–. Hay que cambiarte el chip.

Vaqueros: de color añil, lavados con ácido, con corte para bota, *peg leg*, de cintura alta, de cintura baja, con piedras de estrás, realzadores de trasero. Ordenados en montones, apretujados en baldas, extendidos sobre mesas. Solamente la intimidatoria cantidad que había hizo que a Masha le entraran ganas de acurrucarse con su largo vestido gris por encima de los pies y echarse a llorar.

Shelley tenía varios pares sobre el brazo y estaba comprobando la talla de otro con eficiencia.

–Necesitas al menos dos pares –dijo–. Nadie tiene un solo par de vaqueros.

Masha asintió con la cabeza. Había estado callada toda la mañana. Sabía que iba a ocurrir, que tenía que ocurrir. Si quería ser actriz, tarde o temprano tendría que ponerse pantalones.

El probador estaba pintado de fucsia y tenía un espejo del suelo al techo que no dejaba escapatoria. Masha se puso de espaldas a él e intentó cerrar la cortina totalmente, hasta que no se viera ni un hilito de luz. En esa postura, se levantó el vestido, se lo sujetó con la barbilla y se puso los primeros vaqueros. Al subirse la rígida tela por las piernas, tuvo la sensación de que la estaban partiendo por la mitad, como una sirena a la que le cortaran la cola en dos.

–¿Qué tal vas? –preguntó Shelley desde el otro lado de la cortina.

–No estoy segura –dijo Masha dando saltitos mientras intentaba subirse la cremallera

con dificultad.

—¿Puedo mirar?

Masha abrió una rendija en la cortina para que Shelley pudiera meterse.

—Hala —exclamó Shelley—, estos están genial.

—¿Sí? —preguntó Masha.

—¿Te los has visto siquiera?

Masha se volvió y se miró al espejo. Una chica con unos vaqueros azules ajustados. Nada fuera de lo común. Sin embargo, ¿cómo iba a andar en público vestida así? Tenía el sexo ahí mismo, detrás de la tela, en el punto en el que se juntaban sus piernas. Se sentía desnuda.

Nevsky entró en la tienda para pagar. Después los tres fueron a comer.

—Gracias por la ropa —dijo Masha.

—Sí —añadió Shelley.

—Dadle las gracias a Ross Coe, no a mí —contestó Nevsky, que estaba masticando un sándwich de jamón—. Para él es una inversión. —Tamborileó nerviosamente una serie de golpecitos con los dedos en la mesa—. Él es el principal accionista en mi nueva empresa de representación de actores. Quiere ayudarme a hacer las cosas bien. —Se volvió bruscamente para llamar a una camarera que pasaba—. ¡Disculpe, señorita! ¿Me puede traer un café? —y, volviendo la cabeza de golpe hacia ellas, dijo—: ¿Queréis café?

De nuevo en el luminoso apartamento, Masha dejó la arrugada bolsa con la ropa nueva en la colcha con estampado de flores y se dejó caer junto a ella, mirando al ventilador del techo, que removía el aire dando vueltas lentamente. Tenía calor y se sentía muy sola en medio de aquel silencio. Se le hacía raro no oír a su familia charlando en la habitación de al lado, saber que Estie no iba a abrir la puerta de golpe en cualquier momento y colarse en su cuarto quejándose de Ezra, ni Yehudis hablando emocionada sobre algún chico al que había visto a través del panel de separación del *shul*. Estaba muy acostumbrada a que Pearl entrara y le preguntara amablemente si quería una tostada, un tazón de sopa, un poco de helado. Quería irse a casa. «No soy más que una niña pequeña», se reprendió Masha, y los ojos se le llenaron de lágrimas al cerrarse. Shelley la despertó una hora más tarde. Era hora de irse. Lo siguiente en su agenda era la clase de dicción. Masha echó un vistazo a la bolsa de plástico con las compras. Había tres pares de vaqueros doblados, uno sobre otro, junto a las diminutas camisetas, el vestido y los sujetadores. Tenía que empezar a cambiar el chip. Se puso unos vaqueros. Igual que antes, la sensación de la tela rígida entre las piernas le resultó extraña. En el baño, inclinándose hacia el espejo, se delineó los párpados con lápiz negro y se echó rímel. Sus ojos parecían enormes, de proporciones bíblicas. En ese momento entró Shelley, con sus largas piernas al descubierto, su sedoso pelo blanco y unos zapatos de plataforma naranjas que dejaban ver las uñas pintadas de color rojo brillante.

—¡Madre, qué bellezón! —exclamó.

Doris van Hoff iba vestida de beige de los pies a la cabeza, llevaba gafas y temblaba ligeramente, Masha no sabía si por una leve parálisis o por la edad. Sin embargo, tenía

una forma muy elegante de hablar. Según Nevsky, en aquella industria no había nadie mejor que Doris para quitarle el acento a un actor. Sus antepasados se remontaban a los tiempos en que Nueva York era holandesa. El único peligro residía en que, si uno pasaba demasiado tiempo estudiando con ella, podía acabar hablando como Cary Grant. Y se tomaba muchas confianzas. De buenas a primeras, se colocó tan cerca de la silla de Masha que sus rodillas se tocaron. Después inclinó la cabeza hacia atrás, lo que hizo que sus claros ojos se volvieran gigantescos tras las gruesas lentes.

—Repite esto con naturalidad —dijo Doris pronunciando cuidadosamente, sin apartar sus enormes ojos ampliados de la boca de Masha—: «Se me ha olvidado abrirte la puerta».

Masha repitió la frase.

Doris se echó hacia atrás en su silla y le dio una palmadita en la rodilla.

—Nos va a llevar algo de tiempo, cielo. Pero lo conseguiremos.

Masha intentó utilizar las marcadas consonantes de Doris para separar las palabras y suavizar su tono cantarín. Dejó que las sílabas glaciales le recorrieran la lengua lentamente como canicas. Le parecía imposible cambiar su forma de hablar. Además, se sentía verdaderamente desnuda con aquellos vaqueros apretados y aquella camisa sin mangas. No dejaba de ponerse detrás de un sillón de flores para que Doris van Hoff no le viera la entrepierna, pero la profesora la hacía salir de allí una y otra vez para poder mirarle la garganta cuando hablaba.

Mientras pronunciaba sus frases, un agudo zumbido distrajo la atención de Masha. Miró por la ventana y vio un gran barco negro y a un hombre con unos cascos protectores en los oídos que estaba pasando una cosa por el polvoriento costado del casco. Era el hombretón al que había conocido unos días antes en el porche, el que tenía nombre de mujer. Leslie.

Cuando terminó la clase de dicción, Masha se sintió atraída hacia la parte trasera de la casa y echó a andar por el oscuro y frío pasillo. Notó cómo se le contraían y movían los pezones bajo el fino sujetador y se le ponía la carne de gallina en los brazos destapados. Se frotó los hombros con las manos, deseando salir al sol. Quería hablar con aquel hombre, ver qué opinaba de sus vaqueros.

Leslie levantó la vista de su tarea cuando la puerta mosquitera se cerró de un portazo y Masha salió del porche. Tras un pequeño saludo cordial con la mano, siguió con su trabajo. Masha se rio de sí misma por haber creído que iba a causar sensación solo por llevar unos vaqueros azules y una camisa sin mangas. ¡Eso era lo único que llevaba esa gente! Se acercó al barco negro y se apoyó en él, a cierta distancia de Leslie. El casco casi le quemaba la espalda. Se le aceleró el corazón mientras esperaba. Al final, Leslie volvió a levantar la vista hacia ella y, desde debajo de su gorra, miró fijamente el rostro sonrojado de Masha con sus claros ojos azules.

—¿Qué pasa, Masha?

—Nada —contestó ella—, estoy un poco aburrida.

—¿Quieres un trabajo? —preguntó. Masha le miró con los ojos muy abiertos—. Quiero decir algo que hacer, no un empleo —aclaró.

–Vale.

Había partes de la pintura del interior que debían lijarse a mano. Leslie la ayudó a subirse al barco. Masha sintió un ligero dolor en la piel en la zona donde la había tocado.

–Voy a tener que desmontar el barco entero –gritó Leslie desde abajo–. Está hecho una pena.

–¿Por qué? –preguntó Masha.

–Los dueños no lo han cuidado.

–Nunca me había subido a un barco –dijo Masha mientras agarraba el ancho timón de baquelita y lo giraba a derecha e izquierda.

–Estás de broma, ¿no? –contestó Leslie.

Masha cogió el papel de lija. Trabajaron en silencio durante un rato. Le gustaba ir viendo aparecer la madera color miel bajo la brillante pintura negra. Le hizo olvidarse un poco de su desnudez. Lijó hasta que le dolió el brazo. Al erguirse, volvió a invadirla la vergüenza.

–Dentro de poco me traeré a dos de mis empleados –afirmó Leslie quitándose la gorra y secándose la frente con el antebrazo. Tenía la cara cubierta de sudor–. Así avanzaremos más deprisa. Pero todos están con otros encargos que tienen que terminar.

–Tengo sed –dijo Masha–, ¿quieres un refresco? Tienen botellas de Coca-Cola en la nevera.

–Una botella de Coca-Cola estaría muy bien –contestó Leslie con una sonrisa.

Masha bajó por la escalerilla sin ayuda, se alejó rápidamente y subió las escaleras de la casa trotando. No soportaba más ir tan destapada. Se preguntó si sería muy raro volver vestida con otra ropa. Tenía un vestido en el bolso, para la clase de después. No, no podía cambiarse totalmente de ropa. Entró corriendo en la habitación en la que había dado la clase con Doris; había dejado la sudadera con capucha de Shelley en el brazo del gran sillón. Se la puso y se abrochó la cremallera con alivio. Después cogió las Coca-Colas de la cocina vacía y ordenada por el servicio.

¿Qué hacía Ross Coe con una preciosidad como esa?, se preguntó Leslie mientras esperaba. Nada bueno, supuso. La chica volvió con las botellas, con una sudadera negra con la cremallera subida hasta el cuello.

–¿Te ha entrado frío? –preguntó.

–Sí –dijo ella mientras le daba una Coca-Cola. Leslie pensó que, a su lado, Masha parecía diminuta. Frágil. El pequeño hueco entre los dientes al beber, su postura tímida y cóncava, aquellos grandes y centelleantes ojos de obsidiana, sus frases pronunciadas como si fueran unos primeros pasos: vacilantes, optimistas, importantes... La encontraba conmovedora, misteriosa.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó–. Si no te importa que te lo pregunte.

–Veintiuno –contestó ella.

–Tranquila, no te voy a pedir el carné –dijo Leslie. A Masha le apareció una sonrisa fugaz de confusión en el rostro. Pasaron unos instantes.

Helga Coe salió de la casa con paso decidido, vestida con un bañador con estampado

de cebra, y se metió directamente en la piscina. Ambos la observaron nadar a braza con un estilo perfecto, separando las aguas mecánicamente con sus huesudos brazos. Un empleado, vestido con unos chinos, salió de la casa como una flecha con una pila de toallas y se dirigió a la casa de invitados.

—¿Cuál era tu apellido? —preguntó Masha.

—Senzatimore. Significa ‘sin temor’ en italiano. *Senza*, ‘sin’, *timore*, ‘temor’.

—No pareces italiano.

—Mitad italiano, mitad irlandés. ¿Tú?

La mirada de Masha pareció desenfocarse y su rostro se distendió. A continuación le lanzó una mirada atrevida en la que se escondía un reto.

—Adivina —dijo levantando la barbilla.

Leslie la miró entrecerrando los ojos.

—Podrías ser de Sicilia..., pero no... Me la voy a jugar y voy a decir rumana.

—¡Rumana! ¿Crees que soy gitana?

—Supongo que no apellidándote White.

—White no es mi verdadero apellido.

—¿Cuál es tu verdadero apellido?

—Da igual, no lo voy a usar más.

Se apoyó en el barco, con el culo de la botella contra su delgado vientre, y miró a la piscina y al mar que se extendía detrás. Leslie se fijó en que sus ojos habían adquirido un extraño tono morado, como una mancha de petróleo. Se preguntó si se habría escapado de casa.

—En cualquier caso, tú eres de Nueva York —dijo Leslie—, independientemente de tu genealogía.

—¿De mi qué?

—Tu genealogía. Tus antepasados.

—Qué bien hablas.

—Ya ves.

—Espero perder este acento pronto —dijo mientras jugueteaba con unas piedrecitas con la puntera de su bailarina.

—A mí me suena bien —contestó Leslie—. Si no te importa que te lo pregunte, ¿de qué conoces a Ross Coe?

—Derbhan Nevsky es mi agente y Ross Coe está invirtiendo en su empresa. El señor Coe nos deja vivir gratis a Shelley y a mí en uno de sus apartamentos, hasta que podamos empezar a trabajar como actrices. A menos que no me salga nada en seis meses; creo que en ese caso me devolverían.

—Te devuelven al fabricante —dijo Leslie pensando que el acuerdo entero sonaba escalofriante.

—Lo que pasa —continuó Masha— es que necesito ganar dinero. Me fui de casa deprisa y corriendo, me gasté casi todo lo que tenía en clases de interpretación y digamos que ahora estoy sin blanca. No me gusta estar... en deuda. Es como si fuera una niña pequeña.

Leslie asintió con aire pensativo. De repente sintió el pinchazo del deseo de proteger a aquella chica, como un dolor punzante.

—¿A tus padres les parece bien este acuerdo? —preguntó.

—En realidad no lo saben.

—Seguro que estarán preocupados.

—Me pondré en contacto con ellos pronto.

—Te pago el salario mínimo por trabajar un par de semanas en el barco —le ofreció, e inmediatamente se arrepintió. Lo último que necesitaba era a una reina de belleza rondando por el barco, estorbando a todo el mundo.

—¿Sí?

—Seguramente no quieras hacer esta clase de trabajo —dijo Leslie.

—Me gusta —contestó ella.

—Seguro que estarás liada con... lo que sea que vayas a estar haciendo. Audiciones y todo eso.

—Supongo que solo podría trabajar unas pocas horas al día.

—Si no tienes tiempo, no te preocupes.

—Vale —dijo Masha—. Gracias.

Sonrió y le aparecieron unos pequeños hoyuelos en los pómulos.

Aquella noche, mientras volvía a casa en su camioneta, Leslie pensó en la chica. Parecía ingenua y astuta al mismo tiempo; su coquetería era forzada, vacilante, como si estuviera interpretando un papel. Jamás había visto a nadie sonrojarse tanto. ¿De dónde había salido? Intentaría estar todo lo pendiente de ella que pudiera. Quizá la invitaría a casa, le presentaría a Deirdre. Deirdre cuidaría de ella.

Aquella noche, hice que Leslie tuviera este sueño: Hay una casa quemándose. En el interior, Leslie va gateando a través del humo negro, cegado, tanteando la pared, respirando por la máscara, oyendo el silbido rítmico y regular del aire de la bombona. Abre una puerta, atraviesa la habitación tanteando con las manos. Toca una cama. Un pie. Un vientre. Un pecho. Coge el cuerpo en brazos y corre hacia la ventana. La luz le permite verla: es Masha. Siente su cuerpo flácido sobre los brazos. Ahora está fuera, en el césped, arrodillándose sobre ella e insuflándole aire por la boca. Ella abre los ojos.

Supuse que, para manipular un espíritu tan recto como el de Leslie, lo mejor sería ceñirse a los clásicos.

Fui volando entre las volutas doradas de polvo iluminadas por los rayos del sol vespertino que atravesaban el jardín de Leslie y sobrevolé la piscina, una masa de ondulante plata fundida. Los invitados pululaban por el jardín, charlaban y comían, proyectando sombras alargadas de color morado. En medio del jardín se extendía una mesa llena de comida: pollo a la barbacoa, ensalada de pasta, perritos calientes, rúcula. Me había puesto las botas. Cada pocos segundos, el sonido crepitante de algún mosquito estúpido que se había chocado contra el matamosquitos eléctrico interrumpía el plácido parloteo de los invitados. El pequeño Stevie iba serpenteando entre la gente de la mano de la granujenta *au pair*, que se agachaba con lo que supuse sería un interés fingido; se volvía a Ámsterdam a la mañana siguiente. El sol iluminaba el rubio cabello ralo del niño sordo. Con los ojos de par en par y la boca abiertos, parecía fascinado por el efecto de la luz en la piscina.

Leslie apartó la mirada de su hijo y dio la vuelta a una brocheta de langostinos. No quería que le quedaran demasiado hechos. Tony, su amigo del parque de bomberos, estaba a su lado vigilando las hamburguesas con una espátula en la mano.

—¿Tienen que quedar como discos de *hockey*? —preguntó.

—Se supone que así es como hay que hacerlas ahora —contestó Leslie.

Tony sacudió la cabeza.

—Un país no va bien cuando uno no puede servir una hamburguesa poco hecha en su propia casa.

Leslie se rio entre dientes.

La escultural Deirdre, con unos pómulos de india choctaw que proyectaban sombras sobre su mandíbula, estaba escuchando a Marcie Doyle, la mujer de Dennis. Marcie, que era farmacéutica, tenía el pelo rubio muy corto y estaba agitando sus cortos brazos con movimientos rápidos y precisos para explicar algo. Dennis, el agente de policía, estaba a su lado, mirando hacia un lado y dando un mordisco a su tercer perrito caliente.

Leslie le señaló con la cabeza.

—Va a conseguir que le dé un ataque al corazón si no deja de comer así —advirtió.

—Es porque ella no le da de comer más que pescado —contestó Tony—. Cuando sale de casa es como un animal salvaje.

—Deirdre quería que sirviéramos solo pollo y langostinos.

—Probablemente, Dennis se habría puesto a llorar —dijo Tony, que puso las hamburguesas carbonizadas en un plato con la espátula. La joven Jenny, la mujer de Bud, pasó por delante de ellos con su actitud alegre y despreocupada, con el pelo trenzado y el bebé en la cadera. Leslie se había fijado en que últimamente su cintura

parecía algo hinchada. Tenía la horrible sensación de que quizá su nuera estuviera otra vez embarazada. Ya veía sus costes de vida disparándose. El budista Bud se acercó a buen paso, haciendo sonar las cuentas que llevaba en el cuello.

—Papá, necesitamos más cerveza —anunció.

—Vale. Ya sabes dónde está —contestó Leslie. Bud se dio la vuelta y entró en la casa al tiempo que un Mercedes azul pastel bajaba lentamente por la calle. Leslie lo vio por encima de la valla.

Dentro del coche, Masha se movió con inquietud en el asiento de piel. Aquel nuevo y viscoso brillo de labios era como una presencia extraña en su cuerpo y hacía que le pesara la boca. Le llegaba el olor de su propio perfume. Shelley la había vestido con ropa nueva que habían comprado con Nevsky. Estaba probando un *look* diferente, con pestañas postizas y todo. Nevsky lo llamó «seductora clásica». El vestido era ceñido, pero al menos le tapaba las rodillas. Shelley había conseguido controlar su propio pelo, que llevaba peinado con ondas rubio platino, y se había puesto un vestidito minúsculo de tirantes. Estaba recostada en el asiento, con las piernas abiertas; se la veía absolutamente relajada. A Masha le habría gustado poder ser así. Ella se sentía tensa, acomplejada, como si se hubiera puesto otra cara encima de la suya. Surinder redujo la velocidad hasta detener el coche, se bajó y les abrió la puerta. Allí estaba Leslie, abriendo una puerta que daba al jardín. Cuando Masha se bajó del coche, la mirada de Leslie se transformó. Parecía dolido, o quizá preocupado. Masha sintió cómo se sonrojaba. Nevsky pasó trotando a su lado y dirigió una enorme sonrisa al corpulento hombre.

—¡Senzatimore! —exclamó con voz ronca—. Espero que no te importe que me presente sin haber sido invitado, pero suelo intentar tener a las chicas vigiladas.

—Ah, no pasa nada —dijo Leslie con tono firme—. Adelante.

Cuando llegaron al jardín, se les acercó una mujer alta y fornida, con vaqueros y botas camperas. Su mirada recorrió el vestido de Masha mientras sonreía lentamente. A Masha se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Tú eres Masha o Shelley? —preguntó la mujer con una voz suave y cálida.

—Masha.

—Yo soy Deirdre, la mujer de Leslie. Venid a que os ponga algo de comer.

Leslie observó a su mujer llevar a las chicas a la mesa de la comida. Deirdre se encargaría de Masha, pensó. Se aseguraría de que no la estaban engañando. Si había algún problema, Deirdre se lo sonsacaría. Leslie vio a su suegra caminando muy ufana por el jardín, descalza y con unas sandalias de tacón alto en la mano. Libby se le acercó rápidamente y sacudió la cabeza.

—Perdón por llegar tarde —dijo—. Don estaba durmiendo la siesta y he pensado que debía esperar a que se despertara, asegurarme de que no estaba muerto.

—¿Y lo está? —preguntó Leslie.

—Está ahí mismo —gruñó Libby señalando a Derbhan Nevsky, que estaba charlando

animadamente con un enorme árbol. Don apareció detrás del árbol y le dio una palmada en la espalda a Nevsky. «Viejos amigos», pensó Leslie. Empezó a arrepentirse de haberle invitado.

Para entonces, le había hecho tener el sueño en el que rescataba a Masha tres noches seguidas. Estaba empezando a obsesionarse con ella. Sacó una botella de cerveza fría de la nevera portátil y se permitió mirar durante largo rato a la víctima de sus sueños. Masha estaba escuchando a Deirdre y a Shelley, o más bien observándolas. No parecía involucrarse. Era como si con su actitud estuviera diciendo que su presencia allí solo era un préstamo. Un préstamo durante esa noche, durante esos cuarenta y cinco minutos. Enseguida regresaría al lugar en el que habitaba, algún mundo interior. Ya estaba de camino hacia allí. Leslie se preguntó qué le pasaba por la cabeza a Masha. Qué secreto llevaba dentro de sí. Irradiaba misterio. Los otros hombres también lo notaban. Tony se acercó a ella y empezó a hablar. Dennis. Era un imán. Leslie mantuvo las distancias. Masha, sin embargo, le buscó con la mirada y le sonrió. A él le entusiasmó ser el objeto de su atención. Aquel placer no era lo que estaba buscando. No era por eso por lo que la había invitado, en absoluto. Deseó que se fueran todos de allí. ¿Qué hacía Nevsky con Don? Leslie se acercó a ellos, irritado. Don seguía apoyado en el gran árbol.

—¿Hablando de negocios? —preguntó Leslie.

—El señor Nevsky me está poniendo al día de los progresos que está haciendo con su nueva empresa —dijo Don—. Está representando a esas dos futuras estrellas de ahí. Estoy pensando en hacer una inversión modesta, para empezar.

Leslie miró a Nevsky. Pensó que tenía cara de roedor. Una alimaña.

—Yo no quiero presionar a nadie —intervino Nevsky—. En realidad Ross Coe está financiando el proyecto, pero hay opción a que otras personas se suban a bordo desde el principio, solo es eso.

Su suegro estaba asintiendo con la cabeza, cosa que asombró a Leslie. Cuando trabajaba en el banco, Don era un pesimista. Aquel tipo era claramente un charlatán. ¿Por qué Don estaba tan cautivado? Aparte de que no tenía ningún dinero que despilfarrar.

Deirdre apareció detrás de Leslie y le pellizcó la cintura. Él le puso la mano en la muñeca.

—Están bien —le susurró Deirdre al oído.

—¿Quiénes? —preguntó volviéndose para mirarla.

—Las chicas. Estabas preocupado por Masha. Creo que tiene la cabeza bien amueblada. Tienen alojamiento y comida gratis mientras ven qué pasa, y han firmado un contrato. Si no le sale trabajo, volverá a casa con su familia.

—¿De qué clase de ambiente proviene? —se interesó Leslie mientras la alejaba de Don y Nevsky. Deirdre se encogió de hombros.

—No lo sé. Es reservada sobre ese tema. Shelley tiene mucho mundo, ella la cuidará. Cariño, tienes que dejar de preocuparte por todo el mundo. La Tierra sigue girando aunque no te la echas sobre las espaldas, ¿a que sí? —le dijo a Stevie, que se le había abrazado a las rodillas. Cogió al niño en brazos y se lo puso en la cadera. Observando

cómo Deirdre se llevaba a su hijo de vuelta a la casa, Leslie sintió el impacto de una ligera sensación de desesperanza en el esternón. Su pobre hijo. Como para intentar huir de aquel sentimiento, se acercó a Masha, que ahora estaba sola, de pie con un vaso de Coca-Cola en la mano.

–Se te van a caer los dientes con tanta Coca-Cola –dijo.

Masha le sonrió.

–Son mis dientes –contestó.

–Por ahora.

–¿Eres un padre estricto? –le preguntó.

–Es difícil ser estricto con Stevie. ¿Has conocido a mis hijos?

–Sí, y a tu nieta. Mi padre tiene cinco nietos.

–¿Cuántos hermanos sois?

–Muchos.

Su cintura, ceñida por el tejido sedoso de su vestido, parecía especialmente delgada aquella noche.

–Estás diferente –dijo Leslie.

–Voy demasiado arreglada –dijo Masha.

–La gente ya no se arregla lo suficiente –contestó Leslie–. Tengo fotos de mis padres saliendo con sus amigos un sábado por la noche y parece que van a ir a la ópera –Masha le miró. Su cara tosca se veía casi naranja, iluminada por la tenue luz del atardecer. Parecía tallado en roca–. ¿Has comido algo? Hay langostinos y ensaladas...

–Sí, tu mujer nos ha dado un montón de comida.

–Deirdre es la mejor –sentenció Leslie. Masha sintió que aquella afirmación la expulsaba de la vida de Leslie. Le sorprendió su propia decepción.

Hugh iba a ir a tomar una copa después de clase. Shelley y Masha se apuntaron. Fuera les esperaba un atardecer azul. Una parte de Masha aún pensaba que Miriam iba a salir de repente de detrás de un arbusto y se la iba a llevar a casa a rastras.

El bar era un local caluroso, lleno de ruido y con mucho ajetreo, en el que sonaba música ska. Shelley estaba hablando amistosamente a gritos con un chico con un sombrero de copa chata. Hugh se había acomodado en el reservado de cuero verde, con los largos brazos estirados en el respaldo. Estaba bebiendo whisky. Masha apuró su copa de vino. El alcohol le hacía perder el miedo. Pensó en Carol Cutrere, de *Orfeo desciende*. A Carol le encantaba beber. Se pasaba toda la noche por ahí, para arriba y para abajo con el coche por la carretera Dixie, de bar en bar, gastándose el dinero de su familia hasta que no sabía ni dónde estaba. Carol era una persona salvaje, descarriada y desencantada con muy pocas cualidades positivas, y sin embargo Masha había acabado amándola intensamente.

–Nunca me he emborrachado –dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

–Ve despacio, chica. Te vas a poner mala –dijo Hugh, que se levantó y cogió un cuenco de cacahuets salados de la mesa de al lado. Masha se metió unos cuantos en la boca.

–¿Y sabes otra cosa? –preguntó Masha.

–¿Qué?

–Nunca he besado a nadie.

Había tanto ruido en el bar que no estaba segura de que Hugh la hubiera oído. Hugh bajó los brazos del respaldo del asiento de cuero y se inclinó hacia ella, observándola con sus grandes ojos sin perder detalle.

–Yo no soy como una chica normal de tu ambiente –añadió Masha.

–¿Me estás diciendo esto porque quieres que te bese? –le preguntó.

Empezó a echar de menos a Eli, como si de repente le hubiera dado un calambre. Y ya nunca podría recuperarlo. Se había ido. Se había desvanecido. Negó con la cabeza.

–Solo te lo estaba contando –dijo.

Hugh volvió a recostarse en el reservado.

–Tomo nota.

Más tarde, Hugh las acompañó al Mercedes azul de los Coe, que estaba aparcado delante del bar. Surinder Multani estaba apoyado en la puerta, como ensimismado. Su piel de color avellana y su impoluto turbante brillaban a la luz de las farolas. Cuando las vio, sonrió y les abrió la puerta trasera.

–Es como si os mantuvieran unos gánsteres –dijo Hugh.

–Vente a conocer a los Coe –le pidió Shelley impulsivamente–. Vente a cenar, ¿no?

Hugh miró a Masha.

–No quiero molestar –dijo.

–Claro que sí –insistió Masha–, vente.

A los Coe no les importó que las chicas se hubieran traído a un atractivo invitado de su clase de interpretación a su marisquería favorita. Les encantaba tener compañía. La arrugada y elegante Helga, con el cabello como un casco brillante y una dentadura que era como una deslumbrante fortaleza de esmalte, le preguntó a Hugh si entendía de vinos blancos.

–Cuando era pequeña, teníamos una casa de campo con unos viñedos preciosos... –empezó a contar, cerrando los ojos mientras se ensimismaba en sus ensoñaciones. Cada vez que pronunciaba una *s*, parecía que tenía una tetera silbando dentro de la boca. Hugh, tan caballeroso como siempre, escuchó sus historias de antes de la guerra en Renania mientras se bebía su whisky a toda velocidad y pedía otro. Mientras tanto, Ross Coe se concentró en las chicas.

–Bueno, contadme cosas de vosotras –dijo–. ¿A qué se dedican tus padres, Shelley?

–Pues... –dijo Shelley mirando al techo– mi madre es masajista y vive en Newport, en Rhode Island, que es donde me crie yo. Y mi padre es piloto y vive en Delaware. Tengo un hermano pequeño, todavía está estudiando.

–¿Y cuándo supiste que querías ser actriz?

–Pues debió de ser cuando tenía dieciséis años. Participé en una obra en el instituto y me di cuenta de que aquello era lo mío. Mi exnovio (nos fuimos a vivir juntos al centro, pero digamos que lo hemos dejado) quería escribir obras de teatro, así que...

–Ay –dijo Helga–, ¿por qué lo habéis dejado?

–Cariño, eso es privado –intervino Coe, dando una palmadita con su pequeña mano en la piel llena de manchas de la de su mujer.

–Perdóname –dijo Helga–, es que siempre me dan mucha pena las historias de amor que se acaban.

–No importa –contestó Shelley–. Es que, bueno..., llevamos mucho tiempo juntos... Supongo que estamos demasiado acostumbrados el uno al otro –Masha se fijó en que la mirada de Shelley se encontraba con la de Hugh durante un segundo. Hasta ese momento no se le había ocurrido que quizá hubiera algo entre ellos–. Pero seguimos siendo buenos amigos –añadió Shelley encogiéndose de hombros.

–¿Y tú, Masha? –continuó Helga–. ¿Cuál es tu historia?

–Yo... soy de Far Rockaway, en Queens –contestó Masha. Hubo una pausa, durante la cual sus anfitriones esperaron que contara más detalles, pero eso fue todo.

–¿De dónde son tus padres? –preguntó Helga–. Tienes un físico impresionante.

Masha se mordió el labio.

–De Irlanda y... de Rumanía –contestó. Shelley sonrió.

–¡Tenía razón, Ross! ¡Lo sabía! –exclamó Helga.

–Esa sí que es buena –dijo Hugh. Empezaba a costarle pronunciar bien las palabras.

–¿Cómo? –dijo Helga volviéndose hacia él.

–No, digo que... –contestó mirando fijamente a Masha con sus ojos vidriosos– Masha es una persona muy especial. Tiene un poder especial. Sobre... –recorrió el restaurante con la mirada, como en busca del final de su frase– la gente.

Entraron en el apartamento gratuito y encendieron las luces. Dentro hacía fresco. Shelley puso la calefacción, conectó su iPod a los altavoces y fue a cambiarse. Una voz ronca de mujer empezó a cantar, acompañada de una guitarra. Hugh abrió una botella de vino y sirvió una copa para cada uno. Masha dio un trago y miró las luces que se movían al otro lado de la ventana. Tenía la sensación de que eran las tres únicas personas que quedaban en el planeta.

–Nunca he conocido a una chica que hable menos que tú –dijo Hugh con los codos en la encimera.

Masha se volvió hacia él.

–¿Eh?

–Eres muy callada.

–¿Sí?

–Sí.

–No sé cómo hace uno para seguir hablando –dijo Masha–. Yo me... me quedo sin nada que decir.

–A mí me pasa igual –contestó Hugh–, y sin embargo oigo cómo las palabras siguen saliendo de mi boca de todas formas. Hablo sin parar, mientras que por dentro a menudo me he quedado vacío.

En su hermoso y castigado rostro había un gesto transparente de vulnerabilidad. Al

mirar a sus ojos opacos, Masha vio anhelo, tristeza y algo más: quizá su oscuro destino emanando de su interior. Aquella intimidad era dolorosa, claustrofóbica.

–Tengo sueño –dijo en voz baja.

A la mañana siguiente, se levantó y echó un vistazo a la habitación de Shelley, como hacía siempre. Hugh estaba durmiendo en su cama, con su largo brazo desnudo colgando del borde del colchón y la cara hundida en la almohada. Masha fue al salón y vio a Shelley allí, acurrucada en el sofá con su finísimo pelo blanco alrededor de la cara, tomándose un té. Miró a Masha con una sonrisa de oreja a oreja y dijo:

–No es por nada, pero Hugh está enamorado de ti.

–¿Qué dices? –contestó Masha sentándose a su lado–. Si acabáis de...

–Solo hemos dormido en la misma cama, nada más –dijo Shelley, que pegó los labios a la taza caliente–. Nos conocemos hace un montón. Él iba a la clase de Bridget hace años, cuando yo llegué a Nueva York. Así fue como conocí a Paul, ellos dos iban juntos a la universidad. Entonces a Hugh empezaron a salirle trabajos como actor y dejó las clases. Se fue a vivir a Los Ángeles. Pero... allí le pasó algo, como..., no sé. Alguien dijo que fue un accidente de coche, otra persona dijo que fue algo relacionado con el alcohol, pero el caso es que tuvo algún tipo de crisis y volvió a Nueva York el año pasado. Y entonces nos pidió a Paul y a mí que nos fuéramos a vivir a su piso con él. Él paga casi todo el alquiler. Pero ahora está como... cambiado.

–¿En qué sentido? –preguntó Masha.

–No sé, como... ¿más calmado? Antes era un irresponsable, siempre se estaba metiendo en líos. Ahora..., no sé, es como si se hubiese vuelto más introvertido. Es un tío estupendo, eso sí.

Masha se sentó junto a su amiga.

–Creo que nunca le voy a pillar el truco a esto –dijo.

–¿A qué?

–A ser como tú. No sé cómo se hace.

–Estás bien como eres –dijo Shelley–. Relájate. Eso es lo genial de ti, que no te pareces a ninguna otra persona. Yo soy toda llamativa y burda, pero tú..., tú eres un misterio.

Masha se rio sin hacer ruido, negando con la cabeza.

Aquella mañana los tres salieron a desayunar. Masha se pidió una hamburguesa con queso. No tenía pensado hacerlo, simplemente le salió. Nunca había comido carne y productos lácteos juntos. Saboreó la carne salada y el queso con la parte posterior de la lengua. Estaba buenísimo. Yo observé con orgullo cómo engullía su culpa, cómo la consumía como si fuera un pequeño corazón. Fue en ese momento cuando supo que realmente no iba a volver a casa.

Una mañana temprano, antes del amanecer, me desperté con la estridente voz de Le Jumeau resonando en mi habitación. Me acerqué a la ventana, saqué la cabeza y me asomé al patio medio dormido. Sobre los adoquines había dos carruajes enganchados a los caballos, así como un carro sin techo cargado de equipaje. Le Jumeau levantó la mirada y me vio.

—¡Haz el equipaje, deprisa! ¡Salimos dentro de media hora!

—¿Adónde vamos?

—¡A Villars, Le Naïf!

Empleó mi nuevo apodo —por desgracia me había quedado con ese mote después del incidente con las prostitutas— con exasperación, como si yo hubiera tenido que saberlo. Casi sin aliento, me froté los dientes con un trozo de tela, me vestí y preparé mi equipaje con las pocas cosas que tenía: además de la librea que llevaba puesta, tenía un conjunto que había comprado de segunda mano con Solange, en el mercado de Les Halles. Bajé corriendo. Le Jumeau me hizo sentarme encima de la lona que cubría el equipaje, para que no se cayera ninguna pieza. Si llovía, dijo con su tono de burla habitual, me mojaría.

El cortejo se puso en marcha. En el primer carruaje iban el conde y Le Jumeau; en el segundo, Solange, Clothilde y Frechette, una peluquera que se encargaba de las pelucas del conde.

Yo solo había salido de París en una ocasión, de niño, para visitar Metz, y apenas me acordaba. Una vez que cruzamos las puertas de la ciudad y los caballos salieron trotando al campo, todo era blanco. La dura escarcha cubría las hojas del suelo como si fuera azúcar, la hierba, las ramas. El cielo rosa proyectaba un resplandor rosado sobre aquel centelleante confite. A lo lejos, parecía como si una lanza se hubiera clavado tres veces en un cúmulo de nubes. De las brillantes heridas emanaban tres rayos de luz dorada que iban a parar a las colinas en la lejanía. Un rebaño de ovejas con las cabezas negras nos observaron a través de la neblina. La rueda de mi carro golpeó una piedra con un ruido sordo. Una oveja se sobresaltó y se dio la vuelta; las demás la siguieron, perfectamente sincronizadas, y se alejaron correteando como si fueran un solo cuerpo. Me recosté sobre una bolsa de cuero, bañado por el aire fresco. Nunca había respirado un aire tan puro como aquel; jamás había visto tanto cielo. Me imaginé que me caía del carro del equipaje y que me alejaba flotando a toda velocidad, libre, por las nubes.

En el pasado, habría dado las gracias a Jashem por aquel día sin pensar. Noté cómo mi lengua se tensaba para empezar a rezar en silencio, pero la relajé. Ya no sentía esa necesidad. Desenvolví mi libertad y la contemplé maravillado, como si fuera un regalo.

A mediodía paramos en el borde de un gran valle. Le Jumeau y yo preparamos una

mesita y una silla para el conde en un altozano. Clothilde le sacó un pastel de carne. Yo le serví una copa de vino. Solange, mientras tanto, puso una tela en el suelo, en un terreno más bajo, para que los criados tomáramos asiento. Nos sentamos animadamente en círculo, y Le Jumeau repartió gruesas rodajas de salami. Era la primera vez que comía cerdo. Tenía un sabor salado y grasiento. Rematé el sacrilegio comiéndome un trozo de queso justo después.

—¡Gebeck! —exclamó el conde—. Cantadnos una canción. Algo que os cantara vuestra madre.

Negué con la cabeza, avergonzado, pero todos insistieron. Con las mejillas ardiendo, me levanté, entoné una rápida cancioncilla en *yiddish* y volví a sentarme, muerto de vergüenza. En cuanto terminé, mientras el grupo todavía estaba aplaudiendo y silbando entre risas en señal de aprobación, Solange se levantó y se puso a cantar con fuerza en un idioma extraño y discordante. Se le salieron unos mechones de pelo moreno de la capota de encaje y se le agitaron alrededor de la cara. Cuando terminó la canción, me sonrió con timidez, revelando sus encantadores dientecitos torcidos, y dijo:

—Mi madre es vasca.

Menudo gesto.

Ya por la tarde pasamos por un puente de fuerte pendiente para entrar en el diminuto pueblo de Villars. Montones de niños descalzos, salidos de todos los rincones de la aldea, se acercaron a ver el reluciente escudo de armas del conde. Tuvieron tiempo de sobra para contemplarlo, ya que nuestros anchos carruajes apenas cabían por las estrechas callejuelas del pueblo. Fuimos avanzando muy despacio, como un cortejo real. Los hombres se quedaban delante de las tiendas, con los sombreros en las manos e inclinando la cabeza por deferencia al señor feudal; las mujeres hacían reverencias. Cuando por fin llegamos a la plaza del pueblo, el carruaje del conde se detuvo. Le Jumeau se bajó, seguido del pequeño conde, cuyas habituales medias escarlata resaltaron vivamente en contraste con los grises adoquines mojados. Bajo la mirada silenciosa de los habitantes del pueblo, mi señor subió los escalones de una estatua de bronce de Enrique IV, se situó frente a la multitud y pronunció un breve discurso improvisado, adornando sus ridículos ademanes con una solemnidad tan exagerada que habría estado perfecto en una farsa en la Comédie-Italienne. Agitando las manos hasta que le temblaron los puños de encaje, exagerando su ceceo, vino a decir que se alegraba de regresar al seno de los suyos. Una hermosa muchacha rubia con ropa de campesina se acercó a él con vacilación y, temblando, le puso un ramo de flores silvestres a los pies. Le Jumeau dio un paso adelante, lo cogió y se lo entregó al señor, por si acaso al conde se le rompía el calzón delante de todos al agacharse. A continuación, los vecinos se arrancaron con una animada canción popular. Era fascinante, pero yo me encontraba intranquilo, a pesar de mi disfraz: un judío nunca estaba a salvo en lugares como aquel. Si pasaba algo —si desaparecía un niño o si un animal en descomposición envenenaba un pozo—, aquella gente tan pintoresca no tardaría ni un minuto en linchar al primer hebreo que encontraran. Al menos eso era lo que me habían contado.

El castillo de Villars era un palacete del siglo xv con torrecillas y rodeado por un foso.

Cuando los carruajes se acercaron, los empleados que trabajaban allí –más de un centenar de personas– salieron en fila y se quedaron esperando para saludar a su señor. Al frente de la multitud había un hombre fornido, con la cara rubicunda y el gesto arrogante, vestido con un traje de pana fuerte y calzado con unas botas manchadas de barro. Se mantuvo muy erguido y observó los carruajes que se acercaban como un perro guardián cuyo amo regresara tras un largo viaje. Cuando el conde se bajó, el altivo hombre le saludó y a continuación fue directo al siguiente carruaje y le abrió la puerta a Solange, a quien saludó con una confianza que me dejó absolutamente desconcertado. Le Jumeau me dirigió un silbido para indicarme que moviera el trasero. Salí de mi trance y me bajé del carro, cogiendo parte del equipaje. El conde estaba saludando uno por uno a los criados cuando la multitud abrió un pasillo para dejar paso a una esbelta y hermosa mujer. Tenía el cabello rubio y un perfil tan perfecto que podría haber estado tallado en hielo, y se quedó mirando al regordete conde con una sonrisa tensa. Hasta entonces yo no sabía de la existencia de la condesa de Villars. El conde se lanzó hacia ella y le besó la mano. Echaron a andar hacia el palacete cogidos del brazo, pero, tras intercambiar unas palabras, la pareja se detuvo. La condesa se volvió y recorrió nuestro grupo con la mirada. Villars me señaló. La elegante señora dio unos pasos hacia mí y me dirigió una mirada curiosa y hostil. Después se dio la vuelta, volvió a coger el brazo de su marido y los dos se dirigieron al palacete.

Tenía que deshacer el equipaje del conde y guardar las cosas en sus aposentos. Una joven y autoritaria criada me fue dando instrucciones para la tarea. No debía de tener más de quince años, pero me trató como si yo fuera el niño, regañándome cuando no encontraba el cajón de los guantes o cuando puse el querido manguito de armiño del conde en la balda equivocada. Su labio leporino fue mi único consuelo.

Fue un alivio ver entrar a Le Jumeau con un abrigo de piel en el brazo. Bajito, moreno, musculoso, con el calzón necesariamente apretado, el ayuda de cámara irradiaba una sexualidad tosca que tenía el mismo efecto en todas las mujeres. La criada empezó a soltar risitas en cuanto entró.

–No sabía que había una condesa –dije.

–Claro que la hay –contestó Le Jumeau dando las pieles a la sonrojada criada.

–¿Vive aquí? –pregunté.

–La mayor parte del tiempo –respondió mientras se dirigía a la puerta. Chasqueó la lengua para llamarme y yo le seguí, como un perro.

–¿Tienen hijos? –susurré mientras andábamos apresuradamente por el pasillo.

–No, Le Naïf.

El sátiro me sonrió, haciendo una mueca con sus oscuros labios. Sus ojos eran dos pequeños pozos negros llenos de alborozo.

Los invitados empezaron a llegar esa misma tarde. Había tantos que no conseguía recordar todos los nombres. La condesa daba órdenes a los criados con imperiosa calma. Supuse que su piel estaría fría. Tenía una forma característica de levantar la barbilla, ladear la cabeza y entornar los ojos cuando escuchaba hablar a alguien. Sin embargo, me

sorprendió comprobar que también podía relajarse y prorrumpir en carcajadas cuando alguno de sus invitados decía algo ingenioso. Cuando aquella hilaridad incontrolable se apoderaba de ella, la cabeza se le volvía hacia un lado, los tensos brazos le colgaban a los lados del cuerpo y el rígido borde del corsé le apretaba los firmes pechos mientras se desternillaba de risa, hasta que recuperaba la compostura y volvía a convertirse en sólido mármol. La encontraba fascinante y repelente. En un momento determinado, comprobé alarmado que me estaba dirigiendo su mirada metálica, sus ojos del color del peltre.

—Decidle al conde que dentro de media hora se va a celebrar una partida de *whist* en el salón rosa con el marqués y la marquesa de Clermont-Tonnerre; sería un placer que nos acompañara y fuera el cuarto jugador. Creo que está en la biblioteca.

Hice una reverencia, me di la vuelta y me alejé sin saber adónde iba, deseando desaparecer de allí. Me perdí y me fui poniendo cada vez más nervioso al ir corriendo por un horrible laberinto de pasillos, abriendo una puerta tras otra, atravesando habitaciones que me resultaban familiares y extrañas al mismo tiempo, irrumpiendo en salas en las que grupos de radiantes aristócratas jugaban a las cartas, tocaban el clavicordio o se robaban besos, hasta que me eché a llorar de la frustración. Al final fue el conde quien me encontró a mí, en un estudio privado al lado de la sala de música. Estaba buscando su cajita de rapé. Mi angustia le hizo gracia.

—Gebeck, ¿os encontráis bien? —preguntó. Yo me sequé los ojos.

—Lo siento, vuestra señoría —contesté levantándome—. Me había perdido.

—Bueno, pues ya os habéis encontrado —dijo con un tono amable de burla, como para animar a un niño.

—*Madame la comtesse* quería que le dijera que está invitado a jugar una partida de *whist* en el salón rosa con... con...

—No importa con quién —contestó el conde, que se desplomó en un sillón dorado con abatimiento y se miró las medias rojas, una de las cuales estaba arrugada a la altura del tobillo. Me arrodillé y se la estiré, subiéndosela bien por la pantorrilla.

—Ojalá pudiera cambiarme por vos, Gebeck, solo esta semana —dijo con un suspiro.

—¿De veras, vuestra señoría? —pregunté.

—Sin ningún género de duda —contestó.

A la mañana siguiente, al alba, vestí al soñoliento conde para ir de cacería. Ropa interior y un grueso calzón de lana, camisa, calcetines... Mi señor se dejó poner todo obedientemente, como un niño pequeño vestido por su niñera.

—Lo estáis haciendo muy bien, Gebeck —me dijo mientras le abrochaba los botones del chaleco—. Estoy muy satisfecho.

Levanté la vista de mi tarea. Los grandes poros de la piel del conde, su boca carnosa, aquella narizota... Sin ser consciente de ello, siempre estaba imaginándole con otras facciones que parecían combinar mejor.

—Me alegro, *monsieur le comte* —contesté.

—Me gustaría regalaros algo —dijo el conde mientras sus ojos saltones recorrían la habitación—. ¡Ah! —Cogió el candelabro del centro de su mesa redonda y me lo dio—.

Tomad. Es una pieza bastante valiosa. Es de mi esposa, pero no se dará cuenta.

Lo agarré con las dos manos. Pesaba mucho. Examiné la intrincada obra de porcelana, los diminutos querubines que retozaban por la base, las flores que envolvían los brazos del candelabro y que parecían de verdad.

—Muchas gracias —dije.

—Ponedlo en vuestra habitación. Después tenemos que irnos.

La partida de caza se puso en marcha después del desayuno: eran diez nobles, vestidos con prendas de la mejor lana y con mosquetes y pequeños zurroneos de cabritilla colgados del hombro, seguidos de cerca por los criados. Yo fui uno de los tres *valets de chambre* que acompañaron a sus señores. Los otros dos eran hombres mayores que daban la impresión de que lo último que querían hacer en ese momento era pegarse una caminata por el bosque.

Mi señor fue charlando con sus invitados mientras atravesábamos el espeso bosque y salíamos a un descampado. El marido de Solange, DuBois, iba a la cabeza, con la espalda rígida y una manada de perros de caza olfateando a sus pies. Iba dando escuetas órdenes a los batidores, unos hombres encorvados con gorras de *tweed* y calzones holgados que blandían unos palos. Cuando DuBois se lo indicaba, los batidores golpeaban los arbustos con los palos, y entonces un ave asustada salía como una flecha hacia el cielo, donde no le esperaba otra cosa que los disparos simultáneos de diez mosquetes. Cuando caía un ave, DuBois mandaba un perro a recogerla. Observé a aquel hombre acechar la caza por el campo durante horas, proporcionando placer implacablemente al conde y a sus invitados.

La mañana fue transcurriendo sin que el pobre conde consiguiera efectuar disparos certeros. Ni siquiera se acercaban al blanco. Todos los invitados tenían al menos un par de perdices en sus zurroneos. Mi señor tenía un ave. Su animada cháchara acabó por apagarse y el conde se rezagó y fue caminando detrás del grupo, arrastrando su mosquete sin ánimos por el suelo en el que el hielo se iba derritiendo. Ni siquiera se molestó en levantar el arma cuando apareció una bandada de perdices delante de él de repente. DuBois sabía que el conde no estaba cazando nada, pero siguió adelante, dando órdenes a los batidores y a los perros y llevando cuidadosamente la cuenta de las presas que había cazado cada invitado en una libreta. En la firmeza de la pana de aquel hombre habitaba la crueldad; yo lo sabía. Pobre Solange. A mediodía, el grupo se desbandó. El conde masculló algo de que tenía trabajo que hacer y echó a andar por los jardines, mientras los otros regresaban al palacete a vestirse para el almuerzo. Yo seguí al conde, cogiéndole el mosquete de los dedos flácidos.

Abatido, el conde recorrió cierta distancia sin indicar siquiera que hubiera reparado en mi presencia, aunque esperaba que le siguiera. Yo sabía que me necesitaba. Se sentó en un banco junto a uno de los estanques rectangulares y miró el agua fijamente con apatía. Yo me quedé de pie a su lado, observándole. Al cabo de un rato, a mi joven señor se le avivó la mirada. Se puso rígido como un perro de caza, mirando con atención hacia el estanque, se levantó sin hacer ruido y me hizo un gesto para que le diera el arma

rápidamente. Apuntando, según pude comprobar enseguida, a una de las grandes carpas que se movían tranquilamente por el fondo del estanque poco profundo, disparó y la hizo saltar en pedazos. Después me devolvió el mosquete y dijo:

—Me pondré el traje de seda castaño para almorzar.

Después echó a andar hacia el palacete dando fuertes pisadas, mientras el cuerpo ensangrentado del pez dorado subía a la superficie del estanque dando vueltas.

Durante el almuerzo, en el que Le Jumeau y yo nos sumamos a los otros criados que iban y venían afanosamente trayendo nuevos platos y sirviendo vino, me fijé en que monsieur Cabanis, el hombre disecado al que había conocido la mañana que salí de la cárcel, me estaba observando muy serio desde su sitio, al lado de la condesa. Para entonces mi servicio era impecable. Me había convertido en un imitador nato e interpretaba el papel de criado a la perfección. En el transcurso de la comida, el conde me mandó salir dos veces, primero a buscar su rapé y más tarde su tabaco. Cada vez que regresaba, notaba la mirada de Cabanis fija en mi persona. Era como si el conde, al cogerme de las manos el objeto que me hubiera pedido, estuviera comprobando cuál era la reacción del otro hombre a mi servicio. Sentí un gran alivio cuando, por fin, los invitados se levantaron.

—Gebeck —dijo el conde—, seguidnos, por favor.

Seguí a mi señor y al ajado Cabanis al estudio del conde, donde ambos tomaron asiento.

—¿Desean que les traiga un coñac? —pregunté.

—Más tarde —contestó el conde—. Por ahora quiero que le enseñéis a monsieur Cabanis algunas de las cosas que habéis aprendido conmigo. Estoy orgulloso de mis logros.

Miré a Cabanis. Su peluca era muy oscura, rizada por la parte delantera y con dos trenzas terminadas en punta en la espalda. Parecía un hombre serio y vanidoso. Se sacó una hoja de papel del bolsillo interior de la casaca y la sujetó con las puntas de los dedos índice y corazón.

—Por favor, traducid esto al francés —me pidió mientras estiraba el brazo y me daba el papel. Era latín. Reconocí la obra del poeta Virgilio. Me senté y lo traduje lo mejor que pude. Creo que tardé más de media hora. En todo ese tiempo, ninguno de los dos hombres dijo ni una palabra. Lo único que se oía era el roce de mi pluma sobre el papel.

—Hay algunas palabras que no conozco —dije.

Cabanis cogió la hoja, leyó mi texto y después miró al conde asintiendo con la cabeza. A continuación me hizo algunas preguntas sobre Aristóteles. Voltaire. Diderot. Me esforcé todo lo que pude por contestar. Entonces, Cabanis se volvió hacia mi señor.

—¿Y qué hay de las costumbres, los rituales?

—Han desaparecido. Tiene mi palabra.

Cabanis pensó en las palabras del conde durante unos segundos.

—El acto final —dijo—. Nada hasta que no se cumpla eso.

—Todo llegará —respondió el conde, que a continuación se volvió hacia mí y explicó con tono agradable—: Monsieur Cabanis ha tenido la amabilidad de asesorarme sobre vuestra educación, paso a paso. Él es un hombre de letras, mucho más preparado que yo para

diseñar un plan de estudios. Pero yo insisto en que una reorganización tan radical de la mente de una persona lleva tiempo. Muy bien, tomaos el resto del día libre.

Pasé la tarde en la cocina, observando a Solange sumar los gastos de la semana en un gran libro de contabilidad y bebiendo café con leche.

—¿Qué te pasa, Johann? —me preguntó—. Se te ve muy alicaído.

—¿Te trata bien tu marido?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Es una pregunta personal —contesté.

Empujó un plato de pasteles hacia mí.

—Come —dijo.

—¿Por qué esa es tu solución a todo? —pregunté molesto.

—No es la solución a todo. Solo a los niños impertinentes que dicen cosas que no deben.

—¿Y qué le voy a hacer yo si me preocupo por ti? —dijo—. Te... te quiero.

Solange me miró, asombrada ante mi torpe arrebató. Tenía la horrible sensación de que quizá fuera a echarse a reír.

—Ay, mi niño —dijo.

—No soy un niño —contesté—. No es que te importe, ni que me lo hayas preguntado nunca, pero estoy casado. Lo estaba... Soy un hombre.

—¿Y qué ha sido de tu mujer? —preguntó Solange con seriedad.

—No tengo ni idea, y me da igual —respondí—. Solo la menciono porque todos os empeñáis en llamarme Le Naïf y tratarme como a un niño, ¡cuando una vez fui un cabeza de familia!

—¿Acaso quieres volver a eso?

—No podría volver ni aunque quisiera —contesté bruscamente—. Lo único que pido es que, si te digo que te quiero, me trates con la dignidad que me merezco.

—Está bien —dijo Solange—, lo siento. No puedo corresponderte. No porque no pudiera quererte, sino porque estoy casada.

—Pero ¡mira a tu alrededor! —exclamé—. ¿Qué importa el matrimonio? ¡Fíjate en el conde!

Solange se encogió de hombros y sonrió.

—Para nosotros no es lo mismo.

Se acercó el libro de contabilidad y se puso a escribir con su diminuta caligrafía perfecta. Di un mordisco a un pastel con aire resentido, pero no me moví de su lado.

Una semana más tarde, el conde se había ido al pueblo con Le Jumeau y yo estaba en la biblioteca, subido a la escalera para colocar unos libros en la balda superior, a una gran distancia del suelo, cuando las puertas con espejos se abrieron y entró la condesa. Volvió a cerrarlas pausadamente, dejándonos dentro de la habitación a los dos.

—*Madame la comtesse* —dije desde lo alto de la escalera, suponiendo que no sabía que estaba allí.

—Bajad, Gebeck —me ordenó con su fuerte y resonante voz—. Tengo que hablar con

VOS.

Temiendo haber hecho algo malo, bajé por lo que ahora me pareció una escalera interminable, muy consciente de lo ancho que era mi calzón. Cuando por fin llegué al suelo, hice una reverencia. La condesa de Villars tenía un aspecto fantasmagórico, con un vestido de color hueso con cuatro lazos de seda negra atados firmemente en la parte delantera. El esbelto corpiño de seda salía del ancho tontillo de la falda como el cuello de un valioso jarrón con una única flor blanca impecable. No tenía ninguna arruga en su máscara de piel maquillada, pero no me parecía una mujer joven. Unos resplandecientes pajarillos negros adornaban su cabello rubio, del color de las barbas de una mazorca de maíz y ligeramente empolvado. En sus orejas refulgían unos diamantes.

—¿Sí, *madame*? —pregunté.

Se acercó a la mesa de la biblioteca, donde examinó los papeles desordenados que la cubrían y tocó el borde de una cartera con aire pensativo.

—¿Os habéis preguntado alguna vez por qué mi esposo se tomó tantas molestias para contrataros como su segundo ayuda de cámara? —me preguntó. Se le formó un pequeño rabito en la comisura de los labios, como la cola de un caracol—. Quiero decir, ¿por qué a vos y no a un francés o, para el caso, a alguien que no estuviera en la cárcel?

—Me lo he preguntado, sí —contesté.

—Os contrató a vos porque necesita un judío. Necesita un judío porque, por decirlo sin rodeos, necesita dinero.

—No la entiendo, *madame*.

—Hizo una apuesta —dijo dirigiéndose a la ventana y mirando al inmenso jardín con sus grandes ojos de pesados párpados.

—¿Una apuesta?

—Mi esposo es un jugador empedernido. Hace unos años, le apostó cuatrocientos luises a monsieur Cabanis a que podía transformar a un judío en francés en seis meses. Como la mayoría de nosotros, monsieur Cabanis cree que los judíos sois demasiado obstinados, que estáis demasiado impregnados de vuestro propio mundo primitivo y supersticioso y, es más, que sois demasiado engreídos para convertirlos verdaderamente en parte de nuestra civilización. Mi marido insiste en que todos los hombres son iguales en lo esencial, que todas las costumbres son aprendidas, que no existen unos rasgos inherentes que definan a un judío. Él dice que si un judío puede cambiar, cualquiera puede cambiar. Pero permitidme que os haga una pregunta: ¿vos creéis que en los tiempos bíblicos los halcones se comían a las palomas cuando tenían la oportunidad?

—¿Cómo dice?

—¿Los halcones siempre han comido palomas? —repitió.

—Supongo que sí —contesté.

—Si los halcones han conservado siempre el mismo carácter, es absurdo creer que los judíos van a cambiar el suyo. La naturaleza humana no cambia.

Sus grandes ojos hundidos estaban inmóviles y no parecían humanos, como si fueran de cristal gris. Me asomé a esas centelleantes ventanas y alcancé a vislumbrar una inteligencia tan fría que me cortó la respiración.

—Así que ya lo veis: su interés por vos es científico, además de económico —continuó—. Pero lo que sucede, y aquí es donde viene lo verdaderamente difícil, es que el conde perderá la apuesta a menos que os bauticéis como un cristiano en los próximos dos meses. ¿Qué os parece?

—*Madame*, ¿por qué me cuenta todo esto? —pregunté.

—Solo quería ver cómo reaccionabais.

—No sé qué decir.

—¿Lo haríais? ¿Traicionaríais vuestra fe para enriquecerle?

Le Jumeau entró en mi habitación a paso lento, se deslizó hasta mi cama y plantó los pies en mi almohada. Los mugrientos dedos corazón de ambos pies le asomaban por las medias marrones como dos nabos sacados de la tierra. Los vi borrosos a través de una cortina de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Le Naïf? —me preguntó el ayuda de cámara—. ¿Qué haces lloriqueando en tu habitación?

Sollozando de rabia, le conté lo de la apuesta. Se hizo un silencio mientras Le Jumeau asimilaba la información. Después se rio entre dientes.

—Y ese gordo malnacido se lo ha tenido callado todo este tiempo —dijo con aire pensativo.

—¿Es que acaso habría sido mejor si te lo hubiera contado? —pregunté mientras doblaba mi ropa con movimientos bruscos y la metía en mi pequeña bolsa de tela—. No quiero que ese incrédulo me utilice como mono de feria para enriquecerse.

—Esto es lo que yo haría —dijo Le Jumeau—: encárate con el conde y dile que solo accederás a ser bautizado si te da un tercio del dinero. No, di la mitad y acabarás con un tercio.

—¡Pero es que yo no quiero que me bauticen! —contesté—. Para nosotros eso es totalmente inconcebible.

Le Jumeau suspiró y puso los ojos en blanco.

—Vamos, Gebeck, ¿de verdad sigues creyendo en todas tus normas y tus preceptos? A mí me pareció que le hincabas el diente encantado a aquella salchicha de cerdo. Tampoco te he oído recitar tus salmos ni una sola vez últimamente. Para bien o para mal, el conde te ha liberado, te está dando una educación, y ahora puedes llevarte una buena parte del dinero si le sigues el juego. Bah, olvídalo, no te mereces mis consejos. No sé ni por qué me molesto. Adelante. Haz el equipaje, echa a andar y a ver qué tal te trata el destino siendo un hebreo sin blanca.

Cruzó los brazos sobre su terso vientre y cerró los ojos.

Llegué dando fuertes pisadas hasta el lugar en el que el conde estaba supervisando un nuevo proyecto de construcción. Había mandado levantar una pequeña pirámide en el bosque, al final de un sendero. Seis fuertes vecinos del pueblo estaban colocando las piedras inclinadas. El conde permanecía de pie con los planos en la mano. El arquitecto, un hombre alto con una barba terminada en punta, gesticulaba aparatosamente mirando hacia la inútil construcción. Villars se volvió y, al verme, se le iluminó el rostro.

–¡Le Naïf! Venid a ver mi pirámide.

–*Monsieur*, tengo que hablar a solas con vuestra señoría –dije jadeando.

–¿Ha ocurrido algo?

–Es un asunto privado –insistí.

El conde le dio los planos al arquitecto, que los enrolló con una exagerada muestra de discreción.

–Volveré más tarde –le dijo el conde–. Venid, caminaremos por el parque.

Mientras paseábamos por los jardines del palacete, con su espléndido diseño, me desahugué con voz temblorosa. El conde caminó en silencio durante un buen rato, con las manos a la espalda y un gesto torcido en su ancha boca de rana.

–No es tan sencillo como lo pintáis, Gebeck –me dijo–. Necesito dinero, eso es cierto, pero existen otras formas de conseguirlo, formas más sencillas. Mi esposa tiene sus propios motivos para desacreditarme. Os contraté porque... supongo que quería ver si era posible... hacer que un judío se desprendiera de aquello que le hace judío. Convertirle simplemente en un hombre. Es un debate que está muy en boga, el de qué hacer con los judíos. Cómo conseguir que sean más útiles, que conspiren menos, que dejen de ser «una nación aparte». Hay a quienes les encantaría mandaros a todos a América del Sur. Yo solamente quería demostrar que se equivocan. Que es una cuestión de educación y de hábito. ¿Entendéis? Mi proyecto no es más que... ideas llevadas a la práctica. En lugar de escribir un tratado. Vos sois mi teorema. En cuanto al bautizo, esa es la condición que ha puesto Cabanis. Es un ferviente católico. Si por mí fuera, la religión no intervendría en absoluto. La detesto, como sabéis.

–Lo haré si me da la mitad del dinero –anuncié.

–¡La mitad! ¿Os dais cuenta de que os estoy proporcionando una educación jesuita gratuita, y además sin las palizas?

–La cuarta parte, entonces –dije.

–Muy bien –dijo riéndose entre dientes–. Supongo que en vuestra naturaleza siempre quedará algo del hombre de negocios, ya me entendéis.

–Ha sido idea de Le Jumeau –repliqué–. ¡Él ha sugerido un tercio!

El conde pataleó con sus piececitos, fingiendo indignación.

–¡Maldito timador! Siempre está buscando la manera de fastidiarme.

Se acordó una fecha con el párroco.

El conde, Solange y Le Jumeau estuvieron presentes cuando me puse delante de la pila bautismal con la cabeza descubierta y apostaté de mi fe, jurando al decrepito párroco que creía que Cristo era el Mashíaj. Ni siquiera me molesté en cruzar los dedos, como habían hecho muchos de mis hermanos al convertirse al cristianismo para salvar la propia vida. Yo no me merecía cruzar los dedos; mi vida no estaba en peligro. Por mucho que intentara que no me afectara, sentía la mirada del Viejo Tirano clavada sobre mí, notaba cómo su furia iba en aumento. «Soy un Dios celoso», le gustaba decir en los viejos

tiempos. No le gustaba la competencia. El viejo cura me dibujó una cruz mojada en la frente con su tembloroso dedo: el agua bendita me cayó por un lado de la nariz y me llegó hasta la juntura de los labios. Lo había hecho.

Mientras mi señor y su ayuda de cámara presenciaban mi conversión con una falta de sentimentalismo difícil de encontrar incluso en la Francia del siglo XVIII, vi que Solange tenía los ojos llenos de lágrimas. Más tarde, cuando salimos de la iglesia del pueblo, le pregunté con delicadeza:

—¿Qué te ocurre, Solange?

—Ahora estás en la casa de Dios —susurró, con el rostro iluminado—. No importa el motivo; ahora estás a salvo.

Por eso había ayudado al conde a buscar un judío desde el principio. Si fuera por ella, nos convertiríamos todos.

Me pagaron antes de que terminara la semana.

El día de precepto de después de mi bautizo, que por desgracia era Viernes Santo, Solange me llevó a la misa de la tarde en la pintoresca iglesia rural en la que me habían bautizado. Se celebraba la Pasión de Cristo. Entoné todos los cantos y recité las oraciones especiales de Semana Santa, una de las cuales describía con gran expresividad cómo los judíos habían insistido en que Cristo fuera ejecutado:

Pilato [...] les dijo otra vez: ¿Qué queréis, pues, que haga del que llamáis Rey de los judíos? Y ellos volvieron a dar voces: ¡Crucifícale! Pilato les decía: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más: ¡Crucifícale!

Los fieles se unían animadamente cada vez que tocaba gritar: «¡Crucifícale!», representando el papel de los sanguinarios hebreos con fervor. Yo hice lo mismo. Fue una situación incómoda, pero la soporté imaginándome que estaba en una obra de teatro.

El último ritual de mi estancia en el castillo de Villars fue un acto en honor de la pirámide terminada. Se iba a celebrar una ceremonia de inauguración, seguida de un refrigerio, música y fuegos artificiales. El conde invitó al tesorero de la *assemblée générale* local, a Lefèvre el arquitecto y a varios miembros de la burguesía de la zona, que vinieron vestidos como si asistieran a una coronación. La condesa era una nube de muselina negra con actitud de reproche y llevaba un collar de pedrería que refulgía a la luz rosada del atardecer.

El conde, vestido con el chaleco y el calzón de seda castaños y sus resplandecientes medias rojas, levantó la papada, preparándose para dar uno de sus discursos. Se balanceó ligeramente y me di cuenta, alarmado, de que estaba borracho. Detrás de él, la achaparrada pirámide estaba rodeada con una cinta blanca atada con un pequeño y triste lazo.

—Damas y caballeros, todos los aquí reunidos: me alegra mucho comunicarles que el extraordinario trabajo de nuestros canteros locales, así como del excelente arquitecto monsieur Lefèvre, ha dado lugar a esta preciosa construcción, una forma característica de la Antigüedad sin otro propósito o utilidad que el de desconcertar y entretener. Y, en recuerdo de ese gran pueblo que fue esclavizado por los egipcios y que sin embargo salió de Egipto por intervención divina, según nuestra Biblia, que muchos de los aquí presentes consideramos un documento histórico y no el producto de la febril imaginación de unos sacerdotes, y en recuerdo también del personaje, o debería decir del hombre, del veneradísimo hombre, Jacob, también conocido como Israel, que en nuestro pasado más remoto luchó contra un ángel de Dios...

Para entonces, los asistentes, que estaban predispuestos a disfrutar el discurso, se habían perdido completamente y empezaban a sentirse insultados. Lefèvre carraspeó.

—En honor de los grandiosos tiempos bíblicos —siguió parlotando el conde—, cuando un ojo era un ojo y un hombre era un hombre y Dios gobernaba el mundo, voy a bautizar esta pequeña construcción *El capricho de Jacob*. Lo mandaré grabar en el dintel, encima de la entrada, para que, por los siglos de los siglos, mientras estas piedras se mantengan en pie, todo el que pase por delante piense en Jacob, y en el pasado, y en los egipcios...

Me miró y alzó su copa. Se me hizo raro oírle llamarme Jacob. Casi había olvidado mi nombre. Se cortó la cinta. Se sirvió champán. Los fuegos artificiales atravesaron el cielo. El conde desapareció y lo encontraron horas más tarde, tendido sin conocimiento en una roca cubierta de musgo.

Leslie siguió trabajando solo en el barco. Masha le ayudaba casi todos los días, cuando no tenía otras cosas que hacer. La compañía de Leslie le resultaba reconfortante. Él era incapaz de reconocérselo a sí mismo, pero el verdadero motivo por el que no llevaba a otros empleados a trabajar en el barco de Coe era que necesitaba estar cerca de aquella chica. Se podría haber quedado en el taller, al menos parte del tiempo, y haber mandado a Segundo, a Pete o a Mike Diggis a hacer el trabajo inicial en el *Sweet Helga*. Sin embargo, le dio a entender a Vera que el excéntrico y acaudalado señor Coe quería que Leslie fuera el único que trabajara en el barco. Leslie insinuó esto sin decirlo realmente: una mentira parcial. No podía evitarlo. Necesitaba estar cerca de Masha.

Confieso que yo tuve algo que ver. Mediante una auténtica hazaña metafísica, conseguí introducir algunos recuerdos antiguos que tenía rondando por la memoria – Masha desnuda junto a la bañera, por ejemplo– directamente en el cerebro de Leslie, lo que arruinó una tarde de trabajo y casi le hizo encogerse de deseo durante una de las pequeñas charlas que mantenían mientras bebían Coca-Colas. Incluso sin mi ayuda, sin embargo, Masha transformaba hasta el aire que la rodeaba. Era imposible estar cerca de ella y no sentir el extraño poder animal que emanaba de su inocente cuerpo como un perfume. A las tres semanas de empezar mi experimento, Leslie cayó con la misma facilidad que un árbol podrido empujado por un niño.

Cuando regresamos a París después de mi bautizo, escondí mi parte del dinero de la apuesta, cien luises de oro, en un mugriento saquito que metí al fondo del arcón en el que guardaba mi ropa interior. Seguí trabajando como hasta entonces, aunque el conde ya no se molestaba en instruirme después de haber ganado la apuesta. Ahora era un hombre cristiano en un país cristiano, con papeles que lo demostraban y con dinero en el bolsillo, así que iba por el mundo con una nueva actitud, más relajado. Le Jumeau incluso empezó a guardarme algo de respeto, y yo dejé de sentirme inferior a él.

Además de cumplir mis obligaciones como secretario, acompañaba al conde en algunas de sus salidas por París. Siempre me mandaba a dar recados a mademoiselle Giardina en la Comédie-Italienne o en su casa, que quedaba cerca del teatro.

Una mañana, cuando llegué a su casa con una nota del conde, la actriz me recibió con una bata color crema, abrochada con un penacho de relucientes cintas verdes azuladas justo en el punto en el que su escote se volvía más interesante. Con el cabello color miel cayéndole por la espalda, me condujo a través de varias habitaciones hasta llegar a un estudio octogonal. En los ocho paneles que revestían las paredes había pintadas escenas de flora y fauna: patos, nutrias, un zorro retozando entre los juncos, todo ello representado con un estilo alegre y realista. La habitación estaba llena de muebles: un clavicordio, un diván, una pequeña mesa redonda de biblioteca cubierta con unos cuantos pliegos con obras de teatro y un precioso escritorio de pequeño tamaño. Me adentré en el estudio, cautivado. Mi mirada revoloteó de un lado para otro hasta acabar posándose en una pequeña caja de música de taracea decorada con unas aves de esmalte. Mademoiselle Giardina me vio mirando la caja y la abrió; empezó a sonar una cancioncilla.

—Sentaos ahí —me dijo señalando el diván.

Tomé asiento en un extremo. La joven actriz cerró la caja de música, se sentó y apoyó los codos en la mesa, formando un soporte perfecto con las manos cruzadas bajo la barbilla. Las mangas de encaje se le bajaron como pétalos de lirio marchitos y dejaron ver la tersa y pálida piel de la parte superior de sus antebrazos. Las llamas sedientas de aceite agonizaban tras los apliques de carey y le dibujaban hebras cobrizas en los tirabuzones. La luz que recibía su cara redonda era de lo más favorecedora, lo que, estoy seguro, no era casualidad.

—¿Nació vuestra merced en Italia? —pregunté, nervioso.

—No. Mi padre es italiano —contestó—. Aunque yo nunca llegué a conocerle.

—Los padres pueden ser muy fastidiosos —me atreví a decir.

—O pueden protegerte —añadió ella con aire pensativo mientras sacaba un pie calzado

con una zapatilla de debajo de los cremosos pliegues de la bata, como un gánster enseñando una diminuta arma enfundada en una pistolera de seda—. Mi talento es lo único que me dio mi padre —añadió—. Era cantante.

—A mí me encantaría saber cantar —dije.

—Yo puedo enseñaros —contestó ella—. Si tenéis buen oído.

Se acercó al clavicordio y se sentó.

—Repetid conmigo —me ordenó, y a continuación se puso a tocar una canción y a cantar una serie de notas. Yo intenté imitar los sonidos lo mejor que pude. Mademoiselle Giardina se rio y dejó caer el cuerpo ligeramente hacia atrás hasta quedar apoyada en mi costado. Yo me mantuve muy quieto. Al final, nuestras notas se apagaron y aquella dulce tirana me condujo de nuevo al diván.

Arrodillada en el suelo, me desabrochó el calzón y apartó la tela cuidadosamente, como si desenvolviera un delicado pastel. Cuando mi cuerpo quedó al descubierto, hizo un ruidito de asombro. Yo me recosté sobre los codos, casi llorando de vergüenza por la cabeza calva de mi largo y arrugado miembro, que sabía que delataba mis orígenes. El muy traidor se movió ligeramente, como encogiéndose de hombros con insolencia ante mi humillación.

—¡Gebeck! —exclamó mademoiselle Giardina con alegría—. ¡Sois judío!

Se inclinó hacia delante y me insufló un poco de aire caliente en el miembro con total naturalidad, como si estuviera avivando un fuego. Mi sexo se infló lentamente, ascendiendo con un tambaleo y balanceándose a un lado y a otro como un borracho. Ella lo contempló maravillada mientras yo me henchía de orgullo.

—¡Magia! —susurró. A continuación sacó su puntiaguda lengua para lamerlo.

A partir de ese momento, todo fue un delirio. Cuando me mandaban a dar un recado a mademoiselle Giardina en su casa, recorríamos nuestros cuerpos chapoteando con el afán enloquecido de las almas que se ahogan y los dos llegábamos al clímax del placer en un tiempo récord antes de despedirnos, sudorosos y despeinados. De vez en cuando, si el conde tenía planes durante la velada, yo podía pasar parte de la noche en casa de Antonia.

Aun así, cuando más me gustaba verla era durante el día, en la Comédie-Italienne. Me encantaba hasta el último detalle de aquel lugar. El olor de la cera derretida que flotaba por el teatro, procedente del cuarto en el que se fabricaban las velas; la peste del apresto de cola de piel de conejo, que hervía en grandes pucheros en la sala de escenografía; el lujoso y polvoriento terciopelo rojo de las butacas, las paredes rojas de damasco. Los colores de aquel lugar, como de órganos internos, lo hacían acogedor como un útero; unos pasillos como trompas de Falopio conducían al escenario, por el que a menudo me paseaba cuando no me veía nadie. Hasta la última silla o escabel de un decorado parecían embrujados, especiales. Sentía el espíritu de la última obra que se había representado allí; oía la música que había cantado Antonia. Para mí, un decorado tenía más significado que un lugar real. Posiblemente aquello fuera lo más cerca que he estado jamás de un instante de verdadera emoción metafísica. Aquello superaba con creces mis torpes conatos de devoción con el primo Gimpel.

Masha empezó a tener reuniones con directores de *casting*, lo que a su vez derivó en una serie de audiciones fallidas para programas de televisión, una obra de teatro y un par de películas. Se quedaba casi paralizada de los nervios, se avergonzaba de llevar tan poca ropa y aún se sentía insegura con el acento, a pesar de la temblorosa ayuda de Doris van Hoff. Ahora Bridget Mooney la preparaba para las audiciones casi todos los días; iba a la mansión de los Coe en el coche de Surinder y a veces se quedaba a dormir (!) en la casa de invitados con Nevsky. Bridget, que últimamente parecía más relajada, se pasaba las horas en la piscina de los Coe, con el pelo rubio ligeramente rizado y las bolsas que rodeaban sus ojos cuidadosamente maquilladas, y animaba a Masha a que disfrutara del poder de su atractivo; se esfumaría antes de que quisiera darse cuenta.

Masha estaba abandonando sus costumbres una por una. Comer lo que le apeteciera, dar la mano a hombres desconocidos, enseñar las piernas y los brazos, cantar delante de hombres, no observar el shabbos, no bendecir la comida...: todas esas cosas ya habían ocurrido. Empezó a llevar su cuerpo como si fuera un hermoso vestido nuevo.

Pero aún había días, al despertarse por la mañana, en que Masha sentía que la recorría una sensación de pánico. Se llevaba la mano a la boca, convencida de que acababa de hacer algo horrible, algo imperdonable, y esperaba su castigo. La única cura para aquel mal era una visita a la habitación de Shelley. La tranquilizaba encontrar a su amiga durmiendo, leyendo, tomándose un té. Shelley vivía como si no hubiera nada de malo en su forma de vivir.

Pearl estaba sentada al borde de la cama, antes del amanecer, mirando por la ventana sin fijar la vista en nada. Últimamente había algo que la arrancaba de su sueño de repente todas las mañanas, como si tirasen de ella con una polea, para inmediatamente recordar que su hija se había ido. Todavía tenía en el móvil el último mensaje que había recibido: «Te quiero, mamá. No me busquéis. Llamaré pronto. Masha». Después de recibir aquello no habían llamado a la policía. No había sido un secuestro. No era una menor. Simplemente se había ido.

La niña empezó a llorar en la habitación de Estie. Pearl se escondió el largo y suave cabello en una toca de felpa, fue corriendo por el pasillo y entró en la habitación de sus hijas pequeñas sin hacer ruido. Estie estaba dormida en su cama; Leah estaba de pie, agarrada a los altos barrotes de la cuna y dando botes. Pearl la sacó de allí. El fuerte y rollizo bebé abrazó a su madre y le hundió la cara en el cuello. Pearl adoraba esa sensación. Le dio un beso en la mejilla a Leah y se la puso en la cadera. En ese momento sonó el despertador de los mellizos y Pearl, que estaba bajando las escaleras, les dijo en voz baja que no apretaran el botón de repetición. Mordecai podría dormir una hora más si lo necesitaba.

Preparó las cosas del desayuno, calentó el biberón y se sentó con Leah en brazos. Balanceándose adelante y atrás, aspirando el aroma de la sedosa cabeza de su bebé, pidió a Jashem que mantuviera a Masha sana y salva. Era lo único que podía hacer.

Un sábado, Leslie llegó al edificio victoriano de Masha con su vieja motora a remolque de la camioneta. Deirdre estaba pasando el fin de semana fuera con Stevie, visitando a unos amigos en el sur. Era el primer sábado que Leslie tenía para él solo en mucho tiempo y hacía un precioso día de calor.

Llamó al telefonillo a las diez, como le había dicho a Masha que quizá haría si el día estaba despejado. Masha se asomó a la ventana y cogió aire de golpe al ver el barco de madera, tan bonito y tan cuidado, con sus asientos de piel azul turquesa y sus relucientes cubiertas de madera. Había olvidado la invitación de Leslie.

Masha despertó a Hugh, que estaba durmiendo en el sofá, y a Shelley, y los tres salieron del edificio en fila y se subieron a la gran camioneta de Leslie, las dos chicas delante y Hugh encogido en el estrecho asiento trasero con el guante de béisbol, el bate y otras cosas de Stevie.

Leslie iba pensando en lo embarazoso que era llevar a aquellos tres jóvenes de excursión mientras giraba el volante con sus grandes manos y hacía bromas absurdas. Se sentía como un idiota. Él pensaba que Masha iba a aparecer sola. Ya no podía hacer nada. Fue conduciendo hasta el puerto deportivo, con el pecho hundido por la decepción. Masha iba sentada a su lado con un vestido largo de delicado algodón. Leslie sintió el calor del muslo contra el suyo.

Una vez que el barco estuvo dando botes sobre el agua, Masha pareció animarse. Arrodillada en la inestable proa, con las manos agarradas al riel y la oscura melena al viento, le gritó que fuera más deprisa, ¡más deprisa! La fuerte brisa tiraba de su holgado vestido blanco, lanzándole una espumosa estela de tejido a Leslie. Aceleró sin pensar, como para reducir la distancia que le separaba de ella. Masha se volvió hacia él una vez, con la cara atravesada por mechones de pelo negro y la boca abierta, sonriendo, bebiéndose el viento. Los otros dos iban acurrucados en el asiento trasero, soñolientos, mirando al mar. Los llevó a una playa de Fire Island en la que casi nunca había nadie.

Estaba tumbada boca abajo, con un biquini naranja que brillaba en contraste con su piel bronceada, el vello de la espalda de un dorado resplandeciente, una pierna flexionada y la punta del pie estirada y apuntando al cielo relajadamente. Estaba clavando sus uñas escarlata en la arena caliente, jugueteando con ella, y tenía la cara vuelta hacia Leslie, medio aplastada contra la toalla que le había traído él, con un ojo asomando entre aquel río de cabellos negros azulados.

—¿Te has echado crema? —le preguntó Leslie.

—No —contestó Masha.

—Deberías. Te vas a achicharrar.

Hugh y Shelley paseaban por la orilla a lo lejos, charlando.

—Vale —dijo Masha sin moverse. Leslie metió una enorme mano en su bolsa de tela y sacó el tubo de crema protectora.

—¿Te echo en la espalda? —preguntó. Masha asintió con la cabeza.

Sintió los músculos y las costillas bajo la cálida piel joven. Aquello fue su perdición. Ya no le importaba. Se tumbó boca abajo al lado de Masha y puso la cara cerca de la suya.

La miró a los ojos, oscuros como la noche, y ella le devolvió la mirada con atrevimiento. Se preguntó dónde estaban los otros. Oía cómo sus voces se iban apagando. Masha tenía la mano al lado de la suya, casi tocándola. Leslie le rodeó el meñique con el suyo. Ella no apartó la mano, pero miró los dedos entrelazados con un gesto de curiosidad. Leslie tiró de la mano hacia sí, tiró de ella entera hacia sí; la toalla se arrugó sobre la arena y Leslie le puso la enorme mano en la parte inferior de la espalda. Parecía diminuta. Sentía su aliento en la cara.

Con una leve sonrisa, Masha le puso la pequeña palma de la mano en el pecho y le apartó. La luz iluminó la arena que levantó al echar a correr por la playa. Su bikini se convirtió en un titileo naranja delante del mar de ópalo.

Fue caminando por el agua hasta donde estaban Hugh y Shelley. La sombra del gorro de paja de Shelley le dibujaba un estampado de lunares de luz en las mejillas. Tenía cuerpo de niño, con el pecho plano y las caderas estrechas.

—¿Qué está pasando ahí? —le preguntó señalando a Leslie con la cabeza.

—Nada —dijo Masha.

No podía besarle. Le había gustado el tacto de la mano callosa contra su piel. Notaba que Leslie la deseaba y eso le gustaba, pero... ¿Y si ella solo quería a Eli durante el resto de su vida? ¿Qué haría entonces? Instintivamente, se volvió hacia Hugh, que la estaba mirando con el holgado bañador mojado, protegiéndose los ojos con la mano. La luz cegadora no le dejó distinguir la expresión de su rostro. Hugh bajó el brazo, se dio la vuelta, caminó hasta que el agua le llegó a la delgada cintura y se zambulló en el mar. Las dos chicas le observaron abrirse paso hábilmente por el agua con sus largos brazos.

Shelley le cogió la mano a Masha y se la apretó.

—Hugh se vuelve a Los Ángeles —dijo—. Ojalá le vaya bien.

Aquella pérdida hizo que Masha sintiera una punzada de dolor. Hugh se había convertido, junto con Shelley, en parte de su vida. Quería que las cosas siguieran como estaban. Miró a su amiga. El peculiar paisaje del rostro de Shelley se había vuelto valioso y esencial para ella: la barbilla delicada, casi endeble, la nariz respingona, los ojos azules sorprendidos, los encantadores dientes prominentes. A Masha le encantaba aquella cara.

Al cabo de un mes de negativas, una directora de *casting*, una mujer delgada con movimientos de sonámbula, examinó a Masha con una mirada ávida.

—Hay alguien a quien quiero que conozcas —dijo con voz monótona.

En la audición que tuvo lugar a continuación, para un musical en un pequeño teatro independiente, Masha se subió a un escenario sin decorados rodeado de gradas vacías. El director era un hombre jorobado en silla de ruedas, con el torso ancho y una camisa hawaiana de manga corta de la que le salían unos brazos delgados sin vello. La compositora era una mujer pálida, envuelta en un chal negro y con una expresión de profunda tristeza. Estaban sentados juntos en la primera fila del teatro vacío.

Casualmente, los dos eran bizcos; el iris del ojo derecho de él apuntaba a la esquina derecha, el ojo izquierdo de ella estaba paralizado mirando a la izquierda. Masha no sabía si alguno de los dos la estaba mirando o no. Yo me acordé con cariño de mi querido primo Gimpel y de su ojo vago, que parecía apuntar a las esferas celestes.

Cuando Masha cantó la canción que había preparado con la profesora de canto que le había encontrado Nevsky, bajo el atento escrutinio de aquellos dos ambliopes, tenía tanto miedo que sintió como si un peso invisible le comprimiera el pecho, las entrañas. Al mismo tiempo, sin embargo, era emocionante exhibirse de esa forma. Ahí estaba ella, una judía ortodoxa, mostrando su más absoluta desnudez a unos desconocidos. Yo estaba eufórico. ¡Y a ellos les encantó! Le dieron el papel.

La obra, titulada *Las mujeres de Charcot*, era sobre el doctor Jean-Martin Charcot, el famoso neurólogo francés del siglo *xix*, y el grupo de mujeres afectadas de histeria a las que utilizaba para demostrar sus teorías. Estudiantes de medicina, otros médicos – incluido Sigmund Freud– y curiosos se amontonaban en el quirófano del hospital Salpêtrière de París para presenciar el extraño espectáculo. Todos los martes, el doctor Charcot hipnotizaba una por una a sus pacientes, que, como se esperaba de ellas, representaban sus traumas infantiles, tenían ataques, sufrían parálisis temporales..., todo de un modo y en un orden que reflejaba con exactitud las teorías de Charcot acerca de la histeria. La cuestión de la sugestión, de qué partes de aquel espectáculo eran síntomas reales despertados por la hipnosis y cuáles eran inventadas para contentar al gran catedrático y mantener el estatus de estrellas de las pacientes, ocupaba un lugar central en la historia.

Masha interpretaba a una joven llamada Geneviève. Era un papel pequeño, pero se pasaba gran parte del tiempo llorando y dando sacudidas. El personaje había perdido el habla a raíz de un trauma y solo era capaz de hablar (o, en este caso, cantar) cuando estaba hipnotizada. Yo tenía miedo de que el propio síntoma misterioso de Masha, su dolor fantasma, volviera y le impidiera trabajar, pero no ocurrió. La acompañé a todos los ensayos. El teatro era un lugar miserable, con unos bancos esqueléticos que se elevaban alrededor de un diminuto escenario, más adecuado para un circo de pulgas que para una representación teatral humana. Los ensayos eran como una visita a un manicomio, con doce mujeres de distintas edades gritando y contorsionándose, cantando y temblando mientras el director bizco se movía a su alrededor en su silla de ruedas, mascullando, y la compositora se quedaba en su asiento, envuelta en sus chales hasta el cuello, bebiendo té aguado de un termo y tomando notas como loca en una libreta. Me habría gustado poder convocar al espíritu de Antonia de dondequiera que estuviera para que viera aquel caos.

Tras el estreno del musical se publicó una única reseña, breve y sarcástica. Sin embargo, el crítico destacó a Masha y elogió su actuación.

–Dunster son palabras mayores –le susurró Nevsky a Masha en el ascensor vacío mientras disfrutaban el suave ascenso a la planta treinta–. Es un director británico, hace poco ha tenido mucho éxito con una obra llamada *A mi manera*. ¿La viste?

—No —contestó Masha.

—Claro, si tú nunca ves nada —dijo Nevsky—. *Maleante* es una serie de películas; es un contrato para tres entregas. Y quieren a alguien exótica, pero no demasiado exótica. O lo que es lo mismo, según mi interpretación, una actriz blanca. Creo que esa es nuestra baza. Tú eres exótica. Pero cuando entres ahí tienes que ser explosiva. Tienes que chamuscar la silla. Dunster es conocido por sus escenas de sexo. Estás impresionante.

Masha llevaba unos pantalones de cuero sintético de Shelley que le quedaban como un guante, un top rojo con la espalda al aire y unos tacones de diez centímetros que se había comprado en el centro comercial de Patchogue. Parecía la prostituta de una peli. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Masha vio a otras cinco o seis chicas vestidas casi exactamente igual que ella, una jungla de pestañas, brillo de labios y pendientes de aro, mirándola con gestos de curiosidad y fatalismo. Cuando el ayudante por fin pronunció su nombre, todas la siguieron con la mirada. Nevsky parecía nervioso y un poco triste por tener que quedarse esperándola fuera. Como un perro, pensó Masha mientras volvía la cabeza y le miraba.

No estaba tan asustada como de costumbre. Tenía toda la escena preparada; había decidido cómo iba a pronunciar cada una de las frases. Después de repetirla tres veces con el director de *casting*, que la leyó con ella, Johnny Dunster se recostó en su asiento y la miró con el ceño fruncido. Era un tipo despeinado, con acento británico, propenso a los largos silencios seguidos de movimientos bruscos y peticiones tartamudeadas con rotundidad. Masha le devolvió la mirada, inmóvil, y esperó. Al cabo de un buen rato, el director dijo:

—Gracias.

A los cinco días, volvieron a llamarla.

—Te presento a Carl —dijo Dunster cuando entró Masha—. Vais a leer la escena juntos.

Carl era rubio y fornido, con delicados rasgos germánicos y una cara amable y sincera.

—Bueno, lo que quiero que hagáis —continuó Dunster— es, por así decirlo, liaros mientras hacéis la escena.

—¿Qué? —dijo Masha.

—Como si os estuvierais liando y hablando a la vez. Ya sabes cómo va.

Masha miró al chico, que se metió las manos en los bolsillos como para indicar que era inofensivo.

—Liaos, pegaos el lote, tengo que ver cómo queda.

Masha no se movió. Estaba intentando entenderlo.

—Es una escena subida de tono, no sé cómo queda si no veo un poco de la parte física —explicó Dunster.

Carl, que claramente llevaba toda la mañana haciendo eso, y que de hecho aún tenía una minúscula mancha de pintalabios en la barbilla, se sentó en el suelo y la miró con un gesto de expectación. Masha le observó desde su silla como si fuera una piscina de agua helada en la que se esperaba que se zambullera. ¿Así que ese iba a ser su primer beso, con aquel doble? Se sentía atrapada. No podía irse; no podía echar por tierra aquella oportunidad. Recorrió su mente en busca de detalles de las escenas de sexo de la película

que había visto con Hugh. Respiró hondo, se agachó, fue gateando hasta el joven rubio y le besó. Su boca sabía a chicle de menta. Dunster se levantó de golpe y se puso a brincar a su alrededor, como una cabra alzada sobre las patas traseras, animándoles:

—Vamos, ¡agarra al chico! ¡Cógele del pelo! Bien. ¡Otra vez!

Masha pronunció sus frases en pleno revolcón, con los labios húmedos con la saliva de aquel desconocido. Celoso y, sorprendentemente, escandalizado por aquella profanación del cuerpo de Masha, yo me puse a zumbar alrededor de la pareja, en vano, flotando en el aire como la mosca doméstica muda e inútil que era.

Cuando terminó, Masha volvió a la silla y se secó la boca.

—Bien —dijo Dunster—. Gracias, Masha.

Masha se puso de pie, temblando. Apenas recordaba nada de los últimos tres minutos. Aturdida, masculló algo y salió.

Y después de todo aquello no le dieron el papel.

Una noche, volviendo a casa del trabajo, Leslie giró de repente y salió de la autopista de Long Island para ir a Manhattan. Sabía que Masha actuaba en una obra allí. Buscó el teatro con el móvil. Después del beso fallido en la playa, la vergüenza le había impedido pronunciar palabra. Había llevado a los chicos a casa y se había ido en la camioneta con el rabo entre las piernas. Durante los días siguientes, Masha y él se evitaron mutuamente en la mansión de los Coe. Pero tenía que encontrar una forma de volver a establecer contacto con ella. Era incapaz de sacársela de la cabeza, de reanudar su vida normal. Estaba demasiado enganchado.

Mientras hacía cola para comprar la entrada, junto a otras tres personas, a Leslie le preocupó lo que pensaría Masha. No quería que pareciera que la estaba acosando. Quizá simplemente se fuera cuando terminara la función. Esperaría unos días y después le diría que había ido a ver la obra con su mujer. Compró la entrada y se sentó al fondo de la sala. El teatro acabó llenándose hasta la mitad, se apagaron las luces y empezó la función.

El doctor Charcot, un hombre de baja estatura con chaqué y pajarita y con el cabello oscuro bien peinado hacia atrás, salió al escenario y cantó una canción en la que explicaba lo que le pasaba a la primera demente. Entonces entró una mujer corpulenta vestida con una combinación victoriana, despeinada y con un tic nervioso. Charcot imitó sus tics con mucha gracia mientras explicaba los distintos síndromes de la paciente y a continuación la hipnotizó. La mujer, en un profundo trance, procedió a detallar mediante una canción la terrible experiencia de haber sido atropellada por un carro y después sufrió una especie de ataque. Cuando el doctor la despertó, entró la siguiente. Aquel circo de los horrores duró cuarenta y cinco minutos, intercalado con pequeñas escenas de la vida familiar del doctor Charcot, en las que su esposa le cantaba una y otra vez que todas esas mujeres se inventaban los síntomas para llamar la atención. Leslie pensó que tenía algo de razón.

Cuando Masha salió al escenario, guiada por la enfermera, Leslie sintió miedo por ella. Se le humedecieron las palmas de las manos y se le hizo un nudo en la garganta. Masha

no dijo nada, pero su forma de recorrer la sala con la mirada, de jugar con la cruz que llevaba en el cuello, de encorvar los hombros, le pareció intensa y real. El médico explicó que en los últimos dos años Geneviève solo había hablado estando hipnotizada.

Cuando la hipnotizaron, a Masha se le pusieron los ojos en blanco y a Leslie le entraron escalofríos al oír el sonido áspero y desconocido de su voz al cantar. Era una voz oscura, pura. La extraña tensión en su rostro, la forma en que retorció las manos, la manera en que echaba la cabeza hacia atrás al responder a las órdenes del médico...: todo aquello pertenecía a otra mujer. En un momento dado, para demostrar la catatonía producida por la hipnosis, Charcot pidió a las enfermeras que pusieran el rígido cuerpo de Masha en equilibrio sobre dos sillas. Estaba tesa como una tabla de planchar. Parecía una médium. Cuando los focos se apagaron, Leslie oyó que alguien susurraba:

—La chica morena, la muda..., es impresionante.

Al oír aquello, Leslie sintió que le ardían las mejillas.

Masha se paseó lentamente por el escenario. Se sentía agotada, como una cáscara vacía. Estaba intentando reconstruir la representación de aquella noche, pero solo contaba con unos cuantos fragmentos desordenados de la experiencia. Para ella, esa clase de amnesia era lo normal después de actuar. Tenía conciencia de su propio cuerpo mientras estaba en el escenario, pero lo sentía como siente un animal: el vello erizado en la nuca, los escalofríos en la columna, un arranque de rabia o de vergüenza. Cuando cantaba, se sentía como si no fuera nada más que una garganta abierta, un conducto para transmitir algo que nacía bajo sus pies y que salía despedido hacia la atmósfera. Su yo cotidiano desaparecía. Masha tenía un apetito insaciable de aquella embriagadora sensación de olvido, de libertad. Noche tras noche, perseguía aquella evasión. Yo la entendía. Pero ya hablaré de eso más tarde.

Masha estaba muerta de hambre. Pediría a Surinder que parara de camino a casa para comprar una porción de pizza. Y una Coca-Cola. Oyó que alguien la llamaba y levantó la vista. Era Leslie. De pronto se dio cuenta de lo sola que se había sentido un minuto antes.

—¡Leslie! —exclamó.

—No podía perdérmelo, ¿no?

Masha le sonrió desde el escenario. Leslie fue bajando por las gradas.

—Has estado increíble —dijo.

—¿Sí?

—Me has convencido de que estabas completamente chiflada. ¿Quieres ir a tomar algo?

—Umm, me está esperando Surinder...

—Dale la noche libre. Luego te llevo yo a casa —se ofreció.

Pararon en un asador de camino a Long Island.

—Siempre estoy muerta de hambre después de la función —dijo Masha mientras se llenaba la boca de patatas asadas—. Me voy a poner gorda.

–Estás bien –afirmó Leslie–. Ah, oye, te debo esto –dijo dándole el cheque que llevaba en la cartera–. No es mucho, pero te lo has ganado.

–Genial –agradeció Masha cogiéndolo.

–Tienes cuenta bancaria, ¿no?

–Sí.

–Aunque ahora ya tienes trabajo. Ya estás en camino.

–No necesariamente. Este tipo de teatro no está muy bien pagado, y de todas formas acabamos la semana que viene. No sé cuándo me va a salir otra cosa.

–Si te hace falta, siempre puedes trabajar conmigo en la oficina.

–¿Sí?

–Si te hace falta. Puedes archivar. Vera siempre está diciendo que le vendría bien un poco de ayuda.

–He estudiado secretariado.

–¿Ves?, pues ya está. ¿Vamos para casa? Debes de estar cansada después de tanta demencia.

Masha sonrió. Leslie odiaba cada broma de adulto enrollado que salía de su boca. Pero no podía decirle lo que sentía. La espantaría. Y, de todas formas, no tenía derecho a desear lo que deseaba.

Por el camino, circulando por la autopista, fueron escuchando la radio. Una canción triste. Leslie aparcó delante del edificio victoriano. Masha abrió la puerta del coche con vacilación.

–¿Qué pasa? –preguntó Leslie.

–¿Te importaría... subir conmigo y dar una vuelta por el piso para ver que todo está en orden? Shelley está con su novio en Manhattan hasta mañana. Una vez que estén todas las luces encendidas estoy bien. Es que me pongo nerviosa al entrar en casa sola.

–Es normal –contestó Leslie.

Las ventanas sin cortinas daban un aspecto algo siniestro al apartamento: la intensa luz de las farolas entraba en la casa, lo que la exponía a cualquier mirón. Masha le pidió que mirara en su cuarto, en el de Shelley, en todos los armarios, detrás del sofá y en el baño y se asegurara de que no había ningún intruso. Era enternecedor. Tenía miedo de verdad.

–¿Ya se ha mudado alguien más al edificio? –preguntó Leslie mientras corría la cortina de la ducha.

–No hasta que no terminen la reforma –contestó Masha.

Volvieron a la cocina.

–¿Quieres un vaso de zumo? –preguntó mientras abría la nevera–. Es lo único que tenemos.

–Vale –contestó Leslie con amabilidad. Se sentía relajado. Deirdre pensaba que iba a pasar la noche en el parque de bomberos. Si pasaba algo en casa, le llamaría primero al móvil.

Levantó la mirada del zumo y vio que Masha le estaba mirando.

–¿Shelley se va a volver a mudar al centro? –preguntó.

–No estoy segura. Va y viene. Lo habían dejado, pero ahora más o menos han vuelto.

–Y a ti te da miedo quedarte sola.

–Ni siquiera había dormido nunca fuera de casa hasta que me vine a vivir aquí –dijo Masha.

–¿De verdad?

–Sí.

–¿Ni siquiera en casa de una amiga?

Masha negó con la cabeza.

–No me extraña que estés nerviosa.

–Pero me estoy acostumbrando –dijo mientras se quitaba la cinta del pelo y dejaba que el cabello le cayera alrededor de la cara–. Me hace daño en la cabeza –dijo frotándosela con los dedos.

–Eres guapísima –reconoció Leslie.

–No.

–Sabes que lo eres.

–Tengo un montón de defectos.

–No tienes ningún defecto.

–¡Sí que los tengo! –insistió, sonriéndole–. Tengo las piernas arqueadas y me sobresalen las costillas. Mira.

Se quitó el vestido y dio tres pasos hasta el centro de la habitación. Leslie corrió hacia la pared y apagó la luz inmediatamente por si alguien la veía desde fuera. No llevaba sujetador. Flexionó el cuerpo, se quitó la ropa interior y se quedó de pie a oscuras. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Leslie vio exactamente el mismo cuerpo que yo le había grabado en el cerebro durante todas esas semanas, resplandeciente por la combinación de la luz de las farolas y de la luna.

–¿Me ves? –preguntó Masha.

–Te veo –contestó Leslie en voz baja.

–¿Ves lo que digo de las piernas?

–Eres perfecta.

–¿Lo crees de verdad?

–Sí.

Masha se acercó a él, se agachó y volvió a ponerse el vestido y la ropa interior.

–Masha –dijo Leslie rápidamente, como para atrapar el momento.

Ella caminó hasta la pared, encendió la luz y la puso bien fuerte.

–Ya no tengo miedo –dijo mordiéndose el labio. Se hizo un silencio mientras se miraban.

–¿De qué no tienes miedo ya?

–De estar sola en el apartamento.

Pasaron unos instantes.

–¿Quieres que me vaya? –preguntó Leslie.

–Debería irme a dormir. Lo siento si... Es que no..., no puedo..., eh...

–No pasa nada –contestó Leslie.

Se acercó a ella, se inclinó, le dio un beso en la mejilla y le sujetó la pesada melena con

las manos. Tenía la piel muy suave, como la de un niño, pero su mirada era verdaderamente impenetrable. ¿Qué estaba haciendo Masha?

Cuando Leslie se marchó, Masha cerró la puerta con pestillo y se fue directa a la cama. Yo la acompañé y me posé en el edredón.

Le había encantado sentir la mirada de Leslie sobre su piel. Sus ojos eran como el calor del sol. Sus manos, sin embargo, le parecían demasiado. Su transgresión no podía llegar tan lejos. No quería que llegara tan lejos. Espantando ese pensamiento, mi casta amada miró por la ventana, con la mente en blanco, hasta que se le cerraron los ojos y el sueño la envolvió.

En la calle, Leslie se quedó sentado en su camioneta, mirando hacia la casa. La luz del cuarto de Masha se había apagado. Se imaginó la casa quemándose. Entonces podría rescatarla. Se moría por rescatarla.

El sótano del *hôtel* de Bourgogne, que albergaba la Comédie-Italienne, estaba lleno de almacenes y de maquinaria diversa para los decorados. Los domingos por la mañana antes de la matinée, o cuando ninguno de los dos estaba ocupado, Antonia y yo deambulábamos de una sala a otra en busca de nuevos lugares en los que escondernos. Había una habitación que contenía exclusivamente útiles para la extinción de incendios. Los incendios eran tan habituales en los teatros que, por si acaso, el *hôtel* de Bourgogne tenía su propio depósito de agua bajo el edificio. Conservo un preciado recuerdo de mi amante recostada sobre una manguera de lona enrollada. Al arquear la espalda, sus pequeños pechos asomaron entre aquel torrente de brillante cabello como dos piedrecitas blancas en la corriente de un río. Me zambullí en ella. Era diminuta pero fiera, con zarpas almohadilladas, uñas afiladas, dientes cortantes. Antonia siempre peleaba cuando hacíamos el amor, haciéndome sacar fuerzas de mis enclenques extremidades.

Un día le pregunté a Antonia si el conde era tan buen amante como yo. Ella se echó a reír.

—¿Es que no lo sabes? —dijo.

—¿El qué?

—Villars es impotente, por la viruela. Le Jumeau le hace todo el trabajo.

—Quieres decir...

—Son un equipo —contestó sonriendo alegremente y atrayéndome hacia sí para besarme. Yo me levanté, horrorizado—. Desde que te conocí a ti, amor mío, no lo he permitido —dijo con un tono muy poco convincente.

—Pero ¿por qué..., por qué no puede usarme a mí?

—Eso mismo pensé yo. Pero no puedo preguntárselo, resultaría sospechoso. Te prometo que la mayoría de las veces no se trata de... No pide cosas normales.

—Lo sé —respondí.

—Hace mucho tiempo que no veo a Le Jumeau —dijo jovialmente.

—¿Cómo puedes quedarte ahí sentada sonriéndome como si esta situación fuera normal? —pregunté dándome un cabezazo contra la pared. Después de mirarme para ver si estaba sangrando, Antonia volvió a arrellanarse en la cama y me acarició la espalda.

—Pero ¿por qué es peor una cosa que otra? —preguntó con suavidad—. Tú tienes una verga que funciona, tienes esa suerte. Él no. En cierto modo me da pena.

Me froté el chichón que me estaba saliendo en la frente, intentando creer que Antonia rehuía totalmente a Le Jumeau. No funcionó. Empezaron a atormentarme los celos, y sin embargo aquello solo intensificó mi lujuria. Tenía erecciones permanentemente y me movía con pesadez por un espeso caldo de deseo sin apenas ver el mundo que me

rodeaba. El hecho de que estuviera traicionando al conde parecía irrelevante; era un asunto diferente. Su relación con ella era una complicada transacción comercial; la mía era una unión carnal. Mientras que él pagaba por sus veladas con Antonia, y quizá con Le Jumeau, las mías eran gratuitas: la función de un *greluchon* era proporcionar placer. Una cortesana tenía derecho a tener su propio amante. El hecho de que el *greluchon* de Antonia fuera el ayuda de cámara de su cliente quizá resultara un problema, pero a mí ya no me importaba. El que me preocupaba era su antiguo amante, Algrant. Cada vez que pasaba con el conde por delante de su taquilla, nos dirigía una sonrisita burlona tan descarada que me daba miedo que mi señor le llamara la atención por ser tan insolente y a cambio recibiera una ración de verdades. Por suerte para mí, el conde solía acceder al teatro por la entrada lateral, reservada para los espectadores que tenían un palco para toda la temporada, así que evitábamos tener que verle y darle las entradas a él. Nuestro romance transcurrió sin complicaciones durante unos meses.

Una noche, durante el entreacto, había llevado una botella de champán al conde y a unos amigos a los que había invitado a su palco y estaba tan tranquilo en el camerino de Antonia, con los pies en alto junto a la lumbre, cuando llamaron a la puerta. Antonia y yo nos levantamos y nos miramos. El conde me había dicho que no iba a visitar a mademoiselle Giardina durante el entreacto. ¿Por qué estaba aporreando la puerta? Antonia le entretuvo mientras yo me escondía tras un biombo. Villars entró con aire amenazador y, con una calma aterradora y casi susurrando, dijo:

—*Mademoiselle*, ¿sería tan amable de decirme si hay aquí una persona del sexo masculino con vuestra merced?

—Pero, *monsieur* —contestó Antonia—, ¡estoy a punto de salir a escena!

—No puedo irme hasta que no conteste a mi pregunta —dijo el conde.

—Ya ve que aquí no hay nadie —respondió Antonia muy ufana—. No sabía que vuestra merced iba a controlar todos mis movimientos.

—Le ruego que no ofenda mi amor —pidió mi señor—. Tiene absoluta libertad salvo en los ratos que pasamos juntos. Sin embargo, tengo motivos para creer que uno de mis criados se encuentra en esta habitación, y eso es una humillación que no puedo soportar.

Antonia soltó una risotada.

—Eso tiene gracia —replicó.

Un compasivo golpe en la puerta avisó a Antonia de que le quedaba un minuto para salir al escenario.

—Por favor, *monsieur*, ¡váyase! Este es un mal momento para venirme con enigmas.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¡Gebeck!

Volvieron a llamar. La puerta se abrió. El director de escena le espetó que estaban a punto de darle el pie y no se encontraba en su sitio. A Antonia le entró el pánico y se fue corriendo hacia el escenario. Como un oso enfurecido, mi señor rompió el endeble biombo y me dejó al descubierto. Mientras se llevaba la mano a la pistola, me agaché y salí corriendo. Seguí el camino natural, por detrás de los bastidores y hasta el escenario,

donde estaba Antonia, resplandeciente a la luz de las candilejas y con un gesto de asombro en el rostro. Corrí hacia ella. El primer actor se apartó cuando pasé por su lado patinando por el suelo de madera encerada hasta quedar detenido en el centro del escenario. Hacía calor y una luz sobrenatural lo inundaba todo. Miré hacia la oscura sala abarrotada con los ojos entrecerrados: butacas, alfombras, paredes tapizadas con seda y terciopelo rojos como una vulva inflamada, mil caras blancas mirándome como hileras de dientes. Paralizado ante aquella visión, me quedé quieto mientras me llegaban andanadas de carcajadas: al ver mi librea azul, ¡el público pensó que era un ayuda de cámara en la obra! En plena confusión, empecé a darme cuenta de que mi hábil amante estaba intentando meterme en el argumento de la obra. Por fin lo había entendido y me disponía a improvisar unas frases cuando una tetera que había en la mesa que tenía al lado estalló en pedazos. Se oyeron gritos entre el público. Me volví y vi al furioso conde a la izquierda del escenario, volviendo a cargar el arma. Salí corriendo por la derecha, saltando por encima de toda clase de artilugios teatrales en mi desesperado intento por salvar la vida, bajé las escaleras taconeando, atravesé el vestíbulo, subí otro pequeño tramo de escaleras y recorrí un pasillo que discurría por delante del cuarto de guardia, donde había un grupo de miembros de la guardia francesa enfrascados en una partida de cartas que no me vieron hasta que ya los había dejado atrás. Finalmente llegué a la entrada de los artistas, cuya puerta me sujetaba abierta para mi conveniencia el sonriente taquillero de ojos rasgados, sin duda el artífice de mi ruina.

La noche de *Las mujeres de Charcot*, Leslie apagó el motor y las luces del coche y caminó tranquilamente hacia su casa. Era pasada la medianoche; no quería despertar a Deirdre. Las luces de la celda para padres estaban encendidas, y le llegó el potente sonido de las trompetas de una *big band* de jazz desde el interior. Don y Libby estaban en mitad de una de sus sesiones, que duraría toda la noche. Leslie estaba deseando entrar en casa antes de que le cogieran por banda para hacerle mediar en alguna pelea. Al llegar a la puerta, se fijó en que el gran gato atigrado naranja estaba acurrucado en el alféizar de la ventana, con el ceño fruncido y un gesto de súplica. Aquel animal llevaba meses rondando por allí intentando gorronear.

—Otra vez tú —dijo Leslie con un suspiro—. Está bien, me rindo.

Abrió la puerta con cuidado, entró en la cocina sigilosamente, puso un poco de comida para gatos en un tazón de plástico y lo dejó fuera. El enorme gato bajó al suelo pesadamente, se acercó al tazón y se puso a comer, moviendo la cabeza arriba y abajo mientras seleccionaba trozos de carne y los masticaba, enseñando los dientes, finos como agujas, y sin apartar la mirada de Leslie. Él volvió a entrar en casa y cerró la puerta.

—¿Es que tienes que rescatar a todo el mundo?

Deirdre estaba de pie en la cocina, escultural.

Leslie se dirigió al fregadero y empezó a lavarse las manos.

—Ya estaba harto de verlo tan triste —contestó.

—¿Así que ahora es nuestro gato? —preguntó Deirdre, que se apoyó en la encimera.

—Solo le he dado un poco de comida, Deirdre.

—Eso quiere decir que a partir de ahora le vas a dar de comer todos los días, ¿no?

—No estoy diciendo que tengamos que darle de comer todos los días.

—Una vez que empiezas, ya no hay quien lo pare. No puedes dar de comer a un animal una sola vez.

—¿Qué estás diciendo?

—Ese gato es muy agresivo. ¿No te das cuenta de que nuestros gatos le odian? Es un abusón, les roba la comida. Y tú vas y le das de comer. ¿Por qué, para alimentar tu ego? La única manera de librarse de un gato como ese es mudarse.

Leslie se estaba secando las manos, mirando al paño de cocina.

—¿Te quieres mudar? —preguntó.

—¿Adónde nos vamos a mudar? Si tenemos que llevar a rastras a todo el puto circo.

—¿Te refieres a tus hijos y tus padres y tu nieta? ¿Ese circo?

—Ah, perdona. Perdóname por no ser perfecta durante dos segundos. Tú ni siquiera estabas de guardia esta noche, mentiroso.

—¿Qué dices?

—He llamado al parque de bomberos. Tommy ha intentado encubrirte cuando se ha dado cuenta de que me habías mentido, pero ya era demasiado tarde. Bueno, ¿dónde estabas?

—He ido a ver un musical.

—¿Que has ido a ver un musical?

—Sí.

Ahora la estaba mirando, directamente a los ojos, y no la reconocía en absoluto.

—¿Qué musical?

—Se llama *Las mujeres de Charcot*. Es sobre una panda de mujeres chifladas.

—¿Y eso dónde ha sido?

—En Manhattan. En un teatro muy pequeño.

—¿Con quién has ido?

—Con nadie. He ido solo, ¿vale? Masha White actúa en la obra. ¿Te acuerdas de ella? No lo hace mal.

Se hizo un silencio.

—Sí, me acuerdo de Masha White —dijo Deirdre lentamente—. Y esta obra ha durado... ¿qué, hasta las doce de la noche?

—La he llevado a comer algo y la he acercado a casa.

—¿Qué está pasando, Leslie?

—Lo que está pasando es que he ido a ver actuar a una amiga.

Pasó por delante de ella, rozándole el hombro. Atravesó la cocina y subió las escaleras mientras se le formaba un bloque sólido en el estómago.

Deirdre se quedó junto a la encimera, paralizada. Por extraño que pareciera, era el hecho de que hubiera dado de comer al gato lo que la tenía verdaderamente cabreada. Era una inconsciencia, disfrazada de buena acción. El señor Rescate. Su matrimonio estaba agonizando y era a ese gato, a ese gato cabrón que los habría matado a todos a cambio de un plato de carne gelatinosa, al que rescataba. Lo único que quería hacer era echar a correr, coger las llaves del coche y largarse a un lugar donde nadie la conociera. Podría conducir hasta California, alquilarse un piso barato, buscarse un trabajo, escribir sus relatos, cenar leche con cereales si le apetecía. La realidad era que en esa casa no la necesitaban. Leslie hacía todo lo que podría haber hecho ella, solo que mejor. Él sabía cómo manejar a Stevie, tenía la paciencia. Sabía tratar a sus padres. Hasta cocinaba. Se permitió imaginarse cómo sería un solo día sin su familia. En su fantasía, antes del atardecer ya estaba volviendo a casa; los echaba demasiado de menos a todos.

Entró en el dormitorio. Leslie ya estaba en la cama con la luz apagada.

—Leslie.

—Me acabas de despertar.

—¿Me vas a dejar?

—Estoy intentando dormir.

—Te estoy preguntando si nos vas a abandonar.

—Estoy aquí.

–Ya sabes lo que quiero decir.

Leslie se quedó tumbado en silencio, odiando a Deirdre, odiándose a sí mismo.

–¿Qué querías decir cuando me has preguntado si he dado de comer al gato para alimentar mi ego?

–Quería decir que te gusta meterte en la cabina telefónica y ponerte la capa y los leotardos –contestó Deirdre.

–¿Eso es todo lo que soy para ti, un pringado que se ofrece para rescatar a gente porque necesita sentirse importante?

–No –contestó Deirdre.

–Así que supongo que lo mismo pasa entonces con todos los voluntarios, el sistema entero funciona gracias a gente que necesita alimentar el ego. Desde luego, eres hija de tu padre.

–¿A qué te refieres con eso?

–Tú sabrás, tú eres la gran escéptica.

A la mañana siguiente, la lluvia aporreaba los cristales de las ventanas. Leslie contestó el móvil a las siete. Era Evie. Se le había estropeado el coche y necesitaba que la llevara a una entrevista de trabajo en un jardín de infancia. Deirdre se hizo la dormida. Leslie se vistió sin vacilación y salió corriendo de casa bajo la lluvia.

Llegó al bloque de Evie, aparcó y dejó el motor encendido. No quería llamar, por si acaso tenía que conocer a otro de los amigos de su hermana. Al final, Evie salió corriendo de la casa y cerró la puerta con llave. Llevaba un chubasquero con estampado de cebra, una minifalda rosa, botas de agua de tacón alto y un brillo de labios rosa escarchado que emitía destellos. No era la clase de persona que encajaría en un jardín de infancia. Se subió a la camioneta, apestando a champú afrutado, y le dirigió una gran sonrisa a su hermano desde su rostro excesivamente bronceado y algo hinchado por el alcohol.

–¿Va todo bien? –preguntó Leslie con voz ronca, consiguiendo esbozar una sonrisa.

–Sí –contestó Evie–. Solo necesito que alguien me lleve, nada más.

–Bien –dijo Leslie–, pues aquí estoy.

Al ir conduciendo por las arremolinadas inmediaciones del huracán que, según la radio, estaba cruzando el Atlántico en ese momento, a Leslie le pareció que la lluvia que caía fuera de la camioneta era un cuerpo sólido, una masa continua y tangible de agua. No parecía que hubiera gotas individuales por ninguna parte. Según iba circulando, iba viendo faros que se le acercaban flotando, borrosos y difuminados, mientras sus limpiaparabrisas se movían a cien por hora y abrían cuñas temporales e inútiles en la cortina líquida que se deslizaba por la luna delantera como plástico derretido. Se le puso detrás un coche rojo que empezó a darle las luces para que fuera más deprisa, a pesar del vendaval. En lugar de acelerar, Leslie redujo la velocidad. Llevaba puesta la radio con el volumen al mínimo; el ritmo frenético de una guitarra prácticamente inaudible resultaba

hipnótico con el volumen tan bajo. El exaltado de detrás le estaba dando las luces como loco. Leslie redujo la velocidad hasta veinticinco kilómetros por hora, solo para fastidiar al tipo. Cuando por fin llegaron a una recta en la carretera, el coche rojo le adelantó a toda velocidad. El conductor se volvió para lanzarle una mirada asesina y Leslie le saludó con la mano. Lo más probable era que los bomberos no tardaran mucho en tener que sacar a aquel imbécil de su coche.

Se le encendió el piloto de la gasolina. Leslie paró en la primera gasolinera que vio y comprobó irritado que había cola en todos los surtidores. Fue avanzando muy despacio a medida que la gente iba llenando sus depósitos y marchándose, hasta que por fin solo tuvo un coche delante. La esquelética mujer que estaba echando gasolina llevaba agarrado un paraguas dado la vuelta, tenía el pelo mojado y se tambaleaba con el viento. La estrecha marquesina que protegía los surtidores no podía parar aquella lluvia horizontal. Leslie se puso la gorra y suspiró. Se iba a empapar. La mujer se metió en su coche con dificultad y se fue. Leslie paró junto al surtidor y observó la fila de mangueras: normal, plus y súper. Al poner la mano en el seguro de la puerta, le asaltó un recuerdo que le dejó paralizado: Masha tumbada a su lado con aquel biquini naranja, con su cabello negro centelleando al sol. Le recorrió una sensación de anhelo que después se endureció como cemento. No podía moverse. La atronadora bocina que sonó detrás de él le encogió el estómago de miedo. Miró por el espejo retrovisor. Era un gilipollas hablando por teléfono, un imbécil con un BMW nuevo que le estaba haciendo gestos de impaciencia. Leslie se giró bruscamente y le miró con cara de pocos amigos; el tipo volvió a pitar. Leslie se bajó de la camioneta y a los dos segundos estaba calado. Se acercó al BMW dando grandes zancadas, con la lluvia cayéndole por el cuello y goteando desde la visera de la gorra. Vio que el tipo del teléfono se fijaba en su tamaño al verle acercarse, pero no colgó; simplemente miró a Leslie con una mueca de enfado, impaciencia y superioridad, y señaló el surtidor con un gesto brusco, con la palma de la mano hacia arriba, como diciendo: «Echa ya la gasolina, imbécil». Leslie no fue consciente de que se iba a meter en el BMW hasta que estuvo dentro, empapando el asiento de piel. El tipo aún tenía el teléfono pegado a la oreja.

—¿Qué haces? —gritó. Era bajito, con el pelo moreno. Olía a *aftershave*. Su chubasquero verde parecía nuevo—. ¡Me estás estropeando el asiento!

—¿Te importaría colgar el teléfono, por favor? —le pidió Leslie en voz baja.

—¿Cómo dices? —preguntó el tipo.

—Cuelga el teléfono, por favor —dijo Leslie acariciando una costura de la palanca de cambios de piel con aire pensativo.

—Oye, Jeff, te tengo que dejar. Ahora te llamo —dijo el hombre. Colgó el teléfono pero no lo soltó—. Quiero que te bajes de mi coche ahora mismo —le ordenó con la espalda contra la puerta.

Leslie siguió jugueteando con la tersa palanca de piel. Tenía un acabado precioso.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Quieres saber cómo me llamo.

—Sí.

–Richard Demos.

–¿Eso es...? ¿De dónde es ese apellido?

–Es griego.

Un temblor recorrió uno de los párpados de Demos.

–Bien, Dick. No deberías pitar a la gente. Es una grosería.

Demos negó con la cabeza mientras miraba la hora en su Rolex.

–Ya entiendo que tienes mucha prisa –dijo Leslie con un suspiro. Se imaginó estirando el brazo y agarrando a Demos del cuello de su chubasquero nuevo.

–Pues sí –contestó Demos.

–Simplemente te recomiendo que no seas maleducado –continuó Leslie–. La bocina es más bien un recurso para emergencias. Se usa como advertencia.

Leslie le miró fijamente a los ojos. Volvió a temblarle el párpado. El miedo de aquel hombre bajito le resultaba gratificante; no podía evitarlo.

–Entendido –contestó Demos con voz tensa–. Ahora ¿te importaría echar la gasolina, por favor?

–Por supuesto –dijo Leslie, que salió del coche y se dirigió al surtidor, dejando la puerta abierta a pesar de las súplicas de Demos para que la cerrara. Por la ventanilla de la camioneta, vio el bate de béisbol de Stevie en el estrecho asiento trasero. Se imaginó que metía el brazo y lo cogía, se daba la vuelta, caminaba pausadamente hasta el coche del tipo y, con un diestro golpe, le destrozaba la ventanilla del copiloto. Después volvía a su camioneta, tiraba el bate a la cabina, cerraba la puerta y efectuaba el prepago de la gasolina como si no hubiera pasado nada. Absorto en aquella fantasía, Leslie metió la manguera en la boca del depósito, apretó la palanca y echó una mirada a Dick Demos, que estaba dando marcha atrás. Leslie le observó retirarse sin apartar la mirada de él. Demos le hizo un corte de mangas.

Leslie subió corriendo las escaleras traseras de la casa de los Coe y llamó a la puerta. Le abrió el señor Cruz, el mayordomo.

–Señor Senzatimore –dijo sonriendo.

–Hola, señor Cruz. Masha ha dicho que quería trabajar un par de horas en el barco, ¿le podría decir que estoy aquí?

Tenía la cara empapada.

–Masha y Shelley se han ido al centro con el señor Nevsky, tenían audiciones.

–Ah.

–Lo siento. ¿No se lo ha dicho Masha?

–Seguramente me ha mandado un mensaje. No he mirado –mintió.

–No vuelven hasta esta noche –dijo Cruz, como disculpándose.

–No pasa nada, solamente pensaba que quería hacer más horas –contestó Leslie.

–Pase y séquese. Tómese un café.

–Gracias, luego me tomo uno –dijo Leslie intentando ocultar su decepción. La compasión de Cruz era insoportable. Se dio la vuelta rápidamente, fue corriendo hasta el garaje bajo la lluvia y tiró de la puerta, que se abrió con un traqueteo.

El casco negro del barco apareció imponente ante él, como una presencia lúgubre en la penumbra. Encendió las luces. El zumbido de los fluorescentes se mezcló con el golpeteo de las gotas de lluvia sobre el tejado del garaje. Desde que había tenido a Stevie, los sonidos tenían mayor significado para Leslie. Se sentía culpable por poder oír lo que su hijo no oía; al menos debería apreciarlo. Se sentó en una banqueta y se puso a escuchar, mientras miraba por la puerta abierta del garaje y contemplaba los ondulantes mantos de lluvia que caían sobre el jardín. Pensó en ella, en lo alto de algún rascacielos del centro, con las gotas de lluvia descendiendo en zigzag por los ventanales de cristal. Estaba «llamando la atención». «Causando sensación», sin duda. La desesperación que había empezado a formarse en torno a Leslie como una niebla venenosa a ras de suelo estaba elevándose y empezando a rodearle. Pronto estaría envuelto en ella.

La anticuada historia del rescate del incendio que me había inventado se coló en la mente de nuestro héroe mientras escuchaba la lluvia allí sentado, pero esta vez la adornó: se imaginó que iba al edificio de Masha con la camioneta y decía que estaba allí para hacer una inspección para la prevención de incendios. Los obreros le dejaban pasar al sótano. Se vio a sí mismo poniendo cinta aislante en el pestillo de la puerta del sótano que daba al exterior para que no se cerrara y buscando el tubo del gas de la trasera de la secadora. Esa noche, durante su turno en el parque de bomberos, se metía en el sótano de Masha por la puerta abierta sin hacer ruido. Arrodillado, aflojaba el tubo del gas que alimentaba la secadora. Encendía un pequeño fuego a sus pies, en la cesta de la colada.

Se imaginó que conducía hasta un extremo de su distrito, a ocho kilómetros hacia el este, escogía una casa al azar, llamaba al teléfono de emergencias desde una cabina y decía que había un incendio allí para distraer a los bomberos. Sentado en la banqueta en el garaje de Ross Coe, a Leslie se le aceleró el corazón: se vio a sí mismo echando abajo la puerta del edificio de Masha, corriendo a través del humo, subiendo las escaleras, abriendo la puerta de su apartamento. La cogía en brazos, rompía la ventana y le sacaba la cabeza para que le diera el aire. Entonces Masha recuperaba el conocimiento, abría sus enormes y húmedos ojos negros y le reconocía.

—Leslie —susurraba.

En Manhattan, en lo alto de un edificio de cristal, Masha estaba observando los riachuelos de lluvia que bajaban por el cristal de una alta ventana. Estaba en una audición para una película, un musical llamado *Alquimia*. Se la había conseguido Bridget.

Tenía delante a una persona menuda y de aspecto delicado, sentada detrás de un escritorio. Masha no estaba segura de si era un hombre o una mujer. El nombre no ayudaba: Rathgar Kennet. Masha estaba mirando a la ventana para evitar observar demasiado fijamente al director o directora.

—Decidí ir a ver tu obra en el último minuto —dijo con voz tensa, aguda para un hombre pero grave para una mujer— porque el diseñador de la iluminación es amigo mío. No me esperaba encontrar una actriz con tanta fuerza.

Masha volvió a mirar a aquel ser andrógino: tenía un pelo lacio y rubio que le caía por la pálida frente y una penetrante mirada que la dejó clavada a su silla. A Masha le

inquietó el hecho de que aquella persona le resultara atractiva. Entonces... ¿sería un hombre?

—¿Dónde te formaste? —preguntó Rathgar mientras echaba un vistazo al currículo de Masha.

—En la Escuela de Interpretación Bridget Mooney —contestó.

—¿Me leerías una escena, Masha? ¿Y después igual puedes cantar algo?

—Claro —dijo ella, que levantó las hojas del guion y se volvió hacia el lector, una silueta oscura con un jersey rojo. Masha le prestó atención por primera vez y se fijó en que tenía una preciosa dentadura blanca.

La emoción contenida en el texto la sorprendió. No pensaba que leer aquellas palabras delante de alguien fuera a entristecerla tanto.

—Bien. Ahora me gustaría que cantaras.

Masha tenía pensado cantar una canción del musical de Charcot para aquella audición. Al tomar la primera bocanada de aire, sin embargo, se dio cuenta de que iba a cantar K'vakoras, la exquisita oración en hebreo que había entonado delante de los hombres en la mesa del sabbat de sus padres, cuando rasgó la servilleta, aquel día tan lejano. Tenía la sensación de que aquello había ocurrido cuando era una niña. «Como un pastor que busca a su grey y hace pasar al rebaño bajo su cayado, Tú haces pasar, y cuentas, y aprecias, y percibes, el espíritu de todos los seres vivos». Masha se introdujo en la canción y se dejó llevar por sus oscuros y sinuosos pasajes con gratitud. Cuando terminó de cantar, se hizo un silencio.

—Precioso —declaró Rathgar—. Acabo de empezar el proceso de *casting* para la película, Masha, así que...

Masha asintió con la cabeza y se levantó. Para entonces ya estaba acostumbrada a las negativas. Era lo que esperaba.

—Sin embargo, pase lo que pase con esta película —añadió Rathgar Kennet—, me alegro de haberte encontrado.

Al salir corriendo de la Comédie-Italienne, con los disparos del enloquecido conde todavía resonando en mis oídos y con los pulmones ardiendo, mi instinto me llevó hasta mi antiguo vecindario en el barrio judío.

Fui caminando por en medio de mi oscura calle. La luna alumbraba los adoquines mojados. Un viejo quincallero cojo surgió de entre las sombras con una cesta con trapos colgada de la espalda. Se quedó mirando mi peluca y mi librea con la boca abierta. Le saludé levantándome el sombrero, lo que pareció asustarle. Pasó corriendo delante de mí y se fue cojeando calle arriba. Me detuve ante la puerta de mis padres. La calle estaba en silencio. Toda la gente decente dormía. Pensé en mi rincón de mi antigua cama con añoranza. Ahora, Shlomo la tenía entera para él solo. Me imaginé colándome allí y tumbándome a su lado. Mi hermano pegaría un grito. Escogí un oscuro portal al otro lado de la calle, unos cuantos edificios más abajo, y esperé a que mi padre y mi hermano salieran para ir a rezar la oración matutina. La noche se me hizo eterna. Una y otra vez me quedaba dormido y me despertaba sobresaltado cuando mi mejilla tocaba la piedra fría y mojada. Estaba muerto de hambre. Al final, al amanecer, los judíos empezaron su día. Los hombres iban a rezar con aire resuelto, las mujeres salían con cestas de trapos o ropa usada. La puerta de mi casa se abrió y apareció mi padre, robusto, oficioso, con el ceño fruncido, seguido del espantajo de Shlomo, que siempre iba mirándose a los pies. Mi padre iba explicándole algo a mi hermano, agitando el brazo. Cuando llegaron al final de la manzana, me metí en el edificio y subí las escaleras.

La puerta de nuestra casa estaba abierta. Cuando entré, mi madre estaba cosiendo bajo la ventana de la parte trasera del edificio. No me oyó. La luz amarillenta le suavizaba los marcados rasgos y la hacía parecer joven. Me quedé muy quieto, observándola, mientras ella mantenía la cabeza inclinada para ver las puntadas. La habitación estaba vacía; habían pegado los muebles a las paredes y en el centro había una tina metálica, como siempre que había que purificar un cadáver. Como ya he dicho, mi padre era uno de los encargados de preparar a nuestros muertos. Cuando alguien encontraba el cadáver de un judío, era a mi padre a quien avisaban. Los muertos se lavaban y amortajaban; después, el régimen nos permitía enterrarlos al abrigo de la oscuridad, sin fanfarria, en silencio.

—¿Quién ha muerto? —pregunté. Mi madre levantó la vista. Dio un grito ahogado cuando sus ojos miopes se toparon con una silueta con librea y con una peluca empolvada, fuera de lugar como una aparición. Entonces, entrecerrándolos, se levantó. El calcetín zurcido cayó al suelo.

—Jacob...

Fue casi un gruñido.

—Madre —contesté. Se acercó a mí, hacia la sombra. Las ojeras rojizas le daban un aspecto demacrado. Estiré los brazos esperando recibir su abrazo, aspirar aquel aroma que tan bien conocía. Mientras caminaba hacia mí, se le saltaron las lágrimas. Le salió un grave gemido de la boca. Llegó hasta mi lado, me miró fijamente a los ojos y me pegó un cachete en la cabeza.

—¿Se supone que estás preso! ¿Qué ha pasado? ¡Llevo meses yendo a la cárcel! Me dijeron que te habían soltado, pero no me lo creí. ¡No me creí que pudieras haber desaparecido así!

—Por favor, madre, ¿puedo dormir aquí durante el día, mientras padre está fuera? Estoy muy hambriento y cansado.

—¿Te has vuelto loco? —chilló—. ¡Vas a volver con tu esposa! Quítate ese disfraz ridículo.

—No voy a volver con esa lunática —contesté.

—¿Qué clase de hombre eres? —susurró con un desprecio aterrador, al tiempo que se volvía y abría la cesta del pan. Sacó un bollo de *jalá*, lo abrió por la mitad con movimientos furiosos y después cortó una gruesa loncha de ternera curada de una pierna que colgaba del techo. Me puso el bocadillo en la mano con desdén, me atrajo hacia sí y me besó con vehemencia por toda la cara antes de volver a empujarme, con las mejillas surcadas de lágrimas. Comí como un animal.

Justo en ese momento oímos pisadas en las escaleras. Aún me ardía la oreja de la bofetada cuando mi madre me empujó a su dormitorio. Sentí unos pasos que avanzaban con pesadez, algo que se arrastraba por el suelo. La voz estentórea de mi padre lanzó unas cuantas órdenes. Mi madre volvió al dormitorio con un cuenco con estofado, me lo dio enfurecida y se encerró dentro conmigo.

—¿Quién ha muerto? —susurré entre bocados.

—Chayim —contestó.

—¿Chayim Levi?

—No hables —me dijo con una mirada feroz. Se sentó en una silla delante de mí y me observó comer. Me estaba poniendo nervioso, pero aun así dejé el cuenco reluciente. Desde la otra habitación me llegó el sonido del agua al caer sobre el cadáver. Había comenzado la purificación. Sabía que podía durar horas y me estaba entrando sed de oír el agua. Mi madre iba a llevarme de vuelta con Hodel, seguramente esa misma tarde. A la mañana siguiente estaría colgándome la caja de quincalla del cuello. Tenía que salir de allí. Me levanté y me acerqué a la puerta. Parecía que los cansados ojos de mi madre se le iban a salir de las órbitas cuando me suplicó sin palabras que me quedara en la habitación. Pero ¿qué podía perder? Abrí la puerta y entré en la cocina.

Mi padre y Shlomo estaban subidos a sendas banquetas y tenían unos grandes vasos de agua en las manos. El cuerpo alto y consumido de Chayim, un delincuente de poca monta, estaba en una tabla inclinada que sujetaban dos fuertes hombres.

La tabla estaba apoyada en una tina metálica. Mi padre estaba echando una cascada de agua sobre el cadáver desnudo, lavando sus pecados, que era lo único que había

caracterizado al pobre vividor de Chayim. Tenía la mandíbula atada con una gasa blanca para que no se le abriera. En vida jamás cerraba el pico. Cada vez que estaba en París, se paseaba por el barrio intentando vender aljófares o piedras preciosas, con la casaca desabrochada, calzado con unas zapatillas hechas jirones, con unos ojos hundidos en los que centelleaba un humor anárquico. Parecía injusto purificarle así, sin su permiso. El agua se deslizaba brillante por su debilitado cuerpo y fue llenando la tina poco a poco. Mi adusto hermano tenía su vaso preparado. El agua no debía dejar de caer sobre el cuerpo en ningún momento. Mi padre levantó la mirada y fijó la vista en mí. Me observó detenidamente, de la cabeza a los pies. El chorro de agua de su vaso perdió fuerza. Se volvió hacia Shlomo, que ahora me estaba mirando, y le dijo que empezara a echar agua. Cuando mi hermano empezó, mi padre se bajó de su taburete, me dio la espalda y siguió observando el procedimiento. Oí a mi madre sollozar en la otra habitación. Pensé en ir con ella, pero no podía.

Casi había llegado al pie de las escaleras cuando la oí gritar mi nombre. Me di la vuelta. Con la cara hinchada de llorar, bajó las escaleras apresuradamente, me puso unas monedas en la mano, me besó en los labios y volvió a subir corriendo.

Pasé una semana durmiendo en pensiones y parques. Escribí a Solange, suplicándole que nos viéramos a las ocho de la noche, de cualquier noche, en una de las fuentes de las Tullerías, y me trajera mi dinero de la apuesta. La estuve esperando noche tras noche durante dos semanas. Empecé a conocer la vida nocturna de la zona. Una vez que se ponía el sol, aparecían siluetas furtivas moviéndose sigilosamente por entre los setos. Los lujosos carruajes reducían la velocidad y eran abordados por sutiles sombras. Se bajaban de ellos figuras que volvían a adentrarse rápidamente en la oscuridad. Vi mucho dinero cambiar de manos mientras esperaba, hambriento, a que viniera Solange. Una noche, un hombre muy bien vestido se sentó a mi lado en la fría piedra del borde de la fuente. Llevaba una peluca empolvada. Su cara se veía muy pálida a la luz de la luna. Me estaba mirando fijamente desde debajo de unas largas pestañas. Yo no dije nada.

—Ha sido una noche larga —dijo—, pero mi tranca está preparada.

—¿Disculpe? —contesté.

—Vamos —dijo cogiéndome la mano. Yo le miré con cara de tonto—. ¿Es que estás sordo? ¡Te pagaré treinta sueldos!

En ese momento, un hombre con un enorme bigote, algo inusual en aquellos tiempos, salió de detrás de un arbusto cercano.

—¡Quedan los dos detenidos! —exclamó. A su lado, un agente de policía de guardia sacudió la pierna, supuse que para que volviera a circularle la sangre después de haber estado agachado tras ese arbusto durante horas. Mi compañero de asiento se volvió hacia mí y me dirigió una mirada fulminante.

—*Sale mouche* —masculó antes de levantarse y saludar al inspector con altivez—. Soy el marqués de Saumane, primo segundo del duque de Condé —dijo—. ¿Todavía queréis arrestarme?

El inspector, nervioso, bajó la cabeza.

—En ese caso, *monsieur*, me contentaré con que me prometa que no volverá a caer en el vicio italiano, al menos no de una forma tan pública. Nuestro soberano ha dejado muy claro que no va a tolerarlo.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el hombre.

—Soy el inspector Marais. Obedezco los deseos del rey.

—¿Sois el famoso inspector Marais? —dijo el marqués sonriendo—. He oído que el rey se sienta en la cama con madame de Pompadour a leer en voz alta vuestros informes sobre las costumbres íntimas de la nobleza. Tengo entendido que a la consorte real le parece todo muy entretenido.

—El rey quiere que vigile a los nobles de París y yo obedezco. Lo que hace con la información que le doy es asunto suyo —contestó Marais levantando su barbilla caída. Era de noche, pero me imaginé que se había sonrojado. El marqués dio un resoplido y se alejó caminando. Marais se encogió de hombros y mandó retirarse al agente. Este se alejó en busca de más escenas de Sodoma, todavía cojeando ligeramente. Marais me miró.

—Yo solo estaba aquí sentado —dije.

—Lo sé —contestó Marais.

—¿No va a arrestarme?

—No —dijo el inspector, que se sentó a mi lado. El gordo trasero le sobresalía del borde curvo de la fuente. Miró mi librea—. ¿Sois criado?

—Lo era. He perdido el trabajo —contesté.

—Vaya, eso es una feliz coincidencia —dijo Marais atusándose el bigote—. Yo tengo uno que ofreceros.

Así fue como empezó mi vida como cebo y me convertí en una *mouche*, una mosca para cazar a las arañas. Todas las noches tenía que estar en las Tullerías a las nueve, donde me reunía con el otro soplón, Georges, un joven desesperado de anchos hombros y piernas rechonchas que se había escapado de su casa en el campo. Estaba claro que Marais quería dos personas de constitución diferente: yo tenía que atraer a los hombres que buscaran un jovencito delicado; Georges podría haber matado a sus clientes potenciales sin usar más que sus manos. Marais me había dado dinero para comprar un traje elegante para trabajar. Encontré una casaca y un calzón de seda amarilla en Les Halles. Con el puesto de trabajo también me daban un sitio en el que vivir: me alojaba con Georges en una habitación alquilada sin amueblar cerca de las Tullerías. Compartíamos un colchón de paja en el suelo.

Finalmente Solange apareció una noche, con la espalda rígida y las esbeltas manos bien metidas en un manguito a pesar del calor. Dijo que llevaba días intentando encontrarme. Mi dinero había desaparecido, al igual que Le Jumeau. El ayuda de cámara había encontrado mi escondite y se había fugado con la rolliza cocinera. Sin más. Solange me dio unas monedas con un gesto de consternación en la boca.

—Ay, Johann —dijo—, ¿en qué te has convertido?

Solange pensaba que ejercía la prostitución. No me molesté en aclararle que no era así. El trabajo que hacía no era mucho mejor que el de una ramera.

Estuve varios meses trabajando para el inspector Marais. Se me daba bien el coqueteo. Conseguí que detuvieran a depravados de todo tipo, desde deshollinadores hasta hombres de la Iglesia. Para mí era un juego, un teatro. Georges se lo tomaba demasiado en serio. Él se avergonzaba de hacerse pasar por un pederasta y muchas noches lloraba en nuestro incómodo colchón de paja hasta que se quedaba dormido. Me explicó que no podía volver a casa bajo ningún concepto. Su padre, un borracho agresivo, le habría matado casi seguro.

Una noche, había pillado a un hombre dispuesto a darme un buen saco de monedas a cambio de mis servicios, pero no veía a Marais ni a sus agentes por ningún lado. El hombre me ofreció llevarme a su casa, algo muy poco habitual. Me fui con él. No me hizo ningún mal.

Leslie estaba tumbado junto a Deirdre, dormida, y tenía el pecho en tensión por el deseo que sentía. Su cuerpo estaba corrompido por la necesidad que tenía de aquella chica. No quedaba ni un solo reducto puro que no hubiera sido ocupado por ella. Se imaginó un coche volcado. Ella estaba dentro, inconsciente, con la cara ensangrentada. No: estaba gritando, despierta, suplicándole que la sacara. Él cogía la cizalla, unas enormes tijeras para abrir el coche como una lata de conservas. Y ella, dentro del coche, delicada y vulnerable mientras le retiraban el armazón, extendía sus temblorosos brazos hacia él. La tensión de la escena le abrumó. Se levantó de la cama, se alborotó el pelo y se pasó la mano por la cara. Miró a Deirdre, que seguía durmiendo. Parecía un objeto inanimado, extraño. No tenía forma de llegar hasta ella. Se acercó a la ventana. Había luna llena, cada vez más tenue junto al suave azul del alba. El gato naranja, el intruso, estaba en el jardín, estirándose. Los dos gatos de los Senzatimore le acechaban con una extraña actitud servil, con las colas en alto. Otros dos felinos surgieron de entre las sombras. También había unos cuantos merodeando por la calle. El jardín de Leslie se estaba llenando de gatos. Se quedó quieto observando, sin poder dar crédito. Era inquietante. Parecía como si todos estuvieran dando vueltas alrededor del gato naranja. Algunos estaban maullando. En algún lugar del jardín se desató una pelea. Leslie tuvo miedo por sus propios gatos. Debía bajar y parar aquello.

Corrió escaleras abajo en zapatillas, poniéndose la bata encima de la camiseta y los pantalones del pijama mientras bajaba. Salió al concurrido jardín en busca de sus mascotas.

—¡Trix! ¡Patty!

Era imposible distinguirlos de los otros animales con tan poca luz. Los gatos se movían de un lado para otro con una delicadeza salvaje y sin motivo aparente. ¿Qué hacían allí? Leslie intentó espantarlos, pataleando y dando palmas. Los gatos se alejaban unos metros y después volvían a acercarse. Leslie caminó hasta el centro del jardín y miró a su alrededor. Había gatos olfateando, maullando, estirándose, bostezando. Nervioso, se abrió paso entre aquella maraña peluda y llegó hasta la acera. Sentía que la casa le repelía. Se dio la vuelta y echó a andar, en pijama y bata. Recorrió unas cuantas calles deambulando en zapatillas hasta que se encontró delante de la casa de Dennis Doyle. El coche patrulla estaba aparcado en el garaje. Vio la luz de la cocina encendida detrás de las persianas y una silueta barrigona que se movía tras la ventana. Dennis. Leslie se acercó y llamó a la puerta. Los pájaros habían empezado a cantar. Oyó ruido de pisadas, unos pies que se arrastraban. Dennis se estaba armando, no había duda.

—¿Quién es? —preguntó.

–Soy Leslie.

Dennis abrió la puerta. Iba vestido de arriba abajo con el ceñido uniforme y llevaba la pistola en su funda.

–¿Qué ha pasado? –preguntó, preparado para atender alguna emergencia.

–Hay unos sesenta gatos en mi jardín –contestó Leslie.

–¿Cómo?

–No podía dormir, me he levantado y, al mirar por la ventana, había un montón de gatos –dijo Leslie–. En mi vida había visto nada parecido.

–¿Qué quieres que haga yo?

–Nada, solo he pensado que igual querías verlo.

–No hace falta –dijo Dennis mirando el pijama de Leslie–. ¿Quieres pasar a tomar un café? No tengo que salir hasta dentro de unos minutos.

–Vale –contestó Leslie.

La cocina de Dennis estaba decorada en tonos azul turquesa, uno de los últimos caprichos de Marcie. Leslie se sentó ante la mesa reluciente con las largas piernas abiertas.

–¿Por qué crees que pasa eso? Una reunión de gatos así.

–Ni idea –dijo Dennis–. Los animales son muy raros. Reciben señales... –Se hizo un silencio–. Echaré un vistazo según salgo con el coche.

–Es una imagen rarísima –dijo Leslie.

–¿Va todo bien? –preguntó Dennis.

Leslie dio un trago de café e hizo una mueca.

–¿Qué pasa? –dijo Dennis.

–Este café es como agua.

–Así es como me gusta a mí.

Leslie apoyó la taza en la mesa.

–Ven a mi casa y te haré un café como es debido.

–Invítame y voy –contestó Dennis.

–Te estoy invitando.

–¿Cómo? ¿Ahora? Me tengo que ir a trabajar.

–¿A qué hora entras? –preguntó Leslie.

–A las cinco y media.

–Entonces mejor te dejo.

–¿Qué tal está Deirdre? –preguntó Dennis algo precipitadamente. Dennis admiraba a Deirdre. Siempre la había admirado.

–Bien. A veces es duro con Stevie, pero está bien. La vida sigue. –Se hizo un silencio. Leslie oyó pasar un coche a toda velocidad–. ¿Cómo es cuando no tienes hijos? –preguntó.

–¿A qué te refieres? –contestó Dennis.

–No sé, me pregunto cómo son las cosas. En la pareja.

–Si te soy sincero, yo creo que para el matrimonio es bueno. Da la sensación de que los críos se interponen. Aunque... creo que a veces a Marcie le da pena no tenerlos. He

oído que estás trabajando en casa de Ross Coe.

—Sí, le estoy restaurando un Chris-Craft. Quiere que haga todo el trabajo allí.

—En los años que estuve destinado en los Hamptons tuve que ir a su casa un par de veces —dijo Dennis—. Falsas alarmas.

—Es un buen sueldo —dijo Leslie.

—Ya me imagino.

Leslie se levantó de mala gana. No quería irse. ¿Por qué sentía la necesidad de estar cerca de Dennis, precisamente de Dennis, cuando le encontraba tan irritante?

Dennis era el último que quedaba de los chavales que estuvieron jugando en la calle sin salida el día que murió el padre de Leslie. Chuck Tolan había muerto; los demás se habían mudado. Dennis era el último testigo. Había ido con sus padres a casa de Leslie al enterarse de la noticia; Leslie aún podía ver la imagen del pequeño Dennis, regordete y pecoso, esperando junto a la entrada con un gesto de vergüenza. Que tu padre muriera era una tragedia; que tu padre se ahorcara era una humillación. A Leslie le molestaba que Dennis hubiera estado allí y al mismo tiempo, sin embargo, se sentía unido a él, unido por aquella cosa horrible que habían compartido. Ninguno de los dos lo había mencionado nunca.

Cuando regresó a casa, los gatos se habían ido. Leslie llamó a sus mascotas, pero no había ni rastro de ellas. Fue como si nada de todo aquello hubiera ocurrido. Cuando volvió al dormitorio, Stevie estaba durmiendo en el centro de la cama, al lado de Deirdre, con los delgados bracitos en cruz. Leslie se metió en la cama con cuidado y atrajo el cuerpo del niño hacia sí. Le abrazó y le dio un beso en la suave y cálida mejilla. Stevie se acurrucó contra él y le puso una manita en el hombro. A Leslie se le aceleró el corazón y se le llenaron los ojos de lágrimas inesperadamente. Hundió la cara en el diminuto pecho de Stevie y sollozó. El niño se movió, pero no se despertó.

Deirdre oyó llorar a su marido. Le puso la mano en el hombro, pero él se acurrucó contra Stevie. Le deslizó la mano por el brazo y se quedó quieta, mirando al techo. Algo le estaba pasando a Leslie. Deirdre no creía que fuera solo lo de esa chica.

Una hora más tarde, Stevie se despertó. Deirdre le llevó abajo y después al colegio. Cuando volvió a casa, Leslie seguía en la cama. Tenía los ojos abiertos. Yo estaba reproduciendo el rescate de Masha del incendio una y otra vez en su cabeza. También le transmitía palabras, que le inyectaba en el cerebro con la precisión del aguijón de un mosquito: «Levántate. Ve a su casa. Sujeta la puerta abierta con cinta aislante. Tienes que hacerlo pronto. Entrás y sales en quince minutos. Rescátala».

—¿Quieres un café? —le preguntó Deirdre. Leslie dijo que no con la cabeza, pero no apartó los ojos de la ventana y siguió mirando al vacío. Deirdre se sentó en la cama—. Lo que te dije anoche... No es lo que opino de ti. Lo sabes.

—No importa —contestó Leslie.

Cuando Deirdre salió de la habitación, se levantó. Se acercó al bolso de Deirdre y miró

dentro. Había una cajetilla de Marlboro Gold entre sus cosas. Abrió el paquete y sacó un limpio cilindro blanco.

A última hora de la mañana, Leslie fue al edificio de Masha en la camioneta, vestido con el uniforme de *sport* del cuerpo de bomberos, una chaqueta azul marino y unos pantalones a juego. Se sabía los horarios de Masha: en ese momento estaba en casa de los Coe, limando su acento con Doris van Hoff. Se acercó a la entrada principal con paso decidido, sujetando una tablilla portapapeles con el enorme brazo, y llamó a la puerta. Le abrió un obrero, un joven de baja estatura con una barba rubia greñuda, que le dejó pasar al sótano sin hacer preguntas. El respeto encerrado en la mirada de aquel hombre le avergonzó, pero no se detuvo. Tenía la sensación de que algo le había suplantado, una historia que se iba desenrollando y saliendo de él como de una bobina. Fue casi un alivio rendirse a ella.

El sótano estaba más ordenado de lo que esperaba, con el suelo barrido y ocupado solamente por la lavadora y la secadora junto a la pared del fondo y dos cestos de mimbre para la ropa sucia metidos bajo una larga mesa. Leslie se acercó a la secadora, la separó unos centímetros de la pared y buscó la toma del gas. Se agachó, sacó una pequeña llave inglesa del bolsillo de la chaqueta y aflojó el tubo. A continuación lo apretó de nuevo. Volvió a poner la secadora en su sitio y se acercó a la puerta que daba al exterior. Se sacó un rollo de cinta americana del bolsillo, cortó un trozo con los dientes y lo puso sobre el resbalón de la puerta abierta. Después subió las escaleras y regresó al vestíbulo del edificio. Oyó a los obreros en el salón.

—Gracias —les gritó.

Esa noche, Leslie estaba de guardia. Como siempre, durmió en el estudio por si le sonaba el busca. Aquello no tenía nada de raro. Se tumbó en el sofá y miró por la ventana. Se dijo a sí mismo que, si conseguía no despertarse en toda la noche, se olvidaría de toda aquella historia.

Era el mes de julio. Recuerdo que hacía una noche agradable y que todavía había bastante luz en las Tullerías. Acababa de cumplir diecinueve años. Un pequeño mono con el pelo brillante, atado con una larga cadena, se me acercó trotando y me cogió la mano. Al principio me causó miedo, pero el amiguito me miró con un gesto simpático y dio un gritito. Llevaba una chaqueta azul con botones dorados. La cadena terminaba en un letrero de colores que no conseguí leer desde donde estaba. Al lado del cartel había un hombre muy corpulento con una enorme y fiera cabeza rodeada por una mata de pelo.

—¡Turco! —le gritó al mono. Entonces me vio y me hizo un gesto para que me acercara—. ¡Ven! ¡Es gratis!

Se estaba congregando una multitud en torno a varios personajes de distintos siglos: Enrique IV, Leonor de Aquitania, una especie de vikingo y otros a los que no reconocí, dado mi desconocimiento de la mayor parte de la historia de Europa. Dos violinistas se unieron al corro y empezaron a tocar una alegre melodía. Me abrí paso hasta la primera fila. Comenzó la representación. Solo recuerdo pequeños fragmentos de la acción. La parte hablada de la obra consistía en pareados subidos de tono de mayor o menor calidad, supuse que en su mayoría inventados sobre la marcha por los actores. El público se desternillaba. Había gente llorando de la risa. Yo no me reí, pero me quedé intrigado. Cuando terminó la obra, el hombre con la gran cabeza de león, con el mono en el hombro, anunció vociferando:

—Nuestro espectáculo principal dará comienzo a las ocho en el Spectacle des Grands Danseurs, nuestro nuevo teatro, en las murallas junto al bulevar del Temple. No se lo pueden perder. Vengan con sus amigos, con sus esposas, con sus amantes. Los de la Comédie-Française les parecerán un atajo de insulsos en comparación con nuestro espectáculo. ¡Nosotros les enseñaremos lo que es teatro de verdad!

Cuando la multitud se dispersó, me acerqué al empresario.

—*Monsieur* —dije.

—¿Qué quieres? —preguntó bruscamente.

—Quiero unirme a su compañía. ¿Tiene trabajo para mí?

Jean-Baptiste Nicolet me agarró de los hombros y me miró a la cara mientras me giraba a un lado y a otro.

—¿Qué sabes hacer?

—De todo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Le Naïf —contesté sin pensar.

Nicolet frunció el ceño.

—Ven al teatro, te haremos una prueba. Necesitamos un petimetre.

Con mis esperanzas ya cifradas en su protección, fui corriendo a la sombra del gigantesco Nicolet mientras la *troupe* avanzaba desordenadamente por las concurridas calles. Enrique IV me miró con recelo desde debajo de su toca de terciopelo, con los pulgares metidos en el chaleco. Leonor de Aquitania, una mujer cetrina de proporciones titánicas, se tiró un pedo lastimero cuando pasó a mi lado caminando con dificultad bajo el peso de sus vestiduras doradas. Una muchacha con cara de rata vestida con un traje helénico vino corriendo hasta mí, se dio la vuelta y empezó a caminar de espaldas, balanceando los atléticos brazos mientras me observaba descaradamente.

—Pero ¡Nicolet! —le gritó al empresario—. ¡Estaría perfecto de príncipe moribundo! Al nuestro lo han detenido —me confesó.

Nicolet nos condujo al interior del teatro por una puerta lateral. El olor de la cera derretida, al que me había acostumbrado completamente en los tiempos de mi aventura con Antonia, me transmitió una falsa sensación de regreso al hogar. Aparté con impaciencia las pesadas cuerdas que colgaban del techo como lianas, apresurándome para seguirle el ritmo al maestro. En el escenario había unos malabaristas pasándose unas pelotas pintadas y un hombre caminando sobre las manos. El mono, Turco, se bajó del hombro de Nicolet y saltó a los brazos de una muchacha muy guapa, que le dio un beso en los labios antes de retirarse haciendo piruetas. Los miembros de la *troupe* se dispersaron y desaparecieron por distintos recovecos. Yo me volví para contemplar el teatro y me llevé una decepción al ver la insulsa sala alargada, con sus filas de butacas funcionales en palcos que rodeaban un estropeado suelo de madera.

—¡Taconet! —bramó Nicolet.

Un hombrecillo jorobado con una mata de pelo moreno salió de detrás de un telón de fondo que tenía pintadas unas ruinas cubiertas de hiedra.

—Aquí tienes a tu nuevo príncipe —dijo Nicolet cogiéndome de la nuca. Taconet me observó con una mirada de hastío y abatimiento. Mi traje de seda amarilla estaba lleno de manchas y tenía la peluca desgastada—. ¿Crees que nos servirá? —preguntó el empresario.

Taconet se encogió de hombros.

—Le probaremos una vez —retumbó la voz de Nicolet, que me empujó a un lado.

Esa misma noche, estaba repantigado en una silla de ruedas, con la cara pintada de blanco y unos círculos oscuros alrededor de los ojos. Hacía el papel del tuberculoso príncipe sardo, casado con la lujuriosa princesa de Nápoles, interpretada por la muchacha con cara de rata de por la tarde. Nicolet me había hecho vestirme a toda velocidad mientras me hacía un resumen del argumento. A nuestro alrededor, otros actores se abrochaban la ropa y se ponían las pelucas apresuradamente en el camerino que compartía toda la compañía.

–Pero ¿cuáles son mis frases? –pregunté mientras Nicolet me embadurnaba las mejillas con plomo.

–No tienes que hablar, te estás muriendo. Pero cuando ella reconozca que ha sido infiel, pronuncia un discurso de indignación de unas cuantas frases...

A continuación me sentó en la silla de ruedas, se dio la vuelta y se fue, absorto en sus pensamientos. La gigantesca Leonor de Aquitania, que ahora iba vestida de enfermera, irrumpió en el camerino, agarró las asas de mi silla de inválido y me condujo al escenario, donde en ese momento una familia de saltimbanquis se retiraba de escena dando volteretas. Aterrorizado, dejé caer la cabeza, cerré los ojos y decidí hacer como si estuviera semiconsciente, lo que explicaría mi mutismo.

Con los ojos entrecerrados, alcancé a vislumbrar al público de debajo; algunos espectadores escuchaban embelesados, otros pululaban por el patio, comían o se enzarzaban en peleas. A medida que se fue desarrollando el melodrama, escuché atentamente para no perderme mi entrada, sin aliento y con la boca seca. Al final llegó el temido momento: oí a la princesa de Nápoles alardeando ante su criada de haberme sido infiel... ¡con mi propio hermano! Con las mejillas ardiendo de la vergüenza, me incorporé y, sentado en la silla, dirigí una reprimenda a mi infiel esposa como la que me imaginé que quizá le había dirigido el conde de Villars a Antonia después de mi huida:

–¿Así es como pagáis mi generosidad? ¿Mi confianza? ¡Agachaos, puerca, y caminad por el fango, que es el lugar que os corresponde! –exclamé estirando una mano temblorosa y señalando al suelo.

La muchacha con cara de rata pareció asombrada ante mi vivacidad. El público gritó y aplaudió. Me embargó un sentimiento de alegría.

Después de la función, Nicolet me mandó acudir a su despacho. El mono estaba encorvado sobre la mesa del maestro, picoteando un panecillo prácticamente a oscuras. Habían caído unas cuantas migas sobre la madera, como copos de nieve. La cálida luz de una vela solitaria ponía de relieve la mitad de la distorsionada cabeza de Nicolet. La otra mitad estaba en la más absoluta oscuridad.

–¿De dónde has salido? –me preguntó mientras pelaba una naranja con sus grandes dedos. La fruta resplandeció con la tenue luz.

–Trabajaba... de criado. Era ayuda de cámara –respondí.

–¿Qué te ha traído hasta aquí?

–Me despidieron, hace unas semanas. No tengo nada más.

–¿Debo esperar que venga buscándote la policía?

–No...

–Porque de eso ya he tenido bastante esta temporada.

–No, nada de eso.

–¿Por qué te despidieron de tu puesto de criado?

La mitad de su cara de pocos amigos flotaba en la oscuridad como un planeta.

–Me hice *greluchon* de la amante de mi señor.

Por primera vez vi sonreír a Nicolet. Sacudió la cabeza, cortó un gajo de la naranja, que despidió un chorro de zumo, y se lo metió en la boca. Me llegó el tentador olor de la

fruta. Mientras masticaba, Nicolet deslizó unas monedas por la mesa.

—Tu paga por la primera semana —dijo al tiempo que le tiraba el resto de la naranja al mono.

Así fue como empezó mi carrera de actor, con el nombre de Le Naïf. Me convertí en miembro del Spectacle des Grands Danseurs, donde recibía un sueldo escaso por mi trabajo en los *canevas*, breves obras en las que los actores se inventaban casi todo el texto. En realidad servíamos de relleno, intercalando pequeñas historias entre los forzudos, malabaristas y acróbatas, que eran las verdaderas estrellas del Spectacle des Grands Danseurs. Nuestra forma de trabajar era muy sencilla. El bardo de la compañía, el jorobado Taconet, diseñaba un telón de fondo de sabor melodramático, por ejemplo un templo ateniense en ruinas o un canal en Ámsterdam. Después se inventaba un argumento y unas cuantas frases que los personajes debían pronunciar en momentos clave. Salvo por aquellos endeble asideros, los actores nos inventábamos la obra entera cada noche. Era aterrador y emocionante caminar por la cuerda floja día tras día sin red. Con mi baja estatura y mi cara de no haber roto un plato, siempre me daban el papel del príncipe inocente o el ayuda de cámara simplón. Más tarde me puse una barba postiza y empecé a interpretar otros papeles, tales como emisarios extranjeros, trovadores... y judíos. Un día sugerí de pasada que en uno de nuestros *canevas*, que transcurría en Ámsterdam, podría haber un quincallero judío. Sin sospechar nada, Nicolet me dijo que me inventara un personaje. Chayim Levi fue un triunfo cómico. Lo interpreté durante años, bailando por el escenario con un *yarmulke* y flecos protectores.

Con mis ingresos, enseguida ahorré lo suficiente para alquilar un pequeño piso en la calle de Grenelle y hasta contraté a un criado para que me hiciera la cama y me limpiara la casa. No necesitaba cocinera, ya que siempre comía en la taberna del barrio o en casas de amigos. Quitando las comidas y unas cuantas horas de sueño por las noches, vivía en el teatro.

Empecé a tener cierta reputación. A base de práctica y de fuerza de voluntad me había quitado el acento y sonaba totalmente francés. Me hice experto en improvisar torrentes de palabras con un tono justificado de indignación. Usaba la rabia como acicate. Albergaba rabia de sobra dentro de mí y, una vez que tocaba la fibra sensible, tenía suficiente para mantenerme en funcionamiento durante una hora. También podía adoptar un aire patético y herido. Sabía ser gracioso. Hacía que el público aullara de la risa. Con el tiempo me convertí en el segundo actor de la compañía, el antagonista.

Finalmente el vago de Taconet, el autor jorobado, consiguió inventarse una obra entera él solo y ponerla por escrito. Era un dramón titulado *Domingo de lágrimas*. Por primera vez me dieron el papel protagonista e interpreté a un delicado joven de la nobleza que estaba al borde del suicidio, pero cuya angustia se interrumpía cuando se enamoraba de la hija de su cochero. Sin embargo, la joven se casaba con un hombre de su clase social y nuestro noble acababa pegándose un tiro después de todo. La obra fue un gran éxito

entre un público preparado para sustituir el culto a la razón por la exaltación de los sentimientos. Deseoso de mantenerse en contacto con los nuevos gustos sensibleros del pueblo, Luis XV ordenó una representación privada de la obra. Por la calle se vendían estatuillas y grabados de mí en poses de arrobamiento. Cada vez que salía del teatro me rodeaba un corro de admiradores.

Una noche, varios actores de renombre de la Comédie-Française vinieron a ver la obra y me pidieron que me uniera a su compañía. Había triunfado, pero a lomos de un burro. ¡Y ahora declamaría las palabras de Molière! Con la cabeza bien alta, fui directamente a hablar con el leonino Nicolet.

—¡Monsieur Nicolet! —exclamé—. Me alegra informarle de que la Comédie-Française me ha propuesto entrar a formar parte de su ilustre compañía. Como estoy seguro de que comprenderá, es una oportunidad que no puedo rechazar.

El empresario me miró con sus ojos de depredador, mientras Turco comía un puñado de frutos secos sentado en su hombro. Estuvo callado unos instantes. Su silencio me incomodó. Al final se dio la vuelta y se fue caminando.

La Comédie-Française era el teatro más importante de Francia. Los actores eran los dueños de la compañía, que también recibía financiación del rey. Con mi primer sueldo, contraté a una cocinera que casi costaba más de lo que podía permitirme pagar. Me volví irascible con quienes me parecía que me hacían perder el tiempo, aunque no tanto como los primeros actores. Aún tardaría unos años más en convertirme en un auténtico canalla. Me parecía que, al ser un artista serio, ese era el comportamiento que se esperaba de mí. Al principio era una pose, pero poco a poco se convirtió en mi personalidad.

Más o menos un año después de entrar en la Comédie-Française, un criado llamó a mi puerta con una invitación. La marquesa de Maillé de Brézé solicitaba mi presencia en una reunión que se celebraría en su casa aquella noche. Mi landó estuvo parado veinte minutos tras una fila de carruajes, esperando a que otros invitados se apearan delante del *hôtel* de Maillé de Brézé, una casa espectacular que resplandecía a la luz de las velas. Al final, un lacayo me abrió la puerta y me bajé.

Rose-Béatrice de Maillé de Brézé me sacaba más de veinte años y era una mujer alta de largos brazos pálidos e inteligencia socarrona. Le encantaba el teatro y su salón era frecuentado por muchos de los mejores actores del momento. Que me abriera las puertas de su mundo fue un triunfo. Aquella noche quedé embelesado ante la aterciopelada sopa, las gordas codornices, los merengues fundidos, los torrentes de nata montada y los ríos de champán que corrieron por su mesa. Abrí la boca y dejé que entrara todo. Para cuando la marquesa me llevó a ver su teatro privado, una joya equipada con los últimos adelantos, me sentía tan dócil y sereno como un perrito faldero sobrealimentado. Apenas pude responder a sus caricias de despedida y me quedé dormido en el carruaje de camino a casa. A la mañana siguiente, recibí una invitación para presenciar la *toilette* de la marquesa, para ver cómo se arreglaba la peluca, se empolvaba la cara y se ataba el corsé. Llegué tarde, ya que me quedé dormido y me tomé mi tiempo para vestirme con cuidado: mi traje era de seda blanca, con finas líneas horizontales de piel de conejo

cosidas al chaleco; llevaba medias de color marfil y el ligero encaje veraniego de mi corbata era de Bruselas. Una criada me condujo al tocador de la marquesa, donde mi imponente anfitriona ya aguardaba sentada con una taza de café en las manos. Su cara estaba enmarcada por unos hermosos rizos y su bata era de una cordillera de brocado violeta que se extendía a su alrededor con lujosos pliegues. Me senté a su lado y me atreví a apoyar el codo en el mueble en el que tenía el maquillaje, una ingeniosa mesita con un espejo incorporado y muchos cajones. Me recordó la caja que solía llevar yo colgada del cuello.

La marquesa de Maillé de Brézé se acercaba a los cincuenta años pero tenía la piel muy tersa, con arrugas solo alrededor de la boca y los ojos debido a su tendencia a sonreír. Los dientes delanteros le sobresalían ligeramente, lo que la hacía adoptar un pequeño mohín involuntario cuando cerraba la boca, que a mí me resultaba absolutamente encantador. Las principales marcas de la edad en su rostro estaban en la zona de la mandíbula, que tenía algo flácida, pero la vivacidad casi permanente de sus facciones, tan llenas de inteligencia y compasión, y sus cálidos y atentos ojos marrones distraían la atención de aquel defecto. La marquesa era cautivadora. La observé jugar con las cajitas de porcelana de colorete, polvos y perfume con dedos hábiles y expertos mientras me interrogaba sobre mis impresiones de la noche anterior.

—¿Y el conde de Brésaille? ¿Qué le pareció? —me preguntó mientras se recogía el sedoso cabello en un moño.

—Tuve la desgracia de que el viento soplara desde donde estaba sentado él hacia donde estaba yo —contesté.

La marquesa giró la cabeza y me miró con un gesto de placer.

—Es verdad, tiene una digestión terrible.

—La peor de París, diría yo.

Se echó a reír con alborozo, poniéndome una mano en el brazo como para mantener el equilibrio.

—¿Así que vuestra merced es tan cruel en la vida real como sobre el escenario?

—Yo soy bondadoso. Son las obras las que son crueles.

—Le Naïf —dijo entrecerrando los ojos—, ¿cuál es su nombre de pila?

—Johann.

—Mi madre era austriaca.

—¿Ah, sí?

—Pero el pasado es aburridísimo —exclamó agitando la mano delante de la cara y alzando su sincera e inquisitiva mirada hacia la mía—, ¿no le parece, habiendo tantas cosas que disfrutar en el presente?

A la marquesa le daba igual mi procedencia. Yo era un artista y, para ella, transcendía las clases sociales, quizá incluso la religión, lo que a mí seguía pareciéndome un milagro. En los tiempos en que cargaba con mi caja de quincalla o llevaba una bandeja de pasteles, aquella gran dama no habría reparado en mi presencia. Ahora no solo existía para ella, sino que hasta me profesaba un cierto respeto reverencial. No es que fuera su igual. Lo único que quería de mí era un poco de crueldad —lo cual era comprensible, tratándose de

una mujer que conseguía todo lo que deseaba— y mucho afecto. Participé en el juego hasta que se cansó.

Así comenzó una aventura marcada por la ausencia absoluta de dramatismo y del deseo de poseernos el uno al otro. Rose-Béatrice no conocía los celos. Ella solo quería disfrutar la vida y ayudar a otros a que la disfrutaran. Yo colaboraba encantado con aquella vocación, alimentándome de sus abundantes rentas y acostándome en su deliciosa cama. A la marquesa le entusiasmaba el teatro y frecuentemente reunía a pequeñas compañías para que actuaran en su sala privada. Aunque contravenía mi contrato, yo participaba a menudo en mi noche libre. Las funciones privadas eran muy lucrativas. El marido de Rose, el viejo marqués, tenía su propia amante —una actriz de mi compañía, de hecho—, así que todo era de lo más conveniente. Incluso después de que terminara nuestro *affaire*, la marquesa me pedía que protagonizara sus producciones privadas y me permitía entrar y salir de su resplandeciente mundo a mis anchas. Con mi nuevo aspecto, vi a bastantes de los nobles a los que había servido en su día en el *hôtel* de Villars, cuando trabajaba para el conde. Ninguno me reconoció. Mi único miedo era encontrarme con el propio conde en una de las reuniones de Rose-Béatrice y que intentara dispararme otra vez. Pero no le vi. Tardé un tiempo en descubrir el motivo.

Cuando no estaba subiendo por el escalafón de la sociedad parisina, me encontraba entretenido olfateando sus profundidades. Muchas noches, cuando se cerraba el telón de la Comédie-Française, me iba en mi carruaje a las Tullerías. Mientras las ruedas iban desplazándose lentamente por la avenida, me asomaba por la ventanilla y observaba a los jóvenes que ejercían la prostitución, hombres y mujeres, caminando valientemente a través de las sombras y esperando a que alguien se los llevara y los exprimiera como a limones. A menudo pensaba que yo podría haber acabado así. Le pedía al cochero que parara el carruaje y me ponía a charlar con algún muchacho o muchacha. A veces recogía a unos cuantos y montábamos una animada fiesta en mi casa, ocasiones en las que con frecuencia me robaban. Cuando tenía prisa, me conformaba con los arbustos. Si tenía dinero, simplemente visitaba una de las diversas casas en las que mis gustos eran atendidos. No pedía mucho: varias chicas y el uso de una sala durante un par de horas. En aquellos espacios de gozo, organizaba pequeñas fiestas eróticas. Al ser el único hombre y estar rodeado de prostitutas, en aquellas situaciones tenía garantizada una buena dosis de atención. De pie junto a una ventana, podía tener una conversación distendida con una hermosa joven a la que estaba acariciando el trasero mientras otra, arrodillada a mis pies, recibía las embestidas de mi miembro en la garganta. Podía montar pequeñas historias entre las chicas. Podía participar en ellas. En aquellos tiempos tenía una sed insaciable de placer y de trabajo. Todas las mañanas me despertaba con la sensación de que podía comerme el mundo.

Como actor, llegué a lo más alto al interpretar a Alceste en *El misántropo*, lo que me

ponía de un humor de perros. Fue entonces cuando me encontré con Nathan *el Rubio*. Había venido a ver la obra, sin duda para robar a los espectadores. Yo le vi primero, merodeando junto a la puerta abierta de la entrada de los artistas con las manos en los bolsillos y los extremos de los flecos protectores asomándole por debajo del chaleco. Pensé en irme corriendo y salir por la entrada principal para evitarle, pero mi deseo de tratarle con actitud de superioridad fue demasiado poderoso. Salí.

—¿Jacob?

—Ya no —contesté.

—Le Naïf. Sabía que eras tú. He estado una hora viendo la obra y pensando: «¡Es él! No es. ¡Es él! No es».

Nathan había cambiado muy poco desde que éramos unos adolescentes. Estaba más gordo y tenía menos pelo, pero seguía teniendo los prominentes dientes de dos colores y los grandes e inocentes ojos azules. No dejaba de mirarme y de negar con la cabeza, hasta que se echó a reír él solo. Se rio sin parar hasta que se le saltaron las lágrimas. Yo me quedé quieto sin hacer nada.

—Todos creen que estás otra vez en la cárcel o que has muerto. ¿Cómo diantres te has hecho actor?

Miré al amable zascandil con desprecio, preguntándome qué habría robado durante la función y dónde lo tendría escondido.

—Para empezar, me vendiste un arma robada —dije con una fría sonrisa.

—Lo siento —dijo Nathan—. Pero ¿cómo has acabado aquí por eso?

—Ven conmigo —le pedí mirando alrededor. No quería que me vieran hablando con él.

Cuando llegamos a mi casa, la cocinera, a la que despertamos para que atendiera a mi invitado sorpresa, nos preparó de mala gana un par de tortillas mientras Nathan admiraba mis acogedoras habitaciones: los muebles recién tapizados, las alfombras orientales y el gran tapiz con una escena de caza, todo comprado de segunda mano, creaban un ambiente de lujo discreto. Mis numerosos libros no cabían en la biblioteca y habían empezado a ocupar una vitrina en el salón. Un busto de mármol de Afrodita, un regalo de Rose-Béatrice, resplandecía en la repisa de la chimenea. Nathan fue de una esquina a otra de la habitación, examinándolo todo mientras mi criado avivaba el fuego.

Después de cenar en relativo silencio en el comedor, volvimos al salón. Nathan se sacó su pipa del bolsillo interior de la casaca negra. Le conté mi historia, omitiendo el bautizo. Él escuchó, negando con la cabeza, con la mirada perdida y echando volutas de humo por la boca con actitud relajada.

—Tienes un hijo —dijo con aire ausente. Al principio no le entendí.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? —preguntó.

—No, quiero decir que estoy sorprendido.

Si el niño era mío, había sido concebido cuando Hodel era impura. Por ateo que fuera, no me había liberado de todas las viejas supersticiones. Si acaso, mis años en el teatro, un lugar supersticioso como pocos, las habían reforzado. El niño al que había dado luz

Hodel estaba maldito, era impuro, había nacido del pecado. De todos los preceptos de la Torá que me habían enseñado a obedecer en mi infancia, ahora solo respetaba uno: un coño ensangrentado me llenaba de una repugnancia rayana en el espanto.

–Hodel murió –dijo Nathan–. Se volvió muy rara después de que naciera el niño. Agresiva. Se tiró al Sena.

Así que mi Hodel había regresado al río. Quizá el demonio del río nunca la había abandonado. ¿Qué clase de niño había parido?

–El pequeño es un niño perfectamente sano, ahora tiene unos diez años –continuó Nathan–. Vive con los Mendel, claro. Madame Mendel lo está criando como si fuera hijo suyo. Lo ha llamado Ethiop.

–¡Ethiop! –exclamé.

–Un nombre feo para protegerlo del mal de ojo –explicó Nathan.

Me quedé callado unos instantes, imaginándome a mi hijo yendo por el mundo con ese nombre a cuestas. ¿Cómo le iba a sonreír la suerte con ese nombre?

–Nathan –dije–, ¿puedo pedirte un favor? Si lo haces, te perdonaré completamente por lo que me hiciste. Haremos borrón y cuenta nueva.

–En vista del resultado, no veo cómo lo que hice fue tan horrible –dijo–, pero tú dirás.

–Dile a mi madre que has sabido de mí, que me encuentro bien y que vivo en Italia. Que no debe preocuparse más. ¿Me harás ese favor?

–Sí, Jacob –dijo con un insolente tono cantarín y una sonrisa forzada en los labios–. Y dime, en este ambiente, ¿aún vives como un judío?

–Vivo como un hombre –dije con un gesto de despreocupación, al que siguió un largo silencio. Al final, Nathan se levantó y, sin despedirse, se marchó. Yo me quedé sentado sin moverme hasta el amanecer. Tenía un hijo. Traté de imaginarme su rostro. No podía volver. Tendría que conformarme con saber que al morir no me extinguiría.

Leslie se despertó y miró la hora. Las tres de la mañana. Se lavó los dientes en el baño del piso de abajo y se echó agua en la cara. Mientras se secaba con la toalla, se miró al espejo. «Qué cara de agotamiento», pensó. Fue a la secadora, cogió unas cuantas de sus propias camisetas, las metió en una bolsa de plástico y abrió la puerta de la casa haciendo el menor ruido posible. Se dirigió a la camioneta y palpó el asiento trasero para asegurarse de que llevaba el equipo de bombero. Estaba allí. El mechero y el cigarro de Deirdre estaban en la guantera. Encendió el motor y se puso en marcha mientras miraba la hora en el reloj del salpicadero: las tres y cuarto.

Llegó a casa de Masha a los pocos minutos y aparcó junto a un lateral del edificio. La puerta del sótano seguía abierta con la cinta aislante, como la había dejado por la mañana. Una vez que estuvo dentro, arrancó la cinta del resbalón, subió corriendo las escaleras del sótano y cerró la puerta que conducía al resto de la casa. Eso le daría unos minutos más antes de que se extendiera el fuego. Atravesó el sótano, metió la mano detrás de la secadora, aflojó la rosca con la llave inglesa y agitó el tubo hasta que oyó el suave silbido del gas. Tenía que extenderse lentamente por la habitación para que prendiera. Sacó la ropa de la bolsa de plástico a toda prisa. La puso en uno de los cestos de mimbre, que empujó hacia la secadora, se sacó el cigarro del bolsillo y lo encendió con una mano temblorosa. El humo le oprimió la garganta. Echó la colilla encendida en el cesto de la ropa, se arrodilló en el suelo y sopló hasta que apareció una pequeña llama.

Al avivar el fuego, sus soplidos alcanzaron la bolsa de plástico en la que había traído la ropa, que se movió unos centímetros por el suelo como si fuera un fantasma.

Yo estaba exultante. ¿Qué quedaba ahora de la bondad de mi buen hombre? «Toda rectitud es un disfraz», pensé. La única verdad es el negro gozo que bulle como brea desde el centro de la Tierra. «La Belleza es la Verdad», pensé con una risita, una frase que había sacado de un anuncio de productos para el cutis de una de las revistas de Deirdre.

Después de trucar la secadora, Leslie fue corriendo a su camioneta, condujo los ocho kilómetros hasta el extremo del distrito al que prestaba servicio su parque de bomberos y seleccionó una casa. Suponía que tendría al menos veinte minutos hasta que Masha corriera algún peligro. Era tiempo de sobra. El auricular de la cabina le pesó en la mano enguantada. Marcó el número de emergencias. Le temblaban las manos. Una voz de mujer contestó inmediatamente.

—Está saliendo humo de la ventana de la planta baja del número 48 de Division Street —dijo Leslie. Era un chalé de madera. Había visto muchos incendios en ese tipo de

construcciones.

—¿Cuál es su nombre, por favor?

—Bobik —contestó antes de colgar y volver corriendo a la camioneta. Mientras conducía a toda velocidad hacia la casa de Masha, oyó su busca. «Llamando a todas las unidades. Aviso de incendio, Division Street, número 48.» El cuerpo de bomberos entero acudiría ante un aviso de incendio.

Al entrar en la calle de Masha, Leslie vio que salía humo de la ventana de la planta baja del edificio. Aceleró, pasó por delante de la casa y dio la vuelta rápidamente para que, al aparcar, la camioneta quedara en la posición en que habría quedado si hubiera ido de camino al otro incendio desde su casa. Llamó a la centralita del parque de bomberos con su *walkie-talkie*.

—Soy Leslie. Tengo un incendio estructural en el 155 de Marine, al lado del club náutico. Iba de camino al otro, el de Division Street. Os informo de que voy a entrar a investigar. Voy a estar unos minutos incomunicado.

Disponía de unos diez minutos hasta que llegaran los otros bomberos. Tenía que sacarla él.

Estiró la mano hacia el asiento trasero y cogió la gruesa chaqueta y el casco. Se puso el cubrepantalón y las botas. El humo que salía por la ventana era de color negro. El fuego estaba avanzando más deprisa de lo que debía.

Abrió la puerta principal embistiéndola con el hombro. Preocupado por mi propia seguridad (¿quién sabe cuánto humo puede tragar una pequeña mosca?), decidí quedarme fuera y ser testigo del rescate sin estar presente. Me metí en un hueco de un árbol y me introduje en la mente de Leslie para ver lo que veía él. La planta baja estaba llena de humo negro. Alcanzó a ver la escalera a duras penas. No llevaba bombona de oxígeno; si no subía rápido, no iba a poder aguantar. Al llegar al primer escalón, miró hacia abajo y vio que faltaba una gran superficie cuadrada del suelo de la planta baja. ¡Los obreros estaban poniendo un suelo nuevo! No lo sabía. Ahora el fuego del sótano se extendería por la casa a toda velocidad. Corrió escaleras arriba. El pasillo estaba gris. La puerta de Masha estaba abierta. Distinguió su cama con dificultad. Informó por el *walkie-talkie*:

—*Localizada una víctima en el primer piso, esquina tres-cuatro.*

Masha se despertó tosiendo, desorientada, aletargada. Leslie la levantó y bajó las escaleras con ella en brazos, agachándose. Tenía que sacarla de allí. Ahora se oían las sirenas a lo lejos. Los bomberos venían de camino. En las escaleras no se veía absolutamente nada. Fue palpando la pared para bajar. Parecía que aquellas escaleras tiznadas no se acababan nunca. El cuerpo de Masha, que llevaba sobre el hombro, pesaba muchísimo. El calor y el humo eran un infierno. Leslie creyó que se iba a desmayar. Finalmente vio la puerta abierta, un tenue rectángulo en la infame oscuridad.

Los camiones ya estaban en el jardín cuando se arrodilló delante de la puerta y puso a Masha en el suelo del porche con delicadeza. El cuerpo de la joven se desplomó como una muñeca de goma. Estaba prácticamente inconsciente, pero fijó la mirada en Leslie. Supo que era el hombre de su vida. Había otros bomberos avanzando junto a él y metiendo una manguera en el edificio. En unos minutos tendrían el fuego apagado. Yo sentía curiosidad por ver cómo trabajaban, así que fui volando al primer piso y me asomé por una ventana. Vi a un bombero subiendo lentamente las escaleras sin otra iluminación que la linterna del casco, avanzando a tientas por la oscuridad en busca de otras víctimas. Yo podría haberle dicho que no había nadie más. Me asomé al cuarto de Shelley para ver lo que quedaba de él. Un destello de luz de uno de los camiones de bomberos iluminó una mano. La miré horrorizado. Tanto Leslie como yo habíamos dado por supuesto que Shelley estaría en el centro, ahora que había vuelto con su novio. Bajé en picado hacia Leslie, gritando.

Sin enterarse de nada, Leslie caminó hasta la ambulancia en la que tenían a Masha, tumbada en una camilla con una máscara de oxígeno en la cara. El técnico le sentó en un banco de la ambulancia y le dio otra máscara a él. Yo me puse a zumbir como loco alrededor de su cara. Me espantó con la mano. No dejaba de chocarme contra su máscara, de gritarle dentro de la cabeza, pero él hizo oídos sordos y me dio un manotazo. Masha le miró.

—Iba de camino a otro incendio —explicó Leslie— y he visto que salía humo de la ventana de vuestro sótano.

Masha asintió con la cabeza. Después se quitó la máscara y le preguntó:

—¿Han sacado a Shelley?

Leslie se arrancó la máscara de oxígeno de la cara y se levantó, sin poder respirar del miedo. Cogió el casco y salió corriendo por el jardín con la mirada fija en la puerta tiznada de la casa, pasando por encima del entramado de mangueras y a través de los haces intermitentes de luz de colores de los camiones. Cuando llegó a la puerta, Tony salió de la casa y le bloqueó el paso. Tenía el casco echado hacia atrás y le caían gotas de sudor por la cara.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Leslie.

—Hay otra víctima arriba.

—McCauley la tiene —contestó Tony.

—¿Está viva? —preguntó Leslie.

Tony, con las piernas muy abiertas, se desenganchó el walkie-talkie del chaleco.

—Eh, Jim, ¿me recibes? —Hubo una pausa—. Adelante, Jim McCauley.

El walkie-talkie emitió un ruido.

—Estoy bajando.

—¿Cuál es el estado de la víctima?

—Está consciente. Parece que tiene la mano quemada.

Al oír esto, Tony miró a Leslie, que tenía un gesto de tristeza en la boca.

—¿De acuerdo, Les?

—De acuerdo —contestó Leslie.

Tony se hizo a un lado para despejar la puerta y le puso la mano en el brazo a Leslie. Él se volvió y le miró.

—Les, el fuego está apagado —confirmó—. No hay nada más que hacer. Tú...

—¿Qué? —dijo Leslie.

—Tú siéntate y relájate. Tienes que dejar de preocuparte tanto por todo el mundo. A veces eres... eres demasiado buenazo.

Leslie atravesó su jardín. Se oía el piar de los pájaros. Era un hermoso amanecer sin nubes. Entró en el garaje abierto, abrió el armario verde de metal del fondo y sacó la pistola de detrás del aceite del motor. No se acordaba de dónde estaban las balas. Siempre las escondía tan bien para que no las encontrara Stevie que ahora no recordaba dónde las había puesto.

Entró en la silenciosa casa y se sentó en la mesa de la cocina con la pistola en equilibrio sobre sus largos dedos estirados. Miró a su alrededor, a su casa, a la cocina que había construido con sus propias manos. Ahora parecía la cocina de un anuncio; no tenía nada que ver con él. ¿Qué había pasado? Parecía que todo había sido un sueño, y ahora había estado a punto de matar a aquella chica. Nunca volvería a ver a Masha. Ni siquiera quería verla. La vergüenza por lo que había hecho era insoportable.

La solución al problema era obvia. Dicen que es hereditario. Leslie no creía que hubiera una persona en el mundo con menos probabilidades de hacerlo que él. El señor Optimismo. Y sin embargo ahí estaba, rindiéndose ante el paralelismo. ¿Dónde estaban las balas? No estaba triste, solamente decidido a quitarse de en medio. Todavía le asombraba, sin embargo, lo rápido que había llegado su perdición. Quizá se había estado gestando desde hacía mucho tiempo.

Por primera vez, pensó que ojalá hubiera dejado en paz a Leslie.

Se oyeron unos pies que se arrastraban por las escaleras. Leslie se asustó. No quería verla. Era Stevie. Aquella cosita rubia. Leslie tenía la mano con la pistola debajo de la mesa. Se la metió en el holgado bolsillo de los pantalones de chándal.

—¿Ha habido un incendio? —le preguntó Stevie con signos.

—Sí —contestó Leslie.

—¿Has salvado a alguien?

—Sí.

Stevie se le acercó, se subió a sus grandes piernas y le apoyó la cabeza en el pecho. Con su voz atonal y demasiado alta, anunció:

—¡Quiero ver los dibujos!

—¿Por eso has bajado? —gesticuló Leslie.

Stevie asintió con la cabeza. Se bajó del regazo de su padre y le tiró de la mano. Leslie se levantó y se dejó llevar al salón arrastrando los pies. Se desplomó sobre el mullido sofá de piel y se puso al niño en la rodilla. Stevie encendió la televisión. Tenía el sonido apagado. Los vivos colores se fueron sucediendo a toda velocidad por la pantalla. Leslie cogió el mando a distancia y subió el volumen. Abrazó al niño con fuerza y vio los dibujos, con la pistola descargada en el bolsillo. Entonces entró Deirdre, con su bata ligera de color melocotón. Se sentó al lado de Leslie y le apretó los flácidos dedos.

—Anoche no oí el busca —dijo.

Leslie miró fijamente la televisión. Una lágrima se fue abriendo paso por los surcos de su rostro. Mi pobre Leslie. Había caído, se había roto en pedazos y, después de todo, a mí no me había reportado ningún placer. Stevie siguió viendo los dibujos, acurrucado en el regazo de su padre, ajeno a lo que estaba sucediendo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Deirdre.

Leslie se volvió hacia ella. Volvía a ser la cara de Deirdre, su querida cara. Intentó levantar el brazo para tocarla, pero le pesaba demasiado.

—Tienes que ayudarme, Deirdre —susurró.

—Pues claro que te ayudaré —contestó ella, invadida por una sorprendente y repentina gratitud por todo lo que no había llegado a perder. Leslie la miró fijamente con dos intensas esferas cristalinas.

Seguí con mi vida en la Comédie-Française. En cuanto al niño que jugaba en algún lugar del barrio judío con mi sangre corriendo por sus venas, intenté ver a Ethiop como si fuera un sueño, los restos de la alucinación que había sido mi vida antes de volverme francés. Normalmente lo conseguía. Salvo por una persistente tos, un desagradable recuerdo de las húmedas noches que había pasado buscando sodomitas por las Tullerías, me mantuve completamente libre de preocupaciones.

Solange y yo nos habíamos escrito varias veces a lo largo de los años. Sabía que me había hecho actor. Una mañana, apareció en mi puerta con los ojos vidriosos.

—Han detenido al conde de Villars —dijo.

La invité a pasar, impresionado por su solemne belleza. Tenía la cara más rellenita y mechones gris acero entre sus cabellos negros. Le serví un té y me explicó que el conde había perdido el control de su dinero. Después de que Le Jumeau se largara con mi parte de las ganancias de la apuesta, Villars pareció perder el rumbo y empezó a apostar compulsivamente, lo que le llevó a acumular enormes deudas. La condesa se enfureció al ver que se estaba gastando su dote. Decía que era un niño, un lunático, y empezó a hacer todo lo posible para que lo detuvieran. Quería que un juez lo declarara demente. Aquella era una solución desesperada que adoptaban las familias de la aristocracia con los despilfarradores empedernidos: los metían en la cárcel y los dejaban allí. Las familias eludían los cauces normales de la justicia mediante lo que se llamaba una *lettre de cachet*, una carta sellada con la que el rey ordenaba el arresto de la persona en cuestión. Con una *lettre de cachet*, cualquiera podía ser detenido y permanecer en prisión hasta que el monarca ordenara su puesta en libertad. Hubo nobles encarcelados de esa forma que jamás llegaron a salir de la cárcel. ¡Y ahora el grandioso conde de Villars estaba en prisión en el castillo de Vincennes, el redil de los aristócratas! Como dijo una vez mi viejo enemigo acérrimo, el inspector Buhot: «Nadie puede predecir su suerte».

Solange se convirtió en mi ama de llaves esa misma tarde, tras sacar mi candelabro de porcelana, el recuerdo del conde, y colocarlo con orgullo en la mesa del comedor. Yo no podía ofrecerle las mismas condiciones que él, pero el sueldo que le propuse le pareció bien. La opción de irse al campo a vivir con su marido no parecía de su agrado.

Mi vida mejoró de inmediato. Solange pensaba en todo: menús que complacieran a mi paladar y facilitaran mi digestión; ropa de cama más suave para ayudarme a dormir; macetas con fragantes narcisos para darme serenidad y alegrarme la vista. Dirigía a los dos criados con mano firme pero amable. Era como estar casado, pero teniendo plena libertad. Un paraíso.

Yo adoraba a Solange. Se deslizaba por mi casa con su paso ligero y su gesto de

concentración. Su mente ordenada me brindaba consuelo. Creo que en el fondo Solange era una monja. Tenía el resplandor interior de un ser verdaderamente espiritual. Para mí era como una hermana, una madre y una amiga. Para divertirme tenía prácticamente a cualquier actriz de París, así como a unas cuantas damas de la aristocracia. Nunca me faltaba compañía. Me había vuelto una persona fría, siempre haciendo comentarios sarcásticos agrios e hirientes. Eso sí, era gracioso. La gente me tenía miedo y se sentía atraída hacia mí por ese motivo. Yo solo confiaba en Solange, que había conocido a mi yo original.

Hacía años que no estaba bien de los pulmones. Un día, tras un violento ataque de tos, me quité el pañuelo de la boca y vi que estaba manchado de sangre. En vez de relajarme, como me pidió Solange, acepté más trabajo y me entregué a una ajetreada vida social. Invitaba a casa a grupos de gente que no me gustaba especialmente y los entretenía de forma compulsiva, sin quedar nunca satisfecho a menos que consiguiera que acabaran llorando de la risa. Nunca perdí las dotes de improvisación que había adquirido en el *Spectacle des Grands Danseurs*; de hecho, ahora tenía la necesidad de hablar en parlamentos. Rellenaba constantemente las copas de mis invitados con las mejores bebidas, mandando a la pobre Solange a buscar champán a la bodega una y otra vez. En aquellos tiempos, muchas de las actrices eran también cortesanas, como Antonia; no era extraño ver unos pezones asomando por encima de un corpiño aflojado. Después de aquellas veladas grotescas en que los invitados se quedaban en mi casa hasta el amanecer, cuando las mujeres tenían el colorete extendido por la cara y los cabellos de mentira deshaciéndose como el relleno de un viejo sofá y los rostros de los hombres mostraban un tono gris, siempre me embargaba la tristeza. Sin despedirme siquiera de mis últimos invitados, me arrastraba a mi habitación y me tumbaba en la cama. A veces lloraba, sin ninguna expresión en el rostro. En esos momentos siempre venía Solange y me traía una manzanilla y un poco de pan con mantequilla. Se sentaba en una silla al lado de mi cama y bordaba o leía. Si yo quería hablar, me escuchaba, pero casi siempre se limitaba a estar presente. Al final me quedaba dormido.

Los ataques de tos se volvieron cada vez peores. Me subía la fiebre de repente. El médico del teatro me recomendó toda clase de remedios, incluidos sinapismos y sangrías con sanguijuelas. Durante un tiempo pensé que mejoraba. Interpreté a Argán, precisamente en *El enfermo imaginario* y esperé no morir en el escenario como el propio Molière. Sentía que iba ganando fuerzas. Presa de un deseo repentino de divertirme al máximo, estuve una semana celebrando cenas todas las noches e invité a las personas más graciosas que conocía. La propia Antonia hizo aparición una noche. El nuestro era un mundo muy pequeño; tarde o temprano teníamos que encontrarnos. Ahora Antonia tenía más de treinta años y como cortesana ya no ingresaba las enormes sumas de dinero que ganaba cuando era más joven, pero seguía siendo una estupenda cantante, divertida y llena de vida, y le encantaba pasárselo bien. No me importaba que conociera mis orígenes. Para entonces mucha gente sabía que era judío. En aquellos círculos a nadie le importaba demasiado. En cierto modo, los actores estaban excluidos de la sociedad, igual que los judíos. Eso me convertía en un excluido por partida doble.

La mañana de la última fiesta, tenía fiebre otra vez. Me subí al escenario de todas formas y volví a casa bañado en sudor. Pensé que media botella de champán me animaría. Así fue durante un rato pero, para cuando se sirvió la cena, tenía una tiritona horrible. Me fui a la cama, no sin antes brindar por todos los presentes e instarles a que se quedaran hasta el amanecer si así lo deseaban. Solange atendió al mismo tiempo a los invitados y a mí. Le habría gustado poder pedirles a todos que se fueran a casa, pero yo no se lo permití.

Puso el candelabro del conde junto a mi cama. Yo lo miré, mientras escuchaba las violentas carcajadas procedentes del piso de abajo, y recordé cómo de niño contemplaba maravillado las velas del sabbat. Mis ojos, drenados ahora de aquella credulidad, secos como dos cubos vacíos, observaron cómo las hipnóticas llamas se agazapaban, se levantaban y oscilaban con la brisa que se colaba por los cristales sueltos, como seis serpientes encantadas.

Masha tenía la mano metida entre las palmas de su madre, que estaba sentada mirando por la ventana del hospital. Masha observó fijamente las manos de Pearl, esperando a que pasara el tiempo para que le hiciera efecto la medicina que le habían dado. El dolor del pecho era muy intenso, como si con cada latido le clavarán una espada. Le habían hecho toda clase de pruebas pero, una vez más, no habían encontrado nada. Un dolor fantasma, habían dicho. Había algo acechándola desde dentro. Se sentía indefensa. «Qué raro que fuera Leslie quien me rescató», pensó. Recordaba haber visto la enorme figura acercarse a ella a través del humo. Había pensado que estaban a punto de asesinarla. Por primera vez, Masha echó de menos a Leslie y se lo imaginó irrumpiendo en aquella habitación de hospital y llevándosela de allí. Se habría ido con él encantada. Quería que viniera a buscarla. El rescate se lo había revelado.

Pearl carraspeó y cambió de postura, pero no soltó la mano de su hija. Se oyeron unos golpecitos en la puerta abierta y Derbhan Nevsky entró tambaleándose, con esas piernecitas esqueléticas que casi parecían demasiado endebles para sostenerle en pie. Llevaba un ramo de flores y una bolsa de plástico llena de cosas.

—Masha —susurró. Se le había quedado la cara flácida, desinflada. Pearl le miró—. Soy Derbhan Nevsky, el agente de Masha —dijo mientras hacía una reverencia, con las flores en la espalda—. Siento muchísimo que haya pasado esto.

Nevsky se desplomó sobre una silla de plástico naranja y se quedó sentado con la espalda encorvada.

—¿Está bien Shelley? —preguntó Masha.

—Ya le han dado el alta.

—Ella tendría que haber estado en Manhattan —continuó Masha—. Se quedó en casa solamente porque yo tenía miedo.

—Pero se encuentra bien. No le des más vueltas —dijo Pearl—, te vas a volver loca.

—¿Estás diciendo que se supone que tengo que creerme que todo esto ha ocurrido por un motivo? ¿Que estaba escrito que pasara? —susurró Masha con voz áspera—. Por favor, mamá, no me vengas ahora con esos rollos.

Pearl le soltó la mano a su hija y se estiró la falda.

—Los Coe están de camino al barco que tienen en Grecia —dijo Nevsky—. Creo que lo mejor, y estoy seguro de que usted está de acuerdo conmigo, señora Edelman, es que Masha vuelva a casa. Tienes que recuperarte.

Puso la bolsa de plástico en la cama.

—Te dejaste algo de ropa en casa de los Coe, he pensado que querías tenerla —añadió—.

También está tu móvil.

De nuevo en su propia cama, Masha miró el tazón de helado de chocolate derretido, la única comida que podía tragar sin tener arcadas. Pearl se lo había traído en una bandeja. Se tomó una cucharada de la dulce y fría sopa del fondo del tazón y pensó en Shelley, en lo mucho que le gustaba el helado. Quizá estuviera lamiendo un cono en ese momento, en la calle, al sol. Masha sintió abrirse un profundo abismo entre ella y su amiga. El dolor la había llevado de vuelta a casa. Ahora ya nunca viviría dentro de la máquina de historias ni formaría parte de ese mundo mágico. Se le ocurrió pensar que quizá no le quedara mucho tiempo de vida.

Masha no había pronunciado palabra desde que había vuelto a casa. Pearl, Yehudis, Miriam y los demás entraban en la habitación constantemente, muy preocupados y ofreciéndole consuelo. Masha se quedaba sentada sin decir nada, con el pelo alborotado y unas oscuras ojeras alrededor de sus centelleantes ojos, con una catatonia que convertía cada visita familiar en una incómoda adulación. Estaba empezando a asustarles. No podía pensar con claridad. Grupos de recuerdos hacían explosión en su cabeza y se expandían por su mente. Contemplaba las imágenes, todavía frescas en memoria, maravillada ante lo que había sido su vida hasta hacía muy poco: la vista del puerto deportivo desde la ventana del baño mientras se lavaba los dientes, con los barcos meciéndose en el resplandeciente mar; su silla negra en el apartamento gratuito, ahora calcinado, donde todas las mañanas se sentaba con las piernas flexionadas debajo del cuerpo y hacía planes para el día con Shelley, embargada por una sensación de posibilidad, de que su destino se alzaba ante ella; sus brazos y piernas desnudos deslizándose por la piscina de los Coe, el calor sobre su rostro al volverse hacia el sol, con los ojos cerrados... Y, aunque trataba de evitarlo, había otro recuerdo, uno más sombrío: unas horas después de que se fuera Nevsky, los Coe la habían visitado por sorpresa en el hospital. Ross, con su cara brillante, apareció con un enorme ramo de rosas en sus cuidadas manos. La anciana Helga entró taconeando detrás de él, con unos pantalones beige ajustados metidos por dentro de unas botas negras y una escotada camiseta que revelaba las profundas arrugas de su pecho chamuscado. Adoptó una pose exagerada de compasión, haciendo una mueca de tristeza como de payaso con sus finos labios e inclinando la cabeza hacia un lado.

—¡Ay, mi preciosidad! —lloriqueó—. Pobrecita mía.

Masha les sonrió.

—Pensaba que os habíais ido —dijo mientras le cogía las rosas envueltas en celofán a Ross y las sujetaba en los brazos como a un bebé.

—Hemos parado de camino al aeropuerto —contestó Ross.

—¿Cómo nos íbamos a ir sin despedirnos? —exclamó Helga efusivamente—. Cómo te pareces a un Klimt, con esos ojos increíbles y ese pelo...

Coe se sacó una fotografía del bolsillo interior de la chaqueta.

—Leslie va a seguir trabajando en el *Sweet Helga* mientras nosotros no estamos —anunció mientras le daba la foto, en la que aparecía el barco negro. Masha miró la

imagen. Salía ella de pie en la proa del *Sweet Helga*, vestida con una camiseta y unos pantalones cortos y con una lijadora eléctrica en la mano. A su lado estaba Leslie, con los cascos protectores en las orejas—. He pensado que te gustaría tener una foto del barco, con todo lo que has trabajado en él.

—Gracias —dijo Masha.

Era como si hiciera muchísimo tiempo que se había sacado aquella fotografía. Dos personas subidas a un gran barco, borrosas por la sobreexposición, casi pulverizadas por la luz. Le entraron ganas de llorar. Fue en ese momento cuando Pearl entró en la habitación, con la peluca brillante y bien peinada, los gruesos leotardos, la manga larga. Helga se volvió, vio a Pearl y se quedó paralizada. Vi cómo el rubor le hervía bajo la piel e iba tiñéndole el pecho, el cuello, subiéndole por las mejillas. Enseguida esbozó una valiente sonrisa que dejó ver sus dientes enfundados. No supe si eso que la estaba afectando tanto era pánico o vergüenza. Masha vio la marea de sangre que ascendía bajo la epidermis de Helga Coe. Sus oscuros ojos nocturnos se dirigieron a su madre. Supo que los Coe no volverían a ayudarla.

—Soy Pearl Edelman —se presentó Pearl—, la madre de Masha.

—Claro —contestó Helga con un tono casi inaudible.

—Es un placer conocerla, señora Edelman —dijo Ross, que le tendió la mano y volvió a bajarla cuando Pearl no se la estrechó—. Nosotros somos Ross y Helga Coe. Adoramos a su hija.

Pearl contempló a la pareja.

—Encantada de conocerles —contestó. A continuación se puso a doblar la ropa de Masha, como para dejarles intimidad. Los Coe se fueron apresuradamente entre risas.

Cuando Pearl y Masha se quedaron solas, ninguna de las dos mencionó a los Coe. Yo fui caminando por el borde de la bandeja del desayuno de Masha, extrañado. El rubor de Helga había reflejado cierto espanto, había desatado algo horrible. Yo aún no sabía lo que era, pero me aterrorizó.

Al cabo de una semana en casa, Masha se despertó una mañana y se dio cuenta de que el dolor del pecho se había retirado como una marea tóxica. Apoyó la barbilla en el puño y recorrió la habitación con una mirada hostil: las camas bien hechas de sus hermanas, el escritorio vacío, cada lápiz en su sitio, una fila de muñecas que en tiempos habían compartido, ahora apretujadas en la balda de encima del radiador.

La bolsa de plástico con su ropa estaba en el suelo a su lado, arrugada. Estiró la mano hacia ella y se inclinó desde la cama para ver las cosas: unos vaqueros, un vestido, pantalones cortos, un par de camisetas sin mangas. Por algún motivo, los zapatos favoritos de Shelley, unos naranjas de plataforma, también estaban allí. Masha sacó todas las prendas y las extendió sobre la cama. Se puso los vaqueros ajustados, una camiseta sin mangas y los zapatos con avidez. Pensó en su resplandeciente amiga, bamboleándose sobre esos tacones, con sus delgadas y fuertes piernas de potro, su mata de pelusilla rubia sujeta con unas horquillas rosas de niña. Masha se estaba cepillando el pelo por primera vez en varios días cuando entró Estie.

–Pero ¿qué...?, ¿¿qué llevas puesto, Mashie?!

–Estoy sola en mi habitación –respondió Masha–, puedo vestirme como me dé la gana.

Estie se acercó a la cama de Masha, se sentó en un extremo y se tapó las huesudas rodillas con la manta.

–Están todo el rato hablando de ti –dijo.

–Ya me imagino –contestó Masha.

–Yehudis se siente muy mal.

–¿Por qué? –preguntó Masha.

–Por lo de Eli –respondió Estie–. ¡Anda! ¿Puedo coger uno?

Tenía en la mano una bolsa de caramelos morados que había encontrado debajo de la manta.

–Sí –dijo Masha–. ¿Qué pasa con Eli?

–Que está saliendo con Yehudis –contestó Estie mientras chupaba el caramelo–. Pero mamá dice que si es *besmert*, es *besmert*, y que no debería preocuparse tanto. Yo creo que se van a casar.

Masha se quedó sentada largo rato. Le asombró lo mucho que podía llorar. No eran sollozos, solo lágrimas quedas incontenibles que le cayeron por la cara. Yehudis entró apresuradamente y se puso a llorar también cuando se dio cuenta de que Estie se lo había contado. Se sentó al lado de su hermana y le cogió la mano.

–No pasa nada –dijo Masha–. Deberías casarte con él. Yo no podría haberle hecho feliz. Creo que no soy esa clase de persona, no sé por qué.

–Claro que lo eres –contestó Yehudis–. Todo saldrá bien cuando conozcas a la persona adecuada.

Masha negó con la cabeza.

–Ojalá pudiera irme de aquí –susurró. No tenía dinero. No conocía a nadie fuera de allí. No podía volver con los Coe; Nevsky había desaparecido.

Empezó a pasearse por la casa con aquellas escasas prendas. Mordecai ni le dirigía la mirada. Los más pequeños se quedaban mirándola fijamente; Suri y los mellizos la evitaban, avergonzados. Miriam le dijo que al menos podría tener la consideración de vestirse decentemente mientras estuviera en casa de sus padres. «¿Por qué tienes que insultarnos?», preguntó. Masha no contestó. No podía, de hecho. Tenía la mente en blanco. No podía hacer más que lo que hacía: rondar por la casa, con la cabeza embarullada, moviendo los brazos y las piernas mecánicamente. Había una cosa que sí sabía: si se ponía su antigua ropa, si volvía a taparse, sería una señal de que estaba lista para morir. Comía en su habitación, se pasaba el día en la cama. Pearl se asomaba más o menos cada quince minutos y se empeñaba en que dejaran la puerta abierta todo el tiempo.

Perdí las esperanzas en mi plan. Al final, la ruina de Leslie Senzatimore no me había provocado ninguna alegría. Y ahí estaba Masha, bajo vigilancia para que no se suicidara. Mis escasos poderes no bastaban para rectificar la situación. Había empezado a desear que alguien me diera un manotazo y me hiciera dejar de sufrir cuando la hermana de Pearl, Rivkah, vino de visita desde Baltimore.

Rivkah era una mujer entrada en carnes y llena de vitalidad. Llevaba una peluca castaña con un peinado a lo paje. Gafas. Se comió con entusiasmo el modesto tentempié que sirvió Pearl a última hora de la mañana y mimó a los más pequeños regalándoles libros y caramelos. Después sacó un gran archivador azul de su cartera.

—Ya sé que tienes un millón de cosas que hacer antes del atardecer, y te prometo que te voy a ayudar —dijo dirigiéndole una enorme sonrisa a su hermana—, pero ya no aguanto más, tengo que enseñarte esto.

—¿Qué es? —preguntó Pearl.

—¡El árbol genealógico!

—¿Lo has acabado?

—¿A que es increíble? ¡Diez años me ha llevado! No te preocupes si se te cae el café encima, esto solo es una copia —dijo extendiendo la hoja plastificada para examinarla—. Mira, verás. Los cuadrados rosas son parientes directos, los azules son indirectos. Ya sabes que somos de origen polaco. Bueno, ¡pues prepárate para la sorpresa que tengo!

La hoja era un laberinto de líneas que unían rectángulos rosas y azules. Dentro de cada rectángulo había un nombre, un lugar y una fecha de nacimiento, y una fecha de fallecimiento. La letra era minúscula.

—Fíjate todo lo que se remonta —murmuró Pearl, que puso el dedo en su propio nombre, con su impresionante prole de once hijos debajo, y lo fue deslizándolo hacia arriba, hasta llegar a gente que había nacido en el siglo XVII—. ¡1692!

—Sí. Aún me queda meter unos cuantos nombres. Lo de que el abuelo Max había llegado hasta aquí pasando por Portugal ya lo sabíamos, pero mira, mira esto. En Polonia. ¿Lo ves? No es un pariente directo, pero es un pariente.

Una brillante uña roja estaba señalando un nombre. Con curiosidad, me cerní sobre el papel y leí: «1732-1780. Gimpel Cerf». No podía ser. ¿El primo Gimpel? Aterricé sobre el nombre, pero Rivkah me espantó.

—Era un *magid*. Un hombre santo errante, un *tzadik*. Fue discípulo del *rav Dov Ber*, que obviamente ¡fue discípulo del Baal Shem Tov!

—No puede ser... —susurró Pearl.

Me posé sobre la mesa de golpe. ¿Estaba emparentado con esa gente? Se me llenaron los ojos de lágrimas y miré al cielo. Aquello ya sería demasiado.

—Tenemos a un auténtico tzadik en la familia —continuó Rivkah—. Y no un tzadik cualquiera, ¡uno de los originales! Intenta casar a tus hijas ahora, ¡te las van a querer quitar de las manos!

—¡Rivkah! —dijo Pearl riéndose—. Eso es un poco *shtetl* para mí.

—Di lo que quieras, pero sabes que es un martirio casarlas a todas y que a todo el mundo le encanta tener un *tzadik* en la familia —contestó Rivkah.

—He de reconocer que tienes razón —dijo Pearl, que miró la hora—. Ay, tengo que ir a hacer la compra, ¡es tardísimo!

Dejaron al bebé al cuidado de Trina, la asistente, y se fueron. El árbol genealógico quedó a la vista sobre la mesita del salón. Fui volando hasta el nombre de Gimpel Cerf y me posé sobre él. Al pisar las letras con mis delgadas patitas, tuve una extraña sensación:

me empezaron a aparecer imágenes en el cerebro, como si me entraran por las almohadillas de las patas. Vi Mezritch. Los hombres con los altos sombreros de piel y los caftanes negros, las mujeres con el cabello tapado y los delantales sucios, andando por la calle con los niños colgados de los brazos. Oí el humo de leña que salía de las chimeneas, oí el sonido de los cascos de los caballos de los *droshkis* y los gritos de los transeúntes, llamándose unos a otros enérgicamente en *yiddish*. Vi al primo Gimpel, mi querido amigo, con el iris de su ojo vago flotando sin rumbo y el otro fijo en el frente, dirigiéndose a rezar. Parecía mayor de lo que le recordaba, y muy concentrado. No quedaba ni rastro de sus torpes andares, de su sonrisa bobalicona. Aquel era un hombre sabio, un hombre que conocía los nombres divinos, el Libro de la Creación. Nos había ocultado su poder a todos. ¿Por qué?, me pregunté. ¿Por modestia? ¿Por no querer enfrentarse a lo que era realmente? Nunca lo sabría. Muerto de curiosidad, alcé el vuelo y, con un zumbido, me dirigí hacia donde quizá estaría mi propio nombre. Tras una larga búsqueda, lo encontré. Jacob Cerf. Casado con Hodel Mendel. Descendencia: Ethiop. Ethiop contrajo matrimonio con Hannah y engendraron a Jacob, Sarah, Abraham y Scheindl. Me cerní sobre el nombre de mi hijo, con miedo a aterrizar y, al mismo tiempo, deseando con todas mis fuerzas verle la cara. Al final me posé, claro.

Me encontré en una sastrería. Las paredes estaban llenas de casilleros con cintas e hilos de todos los colores. Una gran ventana de cristal servía de marco a las masas acomodadas que pasaban por la bulliciosa calle. Ahora las mujeres llevaban la cintura de los vestidos muy alta, justo debajo del pecho. No lucían pelucas, sino el pelo recogido en unos pequeños y encantadores moños en la nuca. Ojalá hubiera podido probar suerte con esas bellezas. Entonces desvié la mirada y vi a un joven sentado con un elegante traje negro y un *yarmulke* en la cabeza, con la pálida cara inclinada sobre su trabajo. Mi hijo tenía los mismos ojos claros que yo, una expresión despierta y avispada y las cejas oscuras y la piel morena de madame Mendel. Estaba cosiendo un chaleco de caballero con gran concentración. La seda era de un verde claro, como el de las hojas nuevas. El trabajo de Ethiop era esmerado, preciso. Me quedé varias horas con él. Solo levantó la vista de su tarea cuando entró un cliente en la tienda. Era un hombre alto, vestido con unos calzones ceñidos de lana de color vainilla y una chaqueta corta azul marino. Para mi sorpresa, se refirió a Ethiop como a un «ciudadano». ¿Es que los judíos se habían convertido en ciudadanos franceses?, me pregunté sin poder dar crédito. Mi hijo le tomó las medidas al cliente con soltura, anotó los detalles de la chaqueta nueva que quería y le despidió sin ningún atisbo de humillación servil. Me quedé impresionado.

A mediodía, una corpulenta joven morena con una capota de casada entró en la sastrería. Llevaba una cesta tapada colgada del brazo. Ethiop miró debajo de la tela con una sonrisa, esperando encontrar su almuerzo. Aquella era su esposa, claro. Estaba embarazada. ¡De mi nieto! Estaba tan emocionado que podría haberme echado a llorar. A continuación, ansioso por saber más sobre mis descendientes, fui caminando sobre las distintas generaciones y cada nombre me transmitió sus secretos con fluidez a través de mis sensibles patas, inundándome los ojos de imágenes. Habíamos sido una familia próspera y fecunda. Para el año 1900, mis descendientes habían dejado el abarrotado

barrio judío y se habían mudado a un barrio nuevo, con anchos bulevares adoquinados y árboles recién plantados. Llevaban una vida de parisinos burgueses. La sastrería de Ethiop fue pasando de padres a hijos hasta un joven llamado Max, que eludió el oficio de sastre y se hizo profesor de literatura francesa en la Sorbona en 1935. Max se apellidaba Levi, pero era descendiente directo mío. Le vi claramente al pasar sobre las letras de su nombre: con su pelo moreno, sus ojos de color miel, su estrecha mandíbula y su barbilla algo puntiaguda, tenía el aspecto del intelectual judío que era.

PARÍS, SEPTIEMBRE DE 1941

Max picó la cebolla muy fina. El aceite humeaba en una cacerola detrás de él. Se dio la vuelta, bajó el gas, echó la cebolla de la tabla de cortar con una vieja cuchara de madera y vio cómo se doraba y crepitaba. Le estaba preparando su comida favorita a su mujer, Suzielle, a pesar de que acababa de descubrir que estaba teniendo una aventura con un amigo de ambos. Aquel deseo impulsivo de complacerla era extraño y le tenía asombrado.

Últimamente, Max tenía mucho tiempo para cocinar. Un año antes, poco después de la invasión alemana, se había producido una expulsión generalizada de judíos de los puestos docentes y le habían despedido de su cátedra en la universidad. Ahora, con la ocupación, al ser judío tenía prohibido el acceso a:

- piscinas públicas,
- restaurantes,
- cafés,
- teatros,
- cines,
- conciertos,
- espectáculos de variedades,
- mercados,
- museos,
- bibliotecas,
- exposiciones públicas,
- monumentos históricos,
- acontecimientos deportivos y
- parques.

Solo podía comprar entre las cinco y las siete de la tarde, cuando otros ya se habían llevado toda la buena comida, ya racionada. Había tenido suerte de encontrar la carpa. Sus padres y su hermana ya estaban en Cuba. Max había decidido quedarse en París, en parte por lealtad a su mujer y en parte porque no creía que la policía francesa fuera a hacerle nada a él. Estaban cogiendo a los refugiados, no a las viejas familias asentadas. A su madre casi le había dado un ataque de histeria cuando Max la había dejado junto a su marido y su hija en un tren con destino a Lisboa, donde se embarcarían. Quería tener a su único hijo varón con ella y no se fiaba de Suzielle. Madame Levi se había tomado la libertad de conseguirle uno de los codiciados visados para salir de Francia, así como

visados de tránsito para España y Portugal. Le suplicó que fuera a Lisboa lo antes posible, ya que tenían una validez de tres meses. Max aún no tenía visado para entrar en Cuba, Estados Unidos o México, pero su madre los había solicitado todos en su nombre. Instintivamente, Max había pospuesto el momento de discutir los planes de huida de su madre con su mujer.

Suzielle fumó mientras comía, como hacía siempre, con las finas cejas depiladas arqueadas sobre unos ojos verdes almendrados. La boca bien perfilada, la nariz fina y el pelo teñido con henna le daban cierta apariencia de artista de circo, a pesar de que trabajaba en una librería. Así la había conocido Max, mirando un libro de Baudelaire. Max no tocó la comida mientras observaba a su mujer ventilarse la suya, con sus uñas granates destellando al inclinarse sobre el plato para coger otro trozo de pescado, masticando rápidamente.

—La carpa te ha quedado buenísima, como siempre —anunció con rotundidad.

—*À la juive* —dijo él.

—Es la mejor receta del mundo —dijo Suzielle terminándose el último bocado. Dio una larga calada final a su Gauloise, lo apagó sobre los restos de la salsa y se estiró mientras echaba el humo por la nariz—. Hoy he trabajado muchas horas.

—Tiene que ser duro tener trabajo —contestó Max.

—¡Uf! —exclamó levantándose con su plato en la mano y cogiendo el de Max—. No has probado bocado —comentó mientras se dirigía relajadamente al fregadero, donde dio la vuelta a un envase de plástico y empezó a tararear mientras abría el grifo.

—Vaya, lo nunca visto —dijo Max mirándola.

—¿Qué? ¡Si siempre friego los platos cuando cocinas tú!

—Ya —contestó él—. Eres un encanto.

—¿Por qué estás tan sarcástico? ¿Ha pasado algo?

—Nada especial. Han venido un par de policías franceses.

—¿Qué querían?

—Me han confiscado la bicicleta.

—¿Por qué?

—Por lo visto los judíos ya no tenemos permitido tener bicicletas. Estaban muy avergonzados. Órdenes alemanas, ya sabes. Y tampoco... radios.

Suzielle se volvió hacia donde normalmente estaba la radio.

—¡Pero si esa radio era mía!

—¡Ya lo sé! Es una injusticia, ya se lo he dicho. Han dicho que la confiscación de propiedad es muy complicada en los matrimonios mixtos.

Suzielle se secó las manos apresuradamente con un trapo y cogió el abrigo del perchero.

—¿Adónde vas? —preguntó Max.

—¡A la policía! ¡Tú no eres un polaco que se acabe de bajar del tren! ¡Tú eres francés! ¡Tu familia lleva en París desde el siglo XVIII! No pueden robarte tus pertenencias sin más.

—Esa es la cuestión, Suzielle, que sí que pueden. De eso es de lo que me he dado cuenta... No hasta hoy, porque soy un idiota. Sí que pueden. He sido un estúpido todo este tiempo, al quedarme aquí, pensando que estaba a salvo porque soy un ciudadano francés con la cabeza llena de Balzac, mejor que las masas de pobres refugiados del Este que entran en París con sus barbas y sus caftanes. Pero resulta que para ellos no soy más que un judío, independientemente de mi educación y de mi ropa.

—Para los alemanes...

—El policía que se ha llevado mi bicicleta era francés. El policía que llamará a mi puerta cuando llegue el momento de meterme en un tren será francés.

Suzielle se quedó quieta, solemne, con sus piernas de bailarina giradas hacia fuera y los brazos colgando a los lados del cuerpo.

—Tú me culpas a mí —dijo.

—No, no por esto. ¿Por qué iba a culparte a ti?

—¿Entonces por qué?

—Mi querida Suzielle. Mejor no...

Aun así, Suzielle fue a la policía.

Cuando volvió, avergonzada pero triunfante, con su radio pero sin la bicicleta, Max se había ido. No dejó ninguna nota, pero fregó los platos antes de marcharse.

CONEY ISLAND, 1943

Max estaba tumbado en la cama de matrimonio mirando el lento ventilador del techo mientras el sudor le caía por las sienes. La camisa de algodón se le pegaba al cuerpo. Por mucho calor que pudiera hacer en París, no era nada comparado con el mes de agosto en Nueva York. Aquello era puro calor pegajoso; la naturaleza asfaltada reivindicando sus derechos. El frenético traqueteo de una montaña rusa atravesó la pared, acompañado de gritos desapasionados. Intentó no pensar en los gritos de verdad que se estarían oyendo al otro lado del Atlántico.

Max había tenido suerte de encontrar aquella habitación. Una pareja a la que había conocido en Lisboa, donde se había visto obligado a quedarse un mes esperando a que saliera un barco para Nueva York, le había pasado el dato. Su nueva casera, Lydia Schwartz, tenía debilidad por los refugiados. Le alquiló la habitación más grande que tenía frente al mar por una cantidad simbólica.

Todas las mañanas, tras desayunar un café solo y una rebanada de pan de centeno, Max se iba a dar una vuelta por el paseo marítimo de Coney Island. Había gente en busca de un poco de diversión matutina haciendo cola pacientemente para la noria, la montaña rusa o los puestos de helados, con gestos serios de paciencia, casi adustos, igual que si estuvieran esperando para comprar sardinas. A medida que el sol iba ascendiendo, empezaban a llegar en masa. Max advirtió que aquella gente se tomaba muy en serio su frivolidad. Hasta que no estaban aterrorizados en una de las atracciones no sonreían abiertamente, enseñando los dientes y gritando en agudas ráfagas mecánicas. Aquello estaba tan lejos de lo que había conocido en Europa que le resultaba imposible

comprenderlo. Las imágenes que veía a diario en Coney Island se posaban en su cerebro, sin digerir, como un trozo de chicle pegado al intestino de un niño: el niño salamandra comiéndose un bocadillo en su pecera, sujetando el pan con sus manitas con forma de aletas, y la mujer barbuda charlando con él y fumando; ramos de globos flotantes tirando de sus cuerdas con la brisa; esponjosas cúpulas de algodón de azúcar rosa, amarillo y azul claro, los delicados colores temblando delante de la roída madera gris del parque de atracciones, con su larga tradición de excesos ritualizados. Gente bajando desordenadamente por los toboganes, dando vueltas en tazas de té, gritando en la Casa de los Horrores. Una cara pintada del tamaño de una montaña, por cuya boca abierta se accedía a horas de diversión en Luna Park. Y por la noche, luces parpadeantes, girándulas, cometas de luz. Rostros ávidos de placer, forzando la vista para descubrir la última novedad, el último grito. Un carnaval sin fin. Todo esto mientras nadie sabía adónde llevaban los trenes a toda esa gente de París. Al Este. Sin que nadie regresara jamás. Los trenes franceses nunca habían sido tan puntuales como cuando transportaban judíos. Quizá en ese preciso instante hubiera un vagón lleno saliendo de Drancy. ¿Cómo era eso posible, mientras un cono de helado de tres metros de altura proyectaba sombra sobre el rostro bronceado de Max, mientras un millar de bañistas medio desnudos se metían en el Atlántico para disfrutar de su chapuzón matutino, mientras el hombre moreno que le estaba echando mostaza en el perrito caliente sonreía sin malicia y le preguntaba si quería cebolla?

Max estudió minuciosamente las ofertas de empleo en el periódico y no vio ninguna vacante de profesor universitario de literatura francesa. Se dio cuenta con asombro de lo poco cualificado que estaba para realizar cualquier clase de trabajo práctico. Se había entregado completamente a una vida intelectual. No sabía instalar una tubería, fabricar una silla, coser una chaqueta, poner ladrillos. Apenas hablaba inglés. No tenía permiso de conducir. Finalmente la señora Schwartz, su casera de mirada inocente, le consiguió un trabajo con un primo suyo que tenía una tienda de retales de alfombras en la avenida Flatbush. Se pasaba los días moviendo rollos de moqueta de las estanterías al suelo y del suelo a las estanterías. Al final lo ascendieron a un puesto de ventas. A las mujeres les encantaba su acento. Un día le vendió un retal de una tupida alfombra de color marrón topo a la madre de una joven morena muy callada que se llamaba nada menos que Maxine. La muchacha, que solo tenía veinte años, se quedó al fondo de la tienda mientras él hablaba con la madre. En un par de ocasiones la pilló mirándole y la joven le dirigió tímidas sonrisas. A los tres días, regresó con el pretexto de que tenía que comprar un felpudo. Max la invitó a salir. En un momento dado, mientras cenaban, la hizo reír; la joven echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. Fue aquella risa lo que le hizo enamorarse de ella. Su instinto no se equivocó: Maxine era apasionada, leal, enérgica y testaruda. Una vez que se tramitó el divorcio de Suzielle (acelerado por una burocracia francesa ansiosa por romper los matrimonios mixtos), le pidió que se casara con él. Max y Maxine.

Después de la guerra, mientras comenzaban los intentos por limpiar el pus nazi del

abdomen en descomposición de Europa, Max, con la ayuda de Maxine, abrió una tienda de alfombras en Flatbush. El refinamiento de Max le daba un aire elegante al negocio. El carácter práctico de Maxine lo mantenía solvente. Unos años más tarde, habían abierto una tienda en Manhattan en la que también vendían alfombras de lujo de Turquía y Marruecos. Para entonces, Max y Maxine tenían tres hijos: Sam, David y Dinah. Una vez que pudieron permitírselo, Max trasladó a su familia al Upper West Side. Se hizo miembro de la Metropolitan Opera, mandó a sus hijos a colegios privados, hizo cursos en la Universidad de Columbia para alimentar el intelecto. Absolutamente partidario de la integración, Max ponía un árbol de Navidad al lado de la *menorá*. Sam se hizo médico; David, periodista.

Fue Dinah quien se apartó de aquel camino y regresó a sus raíces. Conoció a una chica ortodoxa de Brooklyn en un campamento organizado por el centro cívico judío de la calle 92. Se estuvieron carteando, y Dinah fue a pasar un fin de semana a casa de su nueva amiga. Sin que Max y Maxine se dieran cuenta, Dinah se estaba enamorando poco a poco del judaísmo. Cursó Estudios Judíos en la Universidad Brandeis y empezó a vestirse cada vez más recatadamente. Maxine, que no era una mujer que se anduviera con rodeos, le preguntó si estaba pensando en hacerse monja. Su hija contestó con vehemencia que estaba harta de la indiferencia de Max y Maxine hacia su propia religión. No entendía cómo podían echar por la borda cinco mil años de tradición y una historia incomparable de sufrimiento y resistencia. Se distanció de su familia, se casó con un judío ortodoxo de Long Island que estaba estudiando en la *yeshivá*, empezó a formar lo que esperaba que acabara siendo una gran familia y cortó la relación con sus padres.

Con los años, la fisura se suturó, pero nunca llegó a sanar del todo. Max era incapaz de entender por qué, teniendo ante sí un festín de «posibilidades americanas», su única hija decidía no tocarlo y comer pescado *gefilte*. Dinah se tapaba el oscuro cabello con una peluca, se ponía faldas por debajo de las rodillas y mandaba a sus hijos a colegios religiosos que apenas atendían a los estudios seculares. Eso fue lo que jamás podría perdonar Max: sus nietos se criarían sin conocer la gran cultura europea a la que tenían derecho por nacimiento. Sin embargo, argüía Dinah, llevarían vidas profundamente espirituales, vivirían según la palabra de Di-s y, en cualquier caso, ¿quién necesitaba más que la Torá, el Talmud, todos los comentarios y, para los chicos, si llegaban tan lejos, el Zohar? Aquellos libros encerraban un sinfín de conocimientos; hacía falta una vida entera para comprender la mitad de ellos. ¿Qué tenía de maravilloso el materialismo laico?

Dinah era fértil además de obstinada y dio a luz a siete hijos. La menor fue Pearl. Así que, en total, había producido doce generaciones. ¡Chúpate esa, Hitler! Menuda deidad. Pensar que yo, farandulero sibarítico, ayuda de cámara libertino, abandonahijos, soplón de la policía y apóstata, había acabado siendo el patriarca de una gran tribu de israelitas... Aquellos eran mis hijos.

Una vez que asimilé la noticia, empecé a interpretar el papel: cuando caminaba por la mesita de Pearl, adoptaba andares de abuelo, metiendo cuidadosamente las alas detrás del dorso mientras examinaba a mis descendientes. Me vi a mí mismo con una cuidada barba blanca, una buena barriga, zapatillas verdes... y un *yarmulke*. Sí: embargado por la

extraña e inflexible belleza de nuestro modo de vida, por la historia indestructible de nuestro pueblo, sentí la alegría y el pánico fundirse en mi interior y transformarse en sobrecogimiento al contemplar el destino de los judíos. Me di por vencido. El Viejo había tramado una lógica tan vasta y tan profunda que no pude por menos que desternillarme de lo absurdo de mi propia vida. ¡Cuánto cuidado había puesto Jashem! Cómo había afinado cada detalle hasta hacerlo resplandecer. Solo el amor podía mover a alguien a brindar tal dedicación a un solo y humilde ser. ¿Era posible que dedicase la misma atención a todas las almas?

Estando allí parado, temblando, se me reveló una cosmología alternativa: antes de la Creación, cuando Jashem no era más que una mente perfecta, le ocurrió algo gracioso. Como un bebé al soltar su primera risotada, empezó a mondar de risa, prorrumpiendo en carcajadas, e hizo explosión en el mundo físico.

«Me rindo», pensé febrilmente. «Tú ganas. No solo existes, sino que lo eres todo. Tú eres el bien, Tú creaste el mal. No hay nada en el universo que no seas Tú. Fui un idiota al pensar que era yo quien estaba despertando a Masha, derribando a Leslie. ¡Todo fue obra Tuya!». Pero aún no había acabado conmigo. Mi éxtasis religioso me había separado tanto de la conciencia de mi propio cuerpo que había volado a la cocina sin darme cuenta. Y allí estaba Masha, anteriormente el objeto de mi deseo, ahora mi tatará(por tres)tataranieta, con unos pantalones horriblemente cortos y unos zapatos de plataforma, inclinada sobre la cocina apagada, comiendo de la olla de *cholent* –el estofado preparado para el inminente sabbat– con las manos, ¡como Hodel cuando estaba poseída! La joven se volvió y, dirigiendo la vista hacia donde estaba yo, miró a la puerta con unos ojos del misterioso tono multicolor del petróleo sobre un estanque negro. Tenía salsa en los labios. El pelo, suelto y enredado, le tapaba parte de la cara. El demonio del río. Eso es lo que era. «La iniquidad de los padres será castigada hasta la tercera y la cuarta generación». Bueno, en mi caso había llegado más lejos. Aquello había sobrevivido casi trescientos años. El móvil de la criatura vibró en el bolsillo de sus pantalones cortos. Lo abrió y se volvió hacia la cocina para que no la vieran. Yo me puse detrás de ella y leí por encima del hombro: «abre la puerta».

Masha abrió la puerta. Era Derbhan Nevsky, vestido con su resplandeciente ropa blanca, dando saltitos sobre uno y otro pie.

–Llevo desde ayer intentando localizarte –dijo en voz baja, molesto.

–Es shabbos –contestó Masha, que apoyó la cadera en el marco de la puerta. Nevsky le resultaba irritante.

–No irás a volver a todo eso, ¿no? Este no es el momento –dijo él mirando a un lado y a otro de la calle.

–Simplemente no se me había ocurrido encender el móvil hasta ahora –contestó Masha encogiéndose de hombros–. ¿Qué querías decirme?

–Te han dado el papel –anunció–. En el musical de Rathgar Kennet, *Alquimia*. Te lo han dado.

–¿Qué? Pensaba que eso ya estaba cerrado.

–Lo estaba. Cogieron a una chica, la llevaron hasta allí y las cosas no han funcionado con ella. Kennet la ha despedido y ha vuelto a ver todos los vídeos de las audiciones. Ahora te quieren a ti. Tenemos que llevarte a México.

–¿Cuándo?

–Ahora mismo. El rodaje empezó el uno de septiembre. Hay una prueba de vestuario programada para mañana por la mañana.

Detrás de Nevsky, a lo lejos, unos finos rayos mudos brillaron con luz trémula en el cielo. Nevsky se dio la vuelta para ver lo que estaba mirando Masha.

Masha subió corriendo ruidosamente al piso de arriba, gritando emocionada, pregonando la noticia de su éxito y su inminente partida por todas las habitaciones de la casa. Compungido, celoso, orgulloso, yo contemplé su ascenso, unos brazos y piernas borrosos que se elevaban. Masha estaba siguiendo mi camino. Flotando con tristeza, me reconocí en ella: purificado, sin los vicios y con más talento. Le correspondía a ella completar nuestro destino común. ¡Mi chica iba a ser grandiosa!

Masha entró corriendo en su habitación, abrió el armario y sacó una maleta de niña de color azul claro, la única que tenía. Mientras desabrochaba los cierres y la abría sobre la cama, le vino una idea a la cabeza. No importaba cuánto tiempo le quedara. Iba a devorar todo el que tuviera, lo que fuera; iba a agarrarlo con las dos manos, a consumirlo y a no disculparse ante nadie. Eso es lo que iba a hacer.

Pearl invitó al menudo e inquieto agente a pasar a la cocina, le sirvió un café y un blinis

y se sentó a su lado con una extraña sensación de alivio mezclado con pena. Sabía que Masha tenía que irse. En cierto modo, hasta quería que se fuera. Eso era lo peor de todo.

—¿Cuidarán de ella? —le preguntó a Nevsky.

—¿Que si cuidarán de ella? La van a tratar como a una reina. Ya me aseguraré yo de que lo hagan. Puede que la persona que va a dirigir la película sea un genio, por cierto.

—Pero... ¿qué ha pasado con la otra chica, a la que escogieron primero? —preguntó Pearl.

—Que no era Masha. Ese era el problema de esa chica. Este papel es de Masha. A veces las cosas acaban encajando por algún motivo —afirmó Nevsky misteriosamente mientras partía el blinis con el borde del tenedor—. Esto está de miedo, señora Edelman —dijo masticando a toda velocidad.

—Gracias —contestó Pearl.

Nevsky miró al solemne rostro de aquella mujer y se estremeció. Era horrible encontrarse frente a frente con el puro dolor.

—Masha no puede evitar ser quien es, igual que esa mosca no puede convertirse en una mariquita —dijo señalándome con un dedo áspero. Mientras hacía mis abluciones matutinas en una gota de agua, junté las patas delanteras e hice un gesto de piadoso asentimiento.

Ahora que me había dirigido su atención, Pearl se quedó observándome durante largo rato. Supe que aquello era el fin. No me moví. Estaba preparado. Con el tenedor detenido antes de llegar a la boca, Nevsky contempló cómo mi descendiente levantaba la mano. El dosel de su palma se puso rígido encima de mí. Yo extendí las patas, postrándome sobre la mesa, y me preparé para mi ejecución.

«Por favor, El Shaddai, Creador de todas las cosas, ¡escúchame!», grité desesperado. «¡Lo he hecho todo mal! Malgasté mi vida viviendo en pecado y cuando Tú me das la oportunidad de regresar, ¿qué hago yo? La vuelvo a fastidiar, pensando solo en cómo hacerte daño, en cómo arruinar la vida a los demás. Pero juro que ahora he aprendido la lección. Te lo suplico: deja que vuelva a nacer en forma de hombre. ¡Te prometo que la próxima vez me portaré bien!».

Mientras la mano homicida de Pearl descendía hacía mí, oí un oscuro sonido, una especie de redoble de tambores cósmicos que se unían, resonaban, retumbaban..., procedente de un cielo alborozado.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Max McGuinness, cuyo tenaz trabajo de investigación me ayudó a penetrar en algunos de los misterios de la vida de los judíos del siglo XVIII y cuyos conocimientos de la Ilustración francesa fueron esenciales para mi propia comprensión; a Suri Weingott, que me abrió las puertas de su casa y me permitió observar su vida familiar, sus rituales y sus tradiciones; a la rabina Ellen Lippmann, el rabino Scott Fox, a Shulamit Kadosh y a Julia Bolus, por sus consejos y conocimientos; a Gene Spiotta, por descubrirme el mundo de los bomberos y la cultura del voluntariado, además de por ser una fuente de inspiración; a Jane Spiotta, por su hospitalidad y por los recorridos por Patchogue; a Peggy Gormley, por las horas en el *eruv* de Far Rockaway; a mi agente, Sarah Chalfant, por el entusiasmo que demostró desde el principio y por su constancia; a mi editor, Jonathan Galassi; a mis queridos Daniel, Gabriel, Ronan y Cashel, que han ayudado a dar forma a este libro, cada uno a su manera.

Índice

Portadilla	2
Créditos	4
Dedicatoria	5
Citas	6
EL MARAVILLOSO REGRESO DE JACOB CERF	7
1	8
2	11
3	17
4	23
5	28
6	35
7	38
8	43
9	48
10	51
11	64
12	76
13	82
14	92
15	100
16	104
17	107
18	110
19	116
20	118
21	122
22	131
23	136
24	144
25	155
26	158
27	163

28	170
29	179
30	193
31	201
32	213
33	214
34	226
35	229
36	236
37	241
38	245
39	254
40	259
41	262
42	269
43	275
Agradecimientos	277